



EVA M. INDIA

# KARIM, ALMA DE FUEGO.

Una historia de la Estrella de Ocho puntas.



# KARIM, ALMA DE FUEGO.

(Una historia de la Estrella de 8 puntas)

EVA M. INDIA.

[Eva M. India © 2018](#) ISBN: 9781983095290

KARIM

El mundo es un lugar hermoso. Aun en su crueldad, su brutalidad y salvajismo, no deja de serlo. Los seres humanos, condicionados por su breve existencia, sus miedos y sus limitaciones, no son muchas veces conscientes de ello. Hay que comprenderlos.

Yo no soy humano. Fui creado del fuego, y durante mucho tiempo, habité en la sombra que, sobre un muro de un jardín de Córdoba, proyectaba un granado. Desde allí, contemplaba los reflejos del sol sobre el borde dorado de un estanque, donde una vez un niño se ahogó por mi culpa. Yo entonces hacía el mal por aburrimiento, lo había hecho muchas veces, casi sin ser consciente de ello. Pero cuando vi la ruina que entró en aquella casa a raíz de aquel suceso, algo cambió, me compadecí de ellos, se despertaron en mí sentimientos que hasta entonces no había conocido y quise enderezar mi existencia, darle un sentido. Los seres humanos eran toscos y groseros, cierto, pero no se merecían el dolor y el sufrimiento que constantemente se les viene encima. (Aunque quién soy yo para decir qué merece cada cual, Allah me perdone mi insolencia). Días después, una noche, contemplando la luna creciente, mientras escuchaba los lamentos de la desconsolada madre a través de los muros de la casa, decidí iniciar mi regreso, y solicitar a mi cuidado a algún ser humano, para así compensar, si es que fuera posible, lo horrible de mi acción.

Abandoné aquel lugar triste, y ascendí a la Morada de los Genios Justos, para pedir allí, tras pronunciar mi protesta de fe, la oportunidad de ser el guía y servidor de algún ser humano, y poder así probar mi disposición y mi buena voluntad.

Realmente, parece mentira el tiempo que hace de eso. Cerca de cuarenta años, que a mí se me antoja que fue ayer mismo. Sin embargo, han sido años de una

intensidad que hasta entonces no había conocido. Son una pizca de tiempo comparado con el que pasé bajo aquel hermoso granado, pero aquella época sí me parece increíblemente lejana, difusa, muy borrosa. Como si no fuese yo.

Ahora, mi futuro es incierto. Qué será de mí, no lo sé, *Alahuaalam*. Pero no tengo miedo. La única vez que he sentido verdadero miedo es cuando pensé que me iban a arrebatarse a lo que yo creía que por derecho siempre iba a ser mío: a Betsabé. Este planteamiento fue seguramente, el primer error de todos.

## CAPITULO 0



**KarimElGenio**

@YinnKarim

Disponiéndome para la elección del humano que me va a ser asignado. #LlegóElDía #Asignación #AVerQuéMeToca #Nervios 🤖

Y aquí estoy, frente al Genio Supremo, con sus ojos adormilados, su barba grisácea y picuda, y su serenidad cósmica envuelta en su túnica de un azul pálido. Entre nosotros, una mesa y una baraja de cartas, que coge entre sus manos y comienza a mezclar con pericia, a la vez que con desasosonamiento. Un minuto. Minuto y medio. Como si se hubiera olvidado de que yo estoy allí, esperando.

Al final para, y despliega con rapidez sobre la mesa cinco cartas.

\_ Continente. - dice con su voz profunda.

Como no tengo muy claro qué es lo que tengo que hacer y no quiero meter la pata, vacilo unos segundos. Él entonces enarca las cejas y extendiendo sus manos de dedos larguísimos y huesudos sobre las cartas boca abajo, me aclara:

- Elige.

Musito: “¡Ah!”, y levanto, tras estar a punto de levantar la del extremo derecho, la que está en el centro: Europa. Lo primero que pienso es: vaya, qué aburrimiento. Luego me digo, bueno, hay muchas Europas, no todo es

Alemania o Países Bajos. Las dificultades con la que se enfrenta un yinn en una sociedad occidental es el racionalismo y la incredulidad. A priori puede parecer una ventaja, pero no, a la larga, no lo es.

El Genio Supremo vuelve a barajar. Otro minuto. Luego saca dos cartas, y las coloca boca abajo, bajo la anterior tirada.

Esta vez no dice nada. Hasta que no levanto una de las cartas, no sé qué estoy eligiendo: mujer.

Buf. Nunca las he comprendido bien. En realidad es una forma de decir que me parecen inmaduras y caprichosas.

El viejo vuelve a barajar, saca siete cartas y esta vez sí me explica:

- Debilidades. Debes escoger tres.

Intento no dudarle mucho y levanto una primera: vanidad.

Una mujer vanidosa. De putísima madre.

El segundo que me sale tampoco es un vicio bonito: pereza. Aunque peor hubiera sido gula.

Del tercero no sé que pensar: lujuria. Yo mismo soy un ser lujurioso, lo reconozco. Pero yo soy un varón. Puedo lidiar con ello sin problemas. Pero una mujer lujuriosa es como un dique que se rompe. Lo convierten en pasión y no es que le pongan freno, es que lo alimentan, y son capaces de matar por ello. Una perdición para ellas mismas y para quienes las rodean.

Ahora tocan las fortalezas. Espero que compensen semejante panorama.

El viejo sigue con su gesto impertérrito mientras despliega sobre la mesa otras trece cartas.

- Elige tres. - especifica de nuevo.

La primera que me sale es inteligencia. Vale. Al menos tendrá una conversación interesante.

La segunda consigue que el Genio Supremo salga de su hieratismo y musite: "¡Oh, qué suerte!" A mí me hace respirar algo aliviado: bondad. Pues sí, puede parecer una sosería, pero compensa muchas cosas.

La tercera, sin embargo, es la que más me gusta, y aunque intento que no se me note, me hace mover los dedos junto a mi pierna con impaciencia: hermosura.

- Vale. - dice el viejo: - Acompáñame.

Le sigo a la sala contigua, hasta donde llega el eco de un ruido ensordecedor, como de mil cataratas. Cruzamos un umbral y allí están, en filas interminables, cientos de miles de bombos relucientes, girando sin parar, con miles de bolitas dentro. Aquí está parte del futuro de la humanidad, esperando su momento, su suerte, su genio. De pronto soy consciente de que estoy en un lugar mágico,

casi sagrado, y el misterio me oprime el pecho. Aquí comienza el fátum. Porque todo está escrito, hasta lo que sucede aquí. Hay un lugar más alto que este. Pero incluso a mí, que soy un yinn, este sitio me impresiona y me abruma. Allah hace lo que quiere, realmente.

El Genio Supremo se detiene junto a uno de los bombos, y con un amago de sonrisa, me señala una manivela y me indica con un gesto:

- Dale.

Empujo hacia abajo, y la esfera de radios brillantes, se va ralentizando, con un chirriar horroroso, hasta que se detiene, y deja caer, a través de un tubito de cristal, una bolita. El viejo se inclina y la coge, y me la muestra entre sus dedos. Tengo que arrugar los ojos para verlo bien: es una serie de números, seguido de unas letras: 7727941BTSE.

No sé si sonreír, preguntar, coger la bola o qué. El viejo vuelve a decirme:

- Ven conmigo.

Esto se me está haciendo muy pesado ya. Sin rechistar sin embargo, sigo al viejo, bajando por una interminable escalera de caracol, hasta que entramos por una de las numerosas puertas que se abren en su recorrido. Allí, una administradora, aburrída tras su mostrador hasta que hemos llegado, nos atiende, aflorando a su rostro una súbita sonrisa. El lugar es mustio. Intento evitarlo, pero pienso: ser una yinn para acabar de administradora aquí.

No, no, no, aparta esas reflexiones de tu cabeza. En todo caso, es mejor estar aquí que provocar la muerte de un niño en una alberca. ¡Insensato!

La administradora coge la bolita, y se pierde entre los anaqueles que hay detrás de ella. Vuelve al poco con una carpeta de color camel, que pone sobre el mostrador, para abrirla. Saca una especie de ficha mientras yo no puedo evitar fijarme en una pequeña foto cogida con un clic en la esquina superior de los documentos que guarda la carpeta. El viejo se da cuenta, y con un gesto rápido, le da la vuelta. Entre tanto, la administradora está diciendo:

- Bien, vale, aquí está. La número 7727941BTSE, del grupo 13/9. ¡Ah, mira qué nombre tan bonito! Se va a llamar Betsabé. Y su nacimiento está previsto para... - giró la ficha, y luego levantó los ojos, sonriéndome al anunciarme: - ... ¡hoy mismo!

Me entregó la ficha, mientras el viejo, tras encomendarme a Allah, (sin mucho entusiasmo) me dejaba solo. Yo descendí enseguida de nuevo a la tierra para estar presente, como se exige, en el nacimiento de la que iba a ser mi protegida y mi dueña.

## BETSABÉ: hombres de ojos negros.

Aceleradísima, con la respiración agitada, salía Betsabé del gym, y se dirigía a su casa, acompañada de Camila, su vecina. Eran las nueve de la noche de un viernes, y sabía que dejaba atrás el mejor momento del día, y, junto con la misma hora del martes, de la semana. Ahora quedaba por delante tres días, sábado, domingo y lunes, llenos de trabajo, suspiros y ensoñaciones. Andrés, el monitor de fitness y pilates, pasó con el coche y, tras pitarles, las saludó con la mano. Betsabé respondió con su sonrisa más espléndida, sintiendo que la sensación de júbilo se le derramaba aún más en el pecho. Eran gestos como aquel (tan insignificantes, en realidad) lo que la hacían renovar sus ilusiones. Porque no era solo por el ejercicio físico por lo que estaba alterada y arrebatada.

Betsabé llevaba enamorada hasta la médula varios meses, desde el primer día en que, después de las navidades, había aparecido el nuevo instructor de fitness y pilates, Andrés. Un hombre espigado, de poco más de treinta años, algo adusto, deliciosamente moreno e irresistiblemente varonil, que la había dejado noqueada; al principio, había intentado resistirse evitando pensar en ello, y lo había conseguido durante casi al menos un mes. ¿Engancharse con un entrenador del gym? ¿Cómo iba a caer ella en una historia tan típica? Menuda gilipollez.

Pues había caído, y además a plomo. Y le había resultado inevitable porque el tal Andrés era el tipo de hombre que, sin proponérselo, con su sola presencia, su mirada, su sonrisa, su tono de voz, ejercía un poder terrible y casi paralizante sobre ella. Betsabé nunca había compartido esa fascinación tan común por los ojos claros, en ocasiones hasta le había sucedido lo contrario: le resultaban miradas demasiado líquidas y vacuas. Incluso artificiales. Los ojos oscuros, en cambio, la subyugaban por completo. La mirada intensa de unos ojos negros era capaz de dominarla, y lo que era peor, de bloquearla. De ponerla nerviosa, hasta hacerla sudar, y secarle la garganta. Andrés tenía los ojos muy oscuros, y una forma de mirar a veces taimada, otras ardiente, otras autoritaria, que la idiotizaba y la hacía temblar. No era un tío buenorro (demasiado delgado) ni un tipo lindo; pero era rabiosamente sexy, y sonreía de una manera que la dejaba sin respiración. Despertaba en ella un ansia de hombre pura, sin apenas subterfugios románticos.

A Betsabé nunca le habían faltado los pretendientes. Era hermosa y lo sabía, y le gustaba coquetear de manera sutil y fina, no el burdo tonto que sólo busca arrancar piropos y galanterías a la desesperada. Pero con Andrés, que irradiaba tanta firmeza y seguridad, Betsabé no era capaz de desplegar ni una sola de sus maniobras de seducción, lo único que le salía era fingir indiferencia, cuando lo cierto era que por dentro se moría de deseo. Esto no solo la dejaba en la inacción y le quitaba la iniciativa, sino que la llevaba a neutralizar torpemente cualquier posible acercamiento:

- ¿Qué, cómo estás? - le preguntaba Andrés aproximándose a ella que estaba calentando en una de las bicis de la sala.

- Bien, ¿y tú? - contestaba, sin olvidarse de sonreír y mostrarse asertiva y accesible. No servía de nada. Como si no esperase que le devolviesen la pregunta, o peor aún (llegó a interpretar Betsabé) como si las palabras de ella le sonaran a pura formalidad, huecas en su cortesía, Andrés ni se molestaba en responder y se apartaba con un gesto melancólico que dejaba a Betsabé sin saber si es que no sabía qué más decirle, o si le había hablado por inercia, sin más interés.

Al revés también le había pasado:

- Qué... ¿has tenido partido este fin de semana? le había preguntado ella. Se había llevado desde el sábado pensando en esa pregunta y en todas las posibles respuestas y derivadas. La cual al final había sido un simple “Sí...”, con los labios fruncidos, sin siquiera levantar la vista del móvil.

Betsabé no era cotilla, ni indagaba en la vida de los demás, nunca le había interesado saber si Pepita Pérez era hija única, si su madre trabajaba, o si su actual pareja se había divorciado, por la sencilla razón de que no le gustaba hablar mal de los demás, y por consiguiente no tenía demasiado interés en recavar información sobre las vidas ajenas. De manera que lo de preguntar por preguntar no se le daba bien, no era como Camila, que esa misma semana había sido capaz de sacarle al joven que daba zumba dónde vivía, calle y número incluidos. Camila, con una cara dura impresionante, no había cejado, hasta que no le había sacado el dato exacto de su dirección, a pesar de que el muchacho hubiera dejado caer, por si tanto interés fuera por esos derroteros, que vivía con su novia. Betsabé hubiera querido poseer esa habilidad, pero como no la tenía (es más, al ver la insistencia mal camuflada de Camila con el monitor de zumba había sentido un poco de vergüenza ajena), ante aquel

lacónico “Sí...” de Andrés a su pregunta, se dio media vuelta y se puso a sacar su toalla y su botella de agua, con un regusto a frustración en la garganta. “Sí...”, alargando la “í”, frunciendo la boca, sin mirarla, como si la pregunta de Betsabé, a la postre, fuese algo tonta. Era entrenador, ¿cómo no iba a tener partido? A las cotillas habituales, sin embargo, aunque preguntaran idioteces, se les solía dar respuestas más largas. El propio Andrés se había explayado en más de una ocasión ante la curiosidad de Paloma, otra asidua del gym, o con la propia Camila. Betsabé se tenía que conformar con pegar el oído todo lo posible, maldiciendo la pésima acústica reverberante de aquella sala del gym, donde se daba fitness y pilates, si quería saber algo más del hombre que había entrado como un huracán en su cabeza, poniendo sus emociones patas arriba, empujándola incluso a romper con su novio de hacía un par de años, cuando comprobó que la obsesión por Andrés no se le pasaba.

¿Por qué aquel trato fluido con Camila y Paloma, y con ella, sin embargo, parecía que la comunicación se topara con una verja electrificada? Era consciente de que ni Paloma ni Camila eran tan bonitas y sexys como ella (también lo sabía, y mucho, Camila, que por eso se sentía impulsada cada dos por tres a echarse flores y darse autobombo delante de ella, algo que le hacía esbozar a Betsabé una sonrisa de superioridad complacida) y quizás esa fuese la clave de todo. Porque Andrés la miraba, y de qué manera, a través de los espejos, disimuladamente, o cuando creía que ella no lo observaba. Esto ya terminó de ponerla completamente loca. Si le gustaba, ¿qué sucedía, por qué se mostraba tan remiso, tan intratable, cuando ella intentaba iniciar una simple conversación? “Tendrá pareja, estará casado”, suponía Betsabé. No. Paloma, que ya sabía de qué barrio procedía el monitor, dónde vivía actualmente, y qué profesión tenían sus padres, la informó “de manera casual”, que Andrés había terminado hacía poco una relación sentimental, de la que tenía un hijo de corta edad.

“Quizás ha quedado hasta el gorro de las mujeres”, pensó entonces Betsabé, tristemente. ¿Quién podía culparlo? Por causa de algunas taradas con síndrome de abeja reina, cuyo único cometido en el mundo, al parecer, consistía en destacar y ser el centro de atención allá donde fueran, además de tener que controlarlo todo, incapaces de darse cuenta de que su comportamiento las convertía en seres aborrecibles para una relación amorosa, pagaban mujeres que nada tenían que ver con ellas, como Betsabé, que estaba en las antípodas de los peores clichés femeninos que algunas se empeñaban en bordar con hilo de oro.



De manera que Betsabé acudía cada martes y viernes, a las siete de la tarde, al gym del barrio, situado a diez minutos de su casa, caminando con el corazón ansioso y el pulso desbocado. Procuraba estar algo antes de la hora para llegar la primera, y así tener la ocasión de estar con él a solas ese poco rato, buscar la oportunidad para que surgiera la charla, aislados en aquella sala de arriba, apartados de las máquinas, que se encontraban abajo en la planta principal, y la zona de spinning, también arriba, pero en las que a aquellas horas no había sesión y normalmente estaba vacía. No solía suceder nada de lo que Betsabé deseaba fervientemente, y con lo que soñaba a cada momento. Pero a veces algún comentario inesperado, algún viso de interés por la música que escuchaba o por sus gustos literarios, le pintaban un mundo color de rosa, y la hacían ver corazones flotantes por todas partes.

Después de aguantar la cháchara inane de Camila durante la vuelta a casa, Betsabé llegó al fin a su piso, el de siempre, el de toda la vida. Sus padres se habían mudado a la costa hacía un par de años, y su hermano mayor estaba instalado en Barcelona, así que ella había vuelto a habitar aquel viejo piso, después de varios años viviendo de alquiler en una zona más céntrica.

Y como hacía cada vez que entraba en casa desde que había regresado, sus ojos no podían evitar desviarse hacia la escalera que ascendía hasta el ático, donde había un pequeño apartamento que, siempre por algún motivo u otro, ni se alquilaba ni se vendía, ni nada de nada. Permanecía cerrado y vacío desde al menos su nacimiento, hacía treinta años. Y ella sabía por qué.

Debía seguir allí. Encerrado. Seguramente ahora estaba escuchando cómo ella llegaba a casa. De nuevo acudía a la cabeza de Betsabé la idea de recurrir a él, sacarlo de su enclaustramiento y pedirle ayuda. Pero le daba miedo. “¿Te has vuelto definitivamente loca? ¿Quieres perder el poco seso que te queda?”

Betsabé lo había conocido desde pequeña, como a un pariente cercano, un primo o un tío, que hubiera hecho muchas veces de niñera. Ella le había puesto el nombre de Karim, porque su verdadero nombre, según le había explicado él mismo, “*es imposible de pronunciar para la voz humana*”

**BETSABÉ: cuando tu mejor amigo es diferente.**

Karim era inmutable. No envejecía, no se ponía gordo. Era hermoso, alegre, bromista, lo sabía todo, la ayudaba a hacer los deberes, jugaba con ella cuando se quedaba sola. Tenía unos preciosos ojos del color del ámbar, y una melena oscura con reflejos rojizos. Betsabé no imaginaba su infancia sin él.

Tampoco su pubertad. A los trece años él se había convertido en su amor platónico. Pero Karim entonces se distanció para que ella tuviese amigas de su especie y se relacionase más con los demás, y menos con él.

Karim no sólo le había recomendado siempre libros maravillosos, sino que él mismo le contaba historias de lugares en los que decía que había estado, y le hablaba de personajes fabulosos, dejándola fascinada y con la boca abierta. Una vez Betsabé, que poseía muy buena memoria, se puso a sumar los años según los relatos que le había referido y le salía que Karim debían rondar al menos los ciento ochenta años. Así que, sin dudarlo, le preguntó:

- Oye, Karim, ¿tú cuántos años tienes?
- ¿Quieres que te diga la verdad?
- ¡Pues claro!
- Tengo doscientos veintisiete. - Y luego

añadió: - No soy humano, soy un yinn. Si eres tan inteligente como yo creo, ya deberías haberte dado cuenta.

Betsabé sí se había dado cuenta siendo aún muy pequeña. Pero era más difícil de admitir algo así cuanto mayor se iba haciendo. Así que se rió:

- Qué tonto eres. ¡Menuda patraña!
- Vale, lo que tú digas. - le concedió Karim, sin gana alguna de insistir.

Uno de los recuerdos más intensos que guardaba de Karim era aquella vez que, teniendo ella diez años, subió a verle, como solía hacer a menudo, y se lo encontró tirado entre los cojines en aquel ático de decoración oriental, que a ella tanto le gustaba, llorando a lágrima viva, desconsolado. A ella se le rompió el corazón en el pecho al contemplarle así. El no la vio entrar, porque estaba girado, encogido sobre su pecho, dando la espalda a la puerta, que siempre estaba abierta para ella.

- Karim, ¿qué te pasa? - le preguntó la chiquilla compungida. Fue a sentarse junto a él, diciendo: - No llores. Sea lo que sea se arreglará, seguro.

Él se incorporó, y la miró con sus ojos ambarinos, ahora enrojecidos por el llanto, y le explicó:

- No, pequeña, no tiene arreglo. Una amiga mía a la que quería mucho se ha

ido para siempre. No volveré a verla jamás.

Betsabé intuyó que se trataba de una mujer rubia que una vez había visto allí, en el apartamento de Karim, y que le había llamado mucho la atención, porque era muy bella. Imaginó que tal vez era algo así como su novia, o la chica que le gustaba, pero no quiso decir nada al respecto. Intentó mitigar el dolor de Karim ofreciéndole lo único que tenía:

- Bueno, pero todavía me tienes a mí, yo también te quiero mucho. Yo no voy a irme.

Para su turbación, sus palabras solo consiguieron que el llanto de Karim arreciara algo más, mientras la atraía hacia sí para abrazarla:

- Gracias, *habibti*... gracias. - musitó él con la voz rota. Betsabé acabó sollozando también sobre su hombro, sin conocer el motivo.

Nueve años tardaría en enterarse de la terrible historia que había tras las desbordadas lágrimas de Karim.

Pero antes de eso, cuando Betsabé estaba a punto de cumplir los catorce, y justo cuando sus sentimientos hacia Karim habían cambiado transformándose en un embeleso y una constante fascinación que hacían que de puro júbilo le doliera el pecho, el yinn se volvió más esquivo, desaparecía durante semanas, y cuando ella subía a su apartamento, encontraba éste vacío, silencioso, y ella se sentaba allí, entre los cojines y las cortinas damasquinadas, a esperarlo durante un buen rato, hasta que anochecía, o hasta que empezaba a quedarse dormida. Sabía que no se había ido muy lejos ni por mucho tiempo, porque todas sus cosas seguían allí: sus ropas, desparramadas por todas partes, el rabel, el laúd, la flauta, que con tanta habilidad sabía tocar, la pipa de agua, y los botes de perfume, y los tres o cuatro libros que se estaba leyendo, en distintos idiomas (árabe, francés, y castellano) ¡y a la vez! No sabía dónde se metía durante tanto tiempo, pero estaba tranquila, porque sabía que acabaría volviéndole a ver en breve.

A sus amigas, que ya hablaban casi exclusivamente de música y chicos, les había dicho que le gustaba un vecino. Que se llamaba Karim, que era moreno y que debía tener alrededor de veinte años, y que era guapísimo.

- ¡Te brillan los ojos y te pones colorada cuando hablas de él! - señalaba Julia, con algarabía: - ¿Desde cuando lo conoces?

- Se mudó allí estas navidades. - mentía ella. Y añadía, arrebatada: - Es que no os podéis imaginar cómo es...

Betsabé ya había aprendido la lección desde muy niña, de una sola vez, sin necesidad de insistencia, de que no debía jamás hacer referencia a la

verdadera naturaleza de Karim, que ni siquiera ella entendía muy bien. Recordaba con vergüenza cuando con cinco o seis años había sido tan confiada, tan ingenua (para Betsabé ser una micurria no la disculpaba de ello) como para contarle a su madre que en el apartamento de arriba vivía un genio, que jugaba con ella a la oca y que hacían juntos pompas de jabón que llenaban el cuarto, y salían flotando por la ventana, como una bandada de mariposas transparentes e irisadas. Su madre le había reñido, la había llamado chiflada y la había amenazado con llevarla a un psicólogo, y Betsabé no había vuelto a hablar del tema. La imagen que tenía de los adultos en general, y de sus padres en particular había quedado muy dañada: unos tontos que no comprendían, a los que había que tolerar su incapacidad para ver lo que ella veía.

Si ahora hablaba con sus amigas de Karim, era porque le resultaba imposible contener la efervescencia que su solo recuerdo le provocaba en las venas. Betsabé no contemplaba dificultad alguna en su relación con el yim, y soñaba despierta con ese momento en el que ambos se declararan su amor mutuo, y lo sellaran con un beso apasionado. En el sexo no pensaba todavía.

Así que una vez que al fin lo pilló en su apartamento, le propuso, rebosante de ilusión, presentarle a sus amigas y que se viniera con ellas a tomar un helado. Karim hizo como que sopesaba la propuesta, sabiendo (al contrario que Betsabé) que no dejaba de ser una orden.

- ¿Estás segura de eso, Betsabé? No sé yo hasta qué punto es una buena idea mostrarme ante demasiada gente.

- Solo una tarde. Además, no sé, yo te veo normal. Quiero decir que no se nota que seas... otra cosa...

- Da igual lo que se note, Betsabé. Soy lo que soy. Cuanto menos gente me conozca, mejor.

- Solo son tres amigas.

- Vale, como quieras. - accedió Karim: - Me van a acribillar a preguntas, así que llevaré preparada una buena biografía.

La tarde de junio en la que Betsabé presentó a Karim a sus amigas Julia, Teresa y Marisa, fue, sencillamente, memorable. La muchacha disfrutó viendo el efecto que la hermosura exótica de Karim, que cuidando mucho de aparecer como un joven de la época, iba con unos simples vaqueros y una camiseta de deporte, causaba en sus amigas. Tal como Karim había dicho, una vez en la heladería, tomando granizadas, le llovieron las preguntas en tanto tres pares de ojos lo taladraban sin pestañear:

- ¿No eres de aquí, verdad?

- Eh, no, soy yemení.

- ¿De dónde es eso, dónde está?

Les tuvo que dibujar en una servilleta dónde estaba Yemen.

- ¿Qué edad tienes?

- Veintiuno.

- ¿Cuánto llevas aquí?

- ¿Tienes novia?

- No. - durante un segundo, tres pares de ojos se desviaron hacia Betsabé.

- ¿Cuál es tu grupo de música favorito?

- ¿En qué trabajas, estás estudiando?

- Betsabé nos ha dicho que hablas varios idiomas.

Karim le lanzó a la muchacha una mirada de advertencia que ella, bajando la suya, comprendió enseguida: hablaba más de la cuenta.

- Además del castellano, hablo francés y árabe. Y ahora estoy aprendiendo ruso.

- ¿No te cansa estudiar tanto?

- ¿Tienes hermanos?

- ¡Vente un día al cine con nosotras!

Para librarse de semejante tercer grado, se levantó, acompañado de Betsabé, a pedir copas de helados para todas. Cuando fue a pagar, el heladero, cincuentón y rechoncho, le lanzó una mirada aviesa. Karim sabía lo que estaba pensando y estuvo a punto de explicarle: “son mis primas.” Pero luego decidió que no tenía por qué hacerlo.

Cuando volvió a sentarse entre las chicas, lo hizo preparado para tomar las riendas de la conversación. Mientras ellas paladeaban sus helados, sin quitarle la vista de encima, él les contó que era músico, que le gustaba viajar por todo el mundo, y vivir en diferentes lugares. Que no pensaba casarse, que su color favorito era el rojo, y su horóscopo, Sagitario. Les dio su supuesto número de teléfono, dejando a Betsabé muy confundida, porque nunca había visto a Karim usando de eso.

Al cabo del rato, Karim se excusó, diciendo que tenía que marcharse ya a preparar el equipaje porque se iba un mes a la playa.

- ¿Ah, sí? ¿A qué playa?

- A Túnez. Ya le enviaré a Betsabé una postal. dijo, mientras colocado de pie detrás de ella, le revolvía el pelo: - Con un saludo para todas. - añadió con énfasis.

- ¿Dónde está Túnez?

A pesar, sin embargo, de tan aparente entusiasmo, en cuanto Karim se fue, sus amigas pasaron del baboseo a ponerle a Betsabé todas las pegas del mundo:

- Betsabé, yo diría que ese chico es gay.comenzó Julia.

- ¡Y tiene los ojos muy raros! - exclamó Marisa.

- Tiene menos interés en ti que en una babucha.

- soltó de manera hiriente Tere.

Betsabé no se molestó en rebatirlas, no podía pelearse con las tres. Se quedó taciturna y mohína, despreciándolas, sintiéndose decepcionada con su comportamiento. Tan solo confiaba más en Julia, y sabía que si había hecho ese comentario, era porque realmente se lo había parecido. A Marisa y a Tere, simplemente, se las comían los celos. Karim era un bombón y era *subbombón*. Se mordió la lengua para no contarles la verdad: que era su mejor amigo desde siempre y que nunca se separarían.

De manera que Betsabé sabía lo que era Karim prácticamente desde que gateaba, pero una parte de ella se resistía, conforme había ido creciendo, a creerlo a pies juntillas, y lo negaba, lo negaba una y otra vez. Con catorce años se inclinaba más por la explicación de que Karim fuera en realidad un alienígena, un extraterrestre. Le resultaba más racional y más acorde con su cosmogonía particular creer eso, que pensar que pertenecía a una especie creada del fuego, antes incluso que la aparición del ser humano sobre la Tierra. Y le resultaba también más cómodo para sus fantasías románticas.

## CAPITULO 1



**KarimElGenio**

@YinnKarim

Betsabé me saca de mi encierro. Para que la ayude con un tío #nomelopuedocreer #NO #MELOPUEDO #CREER #Menudareentré

La noche en la que Betsabé decidió echar siete cerrojos a la puerta de mi apartamento, sellando así su voluntad de que permaneciera ahí encerrado hasta que ella decidiera lo contrario, fue, sin duda, una de las más amargas de mi existencia. De eso hacía ya casi diez años, y durante ese tiempo, no pasó un solo día en que no implorara al Altísimo que conmoviese su corazón, y viniera de nuevo a verme, y me sacara de aquí. Conocía historias terribles, de genios

encerrados, encadenados, enterrados en pozos, durante cientos de años. Esa idea me desesperaba. Tuve tiempo para invocar a alguno de mis hermanos, e indagar para saber quién había sido el que había informado a Betsabé de que podía hacer semejante cosa, porque desde luego, hasta esa noche infausta, estoy convencido de que no lo sabía. Y cómo pronunció las palabras que tenía que pronunciar, de manera perfecta. Lo había ensayado. Alguien le había dicho que era muy importante que lo dijera correctamente o no serviría. Sin embargo, casi ninguno de mis hermanos quería hablar conmigo, porque se supone que mi castigo es estar aislado, y lo único que hacían era preguntarme qué había hecho para merecerlo. Algunos aprovechaban para sermonearme. Que qué había liado para enfadarla, que si le había faltado el respeto, que si había intentado seducirla... Yo lo negaba todo, por supuesto. Guay, ¿eh?

Aquí, en este ático, este apartamentucho, permanecí solo, triste, abandonado; escuchando discos viejos, aburrido de leer siempre los mismos libros, fumando en mi shisha, entregado a una languidez soporífera sobre los cojines mullidos, creando figuras de odaliscas para solazarme sexualmente, pero sin poder olvidar a Betsabé. Me harté de tocar el laúd, la flauta, el rabel; todo me resultaba insatisfactorio. Lo único que aliviaba mi aturdimiento, era espiarla a través de mi bola de cristal, recitando el conjuro precedente, cuya traducción sería, más o menos, esta:

*“ Escucha al hijo del Fuego,  
oh, mundo del tiempo y el espacio.  
Estrellas, soles y lunas,  
abrid mis ojos, más allá de los muros de la distancia.  
Muéstrame a Betsabé, mi dueña.  
Muéstrame sus idas y venidas, sus amoríos;  
muéstrame, cristal puro, creado del magma de la Tierra ”*

Era lo único que me distraía, aunque muchas veces me hacía sufrir. Pero me resultaba inevitable. Frente al ventanal, he contemplado las puestas de sol, afligido, sin poder evitar las lágrimas, atribulado por su ausencia, mientras mi corazón suplicaba : ¡vuelve, Betsabé!

Pero Allah es grande, y mis plegarias al fin, fueron escuchadas. Una tarde la sentí subir por la escalera. Agudicé el oído: es ella. ¡Es ella! Rápidamente, preparé mi shisha y me recosté en los cojines, frente a la puerta, con mi batín

de seda rosa, bordado en nenúfares de plata, llevándome la boquilla a los labios. Que no me viera ni mucho menos pesaroso, ni doblegado, ni abatido. Escuché con impaciencia, cómo iban descorriéndose uno a uno los cerrojos, y no pude evitar suspirar de alivio y felicidad. Enseguida lo percibí, en lo indeciso de su acción, su titubeo al girar las llaves, su lentitud: “¡está asustada!”

Al fin se abrió la puerta. Al fin la veo otra vez, en presencia real, después de tanto tiempo. ¡Allah!, realmente se ha convertido en una mujer muy hermosa y muy sensual, ahora que la tengo delante la puedo apreciar mejor.

En sus ojos había temor. Pero sobreponiéndose, avanzó unos pasos, y sonriendo, algo forzosamente, se puso zalamera:

- ¡Karim! ¡Mi querido Karim! ¡Qué ganas tenía de verte!

- ¡Ah, vaya! ¿En serio? - digo, poniéndome en pie. Yo también sonrío, aproximándome a ella.

- Y estás... ¡estás guapísimo!

- ¿Has visto? Pues cada lustro que pasa lo soy más. - Como me he dado cuenta de que no tiene ni repajolera idea de que es ella la que tiene en todo momento la situación bajo control, borro la sonrisa de mi cara, y digamos que le riño: - ¡Hay que tener la cara muy dura para presentarse aquí como si tal cosa, después de haberme dejado encerrado durante diez años!

Es entonces cuando definitivamente, Betsabé me demuestra no sólo que no sabe que es mi ama, no se ha enterado, sino que piensa que puedo tomar algún tipo de represalia sobre ella, hacerle algún daño. Ante mi pasmo, ¡se postra ante mí!

- ¡Karim! ¡Karim, lo siento, perdóname!

Yo la pongo en pie de inmediato, no puedo permitir semejante despropósito:

- ¿Pero qué haces, so loca? ¡Levántate enseguida!

- Karim, yo... no hubiera querido que pasara tanto tiempo, pero no sabía... He querido venir antes muchas veces, pero he pensado que estarías furioso, y ... no sé, tenía ganas de verte, pero... estaba hecha un lío, no era capaz de digerir bien lo que pasó.

Al decir estas últimas palabras, ha bajado la vista, como abochornada por el recuerdo, y me siento impelido a aclarar:

- Bueno, fue una torpeza por mi parte dejar que... bah, admito que fue culpa



mía y que yo lo provoqué todo. No voy a darle la vuelta, fui yo el que empezó y eso no admite discusión.

Nos quedamos los dos un momento en silencio. El asunto ha salido con una rapidez que yo no esperaba, después de tantos años. Como si se hubiera quedado suspendido en el aire, pero no se hubiera diluido, ni mucho menos; desde luego, yo aún me estremezco cuando recuerdo cómo la tuve entre mis brazos, y mentiría si dijera que no se me apetece volver a hacerlo ahora. Pero soy consciente de que es un error que no puedo volver a cometer.

- Pero bueno, he vuelto para que vivamos juntos el presente. - dice ella de pronto, volviendo a sonreír.

- Vale, pues tú dirás... - le digo, volviéndome a sentar.

- Yo diré qué.

- A ver, Betsabé, ya no eres una cría, ni una adolescente. Tienes una vida, no sé muy bien qué puedo pintar yo en ella. Imagino que pretendes tenerme como consejero o algo, porque otra cosa, no sé...

- Consejero, amigo, claro que sí. No he venido a otra cosa.

Pero qué cordial, asertiva y concesiva está la muchacha. Realmente pensaba que yo iba a ponerme hecho una fiera, y que iba a retorcerle el cuello con un chasquido. Lo veo en sus ojos: me tiene respeto. Es increíble.

- Imagino que ya sabrás que trabajo de reponedora en un supermercado y eso. - comenzó a contarme.

- Apasionante.

- Sí, es un asco, pero es lo que hay. También tengo un grupo de música y hacemos bolos y eso... pero no es suficiente para vivir.

Un grupo de música tecno pop llamado Unison. Un espanto, en mi opinión. Me quedé con ganas de decírselo, me interesaba abordar otro asunto, ya que acababa de admitir que su trabajo no le gustaba, y que su afición no iba a darle de comer:

- Sí, claro. Porque recurrir a mí no se te ha pasado nunca por la imaginación, por supuesto.

Se me quedó mirando con desconfianza, como si intentase descubrir un doble sentido a mis palabras.

- No te entiendo, Karim.

- Que me tienes desaprovechado, Betsabé. Llevo aquí diez años, comiéndome las uñas, muerto de aburrimiento, cuando yo podría haberte proporcionado una calidad de vida mucho mejor. Ignoras tu suerte.

- ¡Pero si una vez me dijiste que no podías cambiar mi destino! - exclamó.

- No, claro que no. Lo que tenga que ser, será, eso no hay quien lo cambie. Pero si hubieras confiado en mí, en lugar de dejarte arrastrar por el miedo, entenderías lo que significa que la puerta de donde yo vivo, esté siempre abierta para ti.

La realidad era que Betsabé se conformaba con poco. Las escasas veces que me había pedido algo material era porque su posesión implicaba la consecución de otro objetivo que yo no podía conseguirle directamente, no por el objeto en sí: ropa underground que le permitiera integrarse en el ambiente que a ella le gustaba, unos cedés, entradas para el cine, poco más.

Salir con ella cuando no tenía con quien... eso era lo que más me había solicitado siempre. Muchas veces había pensado durante esos años de enclaustramiento, que mi error había sido dejarle demasiado a ella la iniciativa. Permanecer a veces en una pasividad que, a la postre, había sido contraproducente para ambos. Ahora, que se me estaba dando una segunda oportunidad, pretendía subsanarlo.

- Si yo vivo en un palacio, ese palacio es tu casa, ¿entiendes?

- A mí siempre me ha encantado cómo tienes este apartamento. - replicó ella, risueña.

- No me digas, pues yo ya lo tengo muy visto. Si sigo aquí es porque tú me encerraste aquí. Y ahora que vuelves a vivir ahí abajo, tampoco tengo demasiadas opciones.

- La verdad es que no entiendo nada de lo que quieres decirme.

Me aproximé a ella, mirándola de frente.

- Que podría conseguir todas las riquezas del mundo y estarían a tu disposición.

Betsabé se me quedó mirando seria, incrédula. Como si sopesara dónde estaba la trampa de aquella afirmación que yo acaba de hacer, y que desdeñó enseguida, riéndose:

- Venga, ya, Karim, no sabría qué hacer con eso. No he tenido nunca lujos, ni siquiera demasiados caprichos. Lo sentiría todo muy ajeno a mí. Además, tendría que mezclarme con gente que no creo que me guste demasiado.

Es que es rara de narices, creo que no se entiende ni ella.

- Es fácil acostumbrarse a la abundancia, te lo aseguro. Pero como tú digas. - suspiro resignado: - Si lo rechazas, yo no puedo hacer nada.

- Un momento, qué pasa, ¿que si no digo que sí corriendo y con ansia, se considera que es un no definitivo?

- No, qué va. Puedes pedir lo que quieras cuando quieras. Aunque ya sabes los

límites...

- Sí, ya, bueno...- Me mira sopesando la idea: Me lo iré pensando.

- Tú misma.

- A ver, todas las riquezas del mundo no, pero... algunas cosas... no estarían mal...

Por el ventanal abierto, de repente, se cuele una melodía de una canción moña, que suena en la terraza del bar de abajo, que acaba minutos. Esa melodía, a mi de abrir hace cinco pesar, transforma la atmósfera de ese momento de reencuentro entre Betsabé y yo, en algo mágico, y comienzo a dejarme llevar por una pasión adormilada durante estos años atrás, y que ahora empieza a desperezarse, a estremecerse dentro de mí. Voy pergeñando la idea de acercarme más a ella, acariciarle la cara y el pelo y confesarle: “Yo no he podido olvidar lo que pasó, ¿has podido tú? Lo peor de estos años no ha sido el encierro, sino tu ausencia. Tener que asumir que no me necesitabas, que estabas mejor sin mí, y que no me añorabas en absoluto. No te imaginas cómo he sufrido por eso”. La miro; la canción se termina, y decido esperar un poco más, un momento más justo para hacerlo.

Entonces ella se levanta y expresa, al fin, lo que la ha empujado a venir aquí realmente:

- Oye, eso de los palacios y las riquezas está muy bien, lo podríamos dejar para más adelante, pero de momento... verás, había pensado que quizás pudieses ayudarme a desbloquear una situación que estoy viviendo con un chico... bueno, un hombre.

Sacudí la cabeza, cerrando los ojos, al tiempo que me escocía aquella matización. No, un chico, no; un hombre. Mi naturaleza de fuego comenzó a formar un remolino en el centro de mi pecho, intuyendo lo que se le venía encima, lo que estaba a punto de escuchar y comprender.

- Perdona, ¿podrías explicarte mejor?

- Me he enamorado de un monitor del gym al que voy. - me soltó sin piedad: - Ya sé que no puedes manejar los sentimientos de la gente y eso, pero es que verás, yo creo que también le gusto, pero pasa algo muy raro, hay demasiada tensión, yo me pongo muy nerviosa y él esta como a verlas venir.

- ¡Pues si piensas que también le gustas, vas y le pides una cita! - contesto en tono agrio, casi mascando las palabras: - No es demasiado complicado.

- ¿Es que no me estás oyendo? Te digo que soy incapaz siquiera de coquetear con él, me gusta demasiado, y me entra ansiedad.

Siento como si me estallara una lluvia de cristales en el diafragma. Se me

agita la respiración.

-¿Y qué pretendes que haga yo, que te prepare una infusión de valeriana?

- Quiero que me des tu consejo, que me ayudes a saber cosas de él. Si tiene pareja, qué hace en sus ratos libres, qué gustos tiene. Y podrías incluso acercarte, y hablarle de mí... decirle que me gustaría tener una cita con él...

Me muestro realmente ofendido:

- ¿Te ofrezco las riquezas del mundo... y tú quieres utilizarme de correveidile? ¿De trotaconventos? Mira, Betsabé... ¡fuera! ¡Fuera, sal de aquí, por favor! Tengo que asimilar esto.

Betsabé empezó a balbucear disculpas, mientras yo la empujaba hacia la puerta, procurando contener mis lágrimas de rabia.

- ¡No te enfades, por favor! - me suplicaba.

- Voy a pensar en ello, pero ahora necesito estar solo, venga, ya hablamos mañana, hasta luego.

Le cierro la puerta casi en la cara. La escucho suspirar al otro lado, y cómo comienza a bajar las escaleras con parsimonia. Yo me dejo caer en los cojines de nuevo. En un súbito ataque de ira, cojo uno y lo destrozo, llenando de plumas blancas toda la estancia, que caen suavemente por todas partes, como si nevara en pleno mes de mayo.



**KarimElGenio**

@YinnKarim



Prohibía todas las canciones de amor ahora  
mismito. #rabia #indignación  
#porquéme pasa esto #ingratitude humana  
#quiero morirme

Me siento idiota, con el orgullo pisoteado. He sido un estúpido añorándola, pensando en ella, soñando con el momento en el que volviera a cruzar esa puerta. Bueno, pues ya lo ha hecho. Ya ha venido a buscarme. Para que le ayude en su relación con otro.

No con otro chico, no. Con otro hombre. Un hombre. Se ha encargado de subrayarlo. Y no sé por qué, ese detalle me ha lastimado. Siento que en el aire ha quedado flotando la aclaración: “no un niñato como tú”. Ya sé que no lo soy, tengo dos siglos y medio, pero mi aspecto es el que es, y mi carácter

también. Cuando me miro al espejo, veo a un joven delgado, de rasgos finos y pelo sedoso, ojos almendrados, y labios algo carnosos, que quizás le gustara a la Betsabé de catorce, y a la de diecinueve, pero ahora está claro que la deja indiferente. Puedo hacerme invisible, tomar la forma que se me antoje durante un tiempo limitado, copiar la apariencia de otros cuando los he tenido delante físicamente, pero esta es mi genuina figura humana, la que me sale sin pensar, sin esfuerzo, y con la que ella me ha conocido desde siempre. La varié ligeramente cuando quise seducirla, poniéndome los ojos oscuros, y quitando los reflejos rojizos de mi melena, que acerté un poco. Me puse una ligera perilla, sutil y seductora. Me salió bien. Aún recuerdo la expresión de su cara cuando aparecí ante ella, ahí, en el descansillo, delante de su casa, para ir de fiesta. “¿Qué te parece? ¿Qué tal estoy?” le pregunté. Y ella casi estaba sin palabras.

Esto de ahora parece un castigo a aquel momento glorioso. ¿Por qué? ¿No lo he pagado ya con diez años de cautiverio?

Bien, tengamos calma. Debo mantener la cabeza fría, y saber aprovecharme de la situación. No debería haberla echado con cajas destempladas, eso ha sido una torpeza, una muestra de debilidad. La obedeceré, claro, no me queda otra. Pero esta vez seré astuto, calculador, me haré inmune a sus encantos. ¿Qué se ha creído? ¿Que va a poder romperme el corazón cada vez que le dé la gana? ¡Me lo arrancaré si hace falta! Está claro que esa noche tan especial para mí, para ella no significó nada. Ni siquiera se acordará bien de aquello. ¡Maldita perra! Así me agradece el haberle dado las mejores juergas de su triste adolescencia. ¡Sí, triste! Sólo yo he sido capaz de entender las cosas como ella las veía, sólo yo comprendía bien qué era lo que buscaba, su ansia de música, luz, de baile, de efervescencia vital. De amor. Yo me la he llevado a disfrutar de la noche, sin que sus padres, creyéndola dormida en su cuarto, sospecharan nada, al club, a la sala, a la terraza donde a ella se le antojara, mientras sus penosas amigas cotilleaban mustias alrededor de unos helados, como cuando tenían catorce años ¡así están de gordas!, y estaban de vuelta a las doce en su casa. Betsabé y yo bailábamos hasta el amanecer, una canción tras otra, como si no hubiera un mañana. No necesitábamos nada más. Bailar es otro de mis muchos talentos, por supuesto, soy un yinn, y soy prácticamente perfecto en casi todo (con el permiso de Allah).

¿Y cómo me paga esa aprendiz de femme fatal el haberle alegrado la existencia en una edad tan propicia? ¡Colgándose con un monitor del gym! ¡Uff! ¿Se puede ser más vulgar? Lo que más me fastidia es que está igual de

lozana y hermosa, o incluso más. ¿Por qué no se ha puesto flácida y avinagrada, como les empieza a pasar a muchas cuando llegan a su edad? ¿Por qué me parece que está más espléndida que con dieciocho? Esto no puede ser. No es justo. No lo es en absoluto.

### **BETSABÉ: la noche más hermosa.**

Le preocupaba que Karim se hubiera enfadado con ella porque, francamente, ahora sentía que lo necesitaba. Quería que se volviera invisible y que espíase a Andrés, que le dijera adónde iba, si tenía ligues, si en algún momento hablaba de ella con algún amigo. Necesitaba saberlo. No podía seguir con aquella ansiedad que la mataba día a día. Le suplicaría a Karim si hacía falta, se lo pediría de rodillas, no le importaba. Para que se le pasara el mosqueo, se le ocurrió enviarle un regalo. ¿Qué era lo que le gustaba a Karim? Tenía que hacer memoria.

Lo que la había impulsado a subir al apartamento y exponerse a la cólera del yim, que debía de estar que mordía después de haber sido encerrado y abandonado durante diez años, era lo que había sucedido en las últimas semanas con Andrés. Sin venir a cuento, uno de los días se había dirigido a ella de muy malos modos.

- ¿Tú has hecho ya este ejercicio? - le había preguntado en tono brusco, con expresión casi ceñuda, durante la clase de fitness, cuando se encontraban haciendo un circuito.

Betsabé no había contestado enseguida. Lo había mirado un segundo con expresión interrogante. “Sí.” había contestado luego, encogiéndose de hombros. Otro día, antes de comenzar la sesión de pilates, mientras sentada en la esterilla, se cambiaba de calcetines, Betsabé le había preguntado:

- Andrés, ¿vamos a usar la cinta elástica?

Él, que estaba de espaldas, se había girado, sí, pero no le había respondido, ni siquiera la había mirado. Ignorando su pregunta, se había dirigido a una mujer mayor que preparaba la esterilla junto a ella:

- Ana, ¿te has traído la cinta? - Lo que indicaba que sí había escuchado a

Betsabé. La señora contestó que sí, y él siguió a lo suyo. Betsabé se sintió herida. Al menos, que intentara disimular el desaire, cuyo motivo tampoco alcanzaba a entender. Se trataba de simple educación. Molesta, musitó, porque no se atrevió a hacerlo en voz alta:

- Gracias por tu atención... ricura...

Y en otra ocasión, estando de nuevo en medio de un circuito, Betsabé se distrajo al observar a través de la cristalera de la puerta, en la sala contigua, la de las bicis, la silueta de un joven. No lo veía bien, porque se encontraba a contraluz, y se le pasó por la cabeza que podía tratarse de su ex novio, que tal vez había ido allí para hablar con ella, porque tuviese que comentarle algo. Enseguida se dio cuenta de que no era él, sino del instructor de zumba. Paloma, que estaba cerca, al verla mirar con tanto interés, le preguntó quién era. Betsabé contestó: “No sé, creo que es el de zumba”. Ni siquiera se acordaba de su nombre. Momentos más tarde, Andrés le comentó a las dos, con un tono algo displicente:

- El que estaba ahí era Santi, el chico de zumba. Ha venido a hablar con Laura. Por si os interesa saberlo.

- Laura era una de las dueñas del gym. A Betsabé le pareció que Andrés, al decir esto, le dedicaba una mirada algo aviesa, y respondió simplemente, encogiéndose de hombros:

- Sí, ya...

Betsabé solía ser simpática y educada. Los buenos modos le parecían esenciales. Sin embargo, ya de niña se había encontrado con que, a veces, una pregunta o una observación inocente de su parte, formulada incluso con ilusión o entusiasmo, envuelta en una sonrisa sincera, recibía una respuesta dura, en tono de reproche, con insolencia, y eso la había herido, sobre todo cuando había venido de un adulto con autoridad, a quien ella respetaba. Entonces se le había congelado el gesto en la cara, sin saber qué responder, avergonzándose sin saber muy bien el motivo. Luego se sentía imbécil, humillada. A raíz de eso, como no le gustaba mostrarse vulnerable ni destemplada, dando una respuesta rabiosa, había aprendido a afrontar las malas contestaciones con indiferencia heladora, con un desprecio liviano, como si quien le hablaba no mereciera apenas consideración. Y esa era la reacción que tenía cuando Andrés, de manera gratuita, se mostraba áspero con ella: un desinterés

evidente y desdeñoso. Le salía sola, sin esfuerzo. Era un resorte y una defensa. Si el monitor estaba molesto por algún motivo con ella, que se lo dijera, pero ese trato le parecía inaceptable. Así que no iba a preocuparse de que él la encontrase engreída y soberbia, aunque eso estropeará un posible acercamiento. Por mucho que le gustara el tipo, y aunque le fastidiase esa absurda tensión.

Ese día, enfurruñada, se fue del gym sin despedirse de él. Eso fue un martes. El jueves, aunque había hecho un esfuerzo por pasar página con el tema de Andrés, intentando convencerse de que no era más que un capullo sin modales y un grosero inaguantable, cogió las llaves de los siete cerrojos, y fue arriba, al ático, a liberar a Karim y a pedirle ayuda.

No le había mentado al decirle que no pocas veces le había recordado (¿cómo no hacerlo?) y había sentido deseos de volver a verle. Pero el miedo había acabado imponiéndose. “Está hecho de fuego”, pensaba con un estremecimiento. Lo había visto, diez años atrás, delante de ella, había visto su naturaleza. Karim se había derramado en una cascada incandescente, se había deshecho en un torbellino de llamas mientras ella sollozaba de pavor en un rincón. Recordaba la luz poderosa, el intenso calor. Entonces había sido consciente de verdad del poder del yinn, había entendido todo lo que era capaz de hacer y se había sentido horrorizada.

También había comprendido ese extraño crepitar que solía percibir en la voz de Karim, esos chasquidos, el murmullo que parecía brotar de su garganta mientras hablaba. El color ambarino de sus pupilas que a veces parecían iluminadas, el destello rojizo en sus cabellos, oscuros como el carbón. Su vitalidad, su energía, que nunca tuviera frío, que no se agotase. Que fuera tan apasionado en todo.

Karim había sido su gran amor de juventud al que casi había venerado. Ahora le resultaba extraño, una anomalía. Sin embargo, cuando a los diecinueve años, en la fiesta que unas compañeras de curso habían organizado en un club, Karim, que había aceptado ir como su acompañante, la echó contra la pared y mirándola fijamente le dijo que era la chica más bonita que había en esa fiesta, Betsabé creyó estar soñando. No contento con eso, viendo el efecto que causaban sus palabras, Karim había añadido: “Creo que me quedo corto. En realidad, eres la chica más bonita que conozco.” Betsabé se había llevado



esperando algo como aquello desde los catorce años, y le habían temblado las piernas. Recordaba muy bien las sensaciones, la excitación, el hormigueo, el amor reventándole en las venas. Pero todas esas emociones hacia Karim, no eran ya más que eso, un recuerdo. Un pasado que se le antojaba lejano; ahora, cuando había vuelto a verle, envuelto en su bata rosa con nenúfares anacarados, fumando en su cachimba, lo único que había sentido había sido cierto reparo y bochorno de que un chico así de extravagante hubiera despertado en ella una pasión tan viva.

No obstante, alcanzaba a ver la diferencia entre lo que ahora sentía por Andrés y lo que antaño había sentido por Karim. Ahora no existía la misma magia que hubo entonces. Eso no podría olvidarlo nunca, lo que no servía, sin embargo, para aliviar un ápice el deseo voraz que Andrés (tan diferente a Karim) le provocaba. El viernes siguiente a la noche en la que ella había liberado al yinn, Andrés, después de haber tenido una actitud tan despectiva con ella, la recibió en el gimnasio con su maravillosa sonrisa, y Betsabé no pudo evitar derretirse. “Un día no podré resistirme y me abalanzaré sobre él”, pensó luego, cuando volvía a casa. Aquel pelo ensortijado, corto y oscuro, la barba de tres días, recia y cerrada, sus brazos fibrosos, morenos, el vello corporal que se dejaba ver cuando iba en tirantas, incluso el de sus axilas, todo en él la excitaba, la voz, la mirada, los movimientos. Todo era muy carnal. Con Karim, recordaba, no había sido así, ni mucho menos. Con el yinn había fabricado fantasías de un romanticismo sensual propios de una adolescente aún virgen (la primera vez de Betsabé había sido con un compañero de instituto con el que salía, una relación que se había hundido en el más absoluto de los olvidos), no aquel desgarró erótico. No obstante, tenía marcado en su memoria que la primera vez que había disfrutado del sexo de forma absoluta, había sido con Karim, una noche de julio, muy calurosa.

Rememoraba esa noche en la sala Fooly algunos domingos de tardes tristonas, en las que se sentía sola, por una ruptura, por haber intentado infructuosamente ponerse en contacto con alguna vieja amistad, o si había intentado quedar con alguien y presentía que se habían excusado falsamente. Entonces Betsabé tenía esa impresión tan habitual en ella, de no encajar, especialmente en el mundo femenino; a veces pensaba que ese rechazo se debía a que tenía una forma de pensar y de ver la vida demasiado “masculina”; o tal vez era que sin pretenderlo, y sin ser demasiado consciente de ello, rezumaba una soberbia

que las espantaba. Los chicos, menos susceptible por lo general, eran más capaces de lidiar con ello, pero aun así, no pocas veces la trataban a la defensiva. Entonces, cuando se sentía así, escuchaba la música de sus viejos cedés, rememoraba a Karim y lo a gusto que se encontraba con él, antes de verle manifestarse en su naturaleza pura y real, antes de verse impelida por el miedo a encerrarlo bajo siete cerrojos, como Nomi, el vidente al que había ido a consultar apurada y nerviosa, le había dicho.

Entre los quince y los dieciocho años, su relación con el genio se había vuelto muy extraña. Karim persistía en su distanciamiento, y había dejado de ser su amigo inseparable, pero a cambio, aparecía una o un par de veces al mes, y la sacaba del aburrimiento de su pandillita, de su casa, de su familia. Ella subía todos los sábados a media tarde, con el corazón latiéndole muy fuerte, esperando encontrarle allí. Si había suerte y él ya estaba allí, o aparecía a los cinco o diez minutos, la invitación era casi inmediata:

- ¡Hombre, Betsabé, *ia, habibti* ! Qué, qué se te apetece esta noche, ¿latino, electrónica, rock, locales de ambiente, retro, house...?

Y dependiendo de lo que ella eligiese, aparecía un vestidor con la ropa adecuada. Karim, que no perdía la ocasión de ser un estafalario, solía ataviarse con blusas y chaquetas de estampados inusuales, como kanjis, estrellas de ocho puntas, rombos, plumas de pavo real, cruces formando hexágonos, todo en los más diversos colorines. Tampoco se cortaba a la hora de llevar complementos, sombreros, gorras, fulares, cinturones, gafas de sol, abanicos, e incluso una vez que iba en plan dandy, sombrero de copa incluido, un bastón. Le gustaba variar su imagen, y lo mismo lucía perilla que aparecía completamente afeitado, con el pelo suelto, o recogido en una coleta, una trenza o un moño, o lo mismo se lo cortaba, se ondulaba las puntas, lucía pendientes, colgantes, anillos, tatuajes que aparecían y desaparecían, cualquier cosa, menos tener un aspecto aburrido. No es que no le importara llamar la atención, es que parecía que le pesara pasar desapercibido. Hay que ser muy guapo, para ponerse una camiseta hawaiana de manga corta y unas gafas de sol violeta, y que se siga notando que se es guapo. Él lo era, ciertamente, y lo sabía, y por eso arriesgaba tanto con su imagen. No temía equivocarse, y, en todo caso (se daba cuenta ahora Betsabé) ¿qué podía importarle a un yinn lo que unos simples humanos pensarán de su estilo? ¿Qué sabían ellos?

Fueron noches inolvidables, las mejores. Betsabé seguía enamorada, pero viéndole tan diferente a todo, y como además ya le había hablado de sus sentimientos en una ocasión teniendo aún catorce años, y se había llevado una bronca, y desde entonces nunca había notado de parte de él ni un gesto, ni una mirada, ni una señal que la hiciesen pensar que había cambiado de opinión, o que ya la viese de otra forma, no quería meter la pata de nuevo y estropearlo todo. Además, a veces, cuando lo veía bailar, con su descaro, su soltura, con aquellos outfits no exentos de glamour, pero con sus chispazos de locura, recordaba las palabras de Julia, que no pocas veces le pesaban: “Yo diría que ese chico es gay”. Betsabé no quería sacar el tema, era algo muy personal de lo que debía hablar él, si es que le daba la gana hacerlo. Luego sin embargo, lo pillaba mirando anatomías femeninas, y se quedaba muy confundida. Quizás fuera bisexual, o quizás debería intentar no encasillarlo en ninguna categoría. Era un yinn. Eso bastaba.

Una de esas noches, antes de que la dejase en su casa, Betsabé le pidió con antelación:

- Karim, quisiera pedirte un favor. Verás, el sábado que viene las chicas del curso, con las que salgo ahora de vez en cuando, tienen una fiesta de cumpleaños en el Fooly; yo, teóricamente, estoy invitada, pero digamos que están haciendo planes y quedando a mis espaldas, sin contar conmigo, y bueno, yo...

- No te rayes y pasa de ellas. - contestó tajante Karim.

- Ya, si es lo que pienso hacer, la cosa no funciona, están siempre zahiriéndome con sus comentarios estúpidos y sus sonrisas falsas...

- No pierdas el tiempo yendo a esa fiesta.

Betsabé entonces se explicó con una claridad meridiana y gesto serio:

- Cómo, pues claro que voy a ir. Y lo que quiero es que vengas conmigo, y que se arañen la cara de envidia. Que se peleen como gatas para estar a tu lado, y ver cómo se arrastran para ser mis amigas y así poder verte y quedar contigo.

Karim enarcó las cejas, porque nunca había oído hablar a Betsabé de esa manera, y soltó una carcajada, haciendo palmas:

- ¡Me gusta, me encanta ese plan! Cuenta conmigo. - le dijo.

Betsabé nunca tendría claro si, a raíz de ese plan, Karim se había preparado el suyo, o lo sucedido había acabado ocurriendo porque sí, porque tenía que fluir de esa manera, sin que hiciera falta ninguna premeditación por parte de Karim. El sábado siguiente, a las siete de la tarde, Betsabé iba enfundada en su

vestido rosa chicle (nunca se había puesto algo tan ceñido) con los hombros descubiertos, y los bucles endrinos cayéndole en cascada. Cuando salió al descansillo, nerviosa, dispuesta a subir para ir a avisar a Karim, se encontró con que él ya estaba a mitad de la escalera.

- ¡Allah! - exclamó el yinn desde allí: - ¡Eres una belleza! ¿Y yo, qué tal estoy? ¿Qué te parece?

Se plantó delante de ella, atusándose el pelo con coquetería, y un amago de sonrisa en la cara. Karim iba más sencillo de lo que solía, con una simple chaqueta negra sobre una blusa burdeos y unos vaqueros gastados. Iba completamente afeitado, y la melena recortada sobre los hombros, algo más ondulada esta vez. Pero lo que dejó extasiada a Betsabé fueron sus ojos, oscuros como una noche de luna nueva.

- Estás increíble... - le dijo, cuando logró salir de la impresión. - Te hace falta muy poco para estar, eh, ¿por qué no te quedas con los ojos así? Te pegan muchísimo.

- Bueno, es como si tú apareces con peluca, y yo te digo ¿por qué no te la dejas para siempre? - explicó algo apurado: - No puedo decir que sean un... postizo, pero no es el color de mis ojos, es un adorno, un truco...

Betsabé se sintió mal, pensando que había estropeado el momento, y se apresuró a decir:

- Bueno, Karim, a mí me encantan tus ojos, ese color ámbar yo no se lo he visto nunca a nadie, y te hacen único. Lo que quería decir es que así pareces más... mediterráneo.

- Ya. - asintió Karim. Y luego bromeó: Bueno, a ti tampoco te hace falta peluca.

Sólo una de esas compañeras con las que había estado yendo a desayunar durante el curso y con las que había ido al cine y a tomar cervezas algunas veces, se interesó por cómo y con quién iba a ir ella al Fooly, que estaba en el extrarradio de la ciudad, y Betsabé le explicó que ella iría con su primo en coche. La otra chica, llamada Sara, se limitó a decir "Ah...". Entonces Betsabé le había ofrecido enseguida que, si quería, podía irse con ellos:

- Yo es que iba a ir con Chari y Loli - le había explicado Sara, algo aturrullada por teléfono: - ... pero viendo que nadie te había llamado, pues me he quedado un poco así, porque esta gente están hablando de irse en autobús y volverse en taxi, porque en el coche de Loli no cabemos todas y...

Betsabé le había insistido que se fuera con ellos, que si quería incluso la podían recoger en su casa y la acercaban después de vuelta.

Así que Sara fue la primera que vio a Karim, el primo desconocido de Betsabé, sentado al volante de un Audi negro (Karim le había preguntado a Betsabé qué modelo quería, pero ella le había confesado que no tenía ni repajolera idea de modelos automovilísticos) y apenas si pudo disimular la sorpresa. La misma que despertó cuando llegaron al Fooly. En cuanto entraron los tres, los ojos de sus compañeras, arracimadas en una de las esquinas de la barra principal del local, quedaron fijas en el hermoso extraño que venía de la mano de Betsabé, a la cual, si no hubiera sido por él, no hubieran puesto demasiado interés en saludar, ni en que se uniera a ellas en aquel rincón donde celebraban el cumpleaños de la tal Loli. Cuando Betsabé presentó a Karim como “su primo”, las sonrisas casi hicieron estallar las caras, y comenzó un coqueteo grupal, cuya intensidad inicial podía hacer pensar que fácilmente derivaría en acoso.

- Nunca nos habías hablado de él... - comentó una. Como si fuese obligatorio hablar de los primos a todo el mundo.

- Es que él no es de aquí, hacía mucho tiempo que no le veía. - improvisó Betsabé.

- ¿Ah, sí, de dónde eres?

- Soy turco. - respondió Karim.

Hubo un ligero revuelo de excitación, y Loli saltó en tono zalamero:

- Oye, pues habrá que tener mucho cuidado contigo, que dicen que los turcos son muy machistas.

- Eso es para compensar que seamos los mejores amantes del mundo. - contestó Karim con una cadencia, y una sonrisa, que las desarmó a todas.

Hubo un cacareo general como respuesta, en tanto él se giraba a Betsabé para ofrecerle:

- ¿Quieres que te traiga algo de beber, prima? Hay una mesa de cócteles ahí atrás.

Betsabé nunca olvidaría aquellos momentos. En cuanto se retiró Karim para traerle un margarita, le llovieron los comentarios y las preguntas:

- ¿Pero cómo no nos avisas de que vas a traer a un primo como ese?

- Dios mío, es guapísimo...

- ¡Lo llego a saber y voy a la peluquería, al salón de belleza, me compro otra ropa...!

- ¿Y está libre?

- ¡Dile que se venga con nosotras a la playa este finde!

Karim desplegó sus encantos con todas, y hasta improvisó un regalo para Loli,

porque Betsabé no se había acordado de comprar nada, y sacó de una bolsita de terciopelo una cajita con un colgante, una clave de sol plateada.

- ¡Es precioso! exclamó la anfitriona, y enseguida preguntó: - ¿Es de los dos?

- Sí. Pero lo ha elegido ella.

Karim continuó deslumbrando con su alegría, su desparpajo y su ingenio. Bailaba y hablaba con todas, cuidando al mismo tiempo de no dejar en ningún momento apartada a Betsabé.

Sobre las dos, cuando el local estaba en su máximo apogeo, Karim, procurando no desaparecer de la vista de las celebrantes, (que entre los cócteles y el champán ya comenzaban a desatar una euforia escandalosa) cogió a Betsabé por la cintura, y la llevó a un lugar apartado, junto a la pared.

- ¿Qué haces? - preguntó ella.

- Quiero hablar contigo. - Ella se echó contra el muro, y él apoyó el brazo por encima de su hombro, para hablarle de cerca: - Hay algo que deberías saber.

- ¿El qué? - inquirió Betsabé, algo alarmada. Él dejó transcurrir una pausa y le soltó:

- Creo que eres la chica más bonita que hay aquí ahora mismo, en este lugar.

- Qué... qué exagerado eres... - acertó a decir ella, con la garganta seca, tragando saliva.

- No, en realidad, creo que me he quedado corto: eres la chica más bonita que conozco.

- ¿Estás intentando seducirme? - inquirió, procurando mostrarse firme, segura de sí.

- Por supuesto. - dijo él. Y cogiendo uno de los rizos de Betsabé, comenzó a enroscarlo en uno de sus dedos: - No se me puede culpar de ello.

Luego le pasó el dedo por los labios. Betsabé estaba mareada, y se sintió dominada y rendida. Le parecía algo irreal.

- Eres muy malo... - musitó.

- Pues puedo ser peor. - le advirtió él, ya casi con su boca sobre la suya.

Betsabé sabría días después los comentarios de algunas de sus compañeras cuando, desde donde estaban sentadas, los vieron comiéndose a besos desaforadamente:

- Oye, ¿tú tienes ese trato con tus primos?

- Porque ninguno está tan bueno, que si no, desde luego que lo tendría.

- La Betsabé se ha traído a ese maromo para ponernos los dientes largos, la muy perra.

- Yo lo veo demasiado lindo para llamarlo “maromo”.

- Tampoco es mi tipo, demasiado guapo.
- ¡Sí, claro! ¡Jajajaja!

## CAPITULO 2



**KarimElGenio**

@YinnKarim

¡Al fin libre! #soynoctámbulo #soyungato  
#vuelonocturno 

Ahora que puedo salir, llevo una semana haciendo una de las cosas que más me satisfacen: convertirme en gato y recorrer los tejados de la ciudad en plena madrugada. Sobre todo, si hay luna llena. Si encuentro un lugar cómodo, me apalanco allí, y me quedo mirándola, dejando que mis pensamientos y reflexiones fluyan, sin aferrarme a ninguno de ellos, dejando que la inmensidad del universo se me muestre en toda su majestuosidad y belleza. El otro día, tan inspirado estaba, que impulsado por el deseo de un acto de adoración, abandoné mi forma felina, y me lancé al cielo nocturno, en éxtasis de libertad, para contemplarlo todo desde allí. Lo necesitaba, necesitaba algo así para desterrar el resentimiento y la rabia que el encierro y la ingratitud de Betsabé me habían causado. Tenía que centrarme, tomar conciencia de cuál es mi cometido, mi objetivo, lo que se espera de mí, no dejar que mis pasiones ocupen el centro, sino expandir mi corazón, mi mente, no dejarme arrastrar por los celos y la lujuria. Ver los cielos iluminándose en el oriente, contemplar los océanos en su incesante movimiento, el bullicio de las ciudades, el murmullo de las súplicas y las oraciones, el silencio de los desiertos, percibir el aroma de los bosques y las selvas, dejándome envolver por ellos. Un vistazo al mundo en un instante, y el dolor por el abandono y la traición se alivian, porque ya no se ven como tales, sino como berrinches del ego, e incluso notas como si tu alma se liberara de un cepo.

Tanto es así, que este vuelo nocturno me sirvió para que, al otro día, al recibir un presente de Betsabé, no volviese a montar en cólera. Venía con una tarjetita que decía lo siguiente (de su puño y letra, con esa caligrafía suya, que aun cuando se nota que se ha esmerado, resulta desastrosa):

*“Por favor, no estés enfadado. Site he ofendido, lo siento. Siempre serás parte de mi vida. ¿Hablamos?”*

Lo mejor era el regalo que iba acompañando: bombones. Una caja de bombones. Surtida. De licor, con avellanas, de trufa. Con envolturas en papel celofán de distintos colores, en un cofre precioso. Un detalle encantador, sí, sino fuese por un pequeño inconveniente: ¡yo odio el chocolate! ¡Y llevo toda la vida diciéndoselo! Cuando de niña se venía aquí arriba, a pasar las tardes de invierno, después de hacer los deberes, yo le ofrecía un tazón de chocolate caliente, mientras le ponía en la tele su programa favorito. Entonces ella me decía:

- ¿Karim, tú no tomas?
- No me gusta el chocolate. - le aclaraba yo: Tampoco el café. Yo sólo tomo té.

O en verano, cuando le ofrecía una tarrina de helado:

- ¿Cuál es tu sabor favorito, Karim?
- El de yema tostada.
- ¡Hum, a mí también me encanta! ¿Y el que menos?
- Cualquiera que lleve chocolate. - le contestaba yo: - No puedo con el chocolate.
- Eres muy raro.

Yo me encogía de hombros, mientras la veía ponerse perdida de helado por todas partes. ¡Era tan adorable entonces! Era tan agradable y cómodo sentir aquella ternura mullida, pura, desinteresada. Es trágico que una chiquilla así, se transforme luego en tu perdición, en una mujer lasciva, de un apetito sensual insaciable, que puedes respirar cada vez que estás a escasos metros de ella. Y aun cuando no está, su evocación, ¡la de su simple nombre! Resulta dañina. Porque ella no podía llamarse Olegaria, o Loyola o Cayetana, no, ella tenía que llamarse Betsabé, que sugiere a una mujer joven y hermosa bañándose completamente desnuda en una azotea, bajo el sol mediterráneo. ¿Es que no pensaron sus padres en eso? ¿Que una mujer guapa como ella, y con esas curvas, con ese nombre, sería una incitación constante? Fue idea de su padre, que no quiso bautizar a la niña ( *¡alhamdulillah!*) ni ponerle un nombre cristiano. Fui testigo de esa discusión, amparado en mi invisibilidad, desde el umbral de la puerta de la cocina. La niña tenía ya dos semanas. Su madre exigió que al menos, la registrasen con un nombre bíblico, y él accedió si se trataba de



alguno de estos tres: Dalila, Betsabé o Salomé. Su madre eligió Betsabé, que le pareció la menos “perversa” de las tres. Sí, sí, sí... ¡una exhibicionista, más que Salomé! Menos culpa tuvo Dalila, que sólo fue un instrumento de su padre. Pero me estoy distraendo. Cuando vi los bombones, como digo, a punto estuve de coger un nuevo sofocón, pero fui capaz de dominar esa emoción negativa. Me centré mejor en la tarjeta, y en lo que se deducía de ella: alguien le dijo hace diez años que podía encerrarme bajo siete cerrojos, pero ella sigue sin enterarse muy bien de qué va la cosa. ¿Iba a enviarme sino, una disculpa, y una petición de diálogo? Le bastaría sirviera con presentarse aquí y a sus propósitos. Yo ordenarme que le siempre tendría la posibilidad de disuadirla, pero, en última instancia, no tendría más remedio que acatar su voluntad. Esto ella no lo sabe, no parece saberlo. Hace diez años, cuando me encerró, temí seriamente que Betsabé hubiese entrado en contacto con un genio errante, un insumiso. No sería raro. Los genios insumisos suelen perseguir a nuestros protegidos para boicotear nuestro trabajo, para poner a los humanos a los que servimos en contra nuestra. Nos odian. Nos consideran la vergüenza de la especie. ¡Pobre extraviados! Nos desprecian incluso más de lo que desprecian a las criaturas humanas, a las que constantemente intentan confundir.

Pero ahora no sé qué pensar. Tal vez, aunque lo sepa, se vea incapaz de tratarme como a un subordinado. Betsabé no es una mujer mandona (¡qué suerte tendrá su marido si un día decide tenerlo!) y aunque ya no sienta por mí la atracción de antaño, estoy seguro de que me aprecia. De alguna manera, yo podría aprovecharme de eso... con buena intención, claro. En realidad me resultaría muy fácil tomar el control de la situación. Ese tipo, ese monitor, será sólo un capricho de temporada, se le pasará... ¡como las otras cincuenta mil veces que se ha creído perdidamente enamorada del guapo de turno! Incluido yo...



**KarimElGenio**

@YnnKarim



#planenmarcha #astucia #dossiglosdeventaja  
#reconquistohastaAlÁndalusyosolo  
#monitoresamí #juas

Después de darle un par de vueltas, me planté a la noche siguiente en la ventana del cuarto de Betsabé, sentándome en el alféizar. Cuando entró, se llevó un susto. Me pidió que me bajase de ahí, no fuera a caerme. Me entró la risa.

-¿Olvidas con quién hablas? - me puse en pie, apoyándome en el marco de la ventana, y luego salté al interior. Betsabé acababa de ducharse, recién llegada del gym, y estaba húmeda, envuelta en una toalla: ¿Qué tal te ha ido hoy, ha habido avances?

- No, hoy es lunes. He tenido spinning.

- Ya. ¿Y él no da de eso?

- No. Lo da una chica.

Me senté en la cama:

- Querías hablar y aquí estoy. - le dije.

- ¿No estás enfadado?

- No, ya no. Verás, he estado pensando y, creo que si quieres que te ayude, lo suyo sería que fuese contigo a ese gimnasio. Ya sabes que no me gusta socializar ni conocer a demasiada gente, ni pasearme mucho a vista de todos. Pero creo que debería estar allí para ver qué pasa.

Betsabé se mostró sorprendida:

- ¿Tú, en un gym? No te veo, Karim.

- ¿Que no? ¿Y por qué? - Y en un chasquido, le hice una demostración de mi agilidad, haciendo el pino con una sola mano: - ¿Qué te piensas, que iba a hacer el ridículo?

- No, Karim, todo lo contrario. Precisamente ese es el problema, que si te lo propones, puedes ser de goma. Vas a llamar la atención.

- Ah, vale. Pues me cortaré un poco. - le dije. Betsabé volvió al cuarto de baño, dejando la puerta entornada. Entonces yo me deslicé sigilosamente por la habitación, hasta situarme en un lugar desde donde pude atisbar a través de la rendija cómo se quitaba la toalla delante del espejo.

No soy ningún sátiro. Es verdad que en mi antigua vida tenía afición por espiar mujeres, envuelto en mi invisibilidad, pero es algo que dejé de hacer. Aunque confieso que a veces, todavía, muy de vez en cuando, vuelvo a caer en ello. Pero ahora, lo único que pretendía era comprobar si el recuerdo que tenía de la anatomía de Betsabé se correspondía a la realidad, ¡Allah!, y desde luego que lo hacía, y aún era mejor.

- Entonces, qué, ¿qué te parece mi idea? - insistí, procurando que mi voz sonase firme, mientras veía cómo se untaba una loción corporal.

- Bien, podemos probarlo. - me contestó. Comenzó a vestirse, y yo fui a echarme en la cama, donde intenté tranquilizarme. Si ahora le pedía sexo, ella seguramente accedería, yo ya sabía cómo era, y entonces me tendría siempre a su disposición, cuando quisiera, mientras estaba obsesionada con otro. No iba a consentir esa situación, no iba a propiciarla. Era demasiado hiriente para mi orgullo. Salió del cuarto de baño, y continuó diciendo:

- La verdad es que me vendría bien no sólo por ese asunto, sino porque... no sé, tengo la impresión de que alguien habla de mí a mis espaldas.

- Pero eso siempre vas a encontrártelo.

- Ya, pero en esta situación... ¿y si lo que pasa es que alguien ha dicho algo de mí delante de Andrés, algún comentario inapropiado, una maldad y me lo ha chafado todo?

- Está claro que me necesitas allí. - redundé en mi propósito. Estaba prácticamente convencida, y no hizo falta mucho más: - Seré tus ojos y tus oídos.

- Vale, pues vente mañana y te apuntas. Intenta no ir con un modelito demasiado llamativo.

- Dentro de veinticuatro horas no se hablará allí de otra cosa que del chico nuevo y su innegable glamour. - bromeé: - No tengas duda alguna.

- Voy a decir que eres mi primo, ¿qué te parece? ¿O prefieres un simple amigo?

- No, ¿por qué íbamos a dejar de seguir la tradición? Tu primo.

- Entonces tendré que decir que te has mudado aquí, porque Camila vive en el bloque de al lado y suele venirse conmigo.

- Estupendo, es una historia verosímil.

- Sí, pues ten cuidado que esa es una cotilla cum laude.

- Tengo dos siglos y medio, algún día podrías dejar de hablarme como a un pelele.

- Yo solo te advierto.

Me volví contento a mi guarida. ¡Algo nuevo! Un lugar donde estaría rodeado de mujeres de formas turgentes, con ropa ceñida y sudadas. ¡Qué impaciencia! Ilusionado con esta perspectiva, me puse un viejo vinilo de Prince, mientras fumaba en cachimba, tumbado, mirando al techo. No podía tampoco quitarme de la cabeza la visión fugaz y deliciosa del cuerpo desnudo de Betsabé, que nunca había olvidado, desde luego, en esos años de encierro, hasta el punto de reproducirlo en mis figuraciones de odaliscas. Pero esa tarde lo había visto de nuevo realmente, y era maravilloso. Al fin me dormí, pensando en ella.

## BETSABÉ: la noche más hermosa.

Le resultaba divertido ahora que alguien como Karim hubiera sido capaz de seducirla, de tenerla rendida a sus pies. Con su extravagancia, sus emociones desbocadas, su naturaleza. Le seguía pareciendo encantador, y por supuesto, lo apreciaba muchísimo y le había echado de menos. Le gustaba la idea de volver a pasar tiempo juntos y tenerle de nuevo alrededor. Pero la pasión de antaño quedaba muy lejos, y ahora, el único hombre que ocupaba sus fantasías eróticas era Andrés.

La noche tórrida de julio, sin embargo, en la que Karim la había hecho sucumbir sin demasiado esfuerzo, había quedado para ella como su experiencia romántica más perfecta. No había vuelto a vivir nada igual en ese plano. Ninguna expectativa había vuelto a cumplirse de esa manera, ningún deseo colmado con tanta generosidad, ninguna aventura se había desarrollado con ese esmero. Algunos chicos con los que había salido se habían acercado, pero nunca había sido tan satisfactorio, aunque lo había buscado. A Betsabé le pesaba la idea de que lo vivido con Karim no hubiera sido más que la efervescencia de la edad, y ella hubiese cambiado, madurado, y el amor hubiera perdido la magia para siempre. Quizás por esto también sentía cierto rechazo a pensar en revivir su historia con Karim: prefería recordarlo como había sido, sin tener que lamentar una segunda parte descafeinada. Además, ahora con su obsesión por Andrés, esa idea era impensable.

Ya diez años atrás, cuando se habían liado en el Fooly, fueron conscientes de que quizás no estaba siendo una buena idea, pero les obnubilaba el deseo:

- Creo que esto que estamos haciendo no está bien. - había murmurado él, pero sin dejar de besarla.

- No, no está bien en absoluto. - convino ella. Pero tampoco paró.

Cada uno de ellos lo decía por un motivo diferente: Karim sabía que las relaciones amorosas entre un yinn y un ser humano (más aún si estaba a su cuidado) se consideraban desaconsejables, ilícitas por los más estrictos, en cualquier caso peligrosas, por las consecuencias que solían tener. Betsabé sólo pensaba que liarse con alguien cuya naturaleza no comprendía muy bien, era adentrarse en un territorio ignoto que podía deparar sorpresas desagradables.

Ese intercambio de frases, metidas con calzador entre beso y beso, como si la

razón hubiese intentado abrirse paso entre empujones en una marea de arrebatos sexuales sin conseguirlo, había sido la escasa y única resistencia que había asomado aquella noche en su loco romance. Karim le dijo luego a Betsabé:

- Vamos a llevar a Sara a su casa, como le habíamos prometido, y luego tú te vienes a la mía.

Para Sara fue un regreso incómodo. Las miradas intensas entre Karim y Betsabé, y el silencio entre ellos, prendido de ansia e impaciencia, la hizo sentirse una molestia, además de ponerla algo celosa. Así que cuando llegaron al portal de su casa, se mostró agradecida, pero se bajó precipitadamente del coche, despidiéndose sin entretenerse mucho. Karim y Betsabé retomaron el camino de vuelta sin hablar, tan solo él alargó la mano para acariciarle el muslo, y no hizo falta que dijera nada más.

Al llegar al apartamento, Karim lo transformó en un lugar diferente, abierto al cielo de la noche, con un estanque de agua cristalina y helada. Betsabé pensó que aquel aderezo no era necesario. Con él tenía más que suficiente. Pero no se quejó. Se dejó llevar, extasiada, se dejó besar y desnudar por el yinn, suspirando convencida: “No hay nada más delicioso que esto, no, no lo hay, no hay nada mejor, ni más placentero.” Él también se despojó de su ropa, mostrando su cuerpo, fino como un junco, como el silbido del viento, con un pecho liso, apenas cubierto por un triángulo discreto de vello oscuro, y unos pezones como cerezas, redondos y encarnados, en una piel acaramelada. Se echaron al borde del estanque, entrelazados y sudorosos, y cuando ya la tuvo penetrada por completo (aún había que hacerlo poco a poco) Karim, aferrándola con fuerza, la obligó a rodar con él, hasta caer al agua. Aunque lo intentó, a Betsabé le resultó imposible soltarse, y cuando emergieron a la superficie, protestó:

- ¡Pero qué haces! ¡Estás loco!

- Tranquila. Confía en mí.

Temblando, con la piel de gallina y los pezones endurecidos y puntiagudos, se dejó llevar hasta el borde, donde la apoyó Karim, para, hábilmente, continuar con el acto amoroso. A pesar del remojón, su piel, al contrario que la de Betsabé, continuaba caliente. Los reflejos del agua en su rostro, y particularmente en sus ojos, que de pronto parecían hechos de materia incandescente, lo transformaron en un ser irreal. Betsabé no tardó en llegar al clímax, y entonces, casi enseguida, él le dijo:

- Betsabé, no puedo contenerme más, voy a correrme. Voy a correrme... ya.

Al oírle decir esto, Betsabé tuvo otro orgasmo, que sin embargo, le supo a poco, comparado con el de Karim: prolongado, interminable, le hizo gemir y estremecerse como si estuviera poseído por una fuerza sobrenatural. Ella le contempló boquiabierta, viéndole echar la cabeza hacia atrás, los ojos semicerrados, y los brazos tensionados rodeándola. Su cuerpo irradió tal calor, que surgió vapor del agua en el que estaban sumergidos. Betsabé estaría recordando aquella imagen durante muchos meses, incluso después de que el miedo la empujara a encerrarlo allí arriba. Calculó que el orgasmo de Karim debía haber durado más de diez segundos, incluso cerca de veinte, y sintió una punzada de envidia.

Abrumada, se apresuró a salir del estanque, y buscar alrededor algo con qué secarse, mientras él se recuperaba, apoyado con los brazos extendidos y la espalda en el pretil de piedra oscura.

Betsabé no quiso mostrarse ansiosa, y dejó pasar un par de días, antes de volver a subir al apartamento de Karim, a repetir la experiencia. Cuando lo hizo, se lo encontró expectante, dispuesto, deseoso por volver a hacer el amor con ella, y ni siquiera cruzaron una palabra. No era necesario.

Esta vez se fueron a la cama. Durante un rato, todo fue perfecto, Betsabé creía estar en la gloria, y hubiera detenido el tiempo allí mismo. Pero de pronto, comenzó a darse cuenta de que Karim se refrenaba, tenía la impresión de que desconectaba por un momento, como si algo le preocupase. O le agobiara. Esa sensación fue creciendo, a la par que notaba que el cuerpo de Karim parecía ser presa de la fiebre, sin sudor, pero con una temperatura que ella notó muy elevada. Hasta los ojos los tenía con un brillo inusitado, y el ámbar de sus pupilas parecía encendido.

- ¿Te encuentras bien? - le preguntó, al fin.

- No. - contestó él, claramente. Y se apartó de ella de manera precipitada, explicando de forma somera: - No puedo llegar hasta el final ahí, Betsabé. Ahí no.

- ¿Por qué, qué es lo que pasa? - preguntó ella, en tanto no podía evitar pensar: "Joder, qué corta rollo."

Como si hubiera adivinado estas palabras egoístas de Betsabé, Karim, de pie junto a la cama, la miró con súbita rabia. Luego se fue hacia una esquina del apartamento (que no estaba dividido en habitaciones, sino que cada una de las estancias se separaban por preciosos biombos y cortinas) donde tenía un aguamanil, con su jofaina de loza, una de las exquisiteces que siempre había llamado la atención de Betsabé cuando había entrado allí. Karim se echó agua

sobre las manos y la cabeza, mientras ella se levantaba e iba junto a él. Le musitó:

- Pero qué es lo que te pasa, ¿te sientes fatigado?

Él negó con la cabeza:

- Ojalá no fuera tan difícil de contar... Si lo hago quizás no vuelvas a querer acostarte conmigo. Pero imagino que debo hacerlo.

Betsabé sentía cada vez más curiosidad y más inquietud:

- Joder, me estás asustando...

- Esa es la cuestión: que deberías estar asustada. contestó él, mirándola con pesar.

Betsabé no comprendía nada. Procurando estar a la altura de la situación, porque no quería perder a Karim, le dijo:

- Tómate tu tiempo, Karim. No creo que vaya a ser tan grave, igual estás exagerando...

- Sí, ya me lo dirás tú... - contestó él con gesto preocupado. Estuvo pensativo un rato, de pie, apoyado en el tocador, sin querer mirarla a ella, que permanecía sentada entre los cojines, a la espera de que él se decidiera a explicarle qué era aquello tan grave que la haría perder las ganas de tener sexo con él.

- ¿Recuerdas una vez, cuando eras pequeña, – comenzó al fin a narrarle: - que me encontraste aquí llorando, y yo te dije que era por una amiga?

### **BETSABÉ: la historia de Shams.**

- Pues se llamaba Shams, y la conocí precisamente el día que tú naciste, allí en el hospital. siguió contándole Karim, logrando que ella centrara toda su atención en sus palabras: - Verás, los yinn solemos ser solitarios, no entablamos amistad entre nosotros con demasiada facilidad. No nos fiamos ni siquiera de nosotros mismos. Si unimos a eso la división entre justos e insumisos, te puedes hacer una idea de lo complicado que resulta establecer lazos afectivos con nuestros iguales. Por eso quizás algunos nos volcamos tanto con las criaturas humanas. Shams estaba allí justamente porque su...- Karim se refrenó a tiempo para evitar la palabra “amo”, y usó otra menos exacta: ... asignado, de veinte años entonces, había sufrido un accidente. Nos cruzamos por el jardín del hospital, nos reconocimos enseguida, y nos causamos buena impresión. Yo estaba muy nervioso, porque era un novato, y además, el lugar aquel me repugnaba. Recuerdo que ella me preguntó si te

había visto ya, y si te había puesto el pulgar en la frente. Le dije que no, y ella me explicó: “Tienes que hacerlo para conectar con ella, para que note tu presencia desde el principio. Deja que te vea, que te escuche.”

A Betsabé no le pasó desapercibida la melancolía en los ojos de Karim al relatar la forma en la que se conocieron, y su curiosidad creció. Siempre había querido saber si ese había sido el gran amor de Karim:

- Fue todo muy sencillo entre nosotros... Cuando quise darme cuenta, estaba viniendo aquí todas las semanas, para ver cómo me iba contigo, y aconsejarme. Era alguien muy especial... Comenzamos a jugar al ajedrez, a tocar música juntos, y a tener largas conversaciones sobre vosotros. Pronto me di cuenta de que Shams se sentía muy atraída por el hombre al que teóricamente tenía que guiar, y me pareció del todo inaceptable. Tiene gracia, ¿eh? Supongo que tal vez yo había esperado tener con ella algo más que una amistad y aquella situación me escocía.

Betsabé recordaba haber visto una vez a Shams allí, en el apartamento de Karim, cuando era pequeña. Entró como siempre, sin llamar a la puerta, y se los encontró a los dos sentados uno frente al otro, en plena conversación, entre los mullidos cojines del salón, bajo la cúpula de mosaicos multicolores que marcaba el centro de la estancia. Era una joven radiante, de largos cabellos dorados, y ojos verdes, que giró la cabeza y le sonrió cuando la vio allí pasmada, sin saber qué hacer: si darse media vuelta y dejarlos de nuevo solos, o ir junto a ellos con toda naturalidad. Karim la había animado a hacer esto último, y Betsabé se les acercó confiada. “¿Has visto, Shams?” había dicho Karim, mostrándola como si fuese su mascota: “Mira qué linda es. ¡Y qué sonrisa! Esta va a ser una rompecorazones de las buenas. Y es la más inteligente de su clase. Lo que pasa es que es muy floja, se distrae con nada.”

- Era una compañía extraordinaria y me ayudaba mucho. - continuó contando Karim: - Durante unos años incluso a veces tenía la sensación de... que erais como mi propia familia, ella, tú y yo. Era realmente feliz, repetía *jahlamdulila!* a todas horas, rebotando de dicha. Hasta que un día... - Se ensombreció el rostro hermoso de Karim: - vino a verme un mensajero, de madrugada, yo estaba dormido. Nunca traen buenas noticias. A este que vino yo le llamo “cuervo”, si está alrededor es que hay un desastre. Esa madrugada me anunció uno: “¡Corre, ven conmigo! Han llevado a Shams a la Morada de



los Genios Justos. Será ejecutada mañana, y ha pedido verte”. Incapaz de creerme lo que me estaba diciendo, le pregunté qué significaba aquella locura, “Shams ha matado a su protegido”, me dijo. “¡A un humano!”

En realidad, lo que el *cuervo* había dicho era “ha matado a su amo”, pero Karim no quería usar esa palabra delante de Betsabé porque entonces ella empezaría a hacer preguntas, o aún peor, no necesitaría hacer ya más ninguna. Para Karim, la palabra “amo” era mencionar la bicha, y prefería evitarlo.

- ¿Y era cierto, lo había matado? - inquirió Betsabé con un hilo de voz: - ¿Y por qué?

Karim se removió, como si se recolocara, se equilibrase para entrar, al fin, en el núcleo duro de la historia:

- Shams había empezado a acostarse con él. No me lo había contado, sabía que yo lo censuraba. Que no me sentaría bien y que estropearía nuestra amistad. Pero había sucumbido a la tentación, y se habían convertido en amantes. Como nosotros. Cuando fui a verla a su mazmorra, la encontré con la mirada perdida, temblando, como en estado de shock. Me dijo que no le importaba morir, que no quería seguir viviendo después de aquello.

- ¿Pero qué había pasado? - se impacientó Betsabé: - ¿Fue por celos?

Karim se giró, y la miró fijamente, por primera vez desde que había comenzado a contarle la desdichada historia de Shams.

-*Habiba*, en determinadas ocasiones, nosotros, los yinn no somos capaces de controlar nuestra naturaleza. Podemos mostrarla a voluntad, claro. En situaciones extremas, sin embargo, emociones como la rabia, la ira, pero también el júbilo, el entusiasmo, puede transformarnos sin que lo hayamos deseado, de manera imprevisible e incontrolada en seres de fuego. También nos puede suceder con el clímax sexual. No tiene por qué, pero es probable. A Shams le pasó, y no era ni siquiera la primera vez que se acostaba con ese hombre, pobre desgraciado. Pero en esa ocasión, así lo quiso Allah, Shams se convirtió en un torbellino de fuego, y él murió abrasado.

Betsabé pestañeó impactada. Se le secó la garganta y se quedó muda.

- A mí nunca me ha sucedido algo así. - prosiguió el yinn: - Ni siquiera sabemos si nos puede suceder a todos, ni en qué condiciones es más probable que ocurra, o cómo puede evitarse, es como una lotería, yo solo conozco el remedio del agua, de estar sumergido, o al menos húmedo, nada más. Lo único que sé y de primera mano es que el hecho es real, pero es un fenómeno del que

apenas conocemos nada más, Allahu *aalam*. Shams ni siquiera intentó defenderse frente al tribunal de los Genios Justos, estaba tan hecha polvo que apenas habló. Yo quise hacerlo por ella, y fui a ver al Genio Supremo, le expliqué que había sido un accidente, que Shams seguía siendo buena, ni se había vuelto loca, ni se había rebelado contra la especie humana ni era una traidora. Pero él dijo que la decisión correspondía al tribunal, y que no podía hacer nada. Y que en todo caso, Shams tendría que haber sabido que las relaciones sexuales con criaturas humanas son ilícitas, y no por capricho, como quedaba demostrado. A las pocas horas la ejecutaron, arrojándola a un río de lava. Ella me había pedido que estuviera presente para poder tirarme un beso antes de arrojarse al magma ardiente. Porque quería que fuera yo su última visión de este mundo. Que Allah haya tenido compasión de ella...

Estas últimas palabras musitadas, pusieron fin a la narración de Karim. Solo entonces Betsabé, atónita, manifestó:

- ¿Y esa es la justicia bárbara que os gastáis entre vosotros? ¿Juicios sumarísimos, y ríos de lava?

- Es la única forma de acabar con un yinn. justificó Karim, encogiéndose de hombros.

Entonces Betsabé se puso en pie, y se encaminó a la puerta, visiblemente afectada por lo escuchado, y cuando se giró, le dijo a Karim unas palabras que para él resultaron duras e hirientes:

- Sabes: desde que era pequeña he creído que tú venías de algo así como el mundo de los sueños. Que eras un ser de luz maravilloso, y yo una privilegiada por tenerte a mi lado. Llegué a pensar que venías de un planeta con una civilización refinada, muy superior al desastre que tenemos aquí. Alguien como tú sólo podía ser fruto del mejor de los entornos, donde apenas habría sitio para lo grosero, para el horror, lo grotesco el sufrimiento. Está claro que soy una ingenua.

- Pero Betsabé, tú y yo pertenecemos al mismo mundo, ¿es que no lo ves? Formamos parte de la misma creación.

- Sí, claro. Por eso, entre los tuyos, nuestra relación es ilícita.

- Ya, y para los tuyos ni siquiera existo, Betsabé.

- Karim, necesito pensar en todo esto. Casi nunca me has explicado como a una adulta cómo funciona tu mundo. Ahora que lo has hecho, no estoy segura que querer que se mezcle con el mío.

Karim se dejó llevar por un arrebató de cólera:

- ¡Rezumas soberbia, niña estúpida!

Prudente, Betsabé se limitó a mirarle en silencio, y luego le dijo:

- Me voy.

- ¿Ah, sí?

Betsabé intentó en vano abrir la puerta.

- ¿Qué haces? - exclamó girándose hacia él, con expresión sofocada.

- Demostrarte hasta que punto no te conviene herir mi sensibilidad.

Betsabé se asustó al ver la expresión de Karim, y cómo sus ojos se volvían incandescentes. Pegada contra la puerta balbució una disculpa, y luego procuró acercarse al ventanal más cercano. Pero en cuanto el yinn adivinó sus intenciones, el ventanal se cerró con un golpe violento, celosías incluidas. Betsabé sollozó y le suplicó que no le hiciera daño.

Karim podría haberla tranquilizado, haberle dicho que jamás sería capaz de lastimarla lo más mínimo. Pero no lo hizo, porque disfrutó viéndola así, sometida, sin tener ni idea de que era ella, y no él, quien debía dar las órdenes y controlar la situación. Karim vivió aquello como una travesura, un pequeño escarmiento a la actitud insolente de Betsabé, que lo había sacado de quicio, tratándolo como si él fuese una especie salvaje que la hubiera decepcionado. ¿De qué mundos hablaba? ¿Es que no entendía? ¿Qué se creía, que lo sabía todo? ¡No sabía nada! Por eso estaba ahora allí, acurrucada, aterrorizada, mientras él decidía en qué figura de fuego se convertiría. Eligió un corazón. Pero el miedo impidió que Betsabé se fijara en ese detalle.

Cuando al fin la dejó salir de allí, tras volver a su imagen humana, Karim se rió a carcajadas, mientras ella bajaba atropelladamente la escalera, llorosa y temblona, y un poco más humillada cada segundo que transcurría. Si había tenido alguna gracia, ella no se la veía.

Karim, por su parte, comenzó a considerar que acababa de meter la pata cuando empezó a tener más en cuenta el pánico que había provocado en Betsabé, que su pasajera indignación.

A los pocos días, le envió un perfume, con una tarjeta: *“Losiento. Notendríaquehaberhechoeso. Sería incapaz de hacerte daño. ¿Hablamos?”* Pero Betsabé había dejado de dormir, porque tenía pesadillas y había perdido el apetito. No podía dejar de pensar en la historia de Shams, y en la mirada de Karim antes de deshacerse en llamas delante suya.

Buscó desesperadamente a alguien que la ayudase, que le dijese la manera de controlar a un genio, de mantenerlo apartado de ella. Encontró un vidente en lo que llamaban el Barrio Moro, que por un módico precio, se ofreció a ayudarla en todo aquel asunto. Era un hombre de cráneo rapado, y mirada aguda, muy

delgado, que se hacía llamar Nomi, procedente de Siria.

A los siete días, durante los cuales Karim no dejó de enviarle presentes de lo más variados y hasta duendecillos con canciones (que acabaron provocando aún más rechazo en Betsabé) para hacerse perdonar, ella subió y le echó siete cerrojos a la puerta del ático, repitiendo las palabras que Nomi le había indicado.

Entonces fue Karim el que suplicó, el que se abalanzó contra la puerta, golpeándola, pidiéndole que no hiciera aquello, que no lo encerrara. Betsabé se conmovió un poco al escucharle así, pero aún le duraba el miedo, y no se echó atrás.

“Lo dejaré aquí un par de meses” se dijo: “Que se dé cuenta de que yo también sé buscar información por otra parte, no estoy a expensas de lo que él quiera contarme”.

Pero cumplidos los dos meses, el miedo al enfado de Karim era todavía peor. Así que lo dejó estar, posponiendo su liberación hasta el mes siguiente. Y así, uno tras otro.



**KarimElGenio**

@YinnKarim



Primer día en el gym. He vuelto confuso.

#conociendoaAndrés #puesnoesparatanto

#mínocomprender

#quétieneélquenotengayo #noesrival

Me gusta, me gusta mucho Betsabé, me gusta con locura, más que antes, más que hace diez años, más que la playa, más que tirarme al agua fría con 40°, más que la comida china, más que dormir, y no voy a dejar que me la quiten. Hoy, cuando por la tarde bajé y la vi allí en el descansillo con sus mallas, su top, su coleta, tan sexy, tan irresistible, tomé esa resolución: no sé cómo será ese tío del gym, pero no me la va a quitar. No, no y no. No se lo voy a permitir. Entonces es cuando he sido consciente: estoy enamorado. Hace diez años no era así. No sé cómo ha sucedido. Quizás fue durante su ausencia. Y luego el reencuentro. Qué se yo. Pero me tiene trastornado, y me siento genial.

- ¿Qué te parece mi conjuntito? - le he preguntado. Yo iba en pantalón corto y una camiseta negra, pegada al cuerpo. - ¿Es lo bastante discreto?

- Vas muy bien.

Yo imaginaba durante todo el camino que el tal Andrés sería un macizorro, seguramente con los ojos claros, y peinado a la moda. Pero ha sido una sorpresa. Aunque antes de eso, el chasco me lo llevé con las mujeres que me he encontrado allí. Después de rellenar mi ficha en el mostrador y pagar la cuota, seguí a Betsabé hacia la escalera, pasando por delante de la sala principal, donde están las máquinas. Solo vislumbré a un par de chicas, todo lo demás eran tíos, muy musculados muchos de ellos. En la planta de arriba, subidas en las bicis, calentando a su bola, sí había un grupo de cinco o seis mujeres, parloteando como cotorras. Ninguna me pareció guapa, ni lozana, y lo peor, sus cuerpos eran unas ruinas. Yo estaba atónito:

- ¡¿Pero qué es esto?! - le protesté a Betsabé, mientras ella colocaba su bolsa en uno de los armaritos, sacando de ella una botella de agua. Sabía a lo que me refería, y sonrió con malicia:

- ¿Qué te esperabas? ¿Un harén como esos en los que te colabas a recrearte la vista en tus buenos tiempos?

¿¿??

- ¡Hombre, al menos algo intermedio!

- Las macizas suelen quedarse abajo, dándole al hierro. Algunas suben a spinning, pero hoy no toca. ¿Te has traído agua?

- ¡Yo no necesito agua!

- Pues haz como si la necesitaras, Karim, no empieces dando el cante, ¡y consíguete también una toalla!

Miré de nuevo al grupo de comadres. Ellas también me estaban mirando, con escaso disimulo, con sonrisas congeladas en sus jetas. Pasamos a otra sala, y allí estaba, colocando unas pesas en el suelo, el tal Andrés. Noté el nerviosismo de Betsabé, la muy pava, en su saludo. Él le respondió, sonriendo.

Bien, vale, a ver. No está tan delgado como yo, es algo más fibroso, también es natural dedicándose a lo que se dedica. Pero no tan cachas como yo lo esperaba, y, desde luego, la palabra “guapo” le vendría grande. ¡YO soy guapo! No obstante, admito que enseguida percibí un intenso sex appeal (soy consciente de lo antiguo de la expresión, pero me parece la más adecuada) emanando de él. Pues sí, era atractivo, el cabrón. Muy macho. Así tenía a Betsabé, con las hormonas revolucionadas, y ella lo llamaba amor. Lo que desde luego no me había imaginado es que fuese tan moreno, no sé por qué había dado por hecho que sería completamente distinto a mí, aunque sí lo era

en otros detalles: el pelo hirsuto, los ojos muy oscuros, de mirar entornado, la barba recia, la boca mas bien pequeña.

- Mira, este es mi primo Karim. - me presentó Betsabé: - Va a empezar a venir a partir de hoy.

- ¿Ah, sí? Qué bien. Así aumentamos la cuota masculina.

Hubiera querido que tuviera voz de pito. O cascada. Pero no era así. Tenía una voz sexy, como lo era todo él. Joder. Puta vida.

¿Pero bueno, acaso no la tengo yo también? Yo soy un yinn, y soy casi perfecto en prácticamente todo (con el permiso de Allah). Así que no iba a preocuparme por esas menudencias.

Me miré en el espejo, apretándome la coleta, y pensé que no debería haberme vestido de negro. Me veía apagado, irrelevante. Él iba con una camiseta azul intenso. Su presencia, no podía creerlo, me estaba anulando. Haciéndole caso a Betsabé, me había puesto los ojos castaños, porque, según ella, mis pupilas ámbar eran demasiado llamativas, y el resultado supongo que era el que ella buscaba: que pasara desapercibido. Pues estaría contenta.

Poco a poco, conforme se cumplía la hora en punto, algunas de las mujeres que estaban en las bicis, fueron entrando. No dejaban de hablar. Y no bajito, precisamente. No soy misógino, ni mucho menos, me encantan las mujeres, pero hay comportamientos en muchas de ellas que no soporto, por ejemplo, eso de que cuando están juntas parezcan un gallinero. Riéndose de sus propias gracias, jaleándose unas a otras, todo parece postizo, pueril, y desde luego, su sentido del humor suele ser simplón, algo infantiloides. Es injusto desde luego, que a lo largo de la historia las hayan tratado como a perpetuas menores de edad, o que lo sigan haciendo en muchas culturas (la mía, sin ir más lejos) pero es que muchas veces de verdad que lo parecen. Y digo que es injusto porque hay mujeres que no son así, como por ejemplo, Betsabé, que allí estaba, a lo suyo, callada, sin necesidad de dar gritos ni decir “aquí estoy yo”. Y no me parece bien que pague ella por el comportamiento de otras. Además, lo más curioso es que, para mí, era la más femenina y bonita que había en la sala en aquel momento, lo que más encajaba en mi idea de mujer. Las otras, con su escandalera y ordinariez no me parecían precisamente femeninas, aunque seguramente se creerían “muy mujeres”. Bueno, está claro que lo eran, el concepto “mujer” tiene mucho de construcción mental.

Betsabé no era ninguna construcción mental, *alhamdulillah*, era muy real, allí estaba de carne y hueso. Pendiente de con quién hablaba Andrés y a quién miraba.

- ¿Tú eres nuevo? - me preguntó de pronto una mujer joven, de más o menos la edad de mi ama. De pelo castaño claro, ni guapa ni fea. Delgada, pero de formas flácidas.

- Eh, sí, soy... primo de ella... - le expliqué señalando a Betsabé.

- Ah. - dijo: - Pues yo soy Camila. Soy vecina suya, nos vamos todos los días juntas.

- Bien, pues entonces nos iremos los tres juntos.

- avancé, sacando mi mejor sonrisa.

- ¿También te quedas a pilates? - preguntó Camila.

- Sí, desde luego, es lo que más me interesa.

- Es raro que los chicos vengan a estas clases. Muy pocos. Todos prefieren estar abajo, levantando peso.

Encontré la forma de hablar de Camila algo afectada, con un deje castizo inapropiado a su edad. Se aproximaron un par de mujeres más, preguntando “¿Quién es el chavalín?”, y Camila se apresuró a responder, no sin tonito:

- Es el primo de Betsabé, ¿cómo te quedas?

- ¿Quién es Betsabé? Ah, aquella. Es que desde luego, vaya nombrecito. Con lo fácil que es llamarse Ana, María José, Loli, pues nada, a la gente ahora le ha dado por ponerse nombrecitos raros.

Enarqué las cejas, y me atreví a rebatir:

- Hombre, Betsabé es un nombre bastante antiguo, no es de ahora precisamente.

Por fortuna, no amplí mi comentario añadiendo que Betsabé era el nombre de la esposa (una de ellas) del rey David, y madre de Salomón, porque entonces, no sé qué hubieran hecho conmigo. Se me quedaron mirando como si tuviera luces en la cabeza, y no dijeron nada más. Se retiraron de mí con expresión incómoda, como si hubiese dicho algo inconveniente, o no me hubieran entendido.

Una vez comenzó el entrenamiento, me di cuenta de que, quizás, no estaba pasando tan desapercibido como en un principio me había parecido. Me miraban. Me examinaban. La mayoría de ellas eran ya cuarentonas, y pensarían, se repetirían, que yo podría ser su hijo, pobre de mí, pero yo adivinaba en el fuero interno de cada una de ellas el deseo de agradarme. Como también deseaban agradar a Andrés, con el que coqueteaban de manera más o menos evidente. Betsabé sin embargo, la más bonita, la más sexy, no participaba de ello, reía, comentaba algo por lo bajo, pero era incapaz de hacer insinuación alguna en voz alta, que lo oyera todo el mundo, ni aunque

fuera en tono de broma.

Yo hacía todos los ejercicios sin demasiado esfuerzo, hasta tal punto que cuando ya dábamos la penúltima vuelta, Andrés se me acercó, con el móvil en la mano, donde cronometraba el tiempo de cada una de las postas, y me dijo:

- Quizás esto es suave para ti.

- ¡No, no, qué va! Está perfecto. - me apresuré a responder. Miré a Betsabé un segundo, ella me correspondió. ¡Allah...! qué hermosa estaba, acalorada, sudando, con los ojos brillantes... Andrés se percató de este breve contacto visual y se retiró silencioso.

Luego, en la clase de pilates, extendí mi esterilla junto a Betsabé. Quería que admirara mi equilibrio impecable, mi elasticidad, mi fuerza. Pero ella solo tenía ojos para Andrés, lo miraba de manera insaciable. Cuando al fin, de manera casual, porque se puso sobre el lado que no era, me vio hacer una tabla lateral perfecta, siendo incluso capaz de levantar una pierna, yo le sonreí y ella me soltó:

- ¿Sabes que das un poco de asco?

- Me matarías ahora mismo, ¿a que sí?

- Eres un tramposo.

- ¿Ah, sí, por qué?

Cuando terminó la hora, mientras guardábamos las toallas y las botellas de agua, para regocijo de Betsabé, Andrés se nos acercó para decirme:

- Tú muy bien, ¿no? No me he acordado de preguntarte antes de empezar si era la primera vez que lo hacías, pero ya he visto que tienes un buen nivel.

- Sí, si yo antes iba a otro gimnasio, pero como me he mudado a casa de ella, pues me he cambiado aquí. - expliqué. Betsabé me miró muy seria mientras bebía agua y aclaré enseguida: - Es que estoy a ver si encuentro un alquiler barato por aquí, y mientras tanto...

Puri, una mujer de mediana edad, interrumpió la conversación, solicitando (casi con urgencia) la atención del monitor. Le dolía no sé qué. Le pasaba no sé cuánto. El caso es que necesitaba imperiosamente que Andrés le echara cuenta.

A la vuelta, tal como había anunciado, me fui charlando con Betsabé y Camila. A mitad de trayecto, lancé un anzuelo a esta última:

- Oye, vaya como os tiene el Andrés este, ¿no? Todas babeando.

Camila sacudió la cabeza, y casi arrugó el hocico:

- Pues no sé. Yo creo que es al revés, él es el que babea con nosotras. A mí siempre me está diciendo cosas.



Solo había ido un día, pero me di cuenta de inmediato de que aquello que decía Camila no era cierto. Quería presumir delante de Betsabé. Empecé a notar, a percibir que estaba algo obsesionada con ella, y activé las alarmas. La envidia es una de las fuerzas oscuras más dañinas.

- Bueno, yo lo que he visto es que os regala mucho el oído, así en general. -  
Contraataqué: - Pero a la que pega unos repasos de campeonato es a esta. Señalé a Betsabé: - Vaya telita, prima. Como si fueras desnuda, te come con los ojos.

Betsabé comenzó a reírse, poniéndose roja (qué pava es, madre mía), en tanto Camila saltaba inmediatamente:

- ¡Y a mí! ¡A mí siempre me está mirando el culo!

Eso también era mentira. Estuve a punto de decirle: “ pues tu culo sale muy mal parado, comparado con el de mi Betsabé, vamos, como toda tú, así que mejor no te subas tanto”, pero no quería ser tan grosero.

Camila no me gustaba, definitivamente. No era buena, en el sentido de que no tenía luz. Su aura era opaca, turbia, y hacía mucho ruido. Era falsa. No estaba en armonía con ella misma, y había un resentimiento silencioso reconcomiéndola por dentro. Betsabé debía tener mucho cuidado.

- Oye, y ese nombre, Karim, ¿de dónde es? preguntó con nuevo brío: - ¿Eres moro?

- Eh, bueno, mi padre es libanés, de Beirut. intenté explicarle: - Más bien, soy medio árabe. Creo que es lo que querías decir.

Burra...

- Ah. ¿Y tu madre, es de aquí?

- Sí.

Antes de despedirnos en la puerta de nuestro bloque, Camila apostó fuerte:

- A ver si un día hacemos una quedada todos los del gym, y vamos a tomar algo, ¿no os parece? Estaría muy bien. Oye ¿y vosotros qué vivís, aquí los dos?

Betsabé explicó:

- Está en mi casa mientras busca un sitio baratito. Los alquileres están imposibles.

A Camila se le tensó un poco la mandíbula. Intenté escudriñar qué la contrariaba tanto, y me encontré con algo muy simple: “ Esta hija de puta tiene a un chico guapo y joven viviendo con ella”.

- Pues en mi edificio hay varios pisos en alquiler, a ver si me entero de cuánto piden y te viene bien. Oye, mira, seríamos vecinos.

- No me digas. - contesté, sonriendo de manera algo forzada. Camila coqueteaba de forma muy evidente, y seguramente, con cierto tipo de tíos comodones le iba muy bien. A algunos, cuando les dan vía libre, no se lo piensan demasiado. Camila no era guapa, ni sexy, pero seguramente ligaba mucho más de lo que podía esperarse por su físico. Como colofón, me dio dos besos al despedirse.

Betsabé, en su mundo de luz y color, tenía una bella sonrisa en su cara, cuando subiendo por la escalera, me dijo:

- Creo que le gustas.

- Venga, ¿en serio? Yo creo que esta es de las que echa la caña a diestro y siniestro.

- No te entiendo.

Nos detuvimos en su puerta.

- Que también va detrás del Andrés ese, y esta no se bloquea, ni le dan palpitaciones, no vale un pimiento, pero le da igual, está tan resabiada que le da lo mismo lo que piense el tío de ella. En eso te tiene ventaja.

Betsabé se quedó muy seria y preocupada.

- ¿Pero tú de verdad crees que eso que ha dicho de que siempre le está diciendo cosas... ?

- Mira, sólo he estado allí dos horas, ¿vale? Pero hay comportamientos humanos que no necesitan más tiempo para ser catalogados. Qué puede pasar, no lo sé, *Allahu aalam*, pero si te parece, dentro de una semana te haré, digamos, un informe, y te presentaré mis conclusiones. Con tranquilidad, *explayándome*.

- ¿Crees que va a dar para tanto?

- Lo suficiente para cenar en un lugar exótico. ¿Te apetecería ir a un japonés?

- No tengo un pavo.

Me mostré realmente ofendido. Preocuparse por eso. Mientras subía despacio a mi ático, protesté:

- ¡Qué inútil me siento a veces contigo, de verdad!



**KarimElGenio**

@YinnKarim



#CosasDeGenios #VisitandoAlcobas  
#LosSueñosSonMiDominio #BetsabéEsMía  
#Juas #ElAmorEstáDeMiParte

Esa semana que le pedí a Betsabé para poder estudiar la “situación” y exponerle mis observaciones, la acabé usando para hacer un par de travesuras. Sí. Lo confieso. No ha sido muy ético, pero no he podido evitarlo. El amor me revoluciona, y acabo teniendo ocurrencias de este tipo. De todas formas ya he recibido el bofetón correspondiente. Pero vayamos por partes.

Necesité muy poco tiempo para darme cuenta de que al tal Andrés no es que le guste Betsabé, es que le gusta mucho. No como a mí, porque eso es imposible, pero digamos que lo pone brutísimo. Sin embargo, por diferentes motivos, lo cierto es que no quiere nada con ella. Es una mezcla de rechazo y miedo, a la pasión, al sufrimiento, y al mismo tiempo de orgullo, que quedan reflejados en la forma brusca en que aparta la mirada cada vez que sus ojos se quedan enganchados en la sensualidad de Betsabé. ¡Pobre infeliz! Está lastimado. No quiere arriesgar su estabilidad emocional ni su equilibrio por nada del mundo, y desde luego, si le abre las puertas a Betsabé, eso está asegurado. Considera, y considera bien, que es el tipo de mujer por el que uno pierde la cabeza en un plis plas. Ella no se da cuenta, pero irradia erotismo. Son muchos los que cuando la miran piensan enseguida en el sexo. Lo tiene en su risa, en su forma de mirar, su forma de hablar.

Y este es el motivo, esa picardía incitante que hay en ella, bajo un comportamiento dulce y discreto, incluso ingenuo a veces, lo que provoca el repudio en no pocas mujeres. No la tragan, no quieren tratarse con ella porque la ven como una amenaza, la que le puede “quitar” los ligues, o incluso aunque no sean ligues, puede tener a demasiados hombres pendientes de ella, y esto las pone de los nervios. Esto no lo he descubierto ahora, desde luego, podría contar historias tuyas de cuando tenía dieciséis o diecisiete años, pero digamos que ahora lo noto multiplicado por diez. Pondré un ejemplo: terminada la hora de spinning, cuando bebíamos agua y nos secábamos, se acerca Camila con otra mujer, de expresión antipática, Toñi, creo que se llama, media melena lisa y oxigenada, de figura delgada pero amorfa, y

delante de mí, comienzan a comentar:

- ¡Uf, qué paliza! Yo lo que pasa es que no sudo mucho, y parece que no hago nada, pero yo no paro.

Lo cierto es que había estado hablando por los codos todo el tiempo.

- Yo tampoco sudo. - se apresuró a aclarar Camila: - Yo me acaloro, pero mira, seca.

- Aquella, pobre, parece que le han echado un cubo de agua encima. - Se refería a Betsabé: - Qué asco, tiene que estar hasta pegajosa.

A mí me entró la risa, por lo que denotaba semejante comentario estúpido, tan malintencionado y tan desacertado en realidad, y ella se pensaría que era por su simpatía.

- La Betsabé, es que suda como un tío. convino Camila, con aquel deje afectado que solía gastar. Era como si constantemente estuviese interpretándose a sí misma.

Uno tiene ya dos siglos y medio, y sabe que este tipo de menosprecio de una mujer a otra, sobre todo cuando un hombre está delante, viene propiciado por una envidia voraz. Y Betsabé siempre ha sido un infierno para las tipas envidiosas, que no han perdido ocasión nunca de exponer sus defectos, aun cuando como en este caso, no esté claro que lo sean. A mí me encantaba el brillo de la piel de Betsabé cuando estaba sudando así, con la ropa pegada. Yo creo que a cualquier tío le gustaría, pero estas dos petardas no sabían tanto como creían saber de los hombres. Estuve en un tris de aclararlo, pero no me apeteció en ese momento. Ya iría yo poco a poco poniendo las cosas en su sitio.

Afortunadamente, en el otro lado, Betsabé tenía amigas que la querían y apreciaban, a pesar de lo despegada que era ella y lo poco que las cuidaba. Y sobre todo, y por encima de todo, me tenía a mí.

Volviendo a Andrés, es un tipo con carácter, disciplinado y firme cuando quiere serlo; algo oscuro. Y melancólico. Ha tomado una decisión, y se ha construido un muro contra los encantos de mi ama. Está dispuesto a resistir el asedio, a pesar de que siente sus miradas como proyectiles flamígeros lanzados por catapultas contra su fortaleza. ¿Y voy a decirle yo esto a Betsabé? Por supuesto que no. La conozco bien. Semejante perspectiva la excitará, la animará aún más porque lo sentirá como un reto, y no cejará en su empeño. Seguirá y seguirá, hasta el asalto final. Le parecerá divertido. Para ella esto, en realidad, es una especie de juego, no son sentimientos profundos, es puro antojo, puro capricho. Si algún día lograrse tenerle, se cansaría de él a

los dos meses, seguro. Así que lo que debo procurar es que se olvide de él, que deje de interesarle, que le aburra, y si le digo lo que he notado, lo que he visto, será misión imposible.

Explicaré mi estrategia, refiriendo una experiencia que tuve, hace muchos años, casi un siglo. Yo ayudaba a una vidente que tenía su recibidor en una cerería cercana a la Mezquita, allí en Córdoba, una echadora de cartas a la que pasaba información sobre sus clientes, y me llamaba la atención que a muchas de las mujeres que acudían para consultarla sobre sus relaciones amorosas, ella solía responder con un patrón que se repetía una vez y otra:

- A ver, enamorado de ti está... lo que pasa es que tiene un miedo horroroso al compromiso, es que no se atreve a dar el paso. Y yo no veo que te merezca la pena seguir con esto.

Daba igual cual fuera la realidad, que muchas veces distaba mucho de ser la que la vidente exponía, siempre soltaba esta cantinela. Sus clientas, según se deducía de sus palabras, eran maravillosas, y ellos unos patanes inmaduros que no sabían apreciarlas. Como yo sabía que esto no era así, no solo por lo que yo descubría, sino por las propias palabras de las que iban a consultar que tampoco dejaban lugar a dudas sobre la falta de interés del tipo en cuestión, una vez le dije a la echadora de cartas:

- ¿Por qué les dices eso? Mejor diles la verdad, que el tío pasa de ellas. Lo superarán antes, el despecho las empujará a dar carpetazo al asunto.

- Claro que sí, jovencito, ¿y qué gano yo con eso? - me contestó: - Mira, en primer lugar, a los clientes siempre hay que regalarles el oído, y más aún cuando te vienen con penas de amores, y la autoestima baja. Hay mujeres que me preguntan por antiguos amantes, aun diez años después de haber dejado la relación. ¿Y qué voy a decirles? Pues que él no las ha olvidado, aunque estén con otra, aunque estén casados, que han sido el gran amor de su vida. Es eso lo que vienen a escuchar, no la verdad. Así que tengo que plantearlo de manera que no las empuje a meter la pata, pero sin presentarle las cosas tal como son. Porque entonces hay muchas probabilidades de que no vuelvan nunca más a mi consulta. Y no es eso lo que queremos, ¿verdad?

- No, claro... - había dicho yo, encogiéndome de hombros, algo mohíno: - Supongo que no...

Pues lo mismo, pero al revés. Si le digo a Betsabé que el Andrés este pasa de ella completamente, que no tiene interés ninguno, y que incluso puede sentirse incómodo si ella persiste en su actitud, lo más seguro es que, aunque se entristezca, y se deprima, desista. Y qué bien estar entonces ahí para ayudarla

a reponerse, porque lo hará, como digo, el despecho es la mejor de las curas de olvido. Un orgullo herido corta de un tajo las esperanzas románticas. Claro, que entonces yo me haré de rogar, y... Pero basta de castillos en el aire, a lo que voy. Lo que se me ocurrió, aparte de esto, hace unos días, fue ayudar a que esa tensión de la que ella se queja, aumentara, que cristalizara aún más. No quiero que él baje la guardia, no quiero que en un momento de debilidad se deje llevar. Además, ahora que me he dado cuenta de que su idea es aguantar, que no quiere ni acercarse ni empezar nada, que le tiene miedo a lo que pueda pasar, se me antojó hacerle sufrir. Un poquito.

De manera que el viernes de madrugada, con luna menguante, y unos estupendos 21° de temperatura, cuando el reloj marcaba las dos, volé hasta el domicilio de Andrés, en una barriada no lejana a esta. Dormía boca arriba, desnudo. Lo vi hermoso, y sentí muchos celos. Hasta se me pasó por la cabeza provocarle una enfermedad que lo dejara maltrecho, que le impidiera desarrollar su actividad diaria con normalidad y así alejarlo de mi ama para siempre. Pero recordé la muerte de aquel chiquillo y que entonces había jurado que nunca, jamás, volvería a hacer daño a ningún ser humano. Así que aparté esas ideas de mi cabeza y me aproximé a su cama, la rodeé, me puse en su cabecera, y agachándome, exhalé un suspiro en su oído. El cuarto se transformó en una estancia dorada, en la que Andrés despertó convencido de que estaba en un sueño. El no podía verme, pero sí sintió mi voz dentro de su cabeza, en tanto de un rincón emergía una figuración de Betsabé, apenas cubierta con un tul, que él se quedó mirando embobado. “Mírala bien. Es deliciosa, ¿verdad? Seguramente es de otro hombre, aunque este tipo de mujeres nunca son de nadie. Es mejor no encapricharse demasiado con ellas. No es sensato. Sin embargo, este es tu sueño. Solo un sueño. ¿Por qué no la disfrutas un poco, qué te lo impide? No seas tan severo contigo mismo...” La figuración se había acercado, quitándose el tul, y Andrés estaba muy excitado. Extendió las manos, le acarició los pechos y luego su contorno, gimiendo de deseo cuando masajeó sus nalgas. Se fundió en un beso apasionado con ella, y aquella imagen, aunque quimérica y creada por mí mismo, me resultó hiriente. Con un chasquido, hice que se desvaneciera todo, y que Andrés volviese a caer dormido, aunque se despertó a los dos segundos, con una intensa erección aún presente. Observé desde la oscuridad de un rincón cómo se masturbaba, pensando en mi ama, con esa imagen de ella desnuda en su cabeza, hasta el momento del clímax. Luego, cuando se desvaneció el placer, noté su desprecio y un resentimiento amargo hacia mi ama que no comprendí del todo.

Al día siguiente, en el gym, el autodomínio de Andrés, tal como yo pretendía, se había reforzado, y no miró a Betsabé ni siquiera por error. Cuando la percibía alrededor, permanecía con los ojos bajos, más aún cuando se daba cuenta de que ella sí lo miraba. Entonces la muralla temblaba, retumbaba, crujía, mientras el fuego se derramaba por las almenas. ¡Juas, juas, cómo lo gozo! Al final, como colofón, estando él cerca, y sabiendo que escuchaba, le dije a Betsabé:

- Oye, prima, ahora cuando lleguemos, si te apetece, después de la ducha, te doy un masaje. Tienes los hombros tensos.

Betsabé enarcó las cejas, intentando captar la intención de mi comentario. Entonces, se metió Camila.

- Oye, ¿tú sabes dar masajes? Porque yo tengo una contractura terrible en la espalda. Mira, toca.

Sin cortarse un pelo, Camila se subió la camisa, para que le palpara la espalda, lo que me pareció una maniobra burda y hasta cierto punto, torpe, porque partía de la idea de que cualquier tipo va a excitarse o a sentirse atraído por un simple contacto, y eso depende de muchos factores. Supe que era eso lo que estaba pensando mientras le tocaba los homoplatos. Entonces se me ocurrió. ¿Por qué no le hacía una visita nocturna también a ella? Aquella enterada se merecía un escarmiento. Probar de su propia medicina.

Esa noche, sobre la una, me colé por su ventana. Camila dormía con una vieja camiseta de deporte, de lado. Exhalé un suspiro en su oído, y a los pocos segundos, se despertó, creyéndose en un sueño. Se encontró la lamparita de su mesita de noche encendida, y a mí sentado al borde de su cama, con un batín de seda azul. Se sobresaltó, claro.

- Hola, Camila. - la saludé.

- Qué es esto, cómo has entrado aquí.

- Por la ventana. Es un segundo, es fácil.

- ¡Pues ya te estás largando! Te voy a poner una denuncia que...

- Sh, calla, no seas tonta. Es que no podía dormir, dándole vueltas a... Necesito saber qué piensas de mí.

- ¿Que qué pienso de ti?

- Sí, si te parezco guapo. Si te gusto.

Primero mostró su sorpresa. Luego se rió vanidosa:

- Para empezar, tengo novio. Y luego, los prefiero más maduros, y no tan guapitos.

- Entonces sí me ves guapo.

- Sí, pero ya te digo...
  - Hoy casi me derrito cuando me pediste que te tocara. Dime que te gusto. Por favor, dímelo.
  - ¡Karim, no...!
  - Qué bien suena mi nombre en tu boca. - le dije, inclinándome sobre ella. La besé derrochando pasión y ella no se resistió. La hice dormirse de nuevo, recibiendo ese beso, y la eché sobre la cama. Después, desde la ventana, observé la expresión de su rostro al despertarse, y la vi levantarse aturdida, para ir al cuarto de baño, a refrescarse la cara.
- ¡Juas, juas! Esto es genial. Gracias, Betsabé. Me estás dando la vida.



**KarimElGenio**

@YinnKarim

Cena en el Sakura con Betsabé 🍷🍣

#averquélecuento

#ComoEnLosViejosTiempos #JuntosOtraVez

🇨🇵 #FinDeSemana

El sábado por la noche, me puse unos vaqueros, un jersey sin mangas de rayas horizontales, blancas y negras, y una chaqueta oscura. Me veía elegante a la vez que desenfadado. Mi cabello lucía una media melena agraciada en las puntas, y mi rostro, una cuidada perilla donjuanesca. Me perfumé, y muy seguro de mí (por supuesto) bajé a recoger a Betsabé, sobre las ocho y media, como habíamos convenido.

El recibimiento fue este:

- ¡Jajajaja, venga ya! ¿Dónde has dejado la góndola?

Y esto es lo que hay que soportar.

- ¿Quieres una góndola? - le repliqué muy serio, dispuesto a dejársela allí, en la misma puerta de su casa.

- No, hombre, no te enfades, estás muy guapo.

- Si quieres, me visto como uno de esos soseras a los que tú ni te molestas en mirar. - continué replicando: - Beige, blanco, chalequito...

- Que no te enfades.

- Como si me hubieras visto alguna vez enfadado.

- ¿No tienes calor con la chaqueta?



- Para nada.

Ella iba con un vestido rojo, los hombros al aire, cinturón marcando su figura, falda suelta. Estaba flipante, pero no se lo iba a decir. Como sucedía siempre que salimos, a Betsabé ni se le ocurría ni le interesaba pedirme un modelo de coche en especial, le bastaba que funcionase. Para ella era un simple medio de transporte. Una vez, con diecisiete años, recuerdo que me pidió ir en autobús. Sencillamente, se le apetecía ir en autobús, que era como iban la mayoría de sus compañeros de instituto cuando salían de marcha, y a ella le gustaba ese ambiente, ese prolegómeno de la fiesta. Era como una especie de ritual.

Esta vez, durante el trayecto, me di cuenta de que no apartaba sus ojos de mis manos mientras conducía. Curioso, le pregunté al respecto. Se rió y respondió:

- No sé, es que nunca me había fijado en tus manos y... son grandes, pero finas. Me gusta observar cómo conduces.

- ¿Sabes que si me dejo crecer las uñas, me salen en forma de pico?

- ¡Ostras, sí, creo que te las vi una vez, cuando era pequeña, me quedé alucinada! Y quería tener unas iguales.

Cuando ya estuvimos en el Sakura, sentados en una mesa para dos en un rincón, me di el gustazo de pedir la cena en japonés, para regocijo de la camarera. Entretanto, Betsabé me observaba enarcando las cejas, con media sonrisa escondida tras su dedo índice:

- Oye, Karim, - me dijo, cuando la camarera nos dejó solos: - ¿nunca has pensado en... salir a ligar y tener citas? Las dejarías impactadas a todas.

- Pues, no sé... - contesté: - Siempre he llevado ese asunto, digamos, de otra manera.

Yo no necesitaba salir para ligar. Podía abordar a las mujeres que me gustaran cuándo y cómo quisiera, haciéndome pasar por lo que me conviniese, y desaparecer luego tal como había aparecido. Dependiendo de mis apetencias y mis ganas, había estado más o menos activo.

- Aunque siempre está bien probar métodos nuevos de hacer las cosas. - admití: - Pero digamos que no está entre mis costumbres habituales.

- Pues es una lástima, porque creo que tendrías mucho éxito.

- Eso no lo dudes. - convine: - Pero debes tener en cuenta que ya no gozo de la libertad que tenía antes, tengo unas obligaciones contigo, debo estar pendiente de ti, y estar...

Estuve a punto de decirle “estar a tu disposición en todo momento”, pero me refrené a tiempo.

- Estar protegiéndote. No puedo desentenderme y dejarte sola.

- ¿Ah, sí? Pues recuerdo cuando desaparecías largas temporadas durante mi adolescencia; subía y no estabas allí.

- Largas temporadas, no, nunca excedieron las dos semanas. Y en esa época mi intención era evitar que te aferraras tanto a mí. Estabas obnubilada conmigo, y... - Bajé la vista, y me puse a jugar con un palillo: - ... eras una cría. No sabía muy bien cómo tratarte, la verdad. En cierto modo, me daba un poco de rabia que crecieras, transformándote en una adolescente empalagosa y desorientada. Luego se te fue pasando la edad del pavo... y te convertiste en una jovencita muy interesante.

Betsabé asintió con la cabeza, mirándome con atención.

- “Interesante”- repitió.

- Sí, eso he dicho. Claro que ahora, lo eres mucho más.- añadí, en tono cálido.

Se sonrió, y procuró reconducir la conversación:

- Sí, ya, pero ¿por qué estás conmigo? Me lo he preguntado muchas veces, ¿por qué yo tengo asignado un genio y el resto no?

- No, te equivocas, mucha gente tiene uno. Pero la mayoría no los reconocen, no hablan con ellos, no los ven. Los ignoran por completo.

- ¿Y por qué a mí no me ha pasado eso?

- Porque eres especial, y porque Shams me dijo lo que tenía que hacer para que me vieras, y me escucharas desde que estabas en la cuna. Para que siempre estuvieras en contacto conmigo. Para que te relacionaras conmigo.

- Es fascinante. Dime otra cosa, ¿qué sentido tiene que te ocupes de mí? ¿Qué ganas tú?

Quise ser lo más sincero que fuera posible:

- Es muy simple: Betsabé tú vas a cumplir treinta años, y ese es el tiempo que hace que entré a formar parte de los genios justos, pero tengo doscientos treinta y seis, así que digamos que durante más de dos siglos, estuve sin rienda de ningún tipo, y... bueno, no me porté precisamente bien. Hice cosas malas.

- ¿Como cuáles? - preguntó, con esa media voz que ponía cuando algo le interesaba de veras.

- No te lo voy a decir. - contesté rotundo, levantando la vista del palillo que hacía girar entre mis dedos. Era una de las pocas cosas que podía negar a mi ama: hablarle de mis malas acciones del pasado.

- Entonces, ¿estar conmigo es una especie de condena?

- ¡No, no, qué va! Es una demostración de buena voluntad, una prueba de que he cambiado sinceramente.

Estaba acalorado y me quité la chaqueta. Advertí un brillo de admiración en

los ojos de Betsabé, y supe que estaba recordando la época en la que tenía la cabeza perdida conmigo.

- Bueno, qué, ¿qué te parece mi jersey? No me digas que no es una chulada.

- Ya veo que no has dejado de ser un presumido a pesar de los años de cautiverio.

- No. En fin, a ver, ¿entramos en materia? propuse decidido, aporreando levemente la mesa.

- Sí, claro, por supuesto. - dijo ella tomando un trago de cerveza: - Venga, comienza.

- Antes que nada, creo que hay un detalle en el asunto con tu monitor, que no has tenido en cuenta. comencé exponiendo: - El contexto.

La camarera nos trajo nuestra ensalada y la bandeja de sushi.

- ¿A qué te refieres?

- Ese hombre está trabajando, Betsabé. Para ti, el gym es parte de tu ocio, pero para él, es distinto. Es su ámbito laboral. Merece un respeto.

- ¿Y en qué le falto yo el respeto?

- No es exactamente faltar el respeto – maticé: se trata de que tú puedes moverte con una libertad que él no posee. Tiene que andarse con pies de plomo, no va a arriesgarse a coger fama de ligón en ese mundillo, porque la gente se acaba enterando de todo, y quedaría como alguien poco serio, poco profesional.

- El qué dirán, claro.- dijo ella con cierto hastío.

- Te repito que él está en su puesto de trabajo, no divirtiéndose. Es por ética, por principios. ¡No es un niño que está deseando meterla! Y tú deberías tener eso en cuenta y no hacerlo sentirse incómodo.

- ¿Tú crees que yo le hago sentirse incómodo? ¡Pero si apenas le digo nada! ¡Las otras sí!

- No hace falta que lo hagas. Lo miras que vas a gastarlo. Y ya no solo eso: sería más correcto que no fueras tan... ceñida, porque sexualizas su entorno, y eso también crea tensión.

Betsabé se dejó caer en la silla, sorprendida con mis palabras.

- Perdona, ¿qué me estás diciendo, que vaya a hacer ejercicio con ropa ancha, para no “sexualizar su entorno”? ¿Pero de qué hablas?

- Se relajaría mucho más, te lo aseguro.

- Pues creo que te estás equivocando de medio a medio, ¡si estará más que acostumbrado! No soy una top model, ni siquiera soy alta. No creo ni mucho menos que se sienta intimidado por... porque yo vaya como van las demás.

- No, Betsabé, no vas como van las demás, tú cuidas bien lo que te pones. Los colores que mejor te sientan, siempre en tirantas, porque te gustan tus hombros y tu cuello, y hasta fuiste en pantalón corto el otro día, con esos muslos que tienes... Las otras no van así, y aun cuando lo hacen, no tienen tus curvas, no les luce como a ti. Tu cuerpo es muy sexy, Betsabé qué quieres que te diga, y tú lo sabes. Así que no disimules, no hagas como si no supieras de qué te estoy hablando.

- Eres un exagerado, y no sé si me estás regalando el oído, o me estás dejando a la altura del betún. ¡Je! No puedo creerlo; tus planteamientos son absolutamente retrógados. ¡Mi cuerpo le hace sentirse incómodo!

- Tu cuerpo y la forma en que lo miras. puntualicé: - Lo que te estoy dando es una explicación a por qué se muestra contigo algo esquivo y remiso, y con las demás no. No quiere darte pie, ni alentarte, es así de simple. No quiere líos.

- Entonces el problema es el contexto, me estás diciendo.

- ¿Te parece poco problema? Aunque te dijera dónde vive, que lo sé, ¿qué podrías hacer? ¿Presentarte allí como por casualidad? No es ningún tonto. ¿Sabes el repelucos que puede dar eso? ¿Te quieres convertir en una acosadora?

- ¡No, claro que no! Pero de tus palabras deduzco que si se siente tenso e incómodo conmigo alrededor es porque le gusto.

Joder. Cómo le quitaba yo ahora esa idea de la cabeza. ¡Me estoy haciendo un lío!

- Eh, verás, gustar, sí, se puede usar esa palabra, pero no lo confundas con otra cosa. Cualquier hombre heterosexual se quedaría mirando tu magnífico culo. Pero eso no significa que se sienta atraído por ti.

- Pues entonces no entiendo tanta tensión y tanta incomodidad. Tengo un compañero de trabajo que está tremendísimo, pero no siento tensión ninguna, ni me corto, ni él conmigo, vamos, lo natural.

- Ya, claro, porque ni él ni tú teméis que podáis acabar liados dentro de un armario, ¿a que no?

Betsabé se me quedó mirando con atención en tanto yo comenzaba a sentir sofoco. Tendría que haberme dejado de historias y haber dicho sencillamente: “pasa de ti”. Eso para empezar, y luego dar las explicaciones pertinentes sobre por qué era tan brusco con ella. Pero me había complicado un poco. Era más fácil mantener el equilibrio en un alambre.

- Sí. Sí, eso es lo que digo. - convino ella: - Si tan tenso y tan incómodo se siente Andrés porque el contexto no es el adecuado, es porque le gusto, ¿no?

Porque me encuentra atractiva.

- No es eso lo que he dicho. - rebatí, algo desesperado.

- ¿Entonces qué has dicho?

Me pasé la mano por la cara, suspirando:

- No lo sé; oye, mira, ¿por qué no te olvidas de ese tío? No es para tanto. Búscate otra distracción, no vas a conseguir nada.

Betsabé se echó de nuevo sobre el respaldar de su asiento, y de pronto la rodeó un sutil aire de triunfo, al decirme:

- ¿Sabes qué pienso? Que lo que te pasa es que estás celoso. No por mí, sino por él. Estás tan acostumbrado a ser el centro de atención de las mujeres, que cuando otro te quita ese puesto, te pones frenético.

Me reí a gusto. De manera prolongada y sonora. Sin dejar de mirarla a los ojos. Esto era ya el colmo:

- Celoso yo de ese tío. - dije: - De un monitor de gym. ¡Sí, claro, por supuesto! ¿Por dónde empiezo? Veamos: físicamente, sin falsa modestia, soy bastante más guapo. ¿No te has fijado cómo han empezado todas a tontear conmigo? Luego dirán lo que quieran, pero cuando una mujer coquetea inconscientemente, tenga la edad que tenga, no hay equívoco. Ni ellas mismas se dan cuenta. ¿Hablamos de cultura? ¿Cuántos idiomas habla ese Andrés, qué instrumentos sabe tocar? ¿Y sabe cantar? ¿Cuántos libros lee al año? ¿Ha viajado mucho? ¿Qué música escucha? ¿Y bailar, se le da bien? Y como amante, bueno, si quieres te refresco la memoria... admite que lo tiene difícil para superarme.

- Bueno, con él al menos, sé que no acabaré achicharrada. - bromeó Betsabé sin piedad alguna.

- Cierto. - admití: - Eso convierte el acostarse conmigo en una experiencia emocionante y única. En deporte de riesgo.

- Respecto a todo lo demás, juegas con ventaja.

- me rebatió ella.

- Ya, bueno, de todas formas, aun suponiendo que me... molestara que ese tipo fuese atractivo y sexy, y que os tuviese a todas babeando, ¿por qué iba yo a disuadirte de que te arrastraras y te pusieras en evidencia? Al contrario, te animaría a ello. Así me reiría un poco.

- No lo haces, porque sabes que no sería así. Que lo conseguiría.

- ¿Quieres apostar algo?

- Me harías trampa.

- ¿No te fías de mí? - le pregunté sorprendido.

- Solo lo justo.

Betsabé alzó la vista, y noté que su expresión, su mirada, habían cambiado. Me estaba invitando, dándome vía libre. Era cuando entre nosotros empezaban a sobrar las palabras y sentir aquella sensación de nuevo, hizo que un cosquilleo intenso recorriera todo mi cuerpo.

- Ahora, cuando te tomes el sake, ¿se te apetece ir a algún sitio en especial? ¿Al cine, a bailar? - le sugerí.

- ¿Por qué no nos vamos a tu apartamento, y seguimos hablando allí? - me dijo: - Estaremos más tranquilos. Y fumaremos en tu pipa de agua.

Allah es grande. Paladeé el momento suavemente, con una sonrisa discreta, y le contesté:

- Como tú mandes. ¿Alguna decoración en especial?

- Confío en tu buen gusto.

Había sido mucho más sencillo de lo que pensaba. ¡No le había costado nada olvidarse de aquel tipo! Y ahora me deseaba a mí, de nuevo. Lo veía en sus ojos. Cuando salimos del restaurante japonés yo ya estaba excitado. Me la hubiera llevado en volandas a casa, pero no era plan, así que volvimos como habíamos venido, a pesar de mi impaciencia. En el coche, mientras sonaba una dulce canción en la radio, me sonrió como hacía mucho tiempo que no lo hacía. *¡SubhanaAlah!* Cada átomo de mi ser se derretía de amor por aquella criatura, y no sé hasta qué punto ella era consciente de eso.

Preparé el piso como el interior de una jaima, con cortinas y alfombras en tonos rojizos, fanales en los rincones, en el suelo, que inundaban la estancia de una luz tenue y cálida, una visión del cielo estrellado colándose por una de las aberturas, una jarra de té helado... y un pequeño estanque cuadrangular de agua cristalina y tibia. La shisha estaba preparada, y cuando entramos, había en el ambiente un suave aroma a sándalo y manzana.

Nos recostamos en los cojines, y nos servimos un vaso de té. Yo e cambié y me puse un batín negro. Betsabé me pidió entonces que le cantase una canción, mientras ella fumaba. Lo hice con sumo gusto. Cogí el rabel e interpreté para ella una deliciosa canción libanesa llamada “Los ojos de mi amante”, que hablaba sobre la recompensa a la espera de la persona amada. Cuando la terminé, me dijo:

- Tu voz es preciosa.

- ¿En serio te gusta? - pregunté rendido.

- Claro que sí. Eres tan perfecto en todo...

- Pues soy entero para ti. - me ofrecí, agitado. Cogí su mano y comencé a

besarla. Noté cómo se estremecía: - Llevo un rato deseando tomarte de postre...

- Pues espero que no sea flambeado. - bromeó ella de nuevo, mientras yo le comenzaba a besar el dorso del brazo. Era un sendero de piel blanquísima, tanto que se notaban sus venas. Emitió un gemido de gusto.

- No, al contrario: voy a remojarte antes de comerte... qué te parece...

Avancé a besos por su brazo, hasta llegar a su hombro y luego a su cuello, la escuché suspirar mi nombre, Allah, qué deliciosa era; nos fundimos en un beso que me trastornó por completo, me hizo temblar de arriba a abajo. Entonces ella se separó para pedirme, mirándome con lujuria ardiente:

- Oye, Karim... por qué... ¿por qué no haces una de esas cosas que sabes hacer...?

Sí. Sí, pídemme cosas, lo que quieras, pensé.

- ¿... y tomas el aspecto de Andrés? Así, a lo mejor se me pasa el capricho, y puedo olvidarme del asunto.

Pestañeeé impactado. Noté una presión como si me hubiera caído una losa desde todo lo alto.

- Que tome el aspecto de Andrés... - repetí incrédulo: - ¿Es que no te quieres acostar conmigo?

- Pues claro que sí, cómo no se me va a apetecer... pero es por probar. - Me acarició el pelo, mimosa: - Esa habilidad tuya puede dar mucho juego... Ojalá pudiera tenerla yo también.

- ¡Pero es que yo quiero que me desees a mí! me quejé, dolido. Me aparté de ella, notando una ira sorda creciéndome en el pecho contra ella y contra mí mismo: - Cómo he sido tan ingenuo como para pensar que había bastado un rato de charla, un poco de sushi y cerveza para hacer que te olvidaras de ese capullo...

- Bueno, Karim, si no quieres hacerlo, no pasa nada... - dijo ella: - Anda, venga, vuelve aquí.

Me giré hacia ella, mirándola con furia:

- No voy a volver a tocarte hasta que no pases de ese tío. ¡Wallah! Y ahora lárgate. Ya has pisoteado bastante mi orgullo.

Betsabé se permitió el lujo de mostrarse contrariada:

- Oye, no te pongas así. Me parece que tienes la piel muy fina. Solo ha sido una idea, no es para que te ofendas.

- No soy un juguete, ¿te has enterado? - le solté con rabia contenida.

Se levantó de los cojines refunfuñando:

- ¡Desde luego, vaya manera de arruinar la noche! - tuvo la cara dura de exclamar.

- ¿Ah, sí? ¡No me digas! - bramé. Bufó con gesto despectivo antes de cruzar el umbral del ático. Cuando comenzó a bajar las escaleras, impulsado por el torbellino de cólera que me quemaba las entrañas, me asome al descansillo para gritarle:

- ¡Vive en la calle Éfeso, portal 46, 3ºD! ¿Por qué no vas a buscarle, y te presentas en su puerta a cuatro patas como la perra que eres!

Con una vulgaridad que nunca le había visto, se giró y me mostró el dedo corazón, frunciendo la boca, como una macarra barriobajera cualquiera.

Di un portazo, sulfurado. Luego lo hice reventar todo de un plumazo: fanales, cojines, espejos, vasos, shishas, jarras, y el agua del estanque saltó por los aires, cayendo luego en una breve lluvia repentina y violenta. Provoqué un estruendo considerable. Después lloré de pura rabia.

### **BETSABÉ: la existencia líquida.**

Faltaban pocos días para que entrase el verano, y ya se había producido la primera ola de calor. A Betsabé le gustaba el calor mucho más que el frío. El frío la paralizaba, y además, le gustaba ir con poca ropa. Su hermano mayor, con mucha guasa, solía decir: “El frío es para los feos”. A Betsabé le gustaba ir a playas poco concurridas y bañarse desnuda. Le gustaba su cuerpo y no se avergonzaba de él. También le gustaban las siestas largas en penumbra, con el zumbido del ventilador, o el aire acondicionado, mientras leía, rodeada de un silencio absoluto.

Ese año, sin embargo, la irrupción del verano no la entusiasmaba demasiado. Todo el mundo hablaba de vacaciones, y Andrés también. No estaría durante todo el mes de julio. Había cambio de horarios en el gym, y en agosto, cerraría dos semanas. Betsabé no sabía si podría soportar tanto tiempo sin verle ni escucharle. Tenía que actuar: pedirle el teléfono, hacerse una foto con él. No podía estar tan bloqueada, joder.

Pero lo estaba. Martes y viernes seguía entrando en el gimnasio hecha un manojo de nervios. Afortunadamente, su enfado con Karim apenas había durado cuarenta y ocho horas, y no había perdido ese apoyo psicológico. Al siguiente lunes después de la pelea del sábado por la noche, Betsabé se había encontrado, cuando salía poco antes de las siete de la tarde para dirigirse al



gym, con que Karim bajaba la escalera despacio, dispuesto a acompañarla; ella se sintió aliviada, y fue hacia él con la mano tendida:

- Bueno, qué: ¿enterramos el hacha de guerra? Él sonrió entre resignado y melancólico:

- Sí, claro. Qué otra cosa vamos a hacer; somos

vecinos.

Aunque el yinn permaneció con aire algo mohíno, su relación continuó fluyendo con normalidad en los siguientes días. Y a pesar de lo que Karim le había comentado acerca de no incomodar a alguien que se encontraba trabajando, Betsabé no podía evitar recrearse en la curva de la espalda de Andrés, sus movimientos armónicos, su ombligo rodeado de vello oscuro cuando al alzar los brazos se le levantaba la camisa. A veces, estando tan ensimismada en su figura, la interrumpía la mirada inquisidora que como cuchillos, le lanzaba Karim, pero le importaba un pimiento, y seguía haciéndolo. En una ocasión, al descubrir al yinn mirándola así, hasta se burló de su palabras sobre la sexualización del entorno, contoneándose mientras recorría su cuerpo con las manos, y ponía morritos. Karim apartó la vista más chinchado que disgustado, negando con la cabeza.

Pero ese envaramiento, fruto de su bronca sabatina, era únicamente con ella, con Betsabé. Con el resto de las mujeres del gym, Karim reía y bromeaba, convirtiéndose con facilidad en el centro de atención. De las veinticinco que solían acudir asiduamente a spinning, fitness y pilates, más o menos la mitad estaban entre los cuarenta y los cincuenta y tantos. En la otra mitad, tres o cuatro debían superar esa edad, y otras tres eran treintañeras. Después había un par de chicos también más o menos de esa edad, que aparecían de vez en cuando, y una veinteañera con sobrepeso, que era una de las que más hablaba con Betsabé, porque era de conversación interesante y fresca, no como el resto. Se llamaba Mely, y también comenzó a hacer buenas migas con Karim. Era una chica con mucho desparpajo, que no se cortaba con las bromas del genio, con el que comenzó a tener una especial sintonía. Algo que, tal como percibió Betsabé, ponía nerviosa a Camila.

Ese lunes, después de la pelea, cuando habían llegado al gym, Betsabé se había dado cuenta de que el saludo de Karim a su vecina, un sencillo “Hola,

Camila”, había iluminado los ojos de esta, y le había hecho desplegar una sonrisa sana, sin doblez. Luego la vio estar pendiente del tonto de Karim, con otras mujeres, y sobre todo de su charla y sus risas con Mely. “Me estoy rayando”, pensó Betsabé.

A la vuelta, sin embargo, Camila acabó pidiéndole el teléfono a Karim, y el entusiasmo que se dejó traslucir en su rostro era muy evidente.

¿De qué se extrañaba, de todas formas?, pensaba Betsabé. Karim era muy guapo, y muy alegre. Era normal que se pillaran por él. ¿No le había pasado a ella misma? No era descabellado que incluso Camila acabara cortando con su novio si veía que tenía alguna posibilidad con el yim. Sería divertido ver qué pasaba entonces, pensó con malicia.

- Karim, creo que después del escandalazo del sábado pasado – le comentó Betsabé, cuando regresando del gimnasio, llegaron al descansillo: - sería más prudente que entraras en mi casa, y luego si quieres, salgas por la ventana. La gente está pendiente del ático.
- ¿Y si no quiero y prefiero quedarme en tu casa?
- Es otra opción. - convino ella.

El estruendo causado por la explosión de ira de Karim en la ya madrugada del domingo, había hecho a los vecinos asomarse a las escaleras, e incluso llamar a la policía. Cuando éstos llegaron, el tumulto había cesado, pero los vecinos temían que en el ático, que ellos creían deshabitado durante tantos años, se hubieran instalado unos okupas. Aunque había dudado en hacerlo, acabó también saliendo ella al descansillo, para fingir algo de preocupación por lo que sucedía. Cuando la policía se hubo marchado sin poder hacer nada, y los vecinos comenzaban a dispersarse, comentando entre ellos casos de ocupación, de violencia doméstica, todo ello aderezado con miras estrechas, prejuicios y la mentalidad pacata y mezquina a la que sus conciudadanos tenían acostumbrada a Betsabé, a ella se le ocurrió derramar el rumor en el oído de dos señoronas justicieras que ya habían hecho su fin de semana con aquel “percance”.

- El ático ese está embrujado. - comentó Betsabé muy seria: - Desde hace tiempo. Hay noches que incluso se escucha llorar a alguien. Sobre todo en esta época que viene ahora de tanto calor.
- ¡Yo no creo en esas cosas! - se apresuró a rebatir una de ellas. La otra en cambio, abrió mucho los ojos.
- No, si yo tampoco. - aseguró Betsabé: - Pero su propietario es incapaz de deshacerse de ese inmueble. Y ahí, ahora mismo, no vive nadie, se lo digo yo. Me había interesado por él, pero ahora entiendo que esté vacío.

El piso de Betsabé era el único en su descansillo, enfrente de un cuarto trastero, y por tanto, el más cercano al ático. Si ella decía que de ahí ni bajaba ni subía nadie, había que creerla. Si decía que se escuchaban lamentos en las noches de mucho calor, había que creerla. Ese chico tan guapo y finito, que ahora iba tanto con ella, era su primo, y vivía en su casa. Probablemente era para él, para quien había estado preguntando por el ático. Y eso es lo que había y se veía.

Esa noche de lunes, Karim salió por la ventana del dormitorio de Betsabé convertido en gato. No se quería recoger todavía, le anunció, se le apetecía dar una vuelta y disfrutar de las fragancias de la noche de junio. Betsabé recordó con nostalgia cuando de niña, él iba junto a ella, transfigurado en felino, pasando por ser su mascota, su gato Karim. De hecho, el nombre “Karim” se lo puso al *gat*, no a él, que hasta entonces no había tenido nombre. Ella, a la sazón, tenía seis años.

Esa nostalgia, ese cariño con el que recordaba todo lo que había sentido por él y lo que había significado para su educación emocional y sus vivencias personales, era precisamente lo que para ella alejaba toda posibilidad de que Karim volviera a ser nunca su pasión de antaño. Nunca volvería a tener ella catorce años, ni diecisiete, ni diecinueve. No veía el amor de la misma manera, como no veía el mundo de la misma manera, ni a los hombres. ¿Que podía volver a acostarse con él? Sí, claro. A nadie le amarga un dulce. Karim seguía siendo apetecible, divertido, apasionado. Pero no tenía ansia por él, no tenía esa necesidad. Eso lo sentía ahora por otro hombre, que a ratos parecía inaccesible.

Betsabé recordaba con ternura un momento que, sin embargo, durante vario años había rememorado con sonrojo: la tarde de finales de agosto en la que, con catorce años, poco después de aquella noche en la heladería en la que había presentado a Karim a sus amigas, le había confesado al yinn lo que sentía.

- Yo te quiero. - le había dicho con voz ahogada: - Estoy enamorada de ti.

La reacción de Karim la había hecho sentirse ridícula:

- ¡¿Pero qué estás diciendo, es que has perdido la cabeza?! ¡Deja de leer esas noveluchas románticas, indecentes, impropias para una cría de tu edad! ¡Ponte a leer a Dickens y deja de decir bobadas!

- Dickens es un pestiño, me aburre.

- ¡Mira qué nivel y qué decepción de comentario! ¡Aprende a leer a los clásicos, y deja de decir bobadas!

- ¿Puedo leer *Las mil y una noches*? Es un clásico. - había propuesto ella. A Karim los ojos le habían echado chispas.

- ¡No! ¡Ni hablar! Que eres tú muy lista. Betsabé no comprendió hasta años más tarde aquella reacción y aquel comentario: - Voy a ir a tu cuarto y a

hacerte una purga de libros que es lo que deberían hacer tus padres, que te dejan comprar y leer cualquier cosa. ¡Que se te quiten las fantasías sensuales de la cabeza! ¡Que tienes catorce años, joder!

- Yo te quiero y tú me vas a castigar sin libros por eso. - había resumido ella, con los ojos llenos de lágrimas por la vergüenza y el sofoco: - No hace falta, ya sé... No te preocupes, no volveré a decirte más nada.

- Deja de lloriquear. - le pidió severo: - ¡Y a ver cuando empiezas a escuchar música seria, en lugar de esas canciones moñas!

Betsabé comprendía ahora que al yinn le había preocupado que ella tuviera esa tendencia a exponerse tanto, de forma tan precoz, a cualquier rompecorazones, o cualquier tipo sin escrúpulos. Una tontería, porque con aquella edad, ella solo tenía ojos para él. Mientras sus amigas soñaban con lejanos actores y cantantes que encarnaban el ideal de hombre, o se enamoriscaban de chavales aún a medio hacer, con bigotillos ridículos y voces destempladas, ella lo tenía todo en Karim al alcance de la mano.

Había sido muy hermoso, pero nunca volvería. Ahora su obsesión era Andrés, un hombre a priori nada llamativo, de un atractivo soterrado pero implacable, con un sentido del humor y una conversación sencilla, sin la ingeniosa brillantez de Karim, pero que a ella la tenía subyugada. Incluso al comparar sin quererlo, la simpatía cascabelera de Karim que en su adolescencia la había deslumbrado, ahora le parecía, cuando la veía desplegándose en el gimnasio, empalagosa, en tanto que la suave afabilidad de Andrés, le parecía exquisita, armónica, sutil, y más propia de un hombre hecho y derecho. Era como si Karim, a pesar de contar, según decía, con doscientos treinta y seis años, no pudiese evitar comportarse como la edad que su figuración material representaba. O tal vez, se transfiguraba de esa forma debido a su personalidad.

Betsabé se quedó hasta tarde viendo un maratón de series, porque al otro día no entraba a trabajar hasta las diez. No se atrevía aún a abandonar el trabajo, y a dejarlo todo en manos de Karim, porque de alguna manera, pensaba ella, eso la acabaría convirtiendo en su prisionera. Además, le daba miedo romper así de golpe con la vida a la que estaba acostumbrada, que, después de todo, no era tan mala (el no buscar prole facilitaba mucho las cosas). Pero por otro lado, lo estaba deseando. Si se decidía a hacerlo, quería ir despacio con los primeros cambios, aclimatándose a ellos. También quería volver a ver a ese vidente del Barrio Moro, Nomi, para preguntarle más acerca de los genios, y qué tipo de contrapartida le iba a acarrear servirse de su poder en beneficio

propio. Porque las habría seguro, estaba convencida. Y aunque el yinn ya no tenía el poder de lastimarla con sus palabras ni dominarla emocionalmente, Betsabé no había olvidado su demostración de poder hacía diez años. Que la llamase “perra” la dejaba indiferente, lo único que se evidenciaba con eso era cómo ella podía herirlo en lo más profundo, y esa era la fuerza con la que contaba Betsabé. Pero poco más. Si algún día de verdad se pusiera farruco, le daba repelús pensar lo que sería capaz de hacer. Él mismo la había advertido: “Nunca me has visto enfadado” ¡Pues menos mal!

De todas formas se daba cuenta de que no le costaba nada pasarle la mano a Karim a esas alturas de su vida. Había aguantado a algún que otro capullo que, yendo de manso, y sin alzar la voz, fingiendo docilidad y sonrisas, la había manipulado, mentido, menospreciado, y había transgredido las normas del respeto mutuo de formas mucho más cobardes y sibilinas. Prefería el carácter indómito y transparente de Karim. Tenía la suficiente confianza con él como para perdonarle los berrinches. A Betsabé no le gustaba estar enfadada con la gente a la que quería.



**KarimElGenio**

@YnnKarim



No voy a desanimarme por un pequeño resbalón #adisfrutar #visitaaNomi #sublevacióndelaspasiones #verano #quécalor☀️

Me he llevado varios días regular por lo que sucedió el sábado después de la cena en el japonés. El domingo estaba tan ofuscado, que me fui al Barrio Moro, a ver a Nomi.

Nomi es un guardián, un consejero, al que solo hay que molestar con un motivo muy justificado. Yo creo que en mi caso lo era, porque estaba dispuesto a abandonar y a desvincularme de Betsabé. No sabía que tipo de castigo tendría semejante renuncia, pero quería solicitarlo. Así que aún no había amanecido cuando me adentré por las imbricadas calles del Barrio Moro, como si me perdiese en otra época, con la luz antigua de los faroles iluminando los muros encalados, los zócalos, los arcos, y los cruces abovedados, y me planté en el

bazar de Nomi, que aún no había abierto y estaba terminando su rezo de la mañana en el interior, aún con la persiana medio echada. Yo la levanté un poco más y pasé. Él se puso en pie y sin tener siquiera la necesidad de girarse, me dijo:

Imagino que tú ya lo has hecho.

- Eh, sí, sí claro, por supuesto. - respondí aturrullado.

- Pues no lo parece. Noto mucha agitación.

Yo no me había plantado allí para que pusiera en duda el cumplimiento de mis deberes religiosas. ¡Tenía un problema! ¿Cómo no iba a estar agitado? Las vitrinas del bazar de Nomi estaban repletas de shishas, pebeteros, cajas de tabaco aromatizado, de varillas y conos de incienso, jabones naturales, aceites, espejos, velas, candeleros faroles y hasta dagas. Bajo el mostrador de cristal, se exhibía todo un surtido de anillos, pulseras y colgantes. En una esquina había un tablero de ajedrez.

- Agitado, no. - le expliqué: - Estoy desolado y no puedo más. No quiero seguir sirviendo a una criatura humana. Vengo a saber si es posible que me quiten de ahí.

Nomi, de ojillos vivarachos en una cabeza pequeña y rasurada, de expresión impassible, de labios finos, y nariz aguileña, no pareció inmutarse:

- ¿Qué ha pasado?

Temblé un poco, dudando entre ser claro o suavizar la situación. Opté por lo primero:

- Me he enamorado de ella, pero quiere a otro hombre, y me ha pedido que la ayude con eso. No lo soporto más. Es una tortura.

- ¿Y por qué te has enamorado? - preguntó enarcando las cejas.

- ¡Y yo qué se! ¿Es que se puede evitar eso? Es preciosa, apetitosa como un racimo de uvas, y luego es tan diferente en todo lo demás, es tan... ¿tengo yo la culpa? ¡No la escogí!

- Deberías estar por encima de esas emociones... Ah, el maldito legado de Shams. ¡Allah tenga compasión de ella!

Salté como si me pincharan:

- ¿Qué tiene que ver la pobre Shams con esto?

- La “pobre” Shams fue la que te dijo lo que tenías que hacer para que tu ama te percibiera y tuviera contacto contigo desde la cuna, y te viera como algo normal, ¿verdad? Pues bien, eso es un error. ¡Y estas son las consecuencias! Un yinn debe estar en la sombra, actuando, influyendo, sin ser visto jamás, solo cuando es necesario, sin que se sospeche siquiera de su naturaleza o de su

existencia. No convertirse en una especie de mascota, ¡ni amigo, ni confidente, ni nada! ¡Y mucho menos amante, es una aberración!

- Bien, entendido. - dije acatando el sermón de mala gana: - ¿Y ahora qué puedo hacer?

- ¿A qué te refieres?

- Que qué hago para salir de esta situación.

- Abandonarla no, desde luego. Eso tendría que pedirlo ella y dejarte libre. Mientras estés en este mundo eres su esclavo, no lo olvides. Es una palabra fea, pero es la definición perfecta.

- ¡Pero un día haré una locura si sigo así! ¡Anoche estuve a punto, sin ir más lejos!

- Te cuidarás mucho de hacer semejante cosa. Nomi terminó de abrir la persiana de la tienda. Fuera se apagaron las luces urbanas, en tanto el cielo lo inundaba todo de una claridad celeste acompañada de una algarabía de pájaros: - Mira, joven: hay tantas mujeres como estrellas. Perder la cabeza sólo por una no tiene mucho sentido. Aunque lo mejor es tener la mente lo más alejada de ellas que sea posible. Solo son una pérdida de tiempo, de la que te acabarás arrepintiendo. Pero si tan difícil te resulta, al menos, procura probar de todos los racimos que te sea posible, es menos peligroso. Eres bien parecido, no te costará ningún trabajo.

- No, no, no, el enamoramiento no se quita así, a veces incluso lo agrava. - le dije.

- ¿Tanta experiencia tienes?

- Durante diez años que me tuvo encerrado hice aparecer ante mí a las más bellas odaliscas, y no me sirvieron para olvidar a Betsabé. Es más, yo diría que mis sentimientos hacia ella empezaron a desbordarse precisamente durante ese periodo de cautiverio, sin que yo apenas me diera cuenta.. ¡Cuando volví a tenerla frente a mí fue todavía peor!

Nomi había abierto ligeramente los ojos:

- ¿Se llama Betsabé?

- Sí.

- Con ese nombre realmente deber ser hermosa.

- Mucho. Pero no es solo eso, es... un conjunto de todo. A veces pienso que me tiene envenenado.

Nomi soltó una carcajada.

- No se me ocurre definir la pasión de mejor manera. - dijo: - Afortunadamente, hace tiempo que Allah, alabado sea, me libró de todo eso. A



ti, en cambio, por lo que dices, creo que te queda un largo camino que recorrer. De momento, como te he dicho, lo único que puedes hacer es cumplir con tu deber: obedecerla en todo, respetarla, guiarla por el buen camino. Ser humilde. Recuerda en todo momento porqué haces lo que haces, por qué quisiste servir a una criatura humana. Eso aliviará tu aflicción, te animará. Invoca al Compasivo en todo momento y encontrarás consuelo. Sobre todo cuando sientas que esa pasión te quema y te atormenta.

- Anoche me peleé con ella. - solté de pronto, cerrando los ojos. No le dije que la había insultado. No fui capaz.

Nomi ensombreció su gesto. Severamente me exigió:

- Pues ve lo antes posible a reconciliarte y pedirle perdón inmediatamente. ¡Pero qué soberbia es esa! Eso ya es perder los papeles por completo. ¡Estás ahí para servirla, para demostrar que no eres un extraviado rebelde! No lo olvides en ningún momento.

Asentí con la cabeza, avergonzado.

No es que saliese muy reconfortado de allí, la verdad. Más bien comiéndome mi resignación a modo de desayuno. A lo largo del día, imaginé de qué forma podría bajar y pedirle disculpas a Betsabé por mi comportamiento. Intentaba visualizarlo:

- Betsabé, no encuentro palabras para pedirte perdón por mi inaceptable comportamiento. Toda la calentura que tenía encima se me fue a la cabeza y...

No. No era muy elegante. Algo más digno:

- Betsabé, no tendría que haberte llamado perra. Es inaceptable. Además, los perros son leales, fieles, tiernos, esas cualidades que tú no conoces ni en sombra...

Se me apetecía esta, pero igual ella no lo tomaba como una solicitud de paz.

Así que había que seguir pensando:

- Betsabé, quiero que me perdones por mis palabras de anoche. No es una buena sugerencia que vayas arrastrándote hasta la puerta de ese tío, como una perra. Tampoco conseguirías nada...

Consideré que sería mejor dejar pasar unas cuantas horas más. Si bajaba aunque procurase ser lo más correcto posible, corría el riesgo de no poder reprimir una palabra hiriente, una burla, estaba demasiado dolido.

Así que esperé al lunes, a la hora a la que solía bajar a buscarla para ir al gym, y me llevé la sorpresa de que fue ella la que se aproximó con palabras conciliadoras. Fue mucho más sencillo y reconfortante. Pero le provoca a uno un sabor agridulce, porque sientes que te han dejado como a un idiota.

Y así es como con el transcurrir de los días, me he ido acostumbrando a la idea de que tengo que ser paciente, esperar a que Betsabé se estrelle contra el rocoso acantilado que es ese hombre, y que venga, dolorida y magullada a buscarme a mí. Entonces me dará el gustazo de despreciarla. No, no solo de despreciarla. La haré sufrir, pisotearé su corazón hasta que esté desesperada por volver a tener una ocasión como la que tuvo este sábado y que malogró tan torpemente. No está enamorada de ese maldito monitor, al que he comenzado a detestar, un ser vulgar, débil, ¡simple! Cómo va a querer a un tipo así. Es solo vicio, apetito sexual, se le antojan los tíos como a otras se les antojan las tartas de tiramisú o de praliné. El otro día antes de empezar la sesión de entrenamiento, me acerco a él y le digo:

- Oye, macho, no vayas a dar mucha caña que este fin de semana toca playita.

Me mira sorprendido, y me dice:

- Tú puedes con esto, y con tres como esto, y luego pasarte el finde jugando al fútbol en la arena, ¿qué me estás contando?

- No, si no es por mí. Es por Betsabé. Vamos los dos juntos, y no quiero que se pase el fin de semana acordándose de ti.

Se echó a reír. Betsabé estaba pendiente desde la otra punta de la sala, y vi cómo le contemplaba, embelesada. Andrés me preguntó a qué playa íbamos.

- Un amigo tiene una casa en Tarifa. Por la zona de la Jazminera.

- ¿Ah, sí? No me digas. Yo también suelo ir mucho por allí.

- Sí, está muy bien. - Como no quería perder el hilo de lo que quería soltarle, atajé: - Pues eso, que no vayas a dejármela destrozada. De eso ya me encargo yo...

Andrés era prudente, y aunque no perdió la sonrisa, pude ver una pizca de incomodidad en su mirada con este comentario. Sus ojos se volvieron más oscuros. Apreté un poco más, antes de apartarme de él:

- Ya sabes, prima hermana, con más ganas... Cuando Betsabé quiso saber, con pelos y señales qué habíamos hablado, lo varié un poco, y le dije que lo único que había pretendido era estudiar su reacción al decirle que nos íbamos juntos a la playa:

- ¿Qué reacción? - preguntó ella, sin entender: Le hemos dicho a la gente que somos primos.

- Sí, ya, pero verás...improvisé aturrulladamente: - Como le he dicho que vamos a la zona por donde suele ir él, pues, pensando, quizás, si tiene interés, pues vaya, y se haga el contradizo, no sé...

- No lo veo haciendo ese tipo de cosas. - opinó Betsabé, con el entrecejo

fruncido.

- Pues yo sí. Ese es más retorcido de lo que tú te piensas. No es claro. Va con mucho ojo.

Entonces Betsabé me lanzó otro de sus dardos crueles:

- Hoy lo he visto mirándome de nuevo de esa manera... con ese disimulo... pero tan intensamente...

Estuve a punto de gruñir. En lugar de eso, expresé con tonito:

- ¿Si coincidimos en la playa, vas a... ? chasqueé la lengua, con afectación: - ¡Pero qué pregunta tan idiota iba a hacer! ¡Por supuesto que vas a desnudarte ante sus ojos si coincidimos allí! ¡Lo estás deseando!

- ¿Entonces vamos a ir a la playa de verdad? inquirió Betsabé, súbitamente entusiasmada.

- Eh, pues claro, si tú quieres, sí.

- ¡Pues claro que quiero! ¡Hace un calor de muerte! Y esta ciudad es insoportable ya...

Camila no había ido ese día al gym y no nos acompañaba en el camino de vuelta, mientras hablábamos de esto. En cuanto me despedí de Betsabé, y subí a mi ático, husmeé en mi bola de cristal...

*“ Escucha al hijo del Fuego,  
oh, mundo del tiempo y el espacio.  
Estrellas, soles y lunas,  
abrid mis ojos, más allá de los muros de la distancia. Muéstrame a Camil, la oscura.  
Muéstrame dónde está a esta hora;  
muéstrame, cristal puro, creado del magma de la Tierra”*

...para ver dónde se encontraba, y si era posible que nos viésemos casualmente. Resultó que no estaba muy lejos, sentada en un velador, tomando cervezas con su novio. Me bañé, me perfumé y me vestí en cinco minutos. Para ir al gym, solía recogerme el pelo en una cola alta, así que me lo dejé suelto, para que Camila pudiera apreciarme con una imagen distinta. Me puse una camiseta entallada roja, de cuello de pico, y salí a la calle, en dirección a la terraza en la que se encontraba.

Me vio de lejos y percibí su admiración. El pobre de su novio, un tipo tan insulso como ella, se quedó hablando a la nada, porque Camila no podía apartar los ojos de mí, pendiente del momento en el que yo me diera cuenta de

que estaba allí y me dignara a saludarla. Algo que hice con toda naturalidad, acercándome sonriente.

- ¿Quieres una cerveza? - se apresuró ella a ofrecerme, en tanto me presentaba a su pareja, un tipo de piel lechosa y cabello de color indefinido.

- Sí, bueno, un refresco. No tomo alcohol... ¿Qué te ha pasado hoy, que no has venido ni siquiera a pilates? - me interesé.

- La tarde la tenía un poco complicada. ¿Y, bueno, qué haces paseando tan solo?

Le expliqué que había salido a despejarme, porque había tenido una pequeña disputa con Betsabé. A Camila casi se le cortó la respiración y, recolocándose en su silla metálica, se apresuró a exprimirme con voracidad toda la información que fuera posible.

- ¿Y eso? ¿No os lleváis bien?

- Normalmente, sí, pero... estábamos planeando pasar el fin de semana en la playa, y ella se ha empeñado en llevarse un ligue suyo. Le he dicho que si viene, que pague su parte. Creo que es lógico, ¿no?

- Por supuesto. ¿Y adónde vais, qué es, un bungalow? Es que nosotros también habíamos pensado escaparnos este finde. - El novio de Camila mostró una leve sorpresa: - ¿Qué os vais, mañana por la tarde?

Le di toda la información que le interesaba: localización, precios, características. Hasta que al fin, le acabé proponiendo:

- Si teníais planeada una escapadita, es un buen sitio.

- No sé si se nos irá un poco de lo que teníamos pensado gastar. - dudó Camila: - Queda mucho verano por delante. Además, igual a Betsabé, si no va su ligue, le molesta que vaya yo.

Que vaya yo. No “que vayamos nosotros”, no, el pobre novio no contaba para nada.

- Le podría molestar si yo te invitase de gratis, bueno... os invitase.

Como si de pronto cayese en la cuenta de que su pareja también iría, Camila tomó su decisión definitiva:

- Nos lo apuntamos para otra ocasión. Ahora sería muy precipitado.

- Pues a ver cómo me va a solas con mi prima, porque últimamente, está

insoponible.

- La verdad es que yo a Betsabé la veo un poco creída. Se piensa que está muy buena, y la verdad, sin ir más lejos, yo estoy más delgada que ella, además está blanca como una pescadilla enharinada, y ese pelo siempre enmarañado. Y encima, va de que sabe más que nadie. Tanto que se las da, y la dejó su novio hace unos meses.

Aquello era el colmo. Decidí corregirla:

- Bueno, eso no es exactamente así. Le dejó ella.

Camila pareció contrariada.

- Eso es lo que irá contando Betsabé.

- No, no, conozco al tipo. Lo está pasando mal.

- Ah. ¿Y por qué le dejó?

- No lo sé. De todas formas, quién deja a quién tampoco da para sacar muchas conclusiones, ¿no te parece?

Camila se quedó pensativa. Me pareció un buen momento para dar por finalizada mi intervención, y me despedí.

Como se me apetecía seguir paseando, tomé la calle ancha del barrio, repleta de terrazas y veladores, y me encaminé al parque. Muchas mujeres me miraban a mi paso, algunos hombres también. Era muy agradable. La sensualidad de la noche de verano, y lo que veía reflejado en esos ojos me hacían anhelar aventuras y pasiones efímeras, rápidas, más allá del tormento que me suponía Betsabé. Lo necesitaba, necesitaba un respiro. Deshacerme de gusto en los brazos de alguien, sin emociones tortuosas. Sólo placer.

Antes de llegar al parque, me encontré con Mely. Fue toda una sorpresa. Venía de sacar a su perro, al que había llamado Nobita. Cuando quise darme cuenta, llevaba un buen rato hablando con ella. Comentando cosas del gym, me dio su opinión de Andrés:

- Es un buen tío, aunque a veces, su zalamería suena un poco burlona.

- ¿Y como hombre, qué te parece? ¿Lo encuentras sexy?

Mely calibró un momento, y luego expresó indiferencia:

- Meh... está bien... No es nada del otro mundo, pero supongo que tiene su cosilla.

- A mi prima le gusta. - me escuché decir de repente. No sé por qué, surgió en mí el impulso de compartir un secreto con ella.

- ¿Qué quieres decir con que le gusta?

- Que anda pillada con él. Le gusta horrores.

- Caray, pues qué situación...

Y no sé cuánto tiempo más estuvimos dándole vueltas a esto y aquello. El caso es que cuando regresé al ático, conocía muchas cosas de Mely, y algo en ella, una sensación de bienestar, me había enganchado. Estuve fumando en shisha, recostado en los cojines hasta bien entrada la madrugada, escuchando a Prince, mientras me preguntaba si Mely sería virgen, si se habría enamorado alguna vez, o si quizás le gustaban las mujeres. Una persona a la que conoces desde hace poco, es un misterio total. Damos por supuestas muchas cosas, pero lo cierto es que no sabemos absolutamente nada. Yo, que soy un yinn, y tengo fácil saber incluso los detalles más íntimos de una persona con un mínimo esfuerzo, he podido comprobar hasta qué punto la gente es pura apariencia, o lleva un disfraz para protegerse de las miradas indiscretas. Pocas personas (Betsabé entre ellas) van por la vida importándoles un pimiento que la gente sepa o no, y lo que piensen de ello. Una locura.

Lo que había conocido de Mely esa noche, era que estaba estudiando biología, que amaba los animales y la naturaleza. Le gustaban el anime, y las películas de terror; Linkin Park y System of a Dawn, estaban entre sus gustos musicales; solía parar los fines de semana en un antro llamado Deepy, pero ella y sus amigos lo denominaban por el apodo del dueño, el Mati; le gustaban también los juegos de mesa en general, y cuando se reunían en casa de algunos de esos amigos, se podían pasar toda la madrugada alrededor de un tablero, o una baraja de cartas. Era muy comilona. No le preocupaba mucho su aspecto físico. Era bastante guapa y eso parecía bastarle, porque no solía maquillarse, se recogía el pelo, oscuro y sedoso, de cualquier manera y rara vez usaba siquiera un poco de tacón. No se pintaba las uñas. Como le había acabado pidiendo el teléfono, poco antes de las doce de la noche le envié un whatsapp: “Me ha encantado este ratillo que he estado hablando contigo. A ver si un día quedamos para tomar algo o ir al cine. Nos vemos en el gym”. Y un poco más tarde: “¿Sabes jugar al ajedrez?”

Me los dejó en visto.

### **BETSABÉ: la satisfacción erótica como prioridad.**

Mientras preparaba la bolsa de playa, a Betsabé le sobrevino una especie de iluminación: si se animaba a cambiar de vida... si se atrevía a usar a Karim para tener todo lo que quisiera... ¡podría contratar a Andrés como entrenador personal! ¿No era un sueño? Podría ofrecerle unas condiciones que nadie en su sano juicio rechazaría. Para eso era necesario una gran casa con su

gimnasio, y su piscina... ¿cómo no se le había ocurrido antes?

Se sentó en la cama, con el bikini entre las manos, paladeando la fantasía. Porque, ya puestos... ¿por qué no también un instructor de spinning y de zumba? ¿Y un masajista, un jardinero, un camarero, un chófer, y un cocinero? Todos jóvenes, sexys y atractivos, ardientes y muy heteros. ¿Qué matrimonio, qué familia podría compararse con ese sueño? ¿Qué milongas de casarse de blanco, con banquete de doscientos invitados y “gran día”? No. El sueño íntimo de Betsabé siempre había sido lo que acababa de venirle a la cabeza: un lugar apartado en la playa con seis o siete hombres, a cada cual más apetecible alrededor. Cierto que ahora deseaba a Andrés por encima de cualquier otro, pero eso no significaba que fuese en exclusiva. Betsabé admitía ante sí misma que le gustaban los tíos más que cualquier otra cosa en el mundo, aunque procuraba ser discreta al respecto, no dejarse obnubilar por ello, y llevar este vicio con toda la dignidad posible. Pero no podía negarlo ante sí misma, no podía engañarse.

En cuanto volviese de la playa, iría a ver a Nomi. Necesitaba saber ya qué consecuencias acarrearía el pedirle a un yinn determinadas cosas. Una gran casa, y una cuenta corriente que le permitiera tener trabajando para ella a un personal exclusivamente masculino, por ejemplo. Y bien pagados. No quería convertirse en una repugnante explotadora. Podía ser una ninfómana, pero no eso, por dios. Había que tener estilo; y además estaba convencida de que la avaricia avinagraba la cara, como la envidia.



**KarimElGenio**

@YinnKarim

On the beach... #playita #paraíso #Tarifa  
#amíellevantemepone #planazo  
#findesemana 🌊🌸🌅

Me encanta esto, ser el artífice de la felicidad de Betsabé. No ha parado de reír en todo el día, entusiasmada con todo, disfrutando como una niña. No le pone pegas a nada, todo le encanta, todo le flipa, todo lo que hago y decido le parece bien. El sábado ha sido espectacular, y después de ducharnos,

quitarnos la arena, untarnos potingues aceitosos y acicalarnos, hemos venido a tomar algo a una tranquila terraza, en una urbanización casi escondida, en la ladera de un monte. Ni siquiera hay Internet. Betsabé ha tenido que ponerse un chaquetita. Hay luna creciente, y frente a nosotros se pueden apreciar sobre las sombras del horizonte, las luces de Marruecos.

Betsabé está tomando tinto con blanca, y yo una tónica. Dentro del bar, suena música en una pequeña radio. Es una bachata. De pronto, me siento tan a gusto, tan en paz, que pido que el tiempo se detenga un poco ahí, que su goteo se ralentice, que se suspenda, que sea un momento largo, largo, que no se vislumbre su fin todavía. Y creo que se me concede.

En un gesto inesperado, Betsabé alarga la mano y coge la mía. La miro, intentando averiguar cómo interpretar de manera correcta su acción. Ella está mirando esas luces lejanas del horizonte, y de pronto explica:

- Es curioso. Si con catorce, quince años alguien me hubiera dicho que en el futuro estaría contigo así, en un lugar como este, hubiera muerto de felicidad. Sin embargo, ahora...

¿Por qué se les apañaba tan bien, para acabar siendo así de cruel conmigo?  
¿Por qué, como quien no quiere la cosa, usaba la sinceridad como una daga?  
Quizás no era consciente. Tal vez se pensaba que mis sentimientos eran livianos, o que eran mentira, fingidos.

- Sin embargo ahora, no puedes dejar de pensar en otro hombre. - finalicé yo la frase por ella. Tenía entumecida la herida. Escocía un poco, pero nada más.  
- Nunca estaré tan enamorada de nadie como lo estuve de ti. - me confesó, mirándome de frente: - Eso no puede arrebatártelo ninguno. Y ahora creo que además de eso, eres el mejor amigo que he tenido nunca. Mi obsesión por Andrés no me ciega tanto, como para no reconocerlo. Porque sé que algún día lo de Andrés se me pasara. Pero tú seguirás ahí.

A lo mejor ella creía que lo que me estaba diciendo era muy tierno, bonito y emocionante. Pero mi orgullo estaba empezando a hervir como un caldero de brea. Suavemente solté su mano, y le anuncié:

- Creo que la situación no puede ser mejor para ambos. Verás, *habib*, he



estado pensando...después de estos diez años encerrado... debería plantearme divertirme un poco, ¿no te parece? Salir, ligar, tener citas, como me sugeriste tú...cambiar de amante cada fin de semana. Convertirme en un mujeriego.

Betsabé enarcó las cejas, con un aire algo burlón.

- Nadie se convierte en un mujeriego. - me corrigió ella, con su típica sonrisa de superioridad: Los hombres son todos promiscuos, lo que significa que cuando son heteros, son mujeriegos por naturaleza, sólo que unos ejercen y otros no.

- Yo quiero volver a ser de los que ejercen.

- Ya te lo dije, te auguro un éxito brillante. dijo, muy tranquila: - ¿Entonces lo de desentenderte de mí, ya no te preocupa?

- He consultado.

- Hum. Ya. De todas formas, no es que intente... quitarte las ganas, en absoluto, pero ten cuidado. Es más complicado de lo que parece, y no exento de riesgos.

- Betsabé, ¿quieres dejar de hablarme como si fuese un puto crío?

- Además, alguien tan sensible como tú, igual se enamora rápido. - remató, como si no me hubiera oído.

La paz, la placidez, el bienestar, habían desaparecido. Ahora empezaba a mosquearme, a agitarme, como las olas del mar que teníamos enfrente. Tras inhalar profundamente, le pregunté:

- ¿Nunca te has preguntado cómo he saciado mis apetitos sexuales estos años? ¿De verdad te piensas que has sido la primera y única mujer en mi vida? ¿Que he sido casto?

Betsabé se echó a reír con insolencia:

- ¡Pero cómo voy a pensar eso! - contestó: - No, claro que no. Imaginaba que tenías tus líos por ahí, no sé cómo te lo montarías. Pero también he pensado siempre que Shams fue tu amor platónico y que de alguna manera eso siempre te ha frenado porque esperabas encontrar a alguien como ella... algún día...

A Shams la deseé al principio, pero conforme nuestra amistad fue creciendo, se me fue pasando. No era en absoluto como Betsabé creía. Pero no se lo aclaré:

- Como ya te he dicho, aunque estos últimos años he estado encerrado no te pienses que no he tenido mis recursos. Me las apañaba de otras formas... más

acordes con mi naturaleza. - comencé a explicarle:

- Pero como ya te habrás imaginado, antes de que tú nacieras, cuando mi vida era otra, más errante y anárquica, me colaba en los dormitorios de las jovencitas... y no tan jovencitas... y las iba seduciendo, noche tras noche.

- También espiabas en los harenes. - me recordó con una sonrisa pícaro y cómplice: - Eso me lo contaste cuando tenía yo dieciséis años... No te imaginas lo celoso que me pude poner.

Reí con gusto, al escuchar semejante comentario.

- ¿En serio? Espero que sufieras mucho... De todas formas, una vez que te tomé a mi cargo, tuve que enmendarme, dejar reemplacé por una esos hábitos lascivos... y las especie de sucedáneo: por figuraciones de odaliscas.

Me interrogó con la mirada:

- No son reales, se disuelven como el humo. le expliqué: - Visiones tangibles, nada más. Pero durante un par de horas, puedes hacer lo que quieras con ellas.

- Caray, suena como porno en 3D. - sugirió Betsabé.

- Es mucho mejor que eso.

Betsabé meditó unos segundos.

- Joder, ahora lo entiendo. Es que entonces, yo tampoco me hubiera molestado en salir a ligar. ¡Es un chollo!

- Bueno, admitamos que le quita la emoción de la aventura. Y además, te repito, no son reales.

- Sí, ya. Los ligues muchas veces, tampoco lo son. - replicó con tonito: - Y dices que esas figuraciones se diluyen a las pocas horas... ¡es perfecto!

Frívola, viciosa, zorra, ninfómana, cómo podía hablar así, cómo podía haberme enamorado de ella.

- ¿Tan mal te ha ido para que te vuelvas tan cínica? - le repliqué: - ¿O simplemente te haces la dura?

- Venga ya, Karim, ni una cosa ni la otra. - me respondió: - El amor es una ilusión. Nada más que eso. O tal vez debería decir el enamoramiento. Es increíble que tenga que explicarle esto a alguien de más de dos siglos de existencia.

Eh, je, je, je, qué ganas de arrojarla al mar. Al del ártico. No a éste. En enero. Pero mantuve la calma.

- ¿Tú crees eso de verdad? Yo no lo veo así.

Soltó una carcajada.

- Te he dicho que eres un sensible que se acabará enamorando a las primeras de cambio. - insistió: - Tu vida de crápula apenas durará unos meses.

Mejor a un estanque de agua tibia... ¡repleto de cocodrilos feroces!

- Lo veremos. - repliqué, disfrazando mi fastidio con un tono confiado: - Por cierto, el otro día, bueno, ayer le propuse a Mely quedar un día para ir al cine.

Betsabé se encogió de hombros:

- Me parece genial, se la ve una tía estupenda. Luego tras una pausa, me preguntó: - ¿Te gusta? Como mujer, me refiero.

- Es guapa. Me atrae.

Betsabé procuró disimular su extrañeza. Seguramente, imaginó que yo tramaba algo. A ella no le entraba en la cabeza que alguien, por decirlo claramente, gordo, pudiera resultar atractivo. Era su línea roja, como lo eran la edad, y el tema religioso. Esto último consistía en que era incapaz de liarse con un católico practicante, a pesar de que en ningún otro plano, ni social ni de convivencia, les mostrase aversión o se sintiera molesta con ellos, ¡era algo realmente curioso!. Y en cuanto a la edad, nadie mayor de treinta había llamado nunca su atención. Le habían gustado rubios, morenos, negros, altos, bajos, guapos, feos, con gafas, pero nunca alguien gordo, ni demasiado maduro, ni mínimamente devoto. Todo esto lo sabía porque lo había visto en mi bola de cristal durante mis años de cautiverio. Arañando puntiagudas cuando las paredes con mis uñas se acostaba con alguien; disfrutando con palomitas cuando se peleaban, cortaban, o simplemente los planes le salían al revés a mi pequeña despiadada. La satisfacción entonces era enorme, y a veces lo echaba de menos.

No volvimos muy tarde al apartamento. Betsabé estaba cansada del día de playa, y cuando llegamos, se desnudó, se acostó y se durmió enseguida. Yo me quedé en el balcón, a oscuras, contemplando la luna solitaria en la inmensidad del cielo. Un fuerte levante sacudía toldos, palmeras, golpeaba ventanas, ululaba en los callejones, como un espíritu enfadado, arremolinaba las cortinas y levantaba nubes de arena. Me senté con las piernas cruzadas sobre la balaustrada, posé las muñecas en mis rodillas y allí me dormí, esperando el alba.



**KarimElGenio**

@YinnKarim

#MásVisitasNocturnas #CitaConMely

#CinesFrigoríficos #LaCena #AmoryMagia 

El domingo por la noche, cuando regresamos, no sabía cómo despedirme de Betsabé, después de la experiencia tan intensa que había vivido con ella. No estaba satisfecho, pero me sentía genial, estimulado, feliz de que compartiera sus vicios conmigo. ¡Y qué vicio! A ella, sin embargo, parecía que mi presencia le hartaba ya un poquito. Así que la dejé tranquila, en la puerta de su casa, sin insistir en un rato más, ni que se viniese arriba, a fumar o a tomar un té. Además, tenía algo que hacer esa noche.

Esperé a que dieran las dos. Sonaron profundas en mi ático, en el antiguo reloj de pared, e imaginé a Betsabé en su cama, escuchándolo entre sueños, porque sabía su eco, ahora más en las noches veraniegas de ventanas abiertas, llegaba hasta allí. Consulté en mi bola si Camila ya estaba dormida, y me preparé para salir.

Esta vez quería que antes de que me viera, me presintiera. La hice despertarse segundos antes de que mi figura cruzase la puerta del dormitorio. Esta vez lo envolví todo en una luz turquesa, refrescante, evocadora, y yo me mostré tal como ella me había visto el último día:

- Hola, Camila. - la saludé: - ¿Estabas pensando en mí?

La noté estremecerse. Incorporada en su lecho, me contemplaba fascinada y atónita, y con un poco de miedo, pero no a mí, sino a lo que sentía, y la pérdida de control de la situación. No manejaba. No llevaba las riendas. Sus trucos no valían conmigo. Los míos sí funcionaban con ella. Me saqué la camiseta despacio, sin dejar de mirarla. Luego me incliné, y tomé uno de sus pies suavemente, para comenzar a besarlo. Acaricié sus piernas, sus muslos algo flácidos, y masajeeé su pubis por encima de las bragas, mientras ella gemía de gusto.

- Déjame que te posea. - le pedí, inclinado sobre ella, desabrochándome los pantalones: - Por favor, déjame.

Noté que le sobrevenía un orgasmo y acariciándole la cara, la hice dormirse de nuevo.

Al día siguiente, al encontrarnos en el gym, disimuló la turbación que le producía verme. Mi saludo (“Hola, Camila”), idéntico al de lo que ella creía que eran sus sueños, le provocaba un pellizco en el diafragma, lo sentía. Pero sobreponiéndose a ello, me sonrió:

- Hola, ¿qué tal el finde en la playa?

¡Uf! Bárbaro, estuve a punto de decir.

- Muy bien, aunque mucho viento.

- ¿Y... fuisteis los dos solos al final?

- Sí, sí, claro. Pero bien...

Entretanto, Betsabé había conseguido cruzar unas cuantas frases con Andrés (que aunque era lunes, se encontraba haciendo una sustitución) y pude percibir, efectivamente, la fuerte tensión sexual que había entre ellos. Se atraían. Era mutuo. Innegable. Hasta el punto de que cuando Paloma se metió por medio para preguntarle a Andrés una chorrada, me costó trabajo pensar que lo hubiera hecho sin darse cuenta de ello, de forma inocente. Pero Paloma era una mujer sencilla, que iba muy a lo suyo, así que su intromisión no había sido intencionada, de ninguna manera. Aun así, el intercambio de miradas esquivas que siguió entre ellos mientras Paloma hablaba, me hizo apartar la vista, incómodo y dolido. Como si me hubieran apaleado, me fui a buscar refugio al lado de Mely, que acababa de llegar.

- Eh, hola. Oye, ¿te molestó mi propuesta de quedar?

Se sonrió agachando la cabeza, mientras sacaba su botella de agua:

- No, no, qué va. Iba a contestarle, pero lo dejé para luego y... se me fue de la cabeza.

- Ah. - Asentí, mientras dejaba transcurrir una pausa, y me lancé: - ¿Qué te parece si quedamos pasado mañana, te viene bien?

Se quedó un poco sorprendida, y no supo qué contestar. Andrés dio una palmada, y comenzó a explicar el circuito, así que no seguimos hablando.

La perspectiva de salir con Mely, me resultó más agradable de lo que yo esperaba. Esa misma tarde hablamos por whatsapp, y quedamos en que, salvo imprevistos, el jueves por la noche iríamos al cine, a ver una de superhéroes. Un género que a mí me parecía grotesco, previsible y simplón, pero que ofrecía una ocasión ideal para pasar una noche divertida. Estuvimos charlando un buen rato, nuestra comunicación fluía como si nos conociésemos de toda la vida. Sentado junto al ventanal de mi ático, escuchando un tema de Matt Simmons, no podía dejar de sonreír mientras contestaba a sus mensajes. Entonces me sucedió algo muy extraño: durante unos momentos, deseé ser humano. Estar hecho de barro, tener una vida breve, sin saber apenas nada del universo, ser un chico como otro cualquiera, materialista y agnóstico, como la mayoría, y no tener que ocultarle mi realidad a Mely. Poder ser un amigo completamente sincero, un compañero leal, y si ella lo quería, convertirme en algo más. Al otro día, en el gym, nos mirábamos y nos sonreíamos, e intercambiábamos bromas. Ni siquiera me dí cuenta, torpe de mí, de que Camila estaba pendiente de mí y que se estaban desatando sus celos. Cuando regresábamos a casa juntos, como casi a diario, se encargó de anunciarnos a

Betsabé y a mí, como quien no quiere la cosa, que había cortado con su novio, motivo por el cual, estaba deprimida:

- Ya no funcionaba. - nos explicó: - Llevaba tiempo dándole vueltas y... es que ya no le aguantaba.

- No te preocupes, mujer. - la animé yo: - Nada que no se arregle con una buena noche de fiesta. Llámame cuando quieras salir.

Se le iluminó la cara:

- Te tomo la palabra. - me advirtió.

Betsabé se limitó a mirarme de soslayo y guardó un prudente silencio. Solo cuando estaba a punto de entrar en su casa, en el umbral, me dijo, cuando yo estaba a punto de subir las escaleras.

- Karim, ¿no habrás hecho nada para provocar que Camila deje a su novio, así, de repente, verdad?

- ¿Yo? ¡Wallah! ¿Es que me meto yo en la vida de la gente?

Entonces se me acercó y me dijo a media voz:

- Mira, Karim: como te dije el otro día, eres mi mejor amigo, y te aprecio. Pero te conozco mejor de lo que piensas, y no me fío de ti. Ya no estoy deslumbrada con tu sonrisa alegre y tus ojos maravillosos. Y Camila ha cortado con su novio para darte a ti vía libre, y eso es porque la has alentado.

- Ya veo, ya, ya, ya. - dije riéndome: - Así que ahora eres tú la que está celosa.

- Qué más quisieras. - respondió con arrogancia:

- Eres un pavo real. Quieres que estemos todas loquísimas por ti, peleándonos entre nosotras para ganarnos tus piropos y tus favores.

- Yo no tengo la culpa de ser tan guapo. presumí.

- Pero qué patada en la boca tienes a veces. - me espetó ella, escocida. Sin embargo, estaba intentando reprimir una sonrisa.

Betsabé muchas veces quiere ser agresiva, dominante. Pero no le sale. Ella es más como el viento, y esa es su fortaleza: su liviandad, su indiferencia, su falta de fijeza, su imprevisibilidad. Así ha conseguido desesperar a algunos. A mí también, a ratos.

La tarde-noche del cine, cuando fui a recoger a Mely a su casa, le dije que estaba muy guapa. Y era verdad, una verdad como un templo. Iba de amarillo mostaza, con su melena lisa y corta cuidadosamente peinada. Olía a agua de colonia fresca y veraniega. Me encantaba su sonrisa y me la contagiaba. Desde ese momento, todo parecía fácil y confortable. Ella ya había comprado las entradas, y solo tuvimos que ocuparnos de las palomitas. Mientras guardábamos cola para comprarlas, volví a darme cuenta de que las mujeres

me miraban mucho. Pero yo solo quería tener ojos para Mely, me esforcé en ello. No quería que se sintiese mal, insegura de su físico, poco atractiva. Con Betsabé sí lo hacía, porque a ella le importaba un carajo, siempre iba a sentirse bonita y deseada, y le traía al paio lo que yo mirara y dejase de mirar (algo a veces frustrante, y para alguno de sus ligues, insoportable). Pero Mely no era Betsabé. Cuando aún no habíamos entrado a comprar las palomitas, estando en la puerta del cine, curioseando la cartelera, una treintañera que iba empujando un carrito con un crío, en tacones y minifalda, se detuvo justo delante de mí para inclinarse sobre el niño y comprobar el cinturón, coger el chupete, lo que fuera: solo era un burdo truco, conocido, habitual, pero que levante la mano el que no caiga. Pues bien, en esa ocasión, yo desvié la vista. Es más, me giré a Mely, y le pedí que nos sacásemos un selfie para enviárselo a Betsabé. Percibí que la mujer del carrito me miraba de soslayo. Al comprobar que yo la ignoraba, continuó su camino, con parsimonia, contoneando las caderas, muy convencida de que iba a mirarla antes o después. No lo hice. Estos comportamientos femeninos me resultaban ridículos y absurdos. Betsabé, con todo lo coqueta que era, no recurría a ellos. Betsabé, cuando se daba cuenta de que la miraban, si el tío le gustaba, devolvía una sonrisa que era una invitación. Mucho más peligroso que el truco del carrito. Así se ligo a Gabriel, un macarrilla al que tuvo loco tres meses. Pero ya contaré esa historia en otra ocasión.

“Que disfrutéis mucho”, respondió Betsabé cuando le enviamos la foto: “¡Estáis muy guapos!”

Mely, que siendo asidua al cine, ya sabía lo que iba a pasar, traía una rebeca. Se la puso a la media hora de empezar la película. Es curioso, porque, en realidad, no es que haya demasiado que decir de esta velada, estábamos allí, comiendo palomitas, haciendo de vez en cuando un comentario divertido, y poco más. Pero lo recuerdo como un día feliz. Su cercanía era como un bálsamo, era tierna y afable, y a la vez fuerte. No había tenido una sensación tan agradable desde las lejanas tardes con mi Shams, Allah tenga compasión de ella.

Después de la peli, nos fuimos a tomar algo en un pub cercano. Sonaba música de grupos milenials, e incluso alguno de los noventa. Mely se sentía ya lo suficientemente confiada como para adentrarse en el territorio de nuestras vidas personales:

- ¿Puedo hacerte una pregunta un poco íntima? ¿Cómo es que alguien como tú está libre?

- ¿Alguien como yo? ¿Y por qué no iba a estarlo?  
- Bueno, Karim... - extendió las manos, señalándome, echándome un rápido vistazo de arriba a abajo: - Solo hay que verte... y si fueras un creído gilipollas superficial... lo entendería... pero es que no lo eres.

Yo me reía.

- Supongo que no he encontrado a la chica adecuada. Yo busco algo especial.  
- Sí, imagino que todos lo hacemos. ¿Qué sería lo más importante que esa persona especial debería tener para ti?

La miré con fijeza, con un amago de sonrisa:

- Que me hiciese sentir tal como me estoy sintiendo ahora. - respondí. Noté que a ella casi se le suspendía la respiración: - Fíjate, qué cosa tan sencilla, ¿verdad?

Mely pareció quedarse sin palabras. Yo iba a decirle en ese momento que me gustaba mucho, y que me parecía una persona maravillosa, pero a alguien se le ocurrió llamarme. Era Camila. Chasqueé la lengua, con fastidio, y corté la llamada, pero la atmósfera mágica ya se había roto y Mely, algo apurada, se levantó y me dijo que iba al servicio.

Durante ese ratillo, envié un mensaje a Camila: “?” “¿Me has llamado?” Me contestó: “Me he equivocado. Perdona.”

Sí, ya, ya. A otro perro con ese hueso.

Cuando regresó Mely, intenté suavizar un poco el ambiente, porque la notaba incómoda, y observándome el pecho y los brazos, dije, en tono desenfadado:

- Pues yo creo que tampoco soy para tanto, Mely; estoy muy flaco, mi prima dice que soy un suspiro.

- Sí, para hablar de flacuras estoy yo. - replicó enarcando las cejas y desviando la vista.

- Pues yo te veo estupenda. - atacó yo de nuevo.

- Vale, vale ya, Karim. - me pidió entre risas, con evidente sofoco: - Ya has agotado el cupo de sacarme los colores hoy, no abuses más.

- Vale. Entonces, lo de proponerte sexo lo dejo mejor para otro día, ¿no? - bromeé. Mely rió más todavía, girando la cabeza y cerrando los ojos, yo también me reí, pero no dejé de mirarla, y ella se puso aún más roja, hasta la raíz del pelo. Me resultaba sorprendente, porque no era ni mucho menos una persona apocada, pero resultaba evidente que no estaba acostumbrada al galanteo.

Cuando la dejé en la puerta de su casa, antes de que se bajase del coche, le dije que teníamos que repetir y que me lo había pasado muy bien. No hubo



beso ni nada. Aparentemente, fue una despedida fría. Pero no.

### **BETSABÉ: el amor líquido.**

Era domingo por la noche, y Karim había vuelto a quedar con Mely, después de la exitosa cita del cine el jueves anterior. Ahora estaban en el Mato, y se habían hecho una foto que el genio había enviado a Betsabé. Ella había respondido con un pulgar hacia arriba, pero luego había estado a punto de enviarle una puyita, poniéndole: “¿Ahora que vas, de tío normal?”. Se refería a que Karim parecía haber dejado a un lado los outfits estrafalarios que antaño gastaba cuando salía con ella, para acomodarse más a los gustos y el entorno de Mely. Esa noche por ejemplo, iba con unos vaqueros rotos y una camiseta sin mangas, de sisa ancha, de Linkin Park. Betsabé estaba sorprendida. Reconocía que Karim, así, tan “normalizado” estaba arrebatador, y algo se le removía dentro, mientras intentaba prestar atención a la película de la tele. Mely le caía muy bien, le gustaba, pero la rayaba que fuera capaz de conseguir a alguien como Karim, mientras que ella, Betsabé, guapa, sexy, curvilínea en la medida justa, tenía complicado conseguir una cita con alguien como Andrés, que sí, la volvía loca, pero objetivamente, no era un guapérrimo de babero como lo era el yinn. Mely tenía mucha suerte.

Al final, había borrado la puyita de lo de ir de tío normal, y había apartado el móvil a un lado. Sentía que algo fallaba en su vida amorosa, que algo no hacía bien. Exceptuando su historia con Karim (que incluso esta había acabado de forma abrupta y extraña) sus aventuras románticas o se habían iniciado como una pasión súbita y ardiente, un flechazo sin espera alguna, como una lluvia torrencial que sacude la atmósfera de buenas a primeras, o se había quedado en un espejismo, una fantasía que ni siquiera había cuajado en amistad. Porque Betsabé, como le pasaba ahora con Andrés, era muy de enamorarse contra los elementos; del hermano de una amiga, del vecino del piso de arriba, del chico de la panadería, y ahora del monitor del yinn. No de compañeros de clase, ni de trabajo, ni amigos a los que frecuentaba, no, eso era demasiado asequible y fácil, ella tenía que emperrarse con tíos a los que podía llevarse días, semanas, sin ver, con los que el único camino acababa siendo una propuesta directa, porque a ella lo de la sociabilidad se le daba regular si no había un nexo o un interés común. ¿Cómo iniciar una buena amistad con el panadero? La conversación había sido fácil al principio, de hecho por eso se enamoró,

pero luego se bloqueó un poco, como ahora le pasaba con Andrés, y hasta le empezó a dar apuro ir a comprar el pan con la asiduidad que solía. Aquella situación duró unos tres meses, hasta que un día el chico dejó de estar allí, detrás del mostrador. Cuando se atrevió a preguntar por él, al cabo de una semana, se enteró de que ya no trabajaba allí, tenía que atender su propio negocio en la zona peri urbana, donde sería absurdo que fuera ella a presentarse a comprar el pan, menos aún tres veces en semana. Betsabé se quedó sabiendo muy pocas cosas de él: que se llamaba Luis, que tenía veintiséis años y que veraneaba en Benalmádena. Todo el deseo palpitante, fresco y vivo que hubiera deseado derramar sobre él, se acabó mustiando en un rincón de su alma, mientras se buscaba otra panadería, porque no soportaba entrar allí y no ver su sonrisa, ni escuchar su voz, profunda y calmada, perfecta para que le susurrara cosas al oído mientras la satisfacía por completo, una y otra vez. Betsabé se consolaba de estas frustraciones saliendo a buscar sexo casual e inmediato, sin más complicación, sin necesidad de tiempos ni de jugar a la amistad ni nada. Cuando sales por la noche y ligas, todo el mundo sabe lo que hay, poco margen para la confusión queda. Y era aquí, en ese contexto, donde el “enamoramiento” le había surgido también a Betsabé, y había sido mutuo, y placentero, y muy gustoso, y entonces el reto para Betsabé estaba en lograr que el tío pusiese su corazón a sus pies, algo que acababa pasando, tarde o temprano. Una vez que estaban en su terreno, perdían la cabeza con facilidad. Los mataba de celos, los hacía sufrir, los hacía arrastrarse, y cuanto más libre los dejaba, más atrapados estaban.

Quizás por eso, tal como hacía poco, en la playa, le había sugerido Karim, algunos hombres (como podía ser Andrés) que intuían semejante campo de minas, no traspasaban la alambrada, y tampoco la aceptaban como amiga, porque solo podían verla como amante. “Los hombres solo quieren estar tranquilos, junto a una compañera leal y a ser posible, que les cuide como su madre. Las mujeres fatales están bien para el cine, en la vida real son un martirio. Si puedes evitarlas, las evitas.” “¿Qué tengo yo de mujer fatal?”, le había rebatido Betsabé: “Venga, no me jodas...” “Lo eres. Ningún tío te va a ver como esposa y madre. Te miran y piensan ¡qué polvo le echaba!, es la primera impresión y cuesta deshacerse de algo así. Ni amiga, ni novia, ni leches: sexo. Es lo que irradias. Lo ven como un peligro, así que, a no ser que no tengan miedo al sufrimiento, prefieren no jugársela mucho.” Betsabé se había dado cuenta de que Karim respiraba por la herida, y de ahí que sacase

aquel argumento tan retorcido. “Tienes una imagen distorsionada de mí.” se había defendido ella. Sin embargo, las palabras de Karim le habían calado, y ahora, un domingo por la noche sola en su casa frente al televisor, mientras una gorda (a priori, la peor de las desventajas) como Mely, se lo gozaba con Karim, el megadios, el París del Oriente Próximo, el sueño húmedo emergido del brillo del sol sobre el Mediterráneo, y todas esas cosas que él se diría a sí mismo, porque lo cierto es que humilde, la verdad es que no era, comenzaba a pensar que algo de auténtico debían tener sus palabras. Después de todo era un yinn, y no debía subestimar su sabiduría. El yinn también le había dicho durante aquella charla en la playa: “No eres una mujer cómoda”, a modo de resumen de toda su teoría. “Contigo se tiene la permanente sensación de estar haciendo el idiota.” También sucedía, pensaba Betsabé, que había estado muy acostumbrada desde los catorce años a que fuesen los chicos los que la buscaran, los que intentaran llamar su atención, los que tomaban la iniciativa. De los catorce a los diecinueve, esos años en los que para ella no existía en el mundo más hombre que Karim, Betsabé había rechazado proposiciones de noviazgo con bastante frecuencia. Se le habían declarado apasionadamente chicos que simplemente le gustaban, y con los que le parecía un fraude iniciar una relación seria. Mientras ella moría de amor por Karim, sus pretendientes sufrían al comprobar que sólo obtendrían de ella unas cuantas noches de diversión y placer, seguidas del tormento de los celos. Cupido era un sádico.

Otros ni siquiera alcanzaban ese estado y solo obtendrían de ella una exquisita indiferencia a sus intentos, o un educado rechazo. Dependía de muchos factores. El caso es que cuando llegaba la hora de actuar, de mostrarse implacable con el buenorro del vecino del piso de arriba con el que coincidía en el ascensor, o se cruzaba en el cancel, se daba cuenta de que no se le daba demasiado bien tender trampas o tirar la caña. Que no servía. Que no le gustaba usar ciertos trucos. Semejantes a los que usaba Camila, por ejemplo, que no tenía reparo en insistir para que Andrés le masajeara los hombros, con la excusa de la contractura. O presumir estúpidamente de no necesitar mucho cardio, porque no tenía una gota de grasa, ni barriga que perder. Camila no se daba cuenta de que su cuerpo era feo, aunque estuviera delgada, y su coqueteo, pensaba Betsabé, resultaba ridículo. Pero Andrés sonreía y no decía nada, y ella daba por bien empleada la estrategia.

Sí. Andrés siempre sonreía y no decía nada. Quedaba una semana para que se

fuera de vacaciones y no había avanzado nada con él. Entretanto, Mely se ligaba a un bombón como Karim. Daría lo que fuera por estar con Andrés tomando cervezas en el Mato, o donde fuera, pero algo fallaba en ella, en la situación, en todo.

## CAPITULO 8



**KarimElGenio**

@YinnKarim

Hilo con mis canciones favoritas

#MeSientoBien #VivaElVerano #luz #luz

#másluz 

Me encanta ir a zumba, me lo paso pipa. Soy un espectáculo. Soy un yinn, y soy casi perfecto en prácticamente todo (con el permiso de Allah). Y si en las otras disciplinas, están muchas pendientes de mí, en esta ya barro. Suelo ser el único chico, aparte del instructor, porque no sé qué les pasa exactamente a los hombres con el baile por estas latitudes. Las mujeres tampoco es que sepan soltar muy bien la cintura y las caderas, aunque lo más gracioso es que se piensan que tienen una gracia especial cuando no es así ni de lejos. Yo creo que ambos casos tiene que ver con la represión sexual. Demasiados lustros, siglos, pensando que todo tipo de sensualidad es pecado y depravación. Eso debe pesar lo suyo. Pobres infelices.

Mely no viene a zumba. Odia ese tipo de música. Pero el otro día llegó un poco antes para el spinning de después y se quedó en la puerta, mirándonos. Mirándome. Riendo, porque ella siempre está riendo. La saludé de lejos, y me vio Camila que, como era de prever, es una lacia bailando y no da pie con bola. Betsabé también se equivoca lo suyo, y se pierde, pero como siempre está caliente, con ganas de sexo, mueve la cintura y las caderas como una odalisca. No puedo mirarla mucho porque me arrebató. Y no quiero seguir queriéndola, no quiero seguir deseándola. Qué sufrimiento.



**KarimElGenio**

@YinnKarim



**Bent - Always (Full Version)**

This is a little longer than the video version and i couldn't find it on youtube anywhere. so here it is! Sorry that there's no video, i can't be bothered to...

[youtube.com](https://www.youtube.com)

Después del spinning, le dije a Mely si quería que le acompañase a su casa, pero ella me dijo que no, que tenía que pararse a comparar algunas cosas en el super. Yo le dije que daba igual, que iría con ella, pero continuó negándose. Así que no quise ser pesado, y no insistí.

A la vuelta, Camila empezó a echarse flores sobre el tamaño de sus tetas: que si tenía una talla noventa, que si era lo primero que le engordaba, que si se ponía escote los fines de semana, y tenía a todos mirando... Yo permanecí mudo. Y así tenía que haber seguido, pero me parecía algo con tan poca clase, tan ordinario, tan vulgar, que con tal de chincharla, metí la pata:

- Pues Betsabé cuando sale por ahí, va sin sujetador y me pone brutísimo, con estos dos limoncitos que... - y fui a ponerle la mano en el pecho izquierdo. Ella la retiró brusca y rápidamente, sorprendida y alarmada, aunque no tanto como Camila.

- ¿Pero qué haces, tío? - me dijo Betsabé: ¿Qué te pasa, se te han fundido las neuronas con el ejercicio?

Confuso, me disculpé. Balbucí unas palabras:

- Perdona, prima, estaba en otra... no sé qué me ha pasado...

La expresión de Camila, era un poema. Nos miraba atónita, y una sombra de sospecha cubría sus ojos. Se había puesto pálida, se le había agitado la respiración, y una única certeza había caído sobre ella como una bola de plomo: estos dos se acuestan. ¡Y son primos! ¡Degenerados!

- Mucha confianza te tomas tú, ¿eh? - dijo, sin embargo, intentando recuperar la compostura.

- Lo siento. - repetí: - Estoy avergonzado. Es el calor.

- Sí, el calor y otras cosas.- dejó caer Betsabé, procurando quitarle importancia al gesto delante de Camila. Pero había sido un descuido imperdonable.

- Oye, Karim, ¿sigues buscando piso? - saltó Camila: - En mi bloque se anguila uno. Lo que no sé es por cuánto. ¿Le pregunto y te llamo, y te doy el número?

- Sí, sí, claro. - asentí.

Cuando ya dejamos a Camila, y llegamos a la puerta de la casa de Betsabé, ella me regañó, aunque como solo era capaz de hacerlo: sin ser agria.

- Qué metedura de pata, tío. ¿Cómo has sido tan imprudente? ¿A qué ha venido eso?

- Uf, yo qué se, pero es que me estaba dando tanto coraje, ese pavoneo que se traía con sus tetas. Es que cada vez la aguanto menos.

- ¿Ah, sí? Pues ella creo que está derretida por ti. Así que no seas tan duro. - Abrió la puerta y me dijo: Ahora subo y tomamos un té, y hablamos, ¿vale?

Cuando apareció en la puerta del ático, veinte minutos después, recién duchada, y perfumada, yo estaba echado en mis cojines, fumando en mi shisha, envuelto en un batín de seda negra. Ella vino a acomodarse a mi lado, cogiendo otra boquilla:

- Sabes que esa va a ir por ahí diciendo que me has metido mano en la calle, ¿no?

- Va a ir diciendo que estamos liados. Y lo que más me preocupa es que llegue a oídos de Mely.

- Ya. Esa también debe andar coladita por ti.

- La diferencia es que a mí, Mely me gusta. Me gusta de verdad.

- ¿Ah, sí? Pues si ves que empieza a esquivarte, ya sabes a qué se debe.

- Si se da esa circunstancia, hablaré con ella.

Betsabé dejó transcurrir unos segundos, indecisa, antes de preguntar:

- ¿Te has enrollado con ella?

- No. - contesté con los ojos fijos en el techo.

De nuevo dejó transcurrir un silencio.

- Sabes, estoy pensando en una casa allí, cerca de donde estuvimos el fin de semana pasado, en la Jazminera. - comenzó a contarme: - Una casa grande, con piscina. Y un gimnasio... y unos ingresos mensuales que me permitieran contratar un entrenador personal.

No pude evitar una sonrisita.

- Ya veo por dónde vas... ¿Dejarías entonces el trabajo?
- Con los ojos cerrados. Me centraría en el grupo, la casa tendría un local de ensayo, y hasta un mini estudio de grabación. ¿Qué te parece? ¿Podrías conseguirme tú todo eso?

Exhalé una bocanada de humo con parsimonia, sin dejar de mirar al techo.

- Podría... - respondí. A Betsabé no le gustó mi tono ambiguo. Me presionó:
- ¿Podrías o no?

Me incorporé un poco y le dije:

- Pues claro que sí. Ya te he dicho que puedo conseguirte cualquier cosa. Solo que, como ya habrás oído alguna vez, hay que tener cuidado con lo que se desea.

- Vaya, esa advertencia te la callaste cuando subí a buscarte y tú me ofreciste todas las riquezas del mundo.

- Te presentaba las posibilidades. La elección es tuya. ¿Tú quieres una casa en la Jazminera con piscina, gym, local de ensayo y estudio de grabación? Vale. ¿Un entrenador personal? Lo tendrás.

- No, no, no. espera. - objetó ella, a la defensiva:

- Quiero poder contratar yomi entrenador personal. No que me lo busques tú.

- Quieres los servicios de Andrés para ti sola. expuse claramente.

- Quiero que no le pueda decir que no a mi oferta.

- Ya. Bueno, eso dependerá de muchos factores. Pero puedes intentarlo. Tendrás todas las herramientas.

Betsabé no dijo nada más sobre el asunto. Me miró con desconfianza, intentando averiguar cuál era el as que me guardaba en la manga. Se puso en pie y se fue a mirar a través del ventanal. De pronto, tras esa pausa silenciosa, se descolgó con el caprichito, con su vicio constante:

- Oye... ¿se te apetecería un poco de sexo ahora?

- sugirió insinuante: - Ahí sobre los cojines. Solo tocarnos un poco.

¡Pero qué cara tan dura! Aún así, me excité, claro. Me levanté despacio, mirándola fijamente, sonriendo de gusto. Continué hacia ella, le acaricié el pelo, paladeando los instantes previos al momento glorioso en el que pronuncié mi negativa:

- No.

A pesar de eso, intentó besarme. Yo la detuve.

- Déjalo. No te rebajes, anda.

Qué gusto, qué disfrute. Ahora me daba cuenta de que llevaba diez años esperando un momento como aquel. Hubiera querido que se arrastrara más.

Pero iba a ser paciente, y aún más cuando ya podía esperar que, sin duda, eso pasaría. Y sería prolongado y maravilloso.

De momento lo dejó estar, sin darle más importancia, aunque algo molesta sí que se marchó:

- Está bien, hombre. Vaya con Mely, qué fuerte te ha dado. Porque eso es lo que te pasa, no digas que no. - me soltó mientras se dirigía a la puerta. Yo me encogí de hombros, con un gesto de indiferencia.

Que se transformó en uno de triunfo, en cuanto hubo salido. ¡Sí! Apreté los puños, eufórico. ¡Y lo que te queda, pérvida! ¿Qué te habías creído? Ya descubrirás lo que se siente cuando tu esclavo te ponga de rodillas y se convierta en tu señor.

Sé que no debería pensar así. Pero la soberbia de esta mujer merece un escarmiento. ¿Y no estoy yo aquí para guiarla?



**KarimElGenio**  
@YinnKarim

**The Black Madonna - Stay**  
<http://www.lesyeuxorange.com> follow us on facebook :  
<http://www.facebook.com/lesyeuxorange> follow us on  
soundcloud : <https://soundcloud.com/les-yeux-orang...>  
<youtube.com>

Estoy tan contento, que he salido a bailar hasta el amanecer. Solo bailar, disfrutar del ritmo entre una multitud desconocida. Es sábado de madrugada, y Betsabé no me acompaña, en primer lugar porque no le he dicho nada, y luego porque por la mañana tiene que ir a trabajar, aunque sea el último día. Luego, después de comer, ha quedado para ensayar con el grupo. Imagino que está muy ilusionada con sus nuevos planes de vida.

Una chica rubia coquetea conmigo en la barra donde estoy esperando que me pongan una tónica. Le sonrío. Hablo un poco con ella. Pero cuando ya se aparta de allí para volver con sus amigas, lo dejo estar. Después de andar pendiente de mí de manera más o menos disimulada, vuelve a hacerse la encontradiza conmigo al cabo del rato. Está muy buena. Acabo siguiéndole la corriente, e intercambiamos teléfonos. No sé si acabaré llamándola algún día, no sé lo que voy a hacer. Supongo que sí.



Más tarde, cuando voy caminando por una avenida despejada, refrescándome con la brisa de la madrugada, me silban desde un coche que espera en un cruce a que cambie el semáforo. Por la ventanilla, asoman un par de cabezas femeninas, jubilosas y festivas:

- ¡Eh, morenazo! - me llaman entre risas: - ¿Qué haces tan solo? ¡Vente con nosotras!

- ¡Estás to buenorro, bombón! ¡Ven aquí, que somos seis!

- ¡Necesitamos un hombre, somos vírgenes!

No puedo evitar reírme, girándome para mirarlas mientras el coche se aleja. Nomi tiene razón. ¿Qué hago, qué hacía yo centrándome en una sola mujer? No es generoso. Para alguien como yo, el mundo es un harén.

Momentos después, sin embargo, me detengo y envío un mensaje a Mely; son las cuatro y media. Sé que no la despertará si está acostada, porque comentó que le quitaba el sonido al móvil antes de irse a dormir, sobre todo los fines de semana. Quiero que lo vea por la mañana, cuando despierte (eso si no está enganchada a alguna serie por Internet, o jugando, o en el Mato, con los colegas, echando cartas, con los RHCP sonando de fondo).

“He salido solo esta noche”, le escribo: “Voy camino de un club llamado Panamá. Me gustaría que estuvieras conmigo.”

En el Panamá ponen electro latino (no le hubiera gustado nada a Mely) y los tíos marcan territorio. No supone ningún problema para mí. Tengo un conato de enfrentamiento, cuando una pava espectacular empieza a tontear conmigo, y unos chulitos se pican en su ego. Pero afortunadamente para ellos, la cosa no pasa a mayores. El tonteo con la chica espectacular, tampoco.

La noche es fascinante. Cuando voy de regreso a casa, con el sol a punto de salir, comienzo a cruzarme con gente que sale a correr, o que saca a pasear al perro, o que se dirigen a la estación o al aeropuerto para emprender un viaje. Gente que entra a trabajar, bares que abren, luces de ciudad que se apagan. Una mujer me sigue con la vista desde la parada del autobús. Qué descaro. Me recuerda a Betsabé. Ella también tiene esa forma de mirar a los hombres. Es inquietante, excitante, paralizante, abrumador, desarmante. Qué peligro tienen las mujeres que miran así, son leonas. Te comen. Hasta los huesos. Prepárate para manejar bien el látigo si te las ves con una así.

Y en esto estoy pensando todavía cuando llego a casa. Al pasar por la puerta, escucho a mi leona aún ahí dentro.



**KarimElGenio**

@YinnKarim



CJ Lewis Sweets For My Sweet SVCD 1994

youtube.com

Desde lejos, vi a Betsabé hablando con Andrés en la puerta del gym, y me puse algo nervioso. A mi lado, Mely se percató de ello:

- Se estarán despidiendo. Como ya es su último día... - me explicó ella.

No sólo despidiéndose. Se estaban dando los teléfonos. A Betsabé, la muy pava, le iba a dar un soponcio, podía percibirlo desde allí. Y Andrés se sentía un rey.

-Sí, ya. - dije, con aire mohíno.

- ¿Qué te pasa, te preocupa algo?

- No, no. Pero creo que Betsabé se pone en evidencia.

- ¿Por qué, por pedir un número de teléfono? ¡Qué tontería!

- Se nota a la legua que está colada por él. Y él se ha dado cuenta.

- Mejor así, que no haya sorpresas luego, ¿no te parece?

- No, claro, confusión ninguna. Él no hará nada, ni el más mínimo esfuerzo. Que se lo den todo hecho.

- Fruncí el ceño, mientras seguía observando la escena. Luego afirmé: - Tú nunca te expondrías a algo así.

De hecho, ni siquiera contestaba a los mensajes como el que le había puesto en la madrugada del sábado, que me había dejado en visto.

- Yo no estoy como Betsabé. - fue la inesperada y contundente respuesta de Mely: - Ella es muy guapa, y tiene un buen tipo.

- ¡No es para tanto, qué dices! - la rebatí yo: Para gustos, colores.

- Veo cómo la miran los tíos, Karim. Incluido tú. A mí nunca me han mirado así.

- ¿Pero qué estás diciendo? Es mi prima, no la miro de ninguna manera.

- ¡Ah, sí? Camila va contando por ahí que le cogiste las tetas en medio de la calle.

Cómo iba a tardar Camila en pregonarlo por todo el barrio.

- ¡Pues precisamente, fue una broma, tengo esa confianza con ella! La conozco desde chica, hasta la he visto desnuda.

- Pues Camila dice que tu prima se molestó...

- Se molestó justamente porque lo hice delante de Camila, y a la vista está que fue imprudente. Esa tía es una boca...

- Ah, por cierto, ya que hablamos de ella, Camila va comentando que tú estás siempre buscándola, que habláis mucho por whatsapp, y que tú le has pedido quedar. Que fuiste el primero en pedírselo después de que cortara con su novio, en cuanto te enteraste...

- Eso es mentira. - contesté rotundo, casi indignado.

Betsabé dio dos besos a Andrés en la mejilla, y se acercó a nosotros, contenta, en tanto él se montaba en su coche. Cuando este pasó junto a nosotros, se detuvo y, a través de la ventanilla, nos comentó:

- Bueno, chavales, que tengáis un feliz verano. Yo es lo que le he dicho a ella, - señaló a Betsabé: que no sé si voy a volver en septiembre.

- ¿Ah, no, y eso? - preguntó Mely.

- A ver, aquí no me han asegurado nada. Y si me sale otra cosa, lo voy a coger, como comprenderéis.

- Ya, bueno, pues entonces...

- Le he dado mi número a Betsabé, si queréis un día quedamos y tomamos algo.

Siento un pinchazo cuando le oigo decir su nombre. Me entran ganas de partirla la boca. A ver si desapareces para siempre y no vuelves, que estorbas mucho, so listillo.

Claro que ahora que se iba de allí... igual actuaba con más libertad, y accedía gustoso a los requerimientos de mi pérfida "prima". Tuve una visión fugaz de Betsabé desnuda, inclinada sobre él, buscando su boca... él dejándose hacer, dejándose acosar. Qué imagen tan terrible. Tan lacerante para mí.

Afortunadamente, Mely es puro bálsamo:

- Eh, Karim, ¿me dejas que te invite a unas pizzas? Tengo un hambre que me muero.

El coche de Andrés ya se ha alejado, y Betsabé, por su parte, coge el camino a casa y nos saluda desde la otra acera. Camila no ha venido hoy.

- Me encanta la idea, yo también estoy muy hambriento.

De nuevo esa sensación de un mundo distinto, de un afecto mullido, que huele a agua de colonia, que suena a pop veraniego con toques reggae, que tiene el resplandor de las largas mañanas de julio, que llama ahora a la puerta. De

sopetón, se me ocurren un montón de planes para este verano. Con ella a mi lado. Y que Betsabé se quede en la Jazminera con su puto monitor de las narices. Si consigue lo que pretende, que aún tengo mis dudas.

Nos vamos a una pizzería cercana, que siendo viernes, está soportablemente concurrida. Allí estoy yo, como uno más, un chico de veintiún años que hace cosas propias de chicos de veintiún años. Las pupilas de Mely me devuelven un reflejo de mí mismo que me encanta, aunque no sea real. Es cierto que tengo que llevar cuidado cuando charlo con ella distraídamente, tengo que retocar un poco cualquier anécdota que quiera contarle, diciendo “Una vez leí que...”, “He oído una historia sobre...”, no puedo contarle en primera persona si voy a referir algo que sucedió, me sucedió en 1824. De hecho, ya estuve a punto de meter la pata cuando, en una ocasión le dije (porque me preguntó cómo sabía tanto de aquella ciudad) que yo era de Córdoba.

- Camila me ha dicho que eres libanés.

Uf. Menos mal que me lo recordaba, porque no tenía memoria de haber dicho eso, y en un momento dado hubiera podido contradecirlo.

- Mi padre. - puntualicé: - Mi padre es del Líbano, de Trípoli. Pero mi madre es cordobesa. Yo nací allí.

- ¿Y viven en Córdoba ahora? ¿O están aquí contigo?

- Eh, no. Ellos siguen allí. Yo vine aquí porque me salió un trabajo como te dije, y...

¿En serio Camila había sido capaz de acordarse del gentilicio “libanés”? Pero si estaba convencido de que no sabría localizar el Líbano en un mapa. Es curioso cómo las cotillas graban a fuego la información que les interesa, aunque no sepan qué significa exactamente.

A Mely le gustaba la pizza con champiñones, no así las que llevaban anchoas o aceitunas. A mí me daba igual. La pizza me parecía una comida de subsistencia, que apenas si encontraba apetitosa. Pero hay que adaptarse a las épocas y las costumbres.

- Betsabé y yo nos iremos de vacaciones pronto, a Tarifa. ¿Qué te parece si antes te vienes un día a cenar a casa? - le propuse. Se me había ocurrido prepararle un festín en mi ático. Y quizás, si el momento se mostraba propicio, aclararle algunas cosas.

- Me parece genial. - aceptó: - ¿Cocinas bien?

- Te vas a llevar una gran sorpresa. - la avisé.

- ¡Dioses, tienes que tener algún defecto! - se le escapó entre risas.

- Sí: soy Escorpio.

En ese momento, una chica menuda, con el pelo teñido de rubio platino y corto, se acercó para saludar a Mely de manera muy afectada. Mely se mostró sorprendida, pero fue cordial, y me presentó con cortesía. Era obvio que aquella chica (Elena, creo recordar que se llamaba) se había acercado para verme bien de cerca y averiguar quién era yo. Así que cuando preguntó maliciosamente:

- ¿Qué sois, compañeros de facultad?

... yo respondí:

- No, de gimnasio. A mí me gustaría ser algo más que eso, pero de momento, Mely no se ha pronunciado.

Mely se puso como una amapola mientras reía, en tanto la tal Elena mantenía una mueca en su cara, como una máscara algo grotesca. Intentó pegar un poco más la hebra, pero no la dejamos. Cuando se fue, Mely me explicó:

- Qué asco de tía, y qué falsa. Se metía conmigo en el instituto y ahora se acerca como si alguna vez hubiéramos sido amigas.

- Ya me he dado cuenta. - le dije: - Se ha acercado a meter las narices. Está en aquella mesa del rincón, con dos más. Ahora las estará poniendo al día.

- Que se jodan. Seguramente se están preguntando qué hace la gorda de Mely con un tío como tú.

La miré en silencio, examinando su pensamiento. Era fuerte, y sabía lo que valía, pero también era consciente de que su físico se situaba al margen de lo que la sociedad consideraba atractivo y deseable. Y eso le pesaba mucho en su relación con los demás, con los chicos especialmente. Asomaban a su memoria experiencias pasadas, que la hicieron sufrir mucho.

- No seas tan cruel contigo misma. - me atreví a decirle: - No te atormentes de esa manera.

- No lo hago. - replicó: - Pero conozco bien a esas arpías. Y esa, Elena, ya estará mandoneando a las otras para que intenten averiguar todo lo que puedan de ti.

- El tipo de mujer que justifica la misoginia a lo largo de la historia... - mascullé, enarcando las cejas.

- Sí... Pero luego, bien que os dejáis manejar por ellas. - protestó Mely.

- Los hombres tendemos a la comodidad y eso se acaba pagando de alguna manera. - admití.

- ¿Ese tipo de mujeres son cómodas? - preguntó Mely con curiosidad.

- Al principio sí. Te trazan el camino. No es que te seduzcan, no, no son devoradoras de hombres, pero... están siempre ahí, tejiendo la tela... yendo a

donde tú vas, fingiendo compartir gustos, chafándote los ligues... hasta que al final, acabas cayendo porque... la tía que de verdad te gusta, te da miedo, o estás harto de sufrir por ella, o ambas cosas, y entonces, en lugar de quedarte con una fascinante pantera, te quedas con... una asquerosa araña peluda.

Mely no era ninguna idiota.

- ¿Qué película es la que en realidad quieres contarme, Karim?

- No, ninguna. Reflexionaba en voz alta.

- Y en esas reflexiones, en qué modelo de mujer me ves tú: ¿la fascinante pantera, o la araña peluda? En su tono de voz había un poco de escozor. No había nada que estuviese más lejos de mi intención que molestarla:

- Tú eres un águila. - le dije: - Te enseño en las alturas, libre, segura de tus dominios. Quien tiene la suerte de descubrirte, se olvida del ras del suelo.

Mely se azoró con mis palabras, pero solo le duró un segundo; enseguida se recompuso y me dijo:

- A veces, cuando hablas así, creo que te burlas.

- ¿Con qué objetivo?

- Sí, eso es lo que no me cuadra. No le veo sentido. Me resultarías un ser ridículo si fuera así.

- No lo es. - le aseguré, rotundo.

Me presenté en casa de Betsabé poco después de haber amanecido, sabiendo que ella ya estaba levantada tomándose un café.

- Tu casa en la Jazminera ya está lista. - le anuncié: - ¿Te gustaría venir y echarle un vistazo, a ver qué te parece?

Se mostró muy sorprendida.

- Pero... no tengo preparado nada... porque ya que vamos nos quedaremos allí, aunque sea el fin de semana, ¿no?

- Como si te quedas ya allí para siempre. Es tuyo. - Crucé el umbral hasta el salón: - Yo te preparo lo que vayas a llevarte en diez minutos.

Nos hemos hecho un selfie en el coche, de camino a la playa, y lo hemos colgado en el grupo del whatssap del gym. Betsabé también ha subido un video mío, conduciendo mientras canto. Bueno, al revés.

- ¿Sabes que... estás de un sexy tremendo cuando conduces? - me suelta (qué zalamera). Eso no ha salido en el video.

- ¿En serio, sólo cuando conduzco? - bromeo.

Está muy contenta, se le nota, y me mira de manera incitante. Qué rabia me da saber que tiene a otro en la cabeza. Me muero de ganas por saber si ha hablado con él ya, pero no le voy a dar ese gusto. Conociéndola, yo diría que

si él no lo ha hecho, ella tampoco. Procura no mostrarse ansiosa nunca con un tío, aunque la mate el deseo. Como me mata a mí, cada vez que la miro, pero me reprimo y disimulo. Ya estoy pergeñando qué voy a pedirle a cambio de la casa. Algo que pueda plantearle como simbólico, un rito, un acto de voluntad o agradecimiento de su parte. Si le pido sexo, se reirá, lo hará gustosa, y me echará en cara mi falta de firmeza... no, ni hablar. Algo que le baje los humos y que satisfaga mi orgullo. Tan pisoteado y herido.

Llegamos a la Jazminera sobre las doce del día con un sol radiante en un cielo turquesa. No hay levante, pero Betsabé no quiere, a pesar del calor, pararse un rato en la playa. Quiere ver la casa ya, no puede con la impaciencia. Busca el horizonte con los ojos muy abiertos, cuál puede ser. Le señalo un montículo, escarpado, rodeado de pinares.

- Está allí. - le indico.

- ¿Se puede llegar con el coche? - pregunta. Niego con la cabeza. Viendo su gesto serio, la tranquilizo:

- No te preocupes, está todo controlado.

- Espero que no me hagas triscar como una cabra hasta allí arriba.

- Tranquila... desde luego, no sé de qué te sirve tanto ejercicio.

- Lo que no estoy dispuesta es a partirme un tobillo o directamente la crisma, Karim.

Nos desviamos por una carretera de arena, ascendente, rodeada de retama y lentisco, que se va adentrando entre los árboles. Nos detenemos junto a un manantial, nos bajamos, y voy a sacar su equipaje del maletero. Le indico:

- Se sube por allí. - Expectante, se aproxima a un recodo junto a la fuente, y al descubrir los escalones de piedra, se gira y dice en tono entre sorprendida y decepcionada:

- Una escalera...

- No estaba ahí, es obra mía. - le contesto a la defensiva, cargando con las maletas: - Así que no te quejes.

- ¿Y por qué no has puesto un ascensor?

- Porque hay que respetar un poco el entorno natural. ¡Serás floja! Ve delante, anda.

Cuando llevamos ya un trecho de escalones, y el tramo se aproxima un poco al borde de un pequeño acantilado, Betsabé me advierte:

- Karim, me está dando un poco de vértigo...

- Será posible... - mascullo: - ¡No te vas a caer estando yo aquí, so miedosa!

Desde allí arriba, se divisa el espléndido mar, limpio y azul, desenroscándose

en una playa de arena fina y dorada, y las estribaciones rocosas, con grandes lajas de piedra, que delimitan la zona de la Jazminera. No hay demasiados bañistas, a pesar del día estupendo, muchos están tumbados o se pasean, desnudos, se untan de barro, en total libertad. Es como un pequeño Edén. El aire es puro, fresco, perfumado.

Al desembocar en la cima, Betsabé se detiene en seco. Ya ha visto la casa. Se gira hacia mí, boquiabierta y musita: “Esa no es, ¿no?”. Yo sonrío, y le digo:

- ¿Por qué, qué le pasa? Claro que es esa. - Voy junto a ella, que contempla la entrada, precedida por un pequeño jardín. Le digo: - Bienvenida a Dar Annafura.

Exhalando un breve asombrada, me dice:

*Ahlan Washalam .*

suspiro, abrumada,

- Me esperaba... un apartamento, una casita... esto es un hotel... ¡un palacio!

- Eh, sí, bueno... tú no has visto palacios de verdad... pero me he esmerado, cierto. - comento, fingiendo modestia: - Y ahora mira, quiero que veas esto.

Despliego un bastón que llevo guardado en mi pequeña mochila, y golpeo el último escalón por donde hemos subido. La escalera de piedra se deshace, y las ramas de los árboles cierran el sendero, como una cortina tupida. Betsabé me mira fascinada:

- Entiendo. - musita: - ¡Está genial!

- Sí. Pero te advierto que esto sólo puedo hacerlo yo. No te molestes en intentar arrebatarme este artilugio y hacer lo mismo, no servirá.

- Ni se me había pasado por la cabeza.

A Betsabé se le escapa una mirada de desconfianza. Pero se le pasa pronto.

He concebido Dar Annafura como un reflejo en los ojos de esa chiquilla que entraba en mi ático, allí en la ciudad, y se quedaba embobada mirando las formas sinuosas en el marco de mi espejo, el cristal pintado en mis vasos de té, las molduras de la arcada que dividía en dos mi apartamento, el color de las sedas en los cojines, la liviandad grácil y sensual de las cortinas; he ideado este lugar a partir del brillo de sus pupilas al pasarlas por la caligrafía arabesca en el zócalo superior pegado al techo, que rodeaba todo el perímetro del apartamento, y que ella se ponía a seguir, aun sin entenderlo, pero con ansias de hacerlo, aun sin saber lo que decía ni lo que era, la sura Al Faatiha del Corán. He intentado crear un espacio para mi princesita, atrapada en esta



Betsabé endurecida y viciosa, porque así, quizás, recuerde y la libere.

Tras el muro encalado, en el que se abre un portalón de madera turquesa bajo un arco tímido, que la veo cruzar admirada, Betsabé se topa con la primera piscina, amplia, recubierta con azulejería en la que se sucede la figura de la estrella de ocho puntas, en rojo, verde y negro. No me he olvidado de las palmeras, ni de la dama de noche, sé que le encantan, y este jardín frontal no carece de ellos. También hay rosales, y algún naranjo, aunque estos los he reservado para el jardín que mira al este, rodeando una fuente de piedra. Los fanales, tampoco los he olvidado, también sé cuánto le gustan, y están por todo el jardín, en diferentes tamaños y colores, para que iluminen las noches de verano que quiera pasar aquí fuera.

Después, la casa tiene dos plantas, sin contar la azotea, con la fachada al más puro estilo mudéjar. Hay una escalera lateral exterior que baja desde la azotea hasta el jardín de los naranjos del que he hablado antes. Precediendo la entrada principal, hay un soportal de arcos de herradura, y luego un vestíbulo, de techo alto de alfarje. Entonces, tras cruzar el ancho de una galería, se entra en el patio central. Hay otros dos patios más pequeños, uno a cada lado del vestíbulo. Y al final de la galería, al este se encuentra el salón verano, y al extremo oeste, la biblioteca. Alrededor del patio central, están la entrada al hamman (al oeste), la sala de música (al este) y dentro de esta estancia, una pequeña puerta da a la habitación de la fuente. Detrás del patio, está la cocina, y detrás de esta, el jardín trasero, con otra piscina, ovalada, en mármol blanco, rodeada de césped, y pegado al muro, un limonero, un jazmín, un par de costillas de Adán, y más palmeras. En el piso de arriba, un claustro da al patio central, y a su alrededor se disponen cuatro dormitorios y el salón de invierno. El gimnasio y el local de ensayo, están aparte en el jardín que da al oeste, que es casi tan amplio como el frontal de la piscina. Así, a grandes rasgos, es Dar Annafura. Y pondría fotos, en lugar de este peñazo de descripción, si no estuviera prohibido, porque un yinn no puede hacer fotos de su propia magia, o mejor dicho, no debe. No está bien.

En los jardines hay pavos reales y un tigre. Betsabé está abrumada, tanto que a ratos me da la impresión de que al no ser esto lo que se esperaba, no lo va a querer. Sin embargo, finalmente, cuando ya ha echado un vistazo a los dormitorios de arriba, y vuelve a bajar, viene junto a mí, que estoy en la sala de la música, y se muestra entusiasmada y agradecida. Yo recibo sus cumplidos con modestia. Espero que se le pase un poco la excitación y, cuando ya deja de reír y de bailar, y se tira en uno de los mullidos pufs que hay

en la sala de la música, mirando la cúpula de cristales de colores, dejo que disfrute del momento, antes de plantearle lo que viene ahora.

- Me alegro mucho de que te haya gustado.

- ¿Estás de broma? ¡Es un sueño!

- Bien. - carraspeo un poco: - Ahora hablemos de lo que tienes que hacer para tomar posesión de ella.

Betsabé ladea la cabeza y se ríe:

- “Lo que tengo que hacer...” Lo sabía. Sabía que había algo.

- Es una formalidad, nada más. - le explico. Le muestro las llaves: - Esta casa está a tu disposición, pero es mía. Si quieres tener derecho a disfrutarla, tienes que llevar a cabo una demostración de respeto hacia mí. Son las normas.

- Normas... ¿Demostración de respeto? ¿Tengo que hablarte de usted, de ahora en adelante?

- Eh, no. es solo un gesto simbólico. Un acto de sumisión.

Betsabé puso mala cara:

- Sumisión... perdona, esto cada vez suena más raro... por no decir peor...

- No te preocupes, no será nada vejatorio.

- Eso espero.

- Pues empieza vistiéndote para la ocasión. - le dijo arrojándole una prenda al regazo. Ella la recoge y la despliega, examinándola.

\_ Te espero tras esa puerta. - la aviso.

Este pequeño cuarto vacío, es el corazón de Dar Annafura, su punto de origen. Solo hay una alfombra, un surtidor de agua, una otomana, pegada a la pared, bajo un arco ciego, y una shisha a su lado. Allí me acomodo, y comienzo a fumar, jugueteando con las llaves mientras espero la aparición de Betsabé. Aquí entra muy poca luz del día, solo hay un par de gateras en la pared sur, pegadas al techo.

Al fin oigo sus pasos y veo recortarse su silueta en la penumbra. No queda nada de la alegría que lleva acompañándola toda la mañana. Está tensa, incómoda. La prenda era una sencilla túnica corta, sin mangas, de tela fina carmesí. Aun habiendo escasa luz, puedo ver sus pezones endurecidos a través de la ropa, sobre la redondez de sus pechos. El contorno de sus muslos también son una delicia, ¡Allah!, ¿de qué cuadro has salido, vida mía?

- Ponte de rodillas en señal de humildad. - le pido, procurando que mi voz suene firme: - No por mí, sino por el sitio. Estás en el corazón de la casa. Creo que lo merece.

- ¡Ni que fuera un templo! - protesta, pero se dispone a hacerlo.

- Va a ser el tuyo. Conságralo.

- ¡Menuda tontería! - se queja de nuevo, ya postrada.

- Y ahora, ven a por tus llaves. - Me las enganché en el dedo gordo del pie, y lo estiré hacia ella. - Con las manos a la espalda.

Y ese fue el momento en el que mis propósitos comenzaron a desmoronarse. Lo vi en sus ojos. Su expresión cambió. Había estado al borde de la ofuscación, a punto de considerarse objeto de una burla, sintiéndose ridícula. Pero al contemplar mi pie derecho esperándola, su gesto varía, se estremece y lo que veo en sus ojos me resulta inesperado. Comenzó a avanzar con parsimonia, con una cadencia que me hizo pensar que estaba disfrutando del momento.

Quizás mi subconsciente me había traicionado. ¿Acaso no la conozco ya bien? ¿De verdad pensaba que no le iba a encontrar un regusto sexual a esto? ¿Pero qué me pasa? Es más, ahora le he dejado la iniciativa. Me doy cuenta cuando, al llegar hasta mí, mientras se inclina para posar su boca en el dedo gordo de mi pie (con mis uñas pintadas de azul cobalto) me lanza una mirada de fuego. Saca las llaves cogiéndolas entre sus dientes con cuidado, y las lanza a un lado. ¿Y qué hace a continuación? ¿Qué hace? Me sigue mordisqueando el dedo, desliza sus labios por mi empeine, y al fin, sujetándome el pie, me lo besa todo alrededor. Yo estoy ojiplático. Le ha dado la vuelta, le ha dado la vuelta a todo. Ni está humillada, ni se siente mal, ni molesta, lo que está es caliente como una ninfa. Es una viciosa, cómo no iba a gustarle esta situación.

- ¿Quieres... que siga hasta arriba? - me pregunta con voz estremecida.

La respuesta tendría que haber sido “no”. Sin duda. Le hubiera demostrado quién manda, y se hubiera enfurecido por mi rechazo. Pero como estoy obnubilado y tengo una erección tremenda, que se convierte en superlativa cuando ella se despoja de la breve túnica con un movimiento sensual que me deja sin respiración, me hago un lío, y contesto, procurando aclararme la voz:

- Si quieres seguir... hazlo.

Mal. Es justo lo contrario a lo que buscaba yo con todo esto. Al final, es lo que a ella le apetezca. Si hubiera dicho “sí”, al menos hubiera quedado como una imposición de mi voluntad. Me avergüenzo de mí mismo, de mi torpeza, de mi debilidad. Pero todo se me olvida cuando su lengua asciende por la cara interna de mi muslo desnudo, después de haber apartado la bata de tisú de oro que me he puesto para la ocasión. Yo me desnudo el cinturón y le acaricio el pelo. Mi respiración es muy agitada.

- Te gusta, ¿eh? - le digo, viéndola mirar ansiosa lo que tiene delante: - Estás

deseando saborearlo. Venga, empieza...

Aún no he comenzado a deslizar terminado de decirlo, cuando su lengua por mi miembro endurecido, de manera suave y lenta, haciéndome lanzar un gemido de gusto. Luego enrosca su lengua en mi glande, juguetea un poco, succiona, y se esmera en una sesión de sexo oral, que me hace jadear. Qué delicia, qué maravilla; no quiero que acabe nunca, qué boca tienes, dulzura mía, y qué bien lo haces. Por un momento pasa por mi cabeza el temor a transformarme en fuego, pero no tengo esa sensación, es un placer constante pero controlado, cuando se acerque el orgasmo le diré que se detenga... o quizás no, depende de cómo me sienta. Me muerdo el labio de gusto, y le recojo el pelo, para contemplar cómo lo hace. Está disfrutando, estaba deseando hacerlo. Caigo en la trampa (de nuevo) de creer que, después de todo, es un triunfo. Al carajo. Andrés es un imbécil si renuncia a esto, un estúpido si deja pasar la ocasión de tener esto que tengo yo ahora. Menudo desgraciado. El placer aumenta, y yo comienzo a pronunciar su nombre como en un delirio. Quisiera subirla hasta mí y besarla, y hacer el amor, pero eso tendría unas connotaciones que quizás luego lamentaría. Ya he metido bastante la pata, pero esto aún puede ser interpretado de diferentes maneras, aunque se aleje mucho de lo que yo pretendía en un principio. Además, entonces sí que podría ser peligroso, porque lo cierto es que no puedo desengancharme de esta criatura, y esto es un acto sexual más limitado, aunque sea la gloria, pero si la beso y la abrazo, la pasión me inundará por completo, por encima del placer. Este placer cremoso, dulce, que me está haciendo retorcerme de gusto, y más aún cuando se me ocurren las cosas que podría hacer con ella, perversiones que seguro que le gustan, esto no va a ser más que el principio, va a ser como una de mis odaliscas, pero de carne y hueso, voy a llevar a cabo todas las fantasías con ella. Esto va a ser nuestra cúpula del placer, y que desaparezca el mundo. “No te pares”, le digo, jadeante. “Sigue así, no te pares ahora”. Estoy al borde del orgasmo y voy a gritar. A veces maldigo mi naturaleza, por ser tan lujuriosa, tan excitable, tan sensual y entregada al deleite, sí, lo veo como una debilidad. Es una debilidad. Pero cuando me sobreviene un clímax como este, largo, intenso, enloquecedor, me alegro de ser así. Veinte segundos. Un privilegio de mi naturaleza. Las criaturas humanas no tienen, por lo general, acceso a algo así.

## CAPITULO 7

**BETSABÉ: la felicidad en masculino singular.**

Tanto amigos como compañeros de trabajo, como sus familiares, se acabaron enterando de que Betsabé se marchaba de la ciudad. Se iba a vivir a la playa. A sus familiares les explicó que se iba “con su novio”. A los demás no dio explicación ninguna. Cuando se hartara de la Jazminera, siempre podría volver, Karim se encargaría de ello. Pero, para hartarse de un lugar como Dar Annafura, tenían que pasar muchos años. Había vuelto para recoger unas últimas cosas personales, y arreglar papeles. También tenía que hablar con la gente del grupo. Dar Annafura, realmente, estaba demasiado lejos como para pedirles que fueran allí, a ensayar todas las semanas. Pero si les ofrecía que se quedaran unos días, quizás sí les mereciera la pena desplazarse hasta allí al menos una vez al mes. Si aun así, tenían problemas, Karim podía encargarse (si no le parecía mal, pensaba Betsabé) de hacer de chófer, hasta que ella, si era posible, contratase uno.

Ahora que se veía con dinero como si este estuviera brotando de los árboles (lo que le provocaba una extraña sensación de culpabilidad), se había ido de compras, aunque era una actividad que la agobiaba un poco, excepto cuando se trataba de libros. Le encantaban las librerías, casi tanto como la fatigaban las tiendas de ropa, y especialmente las grandes superficies. Detestaba el centro de la ciudad, y el trasiego agotador y cansino que solía haber, incluso en una mañana de verano. Así que, aprovechando que había quedado con el teclista del grupo, Yulen, para hablarle de la nueva situación, había ido a explorar tiendas por su barrio, cercano al de Betsabé.

- Deberías empezar a comprar por Internet, si te resulta tan tedioso. - le aconsejó Yulen: - Creo que eres la primera mujer que conozco que no le gusta ir de compras.
- Lo de Internet acabaré haciéndolo tarde o temprano, es cuestión de acostumbrarse. - respondió ella.

Yulen vestía al estilo ochentero, de oscuro, y con el flequillo teñido de rubio. Era feúcho, pero tenía un estilazo y, en opinión de Betsabé, bastante talento. Licenciado en matemáticas, era compositor, además de teclista, y el pilar de la banda. Lo poco que Betsabé sabía de solfeo, se lo había enseñado él. Era un tipo sexualmente ambiguo. A pesar de las idas y venidas de los componentes, y de las dificultades, el grupo, con ellos dos como fundadores originales, llevaba aguantando cinco años. Con un poco de suerte, conseguían un par de

bolos por temporada, pero poco más. Betsabé confiaba en que con su nueva situación y la ayuda de Karim, eso cambiara.

Karim... esperaba no tener necesidad de hablarle de él a Yulen. En los años que duraba su amistad, nunca lo había hecho. Ni a él ni a nadie. No al menos claramente. Se había limitado a contarle a Yulen que había un vecino que le gustaba, y le llamaba así “mi vecino”. Hasta ese momento, con Karim encerrado, apartado de su vida, había sido fácil, pero ahora quizás se viera obligada por las circunstancias a hacerlo. No tenía claro qué historia, si se daba el caso, podría contarle. Qué relación tenían, de dónde había salido, de dónde provenía su riqueza que tan generosamente compartía con ella. Un primo del oriente próximo con el que mantenía una relación amorosa, porque lo había conocido hace poco, hasta ese año no sabía ni que existía... Sí, una historia fabulosa, hasta que a Karim, o a ella misma, se les escapara en medio de una charla informal: “Oye, te acuerdas, cuando era(s) una niña y...”

De todas formas, ¿no era la realidad más intragable aún que cualquier mentira que contase? Yulen, aunque había sido muchas veces su confidente, no se metía en su vida. Ella tampoco en la suya, de hecho, conocía muy poco de sus devaneos amorosos, y siempre sin especificar género: “He conocido a una persona...” “Estoy con alguien...” “Me gusta alguien y...” Era cuidadoso con ese tema, hasta en las canciones que escribía: “él”, “ella”, lo usaba indistintamente. Aún así, Betsabé se inclinaba porque le ponían más los tíos.

Claro que si Yulen supiera lo que habían llegado a hacer Karim y ella, ese fin de semana en Dar Annafura, quizás se animaría más a hablarle de su manera de vivir el amor. Rebuscando entre las prendas del perchero en la tienda de turno, con Yulen haciendo lo propio unos metros más allá, Betsabé no podía evitar sonreírse al recordar, en un flash, lo sucedido allí, en la Jazminera. Karim era un vicioso, eso no la pillaba por sorpresa. Que tuviera una imaginación calenturienta tampoco. Que le hubiera propuesto participar en una fantasía algo retorcida sí que le había resultado inesperado, a pesar de la sesión de vouyerismo que ella le había solicitado la vez anterior que habían estado en la playa. Probablemente, alentado por ese capricho de ella, se había atrevido a pedirle, a la caída de la noche, absolutamente tórrida, cuando estaban allí, en Dar Annafura:

- Oye, Betsabé...¿qué te parecería... si me transformo en chica y nos bañamos

en la piscina? Estremecido, tragaba saliva: - Podríamos, si tú quieres, jugar a algo... a reto o verdad... o al strip póker...

Desde el mediodía, en el que, sin que hubiera sido premeditado, Betsabé le había practicado una felación en aquel cuarto en penumbra, Karim se había llevado toda la tarde muy excitado, como si no hubiera tenido suficiente. Apenas había comido de los manjares que él mismo había colocado sobre la mesa, y se limitaba a mirarla en silencio, con los ojos ambarinos fulgurantes. Durante la siesta, ella había querido bañarse en la piscina, mientras él la vigilaba de lejos. Cuando le vino con aquella proposición, Betsabé se rió encantada.

- Suena muy divertido... Claro que sí, ya te dije que esa habilidad tuya, da para mucho.

- ¿Cómo... cómo te gustaría que fuera mi aspecto, tienes alguna preferencia? - había preguntado él temblando.

Ella se había acercado y le había susurrado al oído: “Rubia, con los pechos grandes”. Y después le había aclarado, apartándose:

-Pero no cambies tu voz. Quiero notar que eres tú.

Los ojos ámbar de Karim en ese momento, era un monumento a la lujuria.

- Sí... - accedió él, con un hilo de voz.

Había sido toda una experiencia para Betsabé, nueva y muy excitante, sexo puro y desinhibido, en la comodidad de la confianza e intimidad que tenía con Karim. Le había hecho gracia al principio verle aparecer convertido en una rubia maciza con triquini blanco, que hablaba con la voz de Karim.

- ¿Qué te parece, te gusta?- le había preguntado desde el borde de la piscina.

- ¿De dónde la has sacado? - preguntó ella, sumergida en el agua. Sabía que para poder transformarse, era preciso que Karim hubiera visto en vivo a la persona o animal de quien tomara el aspecto.

- Hace días fui a show erótico... - le confesó.

- ¿Sí, en serio? ¿Sueles ir a esos sitios? Qué callado te lo tenías.

- Eh, bueno, hace unos diez años iba más... Esta ha sido la primera vez desde mi encierro.

- Creía que te bastaba con tus figuraciones de odaliscas...

- Es diferente. - repuso él: - ¿Te gustaría acompañarme un día?

Betsabé se rió:

- Me daría un poco de corte... Además, podemos tener el show aquí para

nosotros solos.

- Sí... - suspiró Karim, contoneándose de gusto ante la idea.

Betsabé deducía que Karim estaba obsesionado con las mujeres desnudas, era lo que tenía a todas horas en la cabeza, y no había nada en el mundo que le gustara más, como le pasaba a muchos hombres, y se preguntaba si en el caso de Andrés sería también así. Por eso le había chocado que Karim se sintiese atraído por Mely. Pero el amor es misterioso, y además, es diferente del vicio. Era lo que pensaba ella: saciaba sus apetencias sexuales con Karim, pero luego, sus fantasías románticas Imaginaba estaban protagonizadas por Andrés. cosas muy raras con él, muchas veces apartadas del puro erotismo: cenar con él, divertirse, viajar... No obstante, le encantaba figurárselo contemplando cómo ella y Karim, transformado en rubia despampanante, se quitaban la ropa mutuamente, se tocaban, se lamían y rozaban, y se había masturbado esa misma mañana pensando en ello. Karim, con la experiencia autolésbica, había ido de orgasmo en orgasmo, porque además Betsabé había querido llevar la iniciativa, y hacerle lo que sabía que le iba a gustar. Habían estado casi todo el tiempo sumergidos en el agua, aunque fuera solo hasta medio muslo, para verse y percibirse mejor. El yinn había terminado tan agotado que, cuando acabaron, se quedó dormido en el césped. Desde entonces, Karim no dejaba de mirarla sonriente, satisfecho y complacido. Esa misma mañana, cuando se dirigía a su cita con Yulen, en el autobús, la había sorprendido con un mensaje de Whatsapp: “No puedo dejar de pensar en cómo me has hecho disfrutar este fin de semana”, “En todo el placer que me has dado”. No solían intercambiar mensajes. Tan solo las fotos que él había empezado a enviarle cuando salía con Mely. Sin darle más importancia, sin embargo, le contestó: “Ha sido fantástico”. Y un emoji con un guiño.

A continuación, vio que Karim estaba escribiendo, pero luego, no apareció ningún mensaje. Iba a ponerle algo, y por lo visto, se había arrepentido.

Andrés por su parte, le había contestado (al cabo de unas horas) a un breve saludo, y poco más. Le lastimaba no saber cuándo volvería a verle. Pero la aliviaba la esperanza de tener un plan.





KarimElGenio

@YinnKarim

Estoy intoxicado #BetsabéMeMata #locura  
#obsesión #mujeres #PleasureVictim

No puedo más. Tengo que relajarme. Esto es excesivo y va a acabar conmigo. Llevo varios días sin dejar de recordar, una y otra vez todo lo que Betsabé me hizo, todo lo que disfrutamos juntos, recreándome en ello, una y otra vez. Me meto en la ducha, me sumerjo en agua helada, pero es igual, allí me desahogo, y consigo estar tranquilo durante quizás una hora. Enseguida vuelvo a estar excitado, deseando hacer de todo con ella. Y me cabrea, me cabrea porque me siento en sus manos, irremediadamente preso. El otro día estuve a punto de ponerle una tontería por whatsapp: “Te necesito. Ven ahora”. Me eché atrás a tiempo. ¿Cómo voy a ponerle algo así, cómo voy a arrastrarme de esa manera, cuando sé de sobra que lo sucedido en Dar Annafura, no es más que un espejismo? Me usa, me utiliza. No puedo resistirme, me dejo. Pero soy consciente de que sigue enganchada a ese estúpido monitor, que si fuera medianamente inteligente, vendría a buscarla, no la dejaría escaparse. Ese se acabará emparejando con una lacia, frígida y mandona. Es una historia que he visto demasiadas veces.

Hablando de lacias, me llamó Camila para invitarme a una fiesta. Su cumpleaños, creo que me dijo. Le pregunté si iba a invitar a Betsabé.

- Bueno, claro, dile que se venga.

Era fácil adivinar que hubiera pasado de ella, si yo no le hubiera dicho nada. En medio de mi fiebre sicalíptica, que consume mis horas como un vampiro insaciable, de pronto, como la luz de un faro, una señal de Mely.

“Eh, muchachito, cómo andas...”

Muchachito...

“¿Qué os pasa, que lleváis un par de días sin venir al gym? ¿En la playa?”

Le contesto: “No, estamos aquí, un poco liados”. “Ya te contaré”. “Ah, vale”, me responde. Y yo añado: “No creas que me he olvidado de la cena.” “Dime cuando te viene bien”.

Y me descubro deseando verla, hablar con ella, estar con ella. ¡Bálsamo para mi castigo! Betsabé es una tortura. Mely en cambio es...

Si tuviera que definirla con una canción, sería con una que ella probablemente

deteste: *Cherish* de Madonna. Pero es exactamente la sensación que me provoca su compañía. Ahora que tengo en perspectiva prepararle una cena, me cuesta mucho menos sacudirme el pertinaz regodeo en la concupiscencia, que me tiene varado, paralizado, agotado. ¡Betsabé, eres veneno! No quiero que esté en esa cena, quiero que sea algo más íntimo, así que bajo a hablar con ella y a advertirle. Me abre, me deja pasar, y va otra vez a sentarse en su sillón. Está comiendo yakisoba, viendo una peli inglesa de los años 70.

- No tengo muchas ganas de fiesta, Karim. - se adelanta: - Hoy no.

- No he venido por eso. - le contesto algo ofendido: - Sino a contarte que mañana viene Mely a cenar. Ahí, en mi ático. Y que no vayas a subir y a... enrollarte, ¿vale? Que quiero que estemos solos.

- Parece que no me conocieras, ¿cuándo he hecho yo ese tipo de cosas? - me responde con desgana.

- Bueno, es normal que si no te advierto, a lo mejor...

- ... me da por presentarme en tu salón en medias y ligero y sería una situación violenta, ya.

Maldita sea. Buf.

- Mira, Betsabé, lo único que pretendía decirte es que si subes y Mely te ve, igual va a querer que te quedes con nosotros y...

- Si hace eso, es que es idiota. - Tras una pausa, me pregunta, mientras sigue comiendo sus yakisoba: ¿Qué es lo que sientes por ella, exactamente?

Me giro, abriendo los brazos, algo confuso:

- No lo sé. Me siento bien con ella. Me gusta. Y me gustaría hacerla feliz.

Betsabé me mira con curiosidad. Apuesto a que no tiene ni repajolera idea de lo que le estoy hablando. Ella no pensará en hacer feliz a Andrés, sólo pensará en estar revolcándose con él a todas horas. Como si de alguna manera, estuviese siguiendo el hilo de mis pensamientos, me pregunta:

- ¿Tienes ganas de acostarte con ella?

- La verdad es que no pienso en eso. - contesto, rascándome una ceja: - Me da reparo.

- ¡Ay, Dios, no me digas! - dice ella, y suelta una carcajada: - Eres encantador.

- Ya...

Cuando deja de reír, dice, algo seria:

- ¿Sabes que... si la cosa empieza a ir en serio, vas a tener un problema, verdad?

- Sí. No me gustaría tener que estar mintiéndole constantemente... pero tampoco puedo contarle la verdad, así que... me conformaré con ser su amigo,

en realidad, ahora mismo es lo que se me apetece... ir poco a poco.

- Vaya, qué bonito. - dijo Betsabé, y sorprendentemente, no parecía que se estuviera burlando. Cambié de tema:

- Ah, otra cosa. Me ha llamado Camila. La semana que viene celebra su cumpleaños y nos ha invitado.

- Querrás decir que te ha invitado a ti. ¿Qué le has dicho?

- Que sí.

- Pero si no la tragas, cómo es que...

- Quiero hacerla sufrir. - expuse claramente: No soporto cómo habla de ti a tus espaldas, la envidia que tiene, lo rastrera que es...

- Oye, a mí no me pongas de excusa. A todos nos gusta romper corazones de vez en cuando. ¿Quieres ser un donjuán? Adelante. Pero no te justifiques, no lo necesitas. - Y cogiendo el mando de la tele, me preguntó antes de volver a ponerle el sonido: - ¿Y ahora, puedo seguir viendo la peli?

Me sobrevino una súbita desazón ante su deseo manifiesto de que me fuese de allí. Ni ofrecerme un refresco, para que me sentase con ella en el sofá, y siguiésemos hablando, ni siquiera una invitación: “¿te quedas a ver la peli conmigo?” No, prácticamente lo que me había dicho era: “A ver si te largas ya”.

- Sí, claro. - musité, entristecido: - Qué distinto esto de... lo que veía en tus ojos cuando subías a buscarme al ático y yo aparecía. No había nada que antepusieras a estar conmigo.

- ¿De qué hablas, Karim? No somos novios, no lo hemos sido nunca. Ese comentario está fuera de lugar. Guárdate la sensibilidad y el romanticismo para tu velada con Mely. Que espero que sea perfecta y con final feliz.

- Será mejor que tu compañía, eso seguro. repliqué dolido, herido por su displicencia. Salí del piso lamentando realmente mi necesidad de ella, esa maldita querencia de mi carne ardiente hacia semejante castigadora.

Después de todo, quizás Andrés no sea tan idiota.



**KarimElGenio**

@YinnKarim

Noche de verano con Mely #ilusión  
#VeladaPerfecta #AlgoDistinto #PuraMagia



He modificado el ático y lo he convertido en una estancia más adusta, semejante a la habitación de un castillo medieval europeo. No me entusiasma nada, me parece lóbrego, triste, pero tengo la impresión de que a Mely le resultará más atractivo (y menos chocante, quizás) que el entorno orientalista en el que suelo acomodarme. Así que he cambiado la bóveda de cristales de colores por un techo de vigas de madera, los cojines y alfombras por unos muebles toscos, los faroles por candelabros, y he puesto una chimenea, aunque no da calor. De hecho he bajado la temperatura a 16°. He estado a punto de meter la pata poniendo una cabeza disecada de ciervo pero, afortunadamente, he recordado que ese tipo de cosas la horrorizan, y la he quitado enseguida. Hubiera arruinado mi cita en pocos segundos si llego a dejar eso en la pared. Me he vestido con un blusón blanco, abierto hasta el pecho y un pantalón negro. Junto al ventanal, con cristales de rombos rojos y verdes, he puesto una mesa con una baraja de cartas. Cuando el reloj de pared, dé las diez, la mesa central se llenará de manjares: codornices rellenas, dátiles con queso, pastel de berenjena, y de beber, un delicioso néctar que sólo alguien como yo podría poner encima de la mesa. Será mi gran sorpresa. Espero que no tarde mucho... Apenas transcurrieron diez minutos de la hora fijada. Mely llegó algo nerviosa, aunque cuando entró, se quedó tan sorprendida, que se le pasó de inmediato.

- ¡Qué grande es esto! - exclamó mirando a su alrededor: - Desde fuera parece un pisucho de mierda.

- Bueno, ya sabes, los misterios de la arquitectura. ¡Oye, vienes muy guapa! Era un vestido blanco, sencillo, muy veraniego y fresco.

- Gracias. - respondió: - Aunque con el aire acondicionado tan bajo, necesitaría una rebeca.

- El aire, sí, puede que esté un poco bajo. - digo, algo aturrullado: - Lo subo enseguida.

Improvise un mando del aire acondicionado que apareció encima de la mesa donde estaban las cartas; ella entre tanto, lo miraba todo fascinada.

- Jamás había imaginado que vivíais en un sitio así... montado de esta forma. Por cierto, ¿dónde está Betsabé?

- Ha quedado con la gente del grupo. No sé si lo sabías, Betsabé canta en una banda.

- ¿En serio? - pregunta sorprendida: - No, no lo sabía. ¿Qué tipo de música hacen?

- Pop electrónico... o algo así. Se llaman "Unison". Hasta el nombre es soso...

- ¿Los has escuchado?
- Sí. Le dije a Betsabé que no era mi tipo de música, y que no podía juzgar. Lo cierto es que creo que son bastante flojos.
- ¿Entonces, te has encargado de hacer todo esto tú solo? - preguntó, aproximándose a la mesa: - Te habrás llevado todo el día...
- Me organicé bien la tarea, entre ayer y hoy... ¿Quieres un poco de Elixir de Menta?- le ofrecí, mostrándole una jarra.
- ¿Tiene alcohol?- preguntó, mientras yo le vertía el líquido esmeralda y aromático en la copa.
- No. - le respondí: - En esta casa no entra nada de alcohol. Incluso Betsabé tiene que plegarse a esa norma.
- Entonces se me quedó mirando con atención, y al fin preguntó:
- ¿Llevas lentillas?
- No. Hoy no. - contesté risueño.
- ¡Venga ya! ¿Me estás diciendo que... ese es tu verdadero color de ojos? ¿Dorados?
- Ámbar. - maticé: - Sí, este es mi color de ojos auténtico. Me pongo lentillas marrones porque... me veo mejor, este color es muy raro.
- Pero qué dices, ¡son preciosos! Nunca había visto a nadie con las pupilas de ese color.
- ¿No crees que estoy mejor con los ojos oscuros?
- Estás maravilloso con los ojos oscuros. - contestó ella sin contención alguna: - pero es que estás ocultando un rasgo particular y único. ¡No lo entiendo!
- ¿Puedo contarte un secreto? - sin esperar respuesta, continué: - Comencé a usar lentillas oscuras porque, hace unos años, estuve enamorado de alguien a quien le fascinaban los hombres con los ojos de ese color.
- Ay, vaya, no me digas.
- Sí. Al principio funcionó, pero luego se olvidó de mí por otro cuyas pupilas eran oscuras de verdad. Para entonces yo ya me había acostumbrado a tener los ojos marrones y... he conservado la costumbre.
- Mi ex novio me dio un ultimátum el año pasado: o adelgazaba o me dejaba. Lo que me resultó más intragable es que él no vale un puto duro. No sabes cómo me alegro de haber terminado con ese capullo.
- Yo también. - secundé. Ella creyó que me refería al anterior romance del que le había hablado:
- ¿Cómo se llama ella?
- No, no merece la pena ni mencionarla. Estoy aquí contigo, hablar de ella es...

darle un protagonismo que no se merece.

Fingí contener un suspiro mientras miraba al suelo fugazmente. Ya la había mencionado antes un par de veces en lo que llevábamos de noche, pero eso Mely lo ignoraba, claro.

- Tienes razón. Siempre se dice que no hay que hablar de los ex en la primera cita.

Como nos pasaba casi siempre, nuestra conversación era un cesto de cerezas. Un tema se enganchaba a otro, con fluidez, sin que nos diésemos cuenta. Mely no se cortó comiendo, de hecho comió mucho más que yo.

- ¿Betsabé y tú os tratáis desde pequeños? - me preguntó en cuanto tuvo ocasión: - ¿O sois los típicos primos que se conocen ya mayores?

Vislumbraba perfectamente la intención de semejante pregunta. Sin dejar de sonreír, respondí:

- Un poco las dos cosas. Nos vimos unas cuantas veces de niños, y ya cuando me vine aquí, ella me ofreció venirme a su casa, porque el alquiler que pagaba donde estaba era demasiado para mí.

- Así que fue idea de ella.

- Sí.

- Es que no sé... Imagino que hay que tener mucha confianza para convivir con una persona, y que si no la has tratado con anterioridad, debe ser difícil, aunque sea tu primo.

- Eso pensé yo al principio, que no me saldría bien, pero lo cierto es que Betsabé es alguien muy fácil de llevar. Nos hemos adaptado muy bien.

Después de comer, lo recogí todo (sin dejar de hablar con ella, yendo y viniendo), y nos pusimos a jugar a las cartas. Había puesto música, bajito, hacía un rato, y conforme pasaba el tiempo, iba temiendo que se hiciera tarde y no avanzar nada con Mely. Ciertamente, sabía que ella era capaz de estar jugando hasta las seis de la mañana, pero sinceramente, no era eso lo que yo quería. La dejaba ganar de vez en cuando, pero casi siempre vencía yo. Eso la sulfuraba un poco. Yo me reía. Hasta que le dije:

- Bueno, no voy a humillarte más. Ya está bien por esta noche, ¿no te parece?

- ¡Qué arrogancia la tuya, chaval! - exclamó.

Me pareció el momento proponer:

- Oye, ¿te gustaría venirte adecuado para

con Betsabé y conmigo unos días a la playa? Hemos alquilado una casita muy espaciosa.

- Eh, bueno, me encantaría. Pero ya has visto cómo como.

Me eché a reír.

- Eso no será ningún problema.

Me levanté a por otra jarra de elixir, esta vez de canela y piña. Lo bueno de este tipo de bebida deliciosa, elaborada por mí mismo, es que no embriaga, pero provoca un bienestar que va aumentando de manera paulatina, abre la mente a la magia y a los sueños. El que Mely iba a beber ahora era algo más denso que el de menta que habíamos tomado en la comida, y más efectivo. No pretendía con eso anular su voluntad, ni nada parecido, como he dicho no se trata de ninguna droga ni de ninguna sustancia alucinógena. Al contrario. Su mente estaría más perceptiva, más relajada, más dispuesta. Mientras le servía la copa, ella agachó la cabeza pensativa. Luego se decidió a exponer, tras un primer sorbo:

- Karim, voy a ser sincera: no acabo de ver claro el rollo que te traes conmigo. No soy de rallarme mucho, pero a veces me da por pensar que... todo esto se trata de una apuesta o algo.

La miré fijamente, fingiendo no comprender muy bien:

- ¿Una apuesta?

- Sí, un juego de amiguetes tipo “ligarse a la gorda”, o algo semejante.

- ¿De verdad te imaginas algo así de mí?

- Te soy sincera. Se me pasa por la cabeza, sí.

- Vaya... Bueno, pues yo también te voy a ser sincero, Mely. No te fíes de las apariencias. Tú piensas eso porque crees que yo soy... un tío diez que lo tiene todo.

- Para mí sí lo eres.

- Pues no es así, te lo aseguro. Tú me ves siempre riendo, ves mi parte buena...pero es que esa es la parte que sale a relucir de mí cuando estoy contigo. Mely, yo... necesito a mi lado alguien como tú, que me haga sentir la vida como lo haces tú. Imagínate que cada día te levantas sabiendo que estás dentro de un horno, y que quizás haya un momento de ese día, o de la noche que le sigue, que se encienda, y comience a quemarte a fuego lento, pero sin matarte, sino que te repondrás y esperarás temblando la siguiente ocasión... Bueno, pues esa es mi vida, emocionalmente hablando.

Mely se me quedó mirando con los ojos muy abiertos. Quizás la metáfora, además de truculenta, era algo enigmática. Pero no iba a hablarle abiertamente de mi pasión destructiva por Betsabé, no podía hacerlo. Continué:

- Yo no soy feliz, Mely. Solo cuando estoy contigo saboreo algo parecido a lo

que tiene que ser eso.

- Pues no me imagino cómo puedes no serlo. Tú eres maravilloso, y no solo porque seas... guapo, es que... ¡irradias luz!

Me acerqué a ella, y cogí su cara entre mis manos. La sentí estremecerse y temblar un poco, y quise prolongar aquel momento, el esperado durante toda la noche, también por ella, lo sabía. La pegué a mí y le pregunté si se le apetecía bailar un poco. Se relajó y se rió. No recordaba haber bailado nunca lento con un chico, me contó. “Estupendo, yo seré el primero.” Y a mí no me olvidaría, desde luego que no. La pegué a mí, con delicadeza, pero con firmeza a la vez. Me asomé a sus ojos claros, esos ojos que una vez me había dicho que poco le compensaban de ser tan ancha. A nuestro alrededor desaparecieron los límites de la habitación, el espacio quedó transformado en un lugar sin coordenadas, una atmósfera nocturna, donde flotaban diminutos destellos, que nos rodeaban, nos envolvían como la música delicada y amorosa. Mely no dejaba de mirarme, expectante, rendida, y aunque percibía el cambio a su alrededor, no le resultaba chocante, lo asimilaba como natural. Así, en aquella atmósfera mágica, estuvimos un rato contoneándonos uno junto a otro, sintiéndonos, impregnándonos uno del otro. En ese momento sentía que éramos el centro del universo, ella y yo. Era todo perfecto, como yo quería. Me recreé acariciándole el pelo, y las mejillas. Notaba el palpito de su corazón sobre mi pecho. Lo retardé para dejar en él una buena marca. Y cuando lo creí oportuno, le susurré: “Me gustas mucho. Mucho, mucho...” Comencé a besarla suavemente, y la intensidad de sus latidos aumentaron, enfebrecidos, haciendo vibrar todo su cuerpo. Fue un beso prolongado, suave, dulce y tierno, pero preñado de pasión. No pretendí ir más allá, aunque esos segundos que estuvimos besándonos fueron una delicia. Cuando nos separamos, le propuse: “¿Quieres salir conmigo?”.

Ella bajó la vista y meneó la cabeza:

- Karim... estoy muy confusa... estos asuntos no se me dan nada bien.

Cesó la música, desaparecieron los destellos, el espacio, la atmósfera mágica...

- Bueno, piénsatelo. - dije sin mostrar contrariedad: - Esperaré, no tengo prisa. Era cierto.

- Verás, yo... - balbució: - Aparte del tío con el que te he contado que estuve el año pasado, apenas tengo experiencia, en realidad... Bueno, nunca... lo que quiero decirte es que nunca me he acostado con nadie.

- ¿En serio? ¡Oh, vaya! - dije, sin poder evitar mostrarme algo sorprendido



por este detalle. Pero enseguida le di la importancia que tenía: - No pasa nada, Mely, no te preocupes. Cada uno tiene su ritmo, y elige el momento que le parece adecuado.

Lo cierto es que yo no comprendía esa idea de que la primera vez tuviera que ser especial. Posponerlo a la espera de que todo fuese ideal y perfecto, podía provocar mucha frustración y arrepentimiento por las ocasiones perdidas. Pero cada uno sabrá lo suyo.

En el caso de Mely, que no había tenido muchas ocasiones de divertirse en el terreno amoroso, comprendía que el paso se le hacía más costoso de dar conforme transcurrían los años. El amor dejaba de ser un juego, y era más complicado de superar en caso de desengaño.

Mely, algo aturrullada, consideró que había llegado la hora de marcharse y la llevé a casa. Yo le insistí en la idea de que se viniese a la playa con nosotros y ella me dijo que se le apetecía pero que debía sopesarlo.

Ya de vuelta, a solas, se me vino a la memoria la primera vez que tuve sexo con una mujer. Solía ir a la casa del granado en la que yo vivía, una amiga de la dueña, con la que me obsesioné. Un día de mucho calor, se quedó allí sola, y se metió a refrescarse en la alberca. Entonces yo me hice visible. Le dije la verdad: que era un yinn que vivía en el patio, y que podía venir a verme cuando quisiera. Como le gusté, hizo más asiduas sus visitas, procurando siempre quedarse a solas en el patio. Un día, sumergida en la alberca, se desnudó por completo y se ofreció a mí. Tenía unos pechos grandes y redondos que me volvieron loco, en aquel atardecer de flama, de horizonte enrojecido y cielo gris quemado por el sol. Cuando terminó el verano, desapareció. Se había ido a otra ciudad.

### **BETSABÉ: demonios domésticos y foráneos.**

La primera imagen borrosa, casi estática, que Betsabé recordaba tener de Karim, había sido, durante mucho tiempo, un misterio para ella. No supo si había sido un sueño o algo que había sucedido realmente al borde de su cuna, hasta que el propio Karim se lo había aclarado. En ese recuerdo difuso, el yinn, con lo que parecían bolas de fuego en ambas manos, se encaraba a un ser gigantesco, informe, incalificable, con un rostro humano deformado emergiendo de una masa viscosa y purulenta. Había tenido pesadillas con ese ser hasta bien entrada la adolescencia. Una noche, cuando tenía ya Betsabé los dieciocho, Karim le explicó:

- Todos los niños humanos reciben el ataque de esa criatura a los pocos meses de nacer. Es un ente muy negativo... y muy poderoso. Si le clava su aguijón al niño, se acabó, es un alma perdida. Un ser sin luz, opaco, simple, tosco... Yo debía evitar que eso te sucediera a ti. Pero no era más que un novato y estaba aterrorizado. Aun así, lo hice bastante bien y conseguí que te dejara tranquila. Recuerdo la fuerza con la que llorabas mientras ese demonio rugía y se hacía cada vez más grande, y yo frenético, intentando acordarme de todos los consejos que Shams me había dado. Bueno, evité que te picara... y me pilló entrenado para la segunda vez.

- ¿Hubo una segunda vez? - inquirió Betsabé sorprendida.

Karim le contó entonces que, teniendo ella dieciséis años, otro demonio, de naturaleza diferente al que la había atacado a los pocos meses de nacer, se había deslizado hasta el borde de su cama, y de nuevo, él había tenido que hacerle frente. En esa ocasión, Betsabé ni se había enterado, había permanecido dormida, ajena a la lucha que el yinn mantuvo con aquel ente oscuro para alejarlo de ella. Sin atreverse a concretar, Karim le había advertido:

- Ese demonio te lo envió alguien de tu entorno más cercano. Alguien que te envidia, y que no te quiere bien. Es una influencia muy perniciosa para ti.

- ¿De quién se trata, Karim? - le preguntó ella de nuevo, alarmada.

Karim había girado la cabeza para mirarla fijamente. No quería decirle la verdad de forma abrupta, era demasiado duro. Así que se limitó a aconsejarle:

- Betsabé, intenta... búscate una forma de subsistencia, un trabajo, yo te ayudo... y sal de esa casa. Aléjate de tu familia. Hazme caso.

- Pero yo quiero ir a la universidad... no puedo independizarme ahora.

- No seas comodona. No te merecerá la pena, tienes que salir de allí. Hay alguien que solo desea verte con las alas cortadas, bajo su yugo, para poder descargar en ti toda su frustración... que no tiene interés ninguno en que seas feliz... Es demasiado egoísta. Y ha intentado hacerte daño.

Betsabé no quiso seguir escuchando, y aquel asunto se convirtió entre ellos en un tema tabú. Betsabé sabía muy bien a quién se refería Karim, era a su madre, pero bajo ningún concepto iba a dejar que esa afirmación se pronunciase en voz alta. No obstante, tuvo en cuenta el consejo del yinn. Era doloroso para

ella tener que darle la razón, pero lo había percibido más de una vez. Los comentarios hirientes, el trato despectivo, el constante menosprecio, era algo con lo que la joven Betsabé se había acostumbrado a vivir, y que a la postre la habían convertido en una chica insegura durante esa época, aunque lo fue superando en parte gracias a Karim, y al absoluto descrédito en el que fueron cayendo las opiniones de su madre. Karim le explicó también que, por supuesto, esos entes oscuros no eran enviados de una forma consciente por quienes los provocaban con su envidia y sus celos, y desde luego, acababa siendo tan perjudicial para ellos, o incluso más, que para sus víctimas. Cualquier detalle, o suceso, aparentemente insignificante, podía desatar un torrente de malos sentimientos en ese tipo de personas que acababan engullidas por fuerzas negativas, que lanzaban contra la persona a la que querían hundir. En el caso del demonio que había raptado hasta el borde de su cama cuando ella tenía dieciséis años, Karim tenía muy claro cuál había sido el hecho detonante: Betsabé había acompañado a su madre a una mercería. El dueño, que despachaba detrás de un viejo mostrador de madera, en un momento determinado se giró a ella y le preguntó: “¿Qué es lo que quieres, muchacha?” Era un señor de pelo y barba blanca, rechoncho, con cara afable. La madre de Betsabé le aclaró: “No, viene conmigo, es mi hija pequeña.” Y el hombre, risueño, no tuvo problema ninguno en afirmar: “Ah, vale, vale... Tiene usted una hija muy guapa, señora.” En el tono de sus palabras se reflejaba que no era un simple cumplido. Al hombre le había impresionado la hermosura de Betsabé. La madre, que no sólo había minimizado siempre esta cualidad de su hija, subrayando sus defectos, sino que gustaba de elogiar a otras muchachas menos agraciadas que Betsabé, pretendiendo con esto minar su autoestima, hizo, ante el comentario del mercero, una mueca, y lanzó una mirada aviesa y breve a Betsabé. Acto seguido procuró sonreír, y sentirse halagada, como haría cualquier otra madre. Karim, que invisibilizado en una esquina, había contemplado toda la escena, intuyó que semejante desaire a la madre de su ama no quedaría sin consecuencias. Era una tarde tibia de octubre, un sol dorado comenzaba a ponerse entre las sombras del parque, y las calles olían a café. En cuanto salieron de la mercería, la madre de Betsabé la envió a casa, con muy malos modos, dándole los paquetes con las compras recién hechas. Como siempre, Betsabé se encogía ante la rabia contenida y aparentemente injustificada de su madre, y se sentía culpable sin saber muy bien de qué. Karim había llegado a detestar realmente a aquella mujer, que consideraba perniciosa para su criatura. Pocas cosas había heredado Betsabé de ella, ni en

personalidad, ni en aspecto físico. Betsabé era mucho más de su padre, y en general de la familia de éste. Pero ya se había encargado su madre de alejarlos (abuelos, tíos, primos) de su casa.

La noche que siguió a esa tarde de octubre, Karim, inquieto, permaneció en vela, junto a la cama de Betsabé. La sombra, reptando como un gusano oscuro, se materializó sobre las dos y diez de la madrugada. Karim se incorporó sigilosamente, y se puso alerta; el ente oscuro se irguió, como desperezándose, con un crujido, dispuesto a echarse encima de la joven que dormía despreocupadamente boca arriba. Karim desplegó entre sus manos una espada incandescente y con un sesgo rápido, partió al demonio en dos. Con un gáñido se difuminó enseguida. Ya más tranquilo, aunque se quedó al pie de la cama de su dueña, Karim se echó a dormir con las piernas entrecruzadas, y las muñecas apoyadas en las rodillas.

Teniendo en cuenta todo esto, Betsabé no acababa de comprender el interés de Karim en provocar a Camila. ¿Y si se acababa volviendo contra ella? Cuando iban de camino al cumpleaños, Karim había dicho:

- Voy a triunfar esta noche, Betsabé. Voy a divertirme.
- Ya...
- ¿Qué pasa con esa cara?
- Que creo que piensas muy poco en las consecuencias de tus actos. ¿Sabes que, pase lo que pase, Mely se acabará enterando, verdad? Y de la versión que Camila quiera endosarle...
- Mely me creerá a mí.
- No estaría tan segura de eso.

Camila había organizado su fiesta en la casa de su hermana, en una urbanización del extrarradio. Con jardín y piscina, allí había más gente del entorno de la hermana de Camila que de ella misma. Sonaba música latina, y había dispuestas unas largas mesas repletas de aperitivos y jarras de cerveza y sangría heladas. Camila no salió a su encuentro enseguida. Estuvo escondida en el interior de la casa, pretendiendo hacerse de rogar. Cuando al fin salió, lo hizo desde una de las terrazas, deteniéndose en lo alto de la escalera que descendía hasta el jardín, buscando así algún tipo de efecto a los ojos de Karim. Pero un vestidito rosa pastel y una melena suelta de color indefinido, no iban a impresionar al yinn, sobre todo, teniendo a su lado a Betsabé, en el

esplendor de su belleza.

- Esta ha visto muchas pelis malas. - masculló Karim a su ama, con su refresco de naranja en la mano, mientras miraba en dirección a Camila, forzando una sonrisa.

- Hace lo que le han dicho que tiene que hacer para ser el centro de atención. - le aclaró ella.

- ¿Sí? Pues yo le voy a enseñar cómo se hace eso dentro de diez minutos.

A partir de ese momento, todo el empeño de Camila fue apartarlo de Betsabé; ignorándola a ella de manera obvia, se lo llevó arriba y abajo para presentarle a unos y otros mientras Betsabé se paseaba entre las mesas, un poco tomando cerveza. arrepintió de haber acudido a absurda. Afortunadamente, un descolocada, picando patatas y Cuando llevaba un rato así, se una invitación tan tipo cuarentón y enchaquetado, le entró con naturalidad, preguntándole directamente quién era, porque no le sonaba su cara, y viéndola tan sola, le resultaba raro. Betsabé, que agradeció que al fin alguien le echase cuenta, le dijo la verdad: que venía de acompañante de un invitado.

- ¿Eres su novia, su esposa...? - preguntó el hombre.

- Su prima.

Apenas habían cruzado unas cuantas palabras más, cuando, en una plataforma con forma de trébol, que se adentraba en la piscina como una península, emergió de entre una bruma artificial, iluminado por una tenue luz azul, Karim, acompañado de un grupo de bellísimas instrumentistas. Todo el mundo pensaría que era una actuación organizada dentro de la fiesta, una sorpresa que daban a la anfitriona, y en cierta forma así era. Entonces Betsabé sintió algo parecido a los celos, un sentimiento muy ajeno a ella, pero que no pudo evitar, porque sabía que aquello era una iniciativa de Karim, y de nadie más. Se tranquilizó pensando que pesaba más en él su deseo de lucirse, que el de dedicarle una canción a la detestable Camila. Hasta ese momento, el yinn, que ella supiera, solo había cantado para ella, Betsabé, en la más estricta intimidad. Ahora se ponía a cantarle a la anfitriona en público un apasionado bolero, con una voz cálida, sensual, con una letra que hablaba de besos, de placer y dolor, de veneno y rendición al placer. Entornando los ojos oscuros de vez en cuando, contoneándose en la medida justa, expresándose con todo su cuerpo, marcándolo con un arrebatador vaivén de caderas, que comenzó a hipnotizar a gran parte de la audiencia. “¡Esta canción me la tendría que haber dedicado a mí!” se sorprendió pensando Betsabé, sintiéndose molesta.

A su alrededor, mientras tanto, la actuación de Karim, comenzó a inyectar la

atmósfera de un erotismo palpable. Iba ataviado con una camiseta de tirantas blanca, que se pegaba a su torso; una apuesta atrevida, porque cuando levantaba los brazos dejaba ver sin pudor el vello oscuro de sus axilas, que, aunque fino y escaso, podía provocar rechazo. Sin embargo, Betsabé pudo notar que sucedía lo contrario: muchas de las hembras presentes, y algunos hombres tuvieron un estremecimiento e incluso suspiraron, cuando Karim, deslizó las manos suavemente por detrás de su nuca, en su baile sugerente, mostrándose apetitoso, como una jugosa manzana ácida, recién cogida. Por otra parte, quien no estaba pendiente del yinn, lo estaban de sus acompañantes, sus odaliscas voluptuosas entregadas a la interpretación de una música provocadora. Camila, con su copa de cóctel en la mano, lo contemplaba entre embelesada y orgullosa, y lanzó una mirada triunfal a Betsabé que ésta fingió no ver. “¿Y este chico, de dónde ha salido?”, comenzaron a preguntar a su lado. “No lo sé... ¡pero es guapísimo!” “Uf... ¿me lo presenta alguien?” “¡Madre mía! No suelen gustarme tan jóvenes, pero...” Algunas cuchicheaban entre risas, sin poder apartar los ojos de él, y otras estaban simplemente boquiabiertas. Betsabé comenzó a sentirse violenta. La excitación ambiental fue creciendo.

- Dios mío, muero por ese hombre. - llegó a escuchar Betsabé que decía una mujer cerca de ella. Esto la hizo reaccionar, darse cuenta de la locura que estaba incubándose allí. Karim estaba desatando un deseo febril entre gran parte de las mujeres y los hombres que le escuchaban. Cuando en un determinado momento, en un gesto aparentemente casual, su mano grande y elegante, de dedos largos y finos, apartó la camiseta de su cintura, dejando entrever su ombligo, Betsabé creyó escuchar gemidos de gusto. La sobresaltó un pequeño revuelo: una señora de mediana edad había tenido un desvanecimiento. Casi de inmediato, un muchacho caía desplomado al suelo, desmayado, alertando a los que había a su alrededor, pero poco más. El resto, la mayoría, permanecía bajo el embrujo lujurioso de la canción de Karim. “¡Para esto ya, por Dios!” tuvo deseos de gritarle Betsabé. Pero no se atrevió. No quería darle ni una baza a Camila, ni un motivo para que pensara que el “regalo” de Karim le estaba escociendo. Si interrumpía su actuación, eso sería lo que su vecina proclamaría a los cuatro vientos. Karim, cuya piel brillaba por el sudor, hizo aparecer entonces una rosa entre sus dedos, y se la arrojó a Camila, unos segundos antes de que la canción concluyera. Obtuvo una ovación atronadora, precedida de un segundo de silencio aún candente. Betsabé suspiró aliviada mientras todos aplaudían con énfasis, pero aún no

había terminado todo. El yinn abandonó la plataforma junto a sus instrumentistas, pero en cuanto se bajó de allí se encontró solicitado por algunas de las invitadas, dispuestas a engancharse a él, y a conseguir de él aunque fuese una mirada.

- Eres una ricura, moreno. - le soltó una de las amigas de Camila, cuando pasó junto a ella. Karim se rió, se quitó la camiseta, causando un enorme revuelo y se la dio.

- Podrías hacer conmigo lo que te diera la gana, guapazo. - le gritó una joven, al lado de Betsabé. Karim entonces se acercó y la besó en los labios, entre risas y aplausos. El ambiente estaba algo descontrolado, y Betsabé se sentía muy disgustada. Como si lo intuyera, el yinn, al pasar junto a ella, le acarició el pelo y la miró fijamente. Betsabé apartó un poco la cabeza, mostrando así su enfado contenido. A Karim pareció darle igual, y siguió su camino hasta llegar junto a Camila. Betsabé los contempló hablando, y cómo se dirigían al interior de la casa. Pretendió entonces distraerse y no echarle más cuenta, porque Camila había contratado un dj, y todo el mundo estaba empezando a bailar. Pero increíblemente, Betsabé, por primera vez en su vida, no tenía ánimo para eso. No podía dejar de mirar la casa, elucubrando con lo que podía estar pasando allí dentro. Le dio un vuelco el corazón cuando se encendió una luz en el piso de arriba. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué le importaba ahora?

Porque se sentía pisoteada por Karim, por Camila, por Andrés, por Mely, por todo el mundo. Todo el mundo conseguía satisfacer sus pasiones, todo el mundo, menos ella. Daba igual que fuera más guapa e interesante que Camila, que tuviese mejor cuerpo que Mely, eso no importaba. Como si la castigasen precisamente por eso, por ser más bonita, más sexy, y más inteligente, la dejaban de lado. Karim se estaba vengando, porque estaba encelado de Andrés. Y Andrés era el peor de todos, un miedoso, un comodón, un simple. Y ella se llevaba desaires por todas partes. Se descubrió junto a la casa, mirando como una loca resentida el ventanal del piso de arriba donde se vislumbraba la tenue luz, probablemente de un dormitorio. Procurando no hacerse más daño, se apartó de allí, intentando controlar su rabia. Buscó al hombre con el que había estado hablando antes, y se lo encontró ya dándole a los gintónicos. Éste, en cuanto la vio, le dijo:

- ¡Je! Con que tu primo, ¿eh? No me han mirado mis primas así en mi vida.

- Piensa lo que quieras. - respondió Betsabé con indiferencia. Luego se lanzó:

- Se me había ocurrido, no sé, si se te apetecería que nos fuésemos a otro sitio.

- No creo que sea una buena idea coger el coche ahora. - contestó esgrimiendo su vaso: - Yo estoy bebiendo y tú, bueno, digamos que estás un poco despechada.

- ¿Qué podría salir mal? - bromeó ella, mientras se le empañaban los ojos con lágrimas de rabia. No consintió que se le escapara ni una. Allí no.

No tuvo más remedio que quedarse allí, charlando con aquel tipo, con el que estuvo hablando hasta bien entrada la madrugada, cuando Karim, que ya había salido hacía rato de la casa junto con Camila, le sugirió que era una buena hora para irse. Antes de eso, el tipo le había dicho:

- Ay, Betsabé. Eres un encanto y eres preciosa. No te tomes a mal lo que te voy a decir, pero... te llevaría a mi casa ahora mismo, sin pensármelo dos veces. Si no fuera porque he visto cómo tu “primo” te tiene comiendo en la palma de su mano...

- ¡Y dale! - se quejó ella.

- ... y cuando estoy con una mujer me gusta ser el único hombre, aunque solo sea para un rato en la cama, no quiero que haya un tercero por ahí revoloteando.

Betsabé quedó sumida en una melancolía profunda, hasta que apareció Karim para decirle que era ya tarde, y que si le parecía bien, podían marcharse ya. Ella respondió que sí con mustiez, sin mirarle, dejando su media copa en la mesa. Se despidió del hombre que le había estado haciendo compañía, y sin más interés, se fueron de allí.

Cuando regresaban a casa, Karim conducía feliz y satisfecho, mientras que el semblante de Betsabé reflejaba todo lo contrario. Karim la miraba de soslayo, sin atreverse a decirle nada. Así fueron todo el trayecto, hasta que llegaron al barrio, y Karim aparcó en la calle de atrás del edificio. Apagó el motor, y se dirigió al fin a ella:

- Bueno, ¿vas a decirme qué te pasa?

Betsabé respondió con calma:

- Sí. Estoy confusa. No comprendo tu comportamiento, no alcanzo a entender cuáles son tus objetivos. Además me he aburrido en esa puñetera fiesta, a la que no tenía que haber ido. Eso me pasa.

- ¿No te ha gustado mi actuación?

- Ya puestos, hubiera preferido un stripper. contestó con insolencia Betsabé saliendo del coche.

Karim procuró reprimir una sonrisa de satisfacción. Ya estaba a punto de conseguir lo que buscaba: sacarla de quicio.



- Pues yo creo que no hubiera producido el mismo efecto. - replicó él, saliendo también del auto.

- ¡Ah, vaya! Bueno, y qué. - siguió ella: -¿Cómo te sientes? ¿Está tu ego bien satisfecho? ¿Tu masculinidad está plena, te sientes muy machote?

- ¡Desde luego que sí! Me encanta, disfruto. Me gusta que las mujeres me deseen, ¿tiene algo de malo?

- ¿Que si tiene algo de malo? Espérate que Camila descubra, si no lo ha hecho ya, que la que de verdad te interesa es Mely. ¿De veras crees que se va a quedar tal cual? No, irá contra ella, irá contra mí, contra cualquier mujer que le haga sombra, sin importarles el coste. Y tú ten cuidado, porque igual cuando quieras darte cuenta, te habrá manipulado también a ti, y será ella la que tenga la sartén por el mango. ¿Crees que necesita que estés enamorado de ella? En absoluto, este tipo de arpías no han necesitado eso nunca, pero son capaces de hacer que un hombre vaya en contra de sus propios deseos, porque saben cómo chantajear, cómo llenar tu vida de cadenas y amargártela. Esta noche Camila te ha alejado de mí, ¿entiendes? Me has dejado sola, y has estado con ella. Va a estar pavoneándose de eso el resto de su vida. ¿Sabes lo que os pasa a los hombres con ese tipo de mujeres? Que como no son guapas, no son despampanantes, ni sexys, ni os enamoráis de ellas, os confiáis, bajáis la guardia, os creéis que vais a manejar en todo momento la situación, ¡y al final, os sale todo al revés!

- ¡Menuda película te estás montando, *walahi!* Lo único que persigo es pasármelo bien, ya te lo dije, creo que me lo merezco ¡después de que me hayas tenido encerrado durante diez años!

Betsabé al fin, estalló:

- ¡Si te he tenido encerrado diez años, es precisamente porque eres un chulo, un prepotente, un irresponsable y un tarambana! ¡Engreído, que eres un engreído y un insoportable!

- ¡Eh, eh, vale! ¿Qué pasa, que como Andrés no se digna ni a ponerte un triste mensaje, tengo que pagarlo yo?

Fuera de sí, Betsabé le arrojó el móvil a la cabeza, pero Karim lo esquivó, y fue a estrellarse contra una farola.

- ¡Que te jodan, cabrón, hijo de puta! ¡Ojalá reventaras mañana, no, peor, ojalá te acabaras casando con Camila y tuvieras que soportarla hasta el fin de tus días!

A las ventanas habían comenzado a asomarse gente a protestar por el escandalazo, y a advertir de que iban a llamar a la policía. Betsabé se marchó

de allí corriendo, doblando la esquina, y entrando en el portal, donde Karim la alcanzó y le enganchó el brazo, queriendo serenarla:

- Oye... oye, Betsabé, venga, no lleguemos a esto, no...

- Déjame tranquila. - sollozó ella, zafándose. Subió corriendo a su piso y entró precipitadamente.

En su dormitorio, mientras se desvestía, se echó a llorar. En ese momento, detestaba a Karim, odiaba a Andrés, y se compadecía de sí misma. Era lo suficientemente lista como para darse cuenta de que Karim se alegraba de su fracaso con Andrés. ¿Cómo podía excusar ahora el silencio, la falta de interés del monitor? Diez días desde que se había marchado, tenía su número, y ni un intento de hablar con ella. Es más, cuando ella le había enviado algún mensaje, él había contestado de primeras, luego, la dejaba en visto. No quería admitirlo, pero se sentía humillada. Mely, la gorda, y Camila, la arpía, obtenían los favores de alguien como Karim, pero a ella, Betsabé, a la que silbaban y piropeaban por la calle, Andrés ni se le acercaba. Karim, despechado, metía el dedo en la llaga, la castigaba, porque después de todo, eran amantes, ocasionales, imprevisibles, pero el orgullo del yinn no admitía juegos. Ella había disimulado saber esto, haciéndose la ingenua, y ahora él la hacía pagar. Desde luego, ingenuidad era creerse que podía tener sometido a un yinn, o evitar que las cosas no salieran como él quería, joder, era un yinn, prácticamente perfecto en casi todo; siempre se iba a salir con la suya. Qué demonios.



**KarimElGenio**

@YinnKarim



Huyendo de la ciudad #OlaDeCalor  
#devueltaaDarAnnafura #AlMáximo  
#VivaElVerano 🌞 🌙 ❤️

Ódiame, detéstame, enfurécete conmigo, grítame, pégame... cualquier cosa, menos tu indiferencia. ¡Imaginar siquiera que puedas estar sintiendo celos, me da la vida! He estado a punto de bajar en medio de la madrugada, aporrear la puerta, echarla abajo, sacarte de la cama y besarte, hasta que te duelan los labios, hasta dejártelos en carne viva. Pero es evidente que no puedo hacer eso.

Como era previsible, Camila me ha dejado a medias. Se muere por mí, pero no ha querido llegar hasta el final. Piensa que así me dominará, porque me obsesionaré con ella. ¡Juas, juas, qué tonta! Betsabé es la única capaz de lograr eso, y que conste que lo digo con pesar, con rabia, con desolación incluso. Aunque si es verdad que está celosa, eso significará que su capricho por Andrés se está diluyendo, ¡ah, qué gloria de verano puede ser este! No claudicaré yo enseguida, por supuesto que no, estaré atormentándola un poco más. Tendrá que rebajarse y decirme lo que quiero escuchar:

- Karim... Karim, he sido una estúpida... no entiendo que estuviera tan ciega por Andrés, no te llega ni a la punta del zapato... al verte con Camila, me he dado cuenta... de que nunca he dejado de estar enamorada de ti... lo que pasa es que creía que te tenía seguro... por favor, sería posible que... comenzásemos de nuevo...

Entonces tendría que compartirme con Mely. En absoluto iría corriendo a rendirle pleitesía. ¡No! Mely sería mi compañera, mi amiga, y Betsabé... Betsabé sería mi esclava sexual...

Mely no debería enterarse, por supuesto, jamás aceptaría algo así. Pero Betsabé debería comprender que cuando pudo tenerme entero para ella, no quiso, estaba pendiente de otro, y que su oportunidad de tener mi corazón en exclusiva, pasó.

Eso al menos le haría creer. Porque lo cierto es que, aunque realmente me gusta Mely, y quiero estar con ella, y me hace sentir de forma muy distinta a como lo hace mi dueña, es ésta, Betsabé, la que se enseñoorea en mis sentidos cada vez que quiere. Llega a ser doloroso, como una llaga, también es cierto. Me deja sin dormir, repasando sus palabras, una y otra vez, su reacción, desmedida e incontrolada. Sí, está celosa. Es la explicación más lógica.

Necesitando expresar el gusto que esta perspectiva me provocaba, cogí el laúd y me puse a cantar mientras amanecía. No hay estrellas que puedan brillar como los ojos de mi amada, ni la luna puede competir con el fulgor de su piel. Ni hay fruta como su boca, ni lecho de seda mejor que sus caricias...



**KarimElGenio**

@YinnKarim

#Ensayo #AportandoIdeas  
#ReconciliaciónconBetsabé  
#Camilasemosquea #TeAmé1000Noches

Durante varios días, Betsabé y yo no nos hablamos. En cambio con Camila, intercambiaba whatsapp mañana, tarde y noche. Me mandaba tonterías, letreritos estúpidos con los que imagino que intentaba proyectar la imagen que pretendía dar de sí misma, muy alejada de la realidad, claro. Resultaba un poco pesada. Yo le ponía emoticones como respuesta. Me mandaba indirectas, sin atreverse a pedirme una cita. Yo lo que tenía en la cabeza, era volver a Dar Annafura con Betsabé, y alejarnos al fin de todo, los dos solos. Pero entendía que ahora ella no tuviera muchas ganas de estar conmigo, además, tenía que ensayar con su grupo, porque se habían comprometido a tocar en una pequeña sala llamada Sala Mandra.

Y fue este asunto, precisamente, la que la empujó a buscarme, como último recurso. Muy agobiada, me explicó que la actuación sería el fin de semana siguiente, y que solo tenían montado un par de temas que de verdad les convencieran.

- Incluso habíamos pensado en cancelar,- me contó: - pero dejaríamos tirado al dueño de la sala, que es amigo de Yulen, y ellos, además, necesitan el dinero. A mí ya me da igual, como comprenderás, pero para ellos sería un palo. Por favor, Karim, ya sé que el otro día me comporté como una histérica, pero me encantaría que nos echaras una mano. No a mí, sino a ellos.

Era agridulce que viniera a buscarme, pero no por ella, sino para que le sacara de un apuro a sus amiguetes. Yo accedí sin dejar de mostrarme altanero:

- Me alegra que al fin recurras a mí sin escrúpulos de ningún tipo. Por supuesto que os ayudaré. Como muy bien sabes, la música no tiene secretos para mí.

Betsabé les llamó enseguida, entusiasmada, anunciándoles que tenía una solución y que dejaran de preocuparse, que todo iba a salir bien. Luego me abrazó y me besó, muy contenta. Y aquí paz y después gloria.

Razones para querer cancelar la actuación, desde luego, tenían, porque incluso los dos temas que ellos consideraban que eran los que les quedaban mejor,

resultaban bastante pelmas. Betsabé me había hablado muy bien de Yulen, pero lo cierto es que al muchacho, talento musical, no le noté demasiado. Por su parte, Betsabé, hacía lo que podía. Tenía una voz bonita, y quedaba mona. Pero poco más. Como plan B, tenían unas cuantas versiones de algunas canciones de los ochenta, pero no los habían ensayado nada en los últimos meses, y no confiaban en que les quedaran dignos. Después de escucharles pacientemente, procurando que la expresión de mi rostro no mostrara ninguna apreciación negativa, les dí mi parecer de una manera respetuosa:

- Lleváis razón. No estáis preparados para dar una buena actuación el sábado.
  - Betsabé nos ha dicho que tú podías ayudarnos, pero no he entendido muy bien cómo. - me dijo Yulen. - ¿Eres músico?
  - Eh, por supuesto. - dije poniéndome en pie. Tengo varios temas pregrabados. Aunque solo la parte instrumental. Si queréis, yo canto...
- Todos miraron a Betsabé, que solía ser la vocalista, y que lógicamente, se apresuró a cederme su puesto.
- Sí, sin problema. Yo haré los coros.
  - Bueno, pues podemos probar... a ver qué tal...
  - concedió Yulen.

Desde luego, con el ego que tienen casi todos los que se dedican al arte, tenían que estar muy desesperados para aceptar que alguien recién llegado, les montase el show, convirtiéndolos en comparsa. Pero eso era mejor que cancelar, o que exponerse a un ridículo espantoso.

- Otra cosa. - añadí: - No sé si aún estáis a tiempo, pero yo le cambiaría el nombre al grupo. “Unison” es olvidable, simplote, parece una marca de electrodomésticos. ¿Por qué no buscáis algo más original... más sugerente?

- Yo había pensado en un principio “Los hijos de Herodes”, - contestó Floren, el bajista: pero es verdad lo que dijo Yulen, suena a grupo heavy.

Les propuse “Zafir Victoria”, que me parecía acorde con el tipo de pop sofisticado y sensual que pretendían hacer, y sorprendidos, se miraron entre ellos.

- Parece una marca de ginebra. - opinó Betsabé:
- Pero la verdad es que suena bonito.
- A mí también me gusta. - admitió Yulen.
- Usadlo provisionalmente, si no os convence, lo cambiáis cuando se os ocurra otro mejor. - propuse con modestia.

“Victoria” era el apellido de Yulen, según la propia Betsabé me había comentado. Y “Zafir”, el título de la primera de las canciones que compuse

pensando en Betsabé, que fue cuando me di cuenta de que me había enamorado de ella, desgraciado y estúpido de mí. Esa la guardo para mí y nunca la he interpretado delante de nadie, ni he dejado que nadie la escuche. Las demás que traía preparadas también las había compuesto invadido por la nostalgia que me provocaba recordar aquel tiempo en el que ella me miraba con adoración y no había nada que deseara más que estar conmigo, pero no me resultaban tan especiales.

Pero lo importante era la música que íbamos a ofrecer, y sin falsa modestia, cuando escucharon mi primera canción, llamada “Te amé 1000 noches”, y vieron cómo me manejaba en un escenario, y la voz tan potente y sexy que poseía, se quedaron impresionados. Menos Betsabé, claro, ella ya está acostumbrada a mi excelencia.

- ¿Tú no es la primera vez que haces esto, verdad? - me preguntó Yulen.

- No, la verdad es que no.

Betsabé me lanzó una mirada de advertencia. Luego, me dijo en voz baja, arrimándose a mí.

- Disfruta...

Lo hice, desde luego. Estuvimos preparando los temas hasta bien entrada la noche, y podía ver en sus rostros que estaban disfrutando, contentos, aliviados. Nos divertimos mucho, la atmósfera cambió, y se llenó de optimismo. Ya no fue sólo alivio, sino entusiasmo. Cuando ya sobre la una de la madrugada, Betsabé y yo nos íbamos, Yulen quiso felicitar me y darme las gracias a la vez:

- Tío, tu música es una pasada. Me muero de envidia. No me puedo creer que no hayas pensado en dedicarte a esto en serio nunca.

- No, no me lo planteo siquiera; me gusta la música, pero el mundo del espectáculo no me llama. Haré encantado lo de este sábado, y si queréis, os regalo las canciones, pero la farándula no es lo mío.

- Pero qué dices, ¿nos das tus canciones? Será que no confías mucho en que tengamos éxito algún día.

Me reí con ganas. Yulen me gustaba. Ambiguo, inteligente, con personalidad. No me parecía “feúcho” como decía Betsabé. Simplemente tenía los rasgos muy marcados, los pómulos, la mandíbula, la nariz algo grande, y sus ojos un poco separados; un rostro peculiar, pero que podía considerarse atractivo, porque sus ojos tenían largas pestañas, y una mirada profunda, y además irradiaba encanto, incluso podría denominarlo carisma. Me contemplaba deseándome con disimulo. Era agradable.

Al otro día, quedé con Camila. Le dije que quería hablar con ella, antes de

irme de vacaciones, y aclarar lo sucedido en su cumpleaños. Nos vimos al mediodía, en la terraza de un bar. La vi algo nerviosa. Pero a la defensiva. Dispuesta a mostrarme todo su desprecio, en caso de que fuera a decirle, lo que más o menos le dije respetuosamente. Ella tomaba una cerveza, y yo una tónica.

- Verás, Camila, estoy algo confuso últimamente, y no quiero que lo pagues tú, entre otras cosas porque me caes muy bien. Me parece una tía de puta madre, pero creo que lo del otro día no tendría que haber pasado. Quiero decir, lo pasé bien, me gustó... pero no voy a embarcarme en una relación ahora. Y yo no soy de los que deja colgadas a las tías a la espera de que se me apetezca echar un polvo.

- Bueno, no pasa nada, no te preocupes, yo tampoco estoy enamorada de ti, ni quiero tener una relación contigo. - saltó enseguida, sin poder disimular sin embargo un tono ofendido.

- Pues genial. No quería irme a la playa, y posponer esta charla hasta septiembre.

Yo le hablaba con gesto serio, echado hacia adelante, a media voz. Como un chico maduro, que está acostumbrado a verse en esas situaciones. Ella, herida en su amor propio, procuró zaherirme con algunos comentarios fuera de lugar, como que yo me lo tenía muy creído, y que ella, que acababa de salir de una relación de un año y pico hacía apenas un mes, no iba a llorar por mí. Como si yo le hubiera pedido eso. ¡Je!, qué orgullo tan idiota y ridículo.

Cuando se lo conté a Betsabé, sin embargo, reprobó mi actitud.

- Tendrías que haberla dejado en paz. No sé que has sacado con este juego.

- ¡Pero si te cae tan mal como a mí!

- No. Me resultaba indiferente. Te has portado como un crío de diecinueve años. Lo has hecho por vanidad. Por sentirte un castigador. Ya te he dicho que no me uses de justificación para eso.

- Ya. - respondí, repantingándome en la mecedora en la que me acomodaba, sin poder evitar una sonrisa de satisfacción, al recordarle: - Pero en la fiesta bien que te pusiste de los nervios.

- Y con razón. No vayas a pasarte ahora veinte años sacándome a relucir lo de la fiesta cada dos por tres.

Qué displicente, y cómo se hacía la interesante ahora que sabía que había dado por zanjada mi aventurilla con Camila. Pero yo sabía que algo se le había removido dentro esa noche, y sólo por eso, había merecido la pena.

El sábado siguiente, actuamos en el Sala Mandra. Fue todo un éxito, una noche

fantástica. Todos estaban nerviosos, menos yo. Betsabé agradeció que yo tomase el papel protagonista, ella hubiera sido incapaz de cantar delante de tanta gente. No obstante, cuando cantamos una canción a dúo, lo hizo muy bien, pero porque yo le daba seguridad. Confiaba en mí, sabía que tenía a la gente metida en el bolsillo desde que había salido a escena. Cuando terminamos la actuación, los componentes del grupo brindaron con champán. El dueño del local vino a darnos la enhorabuena, y muchos chicos y chicas quisieron hacerse fotos conmigo. Y hablar conmigo. Y quedar conmigo, saber dónde y cuándo sería *mi* próxima actuación. Yo salía del embrollo como podía. Yulen expresó claramente, cuando ya estábamos más tranquilos:

- Desde luego, has sido el triunfo de la noche. Tenías a todo el mundo fascinado.

- No exageres... He visto a un par de chicas que me estaban criticando.

Me pidió el teléfono, a pesar de que yo le advertí que no era mi intención dedicarme a aquello, que lo de esa noche había sido un favor a Betsabé.

- Bueno, pero para quedar y tomar algo un día, ¿no?- me lanzó.

De vuelta a casa, Betsabé estaba silenciosa y sonriente. Con la mirada perdida hacia delante, parecía sumergida en un mar de ensoñaciones. Escudriñé un poco en sus pensamientos. Claro, cómo no: Andrés. Imaginaba a Andrés impresionado por lo que habíamos vivido esa noche, encandilado con el mundo en el que ella se movía. Me dio tanta rabia, que cometí la imprudencia de soltarle:

- A Andrés le importa un pimiento que estés en un grupo, y que tu primo sea un crack en el escenario. No va a enterarse, no tiene interés. Deja de soñar.

Betsabé se giró hacia mí con gesto grave.

- ¡Oye! - me dijo de malos modos: - No te pases, ¿vale? Sueño lo que me da la gana. La próxima vez que me hagas eso, te mando a paseo, me da igual lo que pase contigo, pero a mí me dejas tranquila, ¿queda claro?

Pocas veces Betsabé era una mujer brusca, ni expeditiva, por eso, cuando lo era, resultaba más contundente que quienes lo son continuamente con el menor motivo. Había cruzado una línea roja. Así que musité, contrito:

- Lo siento. Llevas razón.

¡Cómo odio al tal Andrés y qué asco le tengo!

**BETSABÉ: otra visita a Nomi.**

Ya estaba todo listo para regresar a Dar Annafura. Llegaba el momento de



despedirse de aquella ciudad, que había llegado a sofocarla y agotarla en los últimos años. Pero antes, aunque había estado a punto de dejarlo estar, Betsabé quería volver a hablar con Nomi. No se fiaba de Karim, no le gustaba el comportamiento que estaba teniendo, no lo veía prudente. Así que el día antes de marcharse, dio un paseo vespertino hasta el Barrio Moro, y entró en el bazar de Nomi. Estaba detrás del mostrador, tomando un té. Le sonrió cuando la vio entrar, y tras saludarse, le ofreció un vaso, generosamente sazonado con menta:

- ¡Cuánto tiempo, amiga mía! ¿Vienes a comprar algo?

- No, de momento.

Seguidamente, Betsabé le expuso la situación. Nomi la escuchó atento, y con gesto grave.

- Lo que temo es que ahora que voy a depender de él, - contaba Betsabé: - vaya a manejarlo todo a su antojo. Porque, lo quiera o no, estaré en deuda con él. Si me está dando todo lo que pido, lo menos que puedo hacer es respetar lo que decida hacer, pero, claro... ¿qué sentido tiene que se esté comportando como un ligón de tres al cuarto? Reconozco que al principio no me pareció mal, pero...

- ¡Es un profundo despropósito! - saltó al fin Nomi, con la expresión desencajada: - ¡Todo! Y tú también tienes la culpa. No puedes dejar que tu yinn vaya por ahí haciendo lo que le dé la gana, tu deber es controlarlo. - Se puso en pie, nervioso: - Los genios son muy poderosos, provocan estragos cuando están sin amo. Eso que me has contado de esa fiesta... ¡la que podría haber liado, es una vergüenza! Tu instinto te indicó lo correcto, aquello no estaba bien, y no se lo tendrías que haber permitido.

- ¡Habérselo permitido! ¿Pero quién soy yo para decirle lo que tiene que hacer o no, su esposa?

- ¡No, más que eso! Eres su ama. El ama dice esto, y el yinn no tiene más remedio que hacer esto; el ama dice “lo otro”, y él no tiene más remedio que hacer “lo otro”. De hecho, no se les está permitido tener demasiada iniciativa, para que no manipulen a sus dueños, para no ponerles fácil que inviertan los términos. ¡Y eso es lo que creo que está intentando hacer Karim!

Betsabé escuchó estas palabras realmente atónita. ¿Su *dueña*, su *ama*..? Se dio cuenta de que hasta ese momento, la percepción que había tenido de su relación con Karim era casi un espejismo, muy bien conducido por él. La había estado manipulando desde su adolescencia, sí, tal como explicaba Nomi.

Se sintió estúpida, burlada. Estafada.

- Siempre he considerado a Karim – le dijo a Nomi: - como una especie de tutor. Jamás se me había ocurrido pensar en él como algo... de mi propiedad.

- Pues lo es. Para usar una palabra fea, es tu sirviente, tu esclavo. No puede ser de otra manera. Lo que le pidas, te lo dará, y no tienes que sentirte en deuda con él para nada. Es su deber. Algo que él eligió.

- Pero para que eso sea así, yo debería tener un poder coercitivo del que carezco... si decide no hacerme caso, ¿qué hago? ¿Le encierro otra vez? Es más... si soy sincera, soy yo la que a veces se asusta, porque aunque se me olvide, soy consciente de lo que es él. No sé hasta dónde puede llegar. Ni quiero saberlo.

- Querida Betsabé, sociedad postindustrial de poseer un yinn en esta occidente, descreída y escéptica, puede convertirse en un auténtico problema. En otros lugares y otras épocas, cuando alguien descubría que tenía un genio a su disposición, sabía muy bien a quién tenía que acudir para controlarlo. Qué métodos disuasorios podía emplear para que el yinn no se le subiera a las barbas y acabara dominando a su señor o señora. Afortunadamente, tú me has encontrado a mí. Y te diré una cosa: Karim no es malo, en absoluto... pero no deja de ser un genio, y su naturaleza es la que es. Además de dejar arrastrarse por la lascivia sin freno alguno, tiene tendencia a rebelarse, a manipular... y muchas de las cosas que hace es por pura diversión. No se lo consientas. Debes demostrarle quién manda.

- ¿Y cómo lo hago? Nunca he sabido imponerme. No soy mandona.

Nomi sonrió con malicia.

- No es necesario eso. No debes confundir autoridad con querer salirte siempre con la tuya o estar siempre regañando. Eso es insoportable, no significa tener ser simplemente carácter. Tú, en cambio, sí creo que tienes buenas aptitudes, porque eres fuerte, pero suave. Y hay que tener ese estilo para ejercer el dominio correctamente, no ser una amargada histérica. En cuanto a la coacción, hay muchas formas de castigar a un yinn. Voy a darte un librito para que tengas unas cuantas ideas. - Nomi se encaminó a la trastienda, en la que desapareció unos minutos. Durante ese tiempo, mientras observaba los diferentes objetos expuestos en las vitrinas, Betsabé fue imaginando lo que tendría que decirle a Karim. No podría ser enseguida, porque se iban a Dar Annafura con Mely de invitada. Tendría que posponerlo hasta que ella se marchase. Pero estaría bien indicarle desde el primer momento que había ciertos puntos de su relación que había que aclarar. Eso, para empezar. Se iba

a acabar la broma.

Nomi apareció con un libro y una caja de madera oscura y lacada que entregó a Betsabé. El libro se titulaba “Dominio sobre criaturas de fuego”, encuadernado en rojo burdeos, y con las letras doradas muy desgastadas. La caja, cuadrangular y bien cerrada, estaba sobreescrita en árabe por arriba, por abajo, por todos lados. A Betsabé le resultó un objeto curioso, no exento de misterio. Preguntó a Nomi qué contenía.

- Un objeto muy simple, pero muy efectivo. contestó éste: - Ya lo comprobarás.

Caía la noche cuando regresó a casa. En el autobús, refrigerado, inundado de una luz clara, miraba la caja, y la hacía girar entre sus manos. Se moría por abrirla, pero quería esperar a estar en su salón. No pesaba mucho. En cuanto al libro, lo abrió y echó un vistazo al índice:

Cap. 1 : “De cómo los yinn fueron creados del fuego sin humo, según el Sagrado Corán”

Cap. 2 : “ De cómo los yinn se dividen en creyentes e incrédulos”.

Cap. 3: “De los peligros de un yinn sin amo.”

Cap. 4: “De cómo los yinn son seres lujuriosos, caprichosos, burlones e irascibles, aun cuando están sometidos.”

Cap. 5: “ De las facultades y habilidades de un yinn”

Cap. 6: “De los tipos de genio.”

Cap. 7: “Cómo dominar a un genio. Objetos y recipientes”

Cap. 8: “Donde se explica por qué no debe nadie fiarse nunca de un yinn.”

Cap. 9: “ Donde se explica por qué un yinn puede ser peor incluso que una mujer.”

Cap. 10. “Historias de genios que traicionaron a sus amos.”

Cap. 11: “De cómo los genios se burlan fácilmente de las mujeres.”

Cap. 12: “Los genios femeninos.”

Betsabé releyó un par de veces aquel dodecálogo de ¿prejuicios?, contra los genios, con su dosis de misoginia. Miedo le daba el último. Atónita, observó que la página en la que se daba información de la edición del libro, no existía. Por la tipografía, el papel y la encuadernación, a Betsabé le pareció que podía ser muy bien de los años sesenta, o incluso anterior, aunque con toda seguridad, estaba impreso fuera de España. Observó esa muesca de la grafía, en el papel granulado y amarillento: ya no se hacían libros así.

Se dejó de fetichismos, y como sacudida por un ángel, dejó la forma y pasó al fondo. Conocía a Karim desde la cuna. La había cuidado y protegido. El índice del libro le parecía injusto, un espejo deformante. Sin embargo, también sopeso las palabras de Nomi: “Karim es bueno, pero no deja de ser un yinn.” Y también: “Los genios son muy poderosos, provocan estragos cuando están sin amo.”

Le apreciaba. Había estado loca por él, había sido su bellissimo amor de juventud. ¿Y si era eso lo que le hacía tener una venda en los ojos? Siempre había sido una blanda, todo el mundo, familiares, amigos, compañeros, se habían aprovechado de eso de una u otra manera, su dureza había resultado siempre de su indiferencia. Pero nunca había juzgado ni pensado mal de los otros, hasta que los hechos no la habían empujado a ello.

El problema es que si Karim se desmadraba, las consecuencias podían ser impensables. Confusa, y sintiéndose culpable, no se resistió a echar un vistazo a ciertos fragmentos del libro:

“Un yinn nunca pierde conciencia de su poder. Se siente siempre superior a las criaturas humanas. Cuando se somete a ellos, es porque no quiere ir al infierno, no porque respete a los hijos de Adán.”

“Manejar a un genio requiere sabiduría y autoridad. Hay que tener cien ojos

para no ser manipulado por ellos.”

“Los yinn conocen las debilidades de las mujeres, y se aprovechan de ellas con suma maestría. No es raro que un genio tenga a su disposición a decenas, incluso centenas de mujeres.”

“Enfermedades mentales, poltergeist, extraños

accidentes, luces en el cielo, presencias inexplicables en lugares abandonados... son solo algunas de las manifestaciones más habituales de los yinn entre nosotros. Pero sobre todo son capaces de dirigir a un ser humano por el peor camino: al vicio, al asesinato, al suicidio...”

Al llegar a casa, abrió la caja con premura, inquieta. Extrajo de ella lo que parecía una fusta, rematada con unos cascabeles, que sonaron un poco cuando la agitó ligeramente. En el interior de la caja, venía un papelito. Lo cogió y lo desplegó para leerlo. Estaba escrito a mano, en tinta azul. En él ponía:

**“ Este es un Llamador de los Verdugos. También denominado Cetro de Iblis. Si no estás seguro/a de que tu yinn merece un buen castigo ¡NO LO USES! Una vez convocados, los verdugos no se detendrán en su tarea de atormentarle durante al menos 5 minutos, solo entonces podrás decir basta. Tienes que hacerlo sonar cuatro veces, en dos movimientos, arriba-abajo, arriba-abajo, dejando una pausa entre ambos. Si vas a probarlo, hazlo completamente a solas. No harán nada al convocante.”**

No estaba firmado, pero Betsabé sospechó que había sido Nomi el que había escrito la nota. ¿Atormentar a Karim? ¿Hablaba de tortura? Con las manos sudorosas y frías, dejó el artefacto de nuevo en el interior de la caja. El leve tintineo de uno de los cascabeles, le dio escalofríos. No, ni hablar. Eso no. Lastimar a Karim, torturarlo, la sola palabra le resultaba obscena. ¿Qué se había creído Nomi que era ella? Recordó lo que le había dicho una vez a Karim, cuando le había contado la historia de Shams. “¿Y esta es la justicia bárbara que gastáis entre vosotros?” Ahora sentía ganas de plantarse delante de Nomi, y decirle lo mismo, devolviéndole semejante objeto. “Soy incapaz de usar esto, ni contra él ni contra nadie.” pensó.

A los pocos minutos, Karim le envió una foto: estaba en casa de Mely, viendo

una serie. Betsabé se daba cuenta ahora de que, de alguna forma, lo de mandarle las fotos era una forma de cumplir con una obligación, la de estar localizable, la de tenerla informada. Porque era su dueña, y eso era más que ser su esposa, había dicho Nomi. Antes, no había sido consciente de esto. Ahora sí.

En la foto, Karim, burlón, hacía morritos con los dedos en forma de v, como una niñatilla, y a su lado, Mely se reía hasta llorar.

## CAPITULO 8 : El diario de Mely.

8 de julio. 00:54. En casa.

No tengo ni pizca de sueño. Mañana me voy a la playa con Karim y su prima, tengo que levantarme tempranísimo y aquí estoy, en la cama mirando mi maleta. Él se ha ido hace un rato. Para dejarme descansar precisamente. Pero mi corazón es un volcán erupcionando.

Voy a ser prudente y no voy a precipitarme en nada. A ver cómo resultan estos días en Tarifa, y luego, ya tomaré decisiones.

9 de julio. 17:23. Dar Annafura.

Flipando. Estoy FLIPANDO.

Escribo esto al borde de UNA de las piscinas del

palacete que estos dos tienen aquí. No podía creerlo cuando lo he visto. Todo el tiempo refiriéndose a esto como “la casa”, pues yo imaginaba que sería eso, una casa. Porque no es sólo grande, sino que es una construcción bellísima.

La única pega, por ponerle una, es que no es un lugar muy accesible, y lo he pasado regular, subiendo una escalera de piedra para llegar a lo alto de esta colina, desde donde las vistas del mar son, sencillamente, insuperables.

Me estoy empezando a reponer del impacto ahora; Karim está dormitando en una tumbona tomando el sol, y Betsabé igual, pero bajo una sombrilla.

Y yo más que sé preguntarme: ¿de dónde sale esto? Mientras me enseñaba “la casa”, Karim me aseguraba que sí, que es suyo. “Bueno, de mi familia”, me ha matizado. Cuando le he dicho, “bueno, entonces tu familia es muy rica”, ha

sonreído mirando al suelo (cada vez que sonrío se me caen las bragas, claramente lo digo), y me ha dicho: “Sí, podría decirse que sí”.

Me confunde distante, a lo suyo.  
Hemos comido pimientos, aliño de

todo un poco. Betsabé está  
huevos fritos con patatas y

patatas, calamares en salsa, y aceitunas. Me ha dado un poco de corte ponerme en bañador, sobre todo estando junto a Betsabé, que parece una pin up, pero a ver, cada uno es como es. Y si dice que le gusto, no le pillaré de sorpresa ver mis lorzas.

Más tarde sigo. Voy a darme un chapuzón.  
22:50.

Estoy muy cansada, aunque me da pena cerrar los ojos en un cuarto como este. ¡Y qué vistas desde la terraza! Es maravilloso. No me gusta ser indiscreta, ni cotilla, pero me muero de ganas de saber a qué puñetas se

10 de julio. 16:49.

Anoche tuve que dejar de escribir porque llamaron a la puerta. Era Karim. Aún tiemblo al recordar su mirada, mientras cruzaba el umbral, y entraba en la habitación. No dijo nada. Cerró tras él, me cogió y comenzó a besarme. ¡Ay, dioses, y yo no quería perder la cabeza, pero ya lo he hecho! Le dejé seguir y seguir, pero no llegamos al final del todo porque me dolía. Él se portó muy bien, me decía: “tranquila, tranquila”, y cuando le pedí que lo dejásemos, bueno, que parara porque me hacía daño, lo hizo; no insistió, no se enfadó ni rechistó, dijo: “vale, vale” y continuamos de otra manera. Sé por amigas mías que hay chicos que reaccionan mal cuando ellas les piden ir más despacio. Así que aprecio en su justa medida que él no sea de esos. Además, soy una inexperta total, ¡pero disfruté mucho aprendiendo otras cosas!

No me creo lo que me está pasando, me parece un sueño. Tengo miedo de despertar en cualquier momento. Además, aunque es simpática conmigo, y me trata bien, tengo la impresión de que Betsabé está un poco celosa. ¡Betsabé, celosa de mí! No lo comprendo, él es su primo. Aunque tal vez eso sea la

clave. ¡Es un amor prohibido para ella, y está sufriendo!

No, no nos dejemos llevar por fantasías. Algo le sucede, es cierto, porque no sé, a veces la veo mirar a Karim de manera severa, como si estuviera enojada con él por algún motivo, pero no quisiera o no pudiera decírselo. Imagino que es porque estoy yo aquí.

A lo mejor no le gusta que me haya traído.

No, no lo creo. Debe ser otra cosa.

Ahora, dentro de un rato, bajaremos a la playa. Mis sentimientos están en plena ebullición, y me cuesta plasmarlos.

11 de julio. 10:50.

Esta madrugada, he visto algo muy extraño. No sé, igual es una tontería...

Pero no. Es raro.

Como la noche anterior, Karim estuvo aquí

después de cenar. Me da la impresión de que lo hace a espaldas de Betsabé, pero es sólo eso, una impresión. Quiero decir, que creo que espera a que ella esté acostada, o leyendo, o en otra cosa, para venir a verme; vale, que no tiene por qué decirle nada, cierto. Pero no sé, noto algo de furtividad en sus visitas nocturnas. El caso es que, después de un par de horas juntos, revolcándonos en la cama, Karim se fue, aunque yo le pedí que se quedase a dormir conmigo. No quiso. No insistí, porque imaginé las razones: comodidad. Doy mucho calor, y ocupo mucho espacio. Las cosas como son.

Fue esta idea la que me impidió dormir junto con la sospecha de que Betsabé está molesta por algo; así que me levanté, y bajé al jardín lateral (el que Karim me había mostrado como “el de los jazmines”) para despejarme y relajarme un poco. Debían ser las dos y media de la madrugada, y soplaba un poniente suave. La luna comenzaba a menguar, pero aún iluminaba mucho. Mi intención era sentarme en uno de los bancos de piedra de ese coqueto jardín, alumbrado por unos pequeños faroles puestos junto al murete que limita este terreno.

Cuando me dirigía allí, sin embargo, vi algo que llamó mi atención: una sombra, una figura, en uno de los balcones. Sentada en el borde de la balaustrada, en un equilibrio imposible. Casi enseguida me di cuenta de que se trataba de Karim, a pesar de lo oscuro: su silueta resultaba inconfundible.



Retrocedí, y me escondí para seguir observándole, y procurar entender qué hacía, sentado así, creo que es la postura del loto, o algo de ese tipo; a ver, yo ya me he fijado en que Karim es muy flexible, ágil, aquí he comprobado que se mueve en el agua como si fuese una anguila, pero semejante equilibrio me parecía sobrenatural. Apenas respirase, en realidad diría que si se notaba que estaba dormido. Encarado al este, como esperando que amaneciera. Esa es la impresión que tuve.

Me pasé unos cuantos minutos contemplándole, por si lo veía moverse. Pero no, no se movió. Era como una estatua.

Regresé a mi dormitorio, confusa, inquieta. Mientras volvía, escuché el rugido de un animal, y ya me asusté definitivamente.

Ahora que vuelve a brillar el sol, todos esos temores se esfuman. No sé si preguntarle a Karim. Si mencionárselo.

17:08

Un tigre. Tienen un PUTO TIGRE merodeando por los jardines. ¡Estos dos están como una cabra! Le comenté a Karim que esta madrugada, al asomarme a la terraza había oído un gañido. Así podía dar pie a que él me contara qué hacía exactamente sentado en la postura del loto en la balaustrada del balcón. Pero sobre eso no ha dicho una palabra. En cambio, me ha llevado a que conozca a Nemru, la fiera en cuestión. ¡Le tiene puesto nombre, como yo se lo tengo puesto a mi perro! He visto (de lejos) cómo le ha dado mimitos. Yo estaba petrificada. Ha querido que me acercara para que lo tocara yo también, pero por supuesto, ni se me ha ocurrido. El bicho ya impresiona lo bastante de lejos. Aunque igualmente impresionante me ha resultado lo sumiso que parecía a las órdenes de Karim.

Lo cierto es que lo recuerdo (ha sucedido poco antes de llegar a la playa este mediodía) y me entra una especie de escalofrío. Los ojos de Karim brillaban de manera distinta mientras interaccionaba con el tigre.

En la playa, he estado hablando con Betsabé y ha surgido (lógico) el tema del gym. Me ha “confesado” que le gustaría volver a ver a Andrés y que tiene una

propuesta laboral que hacerle. No me ha dejado muy claro a qué se refería. Pero cuando le he preguntado si era cierto lo que me comentó una vez Karim de que le gustaba mucho ese monitor en cuestión (como hombre), Betsabé ha sonreído y ha dicho con naturalidad: “Sí, claro ¿y a quién no? Es supersexy.” Luego ha añadido: “Tú, como ahora solo tendrás ojos para Karim, no creo que puedas verlo”. Ha sido un tono cómplice que he agradecido.

11 de julio, 23:48

Coño. Como Karim no venía, he salido a buscarle yo. No estaba en su cuarto, sino que estaba en la terraza de abajo, con Betsabé, fumando una cachimba. Pero antes incluso de que me viesan, me he vuelto sobre mis pasos, a mi cuarto.

Porque lo que he oído me ha helado la sangre. No; no voy a escribirlo. No quiero que quede constancia de ello. Quiero olvidarlo, que quede sepultado en mi memoria, y no pueda nunca rebrotar a la superficie.

Soy una imbécil.

13 de julio. 17:36

Vale, ha quedado todo medianamente aclarado. Intentaré ordenar los hechos de la mejor manera posible. Empezaré diciendo que lo que escuché entre Betsabé y Karim y que tanto me trastornó fue lo que sigue:

- Ah, es Camila. - decía Karim, después de que sonara un débil aviso de notificación de whatsapp: Sigue mandándome mensajes. Jeje. Escucha: “Ya me han dicho con quién andas liado. Con la Kurfú Panda” Mira, qué graciosa... Y sigue: “¿Qué eres, de esos a los que les da igual una que otra, con tal de meterla? Qué decepción. No eres más que una cara bonita”

Le escuché reírse por lo bajo. Betsabé le riñó.

- Ahora te aguantas. Bien que te lo dije.

- ¡Pero si me da igual, Betsabé! No es más que

despecho. Luego irá por ahí diciendo que pasa de mí...

- No tendrías que haberte liado con ella. - había dicho entonces Betsabé, y eso ya me había matado:

La vas a tener pegada como una lapa durante bastante tiempo y espero que no le dé por joderte la vida. Karim se carcajeó.

- ¡ *Wallahi*, pero de verdad te crees que tendría posibilidad alguna de lograr eso que dices! Sólo conseguirá autolesionarse si lo intenta.

Fue ahí, cuando yo me retiré, rabiando de dolor.

Después de oír eso no pude dormir en toda la noche.

Al día siguiente, sin embargo, quise hablar con Karim, que me explicara qué era eso de Camila, qué había pasado, y que, por favor, si estaba jugando conmigo, que ni siquiera hacía falta que me llevase de regreso a casa, que yo me iría por mi cuenta. Cuando vi la

expresión de su cara, me apresuré a explicarle que no es mi costumbre escuchar conversaciones ajenas, pero que

cuando bajé a buscarle no pude evitar oírles hablar sobre Camila. Entonces me explicó que sí, que había tenido un rollete con ella, pero que había sido circunstancial, no porque ella le atrajera demasiado. Y que había sido antes de empezar a quedar conmigo. No

me di yo por satisfecha tan pronto.

- ¿Y no será eso lo que irás a decir de mí, dentro de un par de meses? ¿Que ha sido circunstancial? Karim entonces miró al suelo unos segundos y

luego me explicó resueltamente:

- Mira, Mely, sí hay algo que debería advertirte, antes de que escuches alguna otra cosa que puedas mal interpretar. Mi familia me tiene asignada una novia desde pequeño, y es con la que me debería casar. Pero yo no quiero hacerlo. Quiero elegir yo. Betsabé opina que no debería complicarme la vida, y que debería casarme y luego estar con quien me diera la gana, que es lo que han hecho todos siempre. Pero a mí eso no me gusta. No podría vivir así. Betsabé dice que soy un romántico y que el matrimonio y el amor son cosas distintas. Así que a veces discutimos sobre eso... y bueno, igual algún día, sin querer, escuchas algo de esas discusiones y... quiero que estés sobre aviso para que sepas de qué hablamos.

Ah, muy bien, pensé. Una historia de esas que ves como de países lejanos, o ves sólo en películas, hasta que un día de repente, sucede en tus narices.

Prometidos desde niños. ¿Habría visto ya a la novia, sería de su misma edad, la conocería? Tenía asignada una mujer para él... Ahora decía que quería elegir, que no quería una novia impuesta, pero... ¿y si la veía y cambiaba de opinión? ¿Y si *alverla* acababa aceptando de buen grado la solución de Betsabé? Ya le valía a Betsabé. Menuda cínica.

No mostré, sin embargo, ninguna de estas dudas.

No quiero que me vea insegura y celosa. Lo espantaré si lo agobio con mis miedos de que se enamore de otra en un futuro. Puede que suceda, puede que no. No tendría nada de extraño, incluso, que esa novia asignada se trate de la propia Betsabé. Y puede que años atrás, al conocerla, se enamorase de ella.

Joder, ahora de repente se me ha metido en la cabeza que quizás aún lo esté. Es su prima. Pero es una relación algo oscura, para qué voy a engañarme. Cuando la veo a ella, y luego me veo yo reflejada en cualquier parte, se me viene el mundo abajo. Pero no voy a dejarme vencer por estos pensamientos, no, no lo haré.

15 de julio, 16:28.

Al final, el otro día apenas conté nada de lo que pretendía contar. Ahora se me van acumulando los acontecimientos.

Me cuesta trabajo concretar qué es lo que me resulta extraño alrededor, además de la relación entre Betsabé y Karim. ¿Sólo primos? ¿En serio? ¿Y si es ella en realidad la novia asignada, y él me lo ha ocultado, contándome una verdad a medias? ¿Habrá sido capaz? Normalmente los matrimonios concertados esos de por ahí, suele ser entre primos, ¿no? Entre familias. ¿Por qué viven juntos? Es que cada vez me parece más que probable, joder. A veces parecen realmente un matrimonio. Noto una hostilidad fría entre ellos. Esto podría explicarse si él no quiere pasar por el aro del casamiento y quiere vivir libremente, a pesar del mandato de su familia. Incluso tengo la impresión

de que comparten algún tipo de secreto. Después de todo, ¿qué se yo de Betsabé? Nada. Absolutamente nada.

Incluso cuando nos ponemos a jugar a las cartas, y estamos de risas, salta entre los dos una mirada, una palabra, afiladas como el acero. El otro día incluso tuve que interponerme entre ellos, porque Betsabé le dijo durante una partida:

- No empieces a hacer trampas, que te conozco. Karim se lo tomó como un insulto, y le espetó:

- ¿Trampa? ¿Quién hace trampas, imbécil? ¡Si

tienes mal perder, no juegues!

Betsabé le gritó que no volviera a hablarle de esa manera, y le tiró las cartas a la cara. Fue una situación muy violenta, que yo intenté suavizar como pude. Karim entonces le reprochó que no tuviera el respeto debido a una invitada, que no tenía educación, y bueno, Betsabé acabó entrando en razón, me pidió disculpas, y admitió ante Karim que quizás se había exaltado. “Pero no voy a consentirte que me llames imbécil, ¿vale?” Karim a su vez, también se disculpó por eso. Minutos más tarde, los vi de lejos, fundidos en un abrazo en las escaleras que bajan hasta el jardín de la entrada.

He olvidado anotar lo del brillo en los ojos de Karim, mientras tenía ese encontronazo con Betsabé. A veces no parecen humanos. Refulgen como si fueran de fuego. Pienso que debe ser un efecto de la luz o algo, con ese color tan raro que tienen.

El abrazo también me dejó confundida. ¿Fraterno? Prolongado y cerrado. Y cuando se separaron, él la miró de cerca y le acarició el pelo. Por un momento creí que iba a besarla y el corazón se me puso a mil por hora, retorciéndose. Ella se separó y no hubo beso. Pero no se me quita de la cabeza que si hubiera sido por él, sí lo hubiera habido.

Debería renunciar a él. Voy a hacerlo. Antes de que sea demasiado tarde. Otra cosa: la cocina. No la he visto, ni sé dónde está, en qué parte de la casa. Teóricamente siempre cocina Karim. Debe ser el cocinero más rápido que conozco. Nunca ha permitido que le ayude. Aparece con la mesa rodante, repleta de comida succulenta y ¡*voilà*

Aquí tampoco limpia nadie nada, y sin embargo, la casa aparece reluciente y ordenada todas las mañanas. Betsabé no hace ni el huevo. Dice que necesita contratar personal para el mantenimiento y la cocina y que ya se encargará Karim un día de estos. Y que quiere contratar a Andrés como entrenador personal. Porque tienen un gym coquetísimo en la parte de atrás. También un hammán que es una delicia.

Todo tiene que salir de un premio gordo, o del tráfico de drogas o de armas. Miedo me da enterarme.

No merodeo ya por las noches, me asusta el tigre. Nemru. Tiene narices. Lo escuché rugir en mitad de la madrugada, desde mi cama.

No sé si tendré fuerza y valor para renunciar a Karim.

16 de julio. 01:20.

No lo tengo. Ni una cosa ni otra.

20:05.

Buf. Madre mía, Betsabé. Y madre mía, Andrés. El tío resulta que viene hasta aquí, ignoro cómo, ni por dónde, para follársela. Sí, follársela, no a hacer el amor. Lo que he visto no tiene nada que ver con el amor.

Resulta que esta mañana me levanté con dolor de cabeza, así que no bajé a la playa. Me quedé metida en la cama, con las persianas bajadas, y una caja de paracetamol que me trajo Betsabé, y una jarra de agua fría. Me llevé toda la mañana dormitando; al mediodía, vino a verme Karim, aún húmedo de agua de mar, me dio un beso y bajó unos grados el aire acondicionado, cosa que agradecí, porque aunque estaba puesto, la atmósfera en la habitación era sofocante. “Hace un calor horroroso hoy; hay levante”, explicó, pasándose la mano por la nuca. Su torso desnudo y tan moreno era una delicia. “Dioses, qué hermoso eres”, le susurré, algo obnubilada por el efecto del paracetamol. No suelo ser tan expresiva. Él se rió, y yo sentía que mi dolor de cabeza se iba desvaneciendo cuanto más tiempo pasaba mirándolo.

Karim salió de la habitación, y yo me quedé dormida, otra vez. Cuando desperté, el dolor de cabeza había desaparecido. Aun así, me quedé un rato más en la cama, pero ya cerca de las seis me levanté, con bastante hambre. Así que me dispuse a buscar la cocina.

Bajé las escaleras hasta el primer patio con estanque (de las azucenas, le

llaman ellos) crucé la galería de arcos de herradura, y salí al segundo patio, el más grande y céntrico de la primera planta.

Voy a abreviar; al final, después de dar unas cuantas vueltas, encontré una cocina. Limpia, reluciente, nueva. Es verdad que ese día se habían ido a comer fuera, como habíamos hecho en otras ocasiones, pero es que esta cocina parece que apenas se ha usado. No huele a comida, sino a muebles nuevos. Apenas encontré unos pocos cacharros escurriendo en un fregador. Aterrada, ante tanto vacío, me fui a la nevera, y la abrí con angustia. Afortunadamente, algo había: cervezas, vino rosado, pasteles, y ¡chacina! Envuelta en papel de estraza, en compras generosas: medio de chorizo, salami, salchichón, morcón, lomo ¡jamón! Lo saqué todo con ansia, y me puse a comer allí mismo, en la mesa de la cocina, de esto y de lo otro, mientras pensaba. Eso que había en el frigorífico, excepto la cerveza, era para mí. Betsabé no comía dulces, solo helados, según había visto, y aunque varias veces me había ofrecido algo de chacina, ella tampoco solía comerla. Karim es que ni siquiera la quería cerca, le repugnaba. Me había dado cuenta los primeros días, cuando al aceptar yo comer algo de jamón y chorizo, me había percatado de su asco, y desde entonces no había vuelto a comerlo. Así que allí, a escondidas, me di el lote. ¡Qué rico estaba todo! Y continué pensando: me daba a mí que Karim no cocinaba; lo mandaba pedir todo a algún sitio, algún restaurante cercano, y se lo llevarían recién hecho. Visto que nadaban en la abundancia, todo era posible. Aunque Betsabé seguía emperrada en que quería un cocinero.

Cuando ya estuve saciada, lo recogí todo, y me dispuse a subir otra vez al dormitorio, cambiarme, y darme un chapuzón en la piscina. Imaginaba que Karim y Betsabé estarían en la playa. Sin embargo, por curiosidad, decidí salir de la cocina por dentro, o sea, por la otra puerta que no daba al jardín, por donde había entrado, sino a una estancia que aún no conocía, porque siempre estaba cerrada, aunque no sabía si con llave, cerrojo o no. era un salón amplio y precioso, como todo aquel lugar, y lo crucé embelesada. Pero al llegar a la puerta que debía llevarme a la galería principal, la encontré, como siempre, cerrada. Estuve a punto de volver a la cocina y salir por el patio, pero entonces me fijé en una tercera puerta, más pequeña que estaba entreabierta, en la pared este, y me fui a atisbar por ella.

Me hallé entonces en un cuarto que parecía mucho más antiguo que el resto de

la construcción: oscuro, sin apenas muebles, poco ventilado. Con una pequeña fuente, brotando. Como en esos lugares subterráneos que poseen casi todos los grandes templos del mediterráneo, hasta los que vas descendiendo en las visitas guiadas. A eso me recordó. El sonido del agua me hipnotizó unos segundos. El techo de la estancia era alto, y resonaba con algo de reverberación.

Al final, salí por una pequeña puerta que había en una esquina a mi derecha. Daba al jardín oriental. Fue entonces cuando escuché el eco tenue de una cancioncilla. Una voz femenina que provenía de un pasadizo abovedado, que transcurría pegado a la pared de la casa, sobre el que se derramaban buganvillas y jazmineros. Siguiendo el sonido de esa voz, que identifiqué como la de Betsabé, me adentré en él, y tras una celosía, que protegía el interior del cuarto en el que yo tampoco había estado nunca (algo normal, teniendo en cuenta lo grande que era aquello) me encontré con el espectáculo. Lo he visto hace poco más de una hora, y aún me produce irritación recordarlo.

Bochornoso, indignante, denigrante, y aún podría haber sido peor para mí; vi a Betsabé cantando, contoneándose, mostrando su cuerpo, como un cacho de carne. Exhibiéndose medio desnuda mientras cantaba aquella canción estúpida, con un tono ingenuo y cándido, que lo hacía aún más obsceno. Yo sentí una mezcla de vergüenza ajena, y de malestar, por ver a una mujer como Betsabé humillándose así. Y enseguida, claro está, me apresuré a ver para quién ofrecía semejante show. Pensar que el espectador podía ser Karim me revolvió el estómago. Busqué un ángulo de visión entre los huecos de la celosía, que me permitiese ver quién estaba allí con ella y me llevé la sorpresa del siglo: ¡coño, Andrés! ¿Pero qué hace aquí éste? Boquiabierta, petrificada, le observé completamente absorto en el jueguecito de Betsabé, con expresión boba, ansioso, hipnotizado con cada uno de sus gestos y movimientos. Tan educado, tan modosito que parecía, tanta disciplina, tanto equilibrio, tanto yoga, y verle así, casi jadeando. Qué asco. Son todos iguales. Yo no entendía nada, supongo que me quedé en mi escondite, esperando ver algo que me ayudase a comprender qué estaba pasando. ¿Sabía Karim aquello? En la cara de Betsabé se veía que disfrutaba, algo que yo tampoco comprendía. Siempre me había parecido una mujer independiente, moderna, muy inteligente y culta, ¿y se prestaba a semejante rol de mero objeto sexual?



Me resultaba desagradable. En determinado momento, Andrés se levantó y cogiéndola de un brazo, la atrajo bruscamente hacia sí, con un gemido; comenzó a tocarla, frenético, y a despojarla de la poca ropa que llevaba encima. Ella también gimió y se echaron los dos al suelo. Me fijé entonces en algo muy curioso: el lugar en el que se echaron, era como un pequeño estanque, de apenas unos centímetros de agua, de mármol. Y allí, en aquella especie de charco artificial, se pusieron a follar como animales. Por los dioses, Andrés... estaba desatado, aullaba como una alimaña. Casi no me lo podía creer. Y Betsabé... qué pena me dan las mujeres que caen en esto.

Me volví aquí a mi dormitorio, con fatiga. El sobresalto momentáneo de pensar que podía ser Karim el que estuviese con ella, me ha hecho vomitar lo que había comido.

Luego me he puesto a darle un montón de vueltas a la cabeza. Un montón de vueltas que no sirven para nada.

18 de julio, 05:20

Joder. He soñado que era Karim el que jadeaba y babeaba viendo a Betsabé desnuda. Puto sueño asqueroso.

Otra vez me duele la cabeza.

19 de julio. 16:23

Ayer, cuando estábamos en la playa, echando unos dados, se me ocurrió, sin haber planeado nada, ni sopesado las consecuencias, soltar, como quien no quiere la cosa:

- ¿Sabéis? Ayer me pareció ver a Andrés rondando por aquí.

Se lanzaron una mirada fugaz de sorpresa. Tras un breve silencio, Karim, precisamente él, se apresuró a decir:

- Eh, sí, vino por la propuesta que queríamos hacerle, si quiere ser nuestro entrenador personal. Empezaría el mes que viene.

Por supuesto, Betsabé se apresuró a corroborar la respuesta de su primo, con una sonrisa. Hubiera entendido el apuro de ella, pero ¿el de Karim? ¿Y ese intercambio de miradas? No, no me quedé tranquila, a pesar de la explicación. ¿Qué pasa ahora con Andrés, qué se traen entre manos?

Luego, por la noche, cuando volvimos de tomar unas copas, Karim vino a mi dormitorio, y lo primero que hizo fue preguntarme dónde me había cruzado con Andrés exactamente. Fui muy clara y directa, quería ver la cara que ponía:

- Lo vi follando con tu prima. Pero en plan salvaje. Yo había ido a la cocina a comer algo, y me perdí. Los vi por una ventana, en la galería del patio oriental.

Karim pareció incomodarse un poco.

- ¿Tú sabías algo? - pregunté.

- No, no. - me dijo: - Creía que él no estaba interesado.

- Pues no veas si lo estaba.

- Bueno, sea como sea, es asunto de ellos dos, supongo. - resolvió Karim.

Sí, eso estoy pensando constantemente, durante los dos últimos días. Que es un asunto de ellos dos. ¿Entonces por qué tengo este escozor interior? ¿Por qué noto algo semejante a los celos? Desprecio a Andrés. Me parecía muy buen tipo, me caía bien, pero ahora le desprecio. Y no sé por qué. No sé qué se me revolvió dentro cuando vi aquello (aparte del estómago).

O quizás sí lo sé.

Quizás me pregunto si a Karim le importa lo que sucede entre Andrés y su prima, si en realidad la desea, si es su prometida, y se da cuenta ahora de que sí quiere que sea su esposa. Me pregunto también si Karim se pondría así conmigo, como vi ponerse a Andrés, si yo sería capaz de ponerle así. O peor aún, si se calentaría tanto con ella, aunque sea su prima. Ternura, respeto, compromiso, confianza, siempre he estado buscando eso en una relación con un chico. Ahora me resultan insípidos comparados con la escena que presencié. Y me doy cuenta de que quisiera eso con Karim. Pero me sonrojo solo de pensarlo. Me siento incapaz de aspirar siquiera a ello. Cómo voy a hacerlo. Estoy como una vaca.

Lo que siento es rabia. Tanto que cuando Karim fue a besarme, le rechacé, y me levanté de la cama donde estábamos sentados. Me preguntó, sorprendido, si pasaba algo. Entonces me expliqué:

- Los hombres... una tía buena bajándose las bragas es vuestra kriptonita, ¿verdad? Nada puede luchar contra eso: ni afectos, ni principios, ni promesas...

- ¿Y sacas este tema por...?

- ¿Qué soy yo para ti, Karim? ¿Qué significo? Una vez me dijiste que te hacía sentir de una manera especial, que era lo que buscabas en una chica, vale, pero dime: ¿si alguien como Betsabé empezara a provocarte, a desnudarse, tú le

dirías que parara, la cortarías, o te quedarías mirando con cara de bobo?

- Claro que le diría que parara, ¿y por qué metes a Betsabé en esto? Es mi prima, ¿qué es lo que pasa?

- ¡Andrés volvió con su novia hace poco, ¿vale?! Lo dejaron por un tiempo, pero se han reconciliado. Tienen un hijo en común, así que supongo que es un buen motivo para intentarlo de nuevo. ¡Pero da igual! Porque llega una chica mona, se contonea un poco, se quita la ropa, y al carajo todo.

Lo de que Andrés había regresado con su anterior pareja, no es más que un rumor, no estoy segura de ello, pero me venía que ni pintado para justificar mi mosqueo. Karim, enarcando las cejas, exclamó al oírlo:

- Ostras, qué putada...

- Ahora no sé si debería decírselo a Betsabé.

- ¡No, no lo hagas! No te metas, Mely... Venga, olvídate de ese asunto y...

- No has contestado a mi pregunta.

-¿Cuál?

- Qué sientes por mí.

-¿Yo? Tú me gustas mucho, Mely. Quiero estar contigo, que estemos juntos.

¿No te parece suficiente?

Negué con la cabeza. No, no lo era. Aquello ya no era suficiente para mí. Antes, podía ser, pero ya no. Me sinceré:

- Yo estoy loca por ti, Karim. Haces que me tiemblen las piernas. Tus caricias, tus besos, tus miradas y tus palabras, han sido siempre dulces y placenteras. Pero nunca te he visto mirándome como vi a Andrés mirándola a ella. Con hambre. Extasiado.

Karim negó con la cabeza y me respondió severo:

- No, qué dices Mely. Estás comparando el oro con la bisutería, ¿sabes qué viene después de ese babeo y de saciar ese hambre? El rechazo. No te miro así porque no te veo como algo con el que satisfacer mis pasiones. Betsabé, vale, es mi prima y la aprecio, pero es una viciosa, le gusta poner calientes a los tíos, si luego no quieren ni tenerla de amiga, le da igual, mientras le echen un buen polvo. Pero ella es así, es su forma de ser. Tú no. Yo cuando hago el amor contigo, no puedo verte como un consuelo sexual, te respeto...

Bufé, desencantada. Cómo no iba a salir la palabrita.

- ¿De veras me vas a venir con el cuento del respeto? No puedo creerlo. Sabes, a veces pienso que el respeto es eso que guardáis los hombres para las mujeres que no os la ponen dura. Que sí, que puede que las elijáis para madre de vuestros hijos, porque no las veis como objetos sexuales. Objeto sexual es

alguien que se llama Leila, o Jessica, o Nadia, que es la que deseáis como amante porque os la pone como un bolardo. Y a esas decís que no las respetáis porque os da vergüenza mirarlas a la cara después de que os han visto jadeando como perros.

Obviamente, mi discurso no le agradó. Se echó hacia atrás, con gesto de disgusto:

- Me decepciona mucho oírte hablar así.

- Ah, vaya, ¿te sorprende? Pues ahí va otra sorpresa: a mí también me gustaría poner calientes a los tíos pero es algo que me resulta bastante difícil. Me encantaría ir por la calle y que me comieran con los ojos, que tú, sobre todo tú, te quedaras sin resuello cuando me vieras desnuda, que te pusieras cachondo con solo una insinuación mía.

- ¿Y por qué piensas que no es así?

- ¡Echo en falta algo, Karim! Algo picante, algo más... salvaje. Creo que no me deseas lo suficiente y eso me mata.

- Todo esto viene porque pillaste a Betsabé y a Andrés follando como bestias... Si no hubieras visto nada, no habrías salido con esto; pues te diré una cosa. Betsabé está encaprichada de ese tío y nada más, como te he dicho es puro vicio, y por parte de él seguro que lo mismo. Así que no sé qué ves de envidiable. Pero a las mujeres no hay quien os entienda.

Esta fue más o menos la conversación que tuvimos, rayana en discusión. Karim salió de la habitación bastante contrariado.

A los pocos minutos regresó, cuando yo ya estaba a punto de acostarme. Con la mirada encendida, se sacó la camiseta, arrojándola a un rincón.

Me doy cuenta de que no soy capaz de escribir lo que vino después. Me da vergüenza. Fue maravilloso, sí, pero distinto. El pudor no me deja ser más explícita. Hasta aquí llega mi modernidad. Soy una pacata.

Es difícil no perder la cabeza en esta situación. Karim es el amante con el que todas soñamos desde la pubertad.

20:11.

Por cierto, he olvidado apuntarlo: Karim me dejó unos arañazos bastante brutales en los brazos. Esta mañana, en la playa, me he fijado y resulta que tiene las uñas, aunque cortas, de pico. Muy afiladas. No sé si es que se las lima así, o que le salen de esa forma, vamos, esto último sería extrañísimo. Al darse cuenta de que se las miraba, le ha dado apuro, y se ha apresurado a

decirme que se las tiene que cortar, y que ya se había dado cuenta de que me había hecho daño. Yo, con naturalidad, le he preguntado si le crecen así o se las pone él, y me ha dicho que lo segundo. No ha querido mostrármelas de nuevo. Como si le incomodara, qué tontería.

20 de julio. 10:23.

Vaya sustaco el de anoche. Este sitio es precioso, maravilloso, pero empieza a resultarme inquietante. Anoche soplaban un levante muy fuerte, y me resultaba difícil dormir. El ruido del viento me despertaba cada dos por tres. La noche era muy oscura, no había luna. No sé qué hora sería, puede que más de las dos, cuando decidí levantarme y bajar a la biblioteca, a por un libro.

Salí del dormitorio, con la linterna del móvil preparada, pero resultó que el pasillo ya estaba iluminado, y justo cuando me adentraba en él, se encendieron también las luces de las escaleras. Tuve la impresión de ver una sombra descendiendo por ellas, una figura etérea. Era solo una impresión, así que continué adelante, apresurada. Si había algo delante de mí, tenía que verlo, tarde o temprano. Lo único que conseguía ver, sin embargo, eran las luces de la galería de abajo encendiéndose, las del primer patio, luego las del segundo, y después, el sonido de una puerta abriéndose. Esa puerta que yo siempre había visto cerrada, y que daba al salón al que yo había accedido por la cocina. Ahora, me había parecido vislumbrar, tan solo de refilón, que una figura flotante, de ropajes oscuros, la había cruzado, volviéndola a cerrar detrás de sí.

No me atreví a intentar abrirla de nuevo. Había oído el sonido del pestillo al echarse, y sabía que sería inútil. Así que atravesé el patio, me metí por la cocina, y accedí por la otra puerta, esa sí, abierta, al gran salón. No había nadie pero las luces permanecían encendidas.

Escuché entonces el borboteo del agua, proveniente de aquel cuarto oscuro, de techo alto, casi vacío. Me aproximé y atisbé en su interior: un par de fanales en el suelo alumbraban la misteriosa estancia.

Sonaron de pronto unos pasos detrás de mí, y al girarme, me topé con Karim. Me sobresalté.

- ¿Me estás siguiendo dentro de mi propia casa? ¿En serio? - me soltó, aunque

con una sonrisa burlona.

Bien, a ver. No sé de dónde puñetas había podido salir, se habría escondido o algo. Yo había entrado en el salón, y allí no había nadie. Tal vez se había agazapado tras alguna de las columnas porque me había visto por los ventanales cruzar el pasillo. Yo sin embargo, aunque me había asomado mientras caminaba hacia la cocina, no le había visto a él.

- Es que iba a la biblioteca y... - comencé a explicar.

- Está allí, en el lado contrario. - se apresuró a indicarme él. - ¿No lo sabías, te habías perdido?

- Eh, umm...

- Ya llevas dos semanas aquí.

- Sí, pero es que tenía la impresión de que había entrado alguien. Que había un extraño rondando por la casa, no pensé que pudieras ser tú, te creía en el séptimo cielo.

Karim se me aproximó un poco, con los ojos de color ámbar refulgiendo y, con condescendencia me hizo saber:

- Mely... nadie entra en Dar Annafura sin que yo le dé permiso. NADIE.

Aulló el levante, golpeando los muros, haciendo murmurar los jardines que nos rodeaban, rizando el agua en sus piscinas y estanques, batiendo las lonas de las sombrillas y los toldos, recogidos (alguno de los dos lo haría, pero nunca lo había visto) en cuanto se ponía el sol. Como corroborando sus palabras.

No sé por qué, en ese momento, lo dicho por Karim me provocó un escalofrío. Ahora me parece una tontería, pero a esas horas de la madrugada, consiguió estremecerme. Karim, además, iba vestido de una forma extraña, con una túnica oscura, de tela delicada y finísima, no sé cuál, siempre he sido una negada para la moda y la costura. Pero sé distinguir algo bueno cuando lo veo. Y lo que llevaba puesto Karim era un lujazo, acorde con el edificio que habitábamos.

La autoridad que se deducía de su frase, me han hecho intuir algún tipo de secreto. Yo no sé nada de Karim, y tengo la impresión de que cada vez sé menos. Solo sé que me tiene fascinada, y que es capaz de enloquecerme con una mirada o una sonrisa. Me siento muy vulnerable y eso no me gusta.

No me dijo qué hacía en plena madrugada dando vueltas por la casa. Yo tampoco le pregunté nada, no me pareció correcto. No podría dormir, igual que yo.

22 de julio. 7:05 Me voy de aquí.

23 de julio. 18:21 (en casa)

He decidido romper mi relación con Karim. Es muy duro para mí, y estoy harta de llorar, pero no me queda otra. No puedo estar con alguien de quien siempre tengo la impresión de que me oculta cosas. Alguien en torno al cual flota una atmósfera tan ambigua, extraña y que me produce tanta inquietud, que comienza a afectarme, hasta el punto de producirme pesadillas, y desasosiego.

Decidí irme de allí, de la Jazminera, después de que esa noche en la que me lo encontré deambulando por la casa, cuando bajaba a coger un libro, me sobreviniese un episodio de ansiedad, algo que nunca antes me había sucedido. Esa madrugada, cuando regresé a la cama y me dormí, soñé, aunque lo recuerdo como si se tratase de una experiencia real, que una figura oscura, como una nube de ceniza, se echaba sobre mí y me oprimía, me aplastaba como una losa. Junto a mi cama escuchaba a Betsabé gritando, y de pronto, un destello, como un relámpago, hacía desaparecer aquella forma opresiva que se cernía sobre mí. Luego continuaban las voces, como si discutieran al borde de mi cama. Después Karim y Betsabé me contemplaban, como si esperasen que yo les dijese algo. Yo seguía acostada, sin poder moverme.

A la mañana siguiente me desperté muy tarde, casi al mediodía. Me sentía mal. Agobiada. Con fatiga. Betsabé y Karim fingieron comportarse con normalidad cuando bajé a la piscina, y entonces supe que algo había sucedido de verdad esa noche, que puede que lo que yo recordaba como una pesadilla, no hubiera sido tal. Y decidí que me marcharía esa misma tarde. No aguantaba más.

Porque ya no solo es eso. Es que no me gusta no saber de dónde sale tanta abundancia y riqueza. No me gusta estar en un lugar de ensueño, pero que parece embrujado. No me gustan los comportamientos raros de Karim cuando cree que está solo. Me he dado cuenta de que el chico lindo y maravilloso, dulce, casi perfecto, no tiene nada de transparente y yo así, no.

No me gusta cómo mira a Betsabé.

Ni la dependencia que tiene de ella.

No me gusta esa relación. Es ambigua, insana. No me gusta el brillo ígneo que he visto a veces

en sus ojos, me da miedo. No.

Le he puesto un whassap explicándole un poco que necesito repensar lo nuestro. Ya se lo dije ayer cuando me trajo a casa. Se quedó muy serio y muy contrariado, me dijo que ya hablaríamos. Allí a duras penas hay cobertura, aunque creo que los mensajes sí llegan, lo que es más difícil es enviarlos, porque lo único que coges es una señal de Marruecos, y te acaba saliendo por un pico. Aunque no creo que eso les importe mucho, visto lo visto.

Para no caer en la tentación, he pensado en bloquearle. También en borrar todas nuestras fotos, porque es una llorera cada vez que las miro. Pero no soy capaz. Ahora es lo único que me queda de él.

Dioses, esto es una puta mierda.

## CAPITULO 9



KarimElGenio

@YnnKarim

Por qué todo me sale mal #yopregunto  
#noentiendonada #dramadevida

He rezado para que Andrés no contestara a mis mensajes. No le decía cuál era un interés en verle y hablar con él. Así, quizás, no respondería. Lo ha hecho.

Quería que Mely se quedase aquí conmigo todo el verano al menos, para que me quisiera, y me diera el cariño que tanto necesito. Se ha ido.

He encontrado un libro infame que Betsabé está leyendo, que con razón escondía, presurosa, cuando me veía acercarme. No sé cómo calificar semejante compendio de rebuznos, superchería, ¡incitación al odio! ¡Cómo puede estar dedicando un solo segundo a esa basura! Humanidad, tu lecho es el lodo más abyecto.

Pero no bastaba con todo esto, no. Algo me inquietaba cada vez que pasaba por delante de su dormitorio. Cuando entraba en él, era claramente un palpito. ¿Qué me ocultas, Betsabé? ¿Qué te traes entre manos? El libro me había dado muy mala espina. Era como si alguien la estuviera poniendo en mi contra,



intentándolo al menos. Así que una noche entré en su alcoba, le pasé la mano por el rostro y le provoqué un sueño profundísimo, que nada pudiera despertar en las siguientes seis horas. Y me puse a buscar, con cuidado, cerrando los ojos, pasando mis dedos por el borde de los muebles, los cajones, las puertas de los armarios, las estanterías, las vitrinas, y al fin... en el tocador, en el cajón primero, entre su lencería barata de cabaretera (pero, *wallh*, que un excita más que el carísimo ajuar de novia de una princesa), lo he encontrado: una caja de madera, escrita toda su superficie. Esto ya era un claro indicio de lo que podía tratarse, y me estremecí. Me quedé petrificado, en medio de la oscuridad, con aquella caja entre las manos. No necesitaba abrirla. No, para qué.

El cetro de Iblis, ¡maldito sea su nombre por toda la eternidad y Allah nos proteja siempre de él! No me puedo creer que Betsabé se haya hecho con semejante objeto diabólico. Pero viendo el libro que está leyendo, se me antoja el complemento perfecto. Al salir del dormitorio, con la caja entre mis manos (porque no puedo permitir que posea semejante artilugio) tenía ganas de sollozar. Bajé corriendo al jardín de poniente, y lo enterré al fondo, junto al muro, donde hay una madreselva. Espero que no se marchite con algo tan oscuro y dañino enterrado bajo ella. Cuando atravesé de vuelta el jardín, creo que Mely (aún estaba aquí cuando sucedió esto) me estaba observando desde el interior de la habitación a oscuras. Pero estaba tan aturdido que no me importó.

Unos días antes, yo me había levantado, como me sucede a menudo, con un apetito erótico brutal bulléndome dentro. Mely, sin embargo, se había despertado con jaqueca, aunque la verdad sea dicha, lo que deseaba no quería pedírselo a ella. Podía invocar a mis odaliscas, pero decidí dejarlo como última opción y decidí probar suerte con Betsabé. Después de comer me acerqué a ella, que estaba hojeando unos libros de grabados en la biblioteca, y, posándome en el respaldo de la silla, a su espalda, le susurré al oído: “¿Por qué no te pones esta ropa que voy a darte, nos vamos al saloncito reservado, y allí te la quitas despacio para mí?” Se giró y me miró con una expresión divertida en su rostro. “Mely está con jaqueca, dormida en su cuarto. No nos molestará.” Se rió, pero aún dudaba. Para terminar de convencerla, le propuse: “Puedo tomar la forma de Andrés... si tú quieres...”

Pues sí, tragué con eso. A la porra la puta dignidad. Estaba nervioso, anhelante, caliente, y necesitaba un placer lento, intenso, como un hambriento un mendrugo de pan. Y si podía tener un succulento manjar, cómo iba a ponerme tiquismiquis.

Ella accedió, con expresión pícaro, y me regaló una hora maravillosa. Le dí una bebida afrodisíaca, y me complació de una manera deliciosa. ¿Cómo puede ese imbécil dejar pasar de largo a esta criatura lujuriosa, capaz de mirar, contonearse y desnudarse así? Bien es cierto que delante del verdadero Andrés, sin bebida afrodisíaca, quizás no fuera capaz de hacerlo. Pero es que hay gente que no sabe disfrutar de las pasiones eróticas. Están bloqueados o no sé qué les pasa.

Podría haberme arrepentido, si no fuera porque al terminar, Betsabé, cuando yo ya había vuelto a mi apariencia habitual, me sorprendió con un comentario inesperado:

- Sabes, podríamos repetir esto otro día... pero no hace falta que te transformes en otro.
- ¿No te ha gustado?
- Sí, pero ha sido extraño. En todo momento he sido consciente de que se trataba de ti. Y eso me ha dado confianza. Quiero decir, sé cómo eres, sé cómo disfrutas, y cómo piensas... Tal vez una cosa de estas a Andrés le pareciera una tontería, una ridiculez.
- Estoy seguro de que no. Mira, es que si pensara eso, ese tío necesitaría un psiquiatra, no sería ni medio normal.
- No sé, lo he visto tan serio siempre, y tan reservado.
- Hay algo oscuro en él. - le comenté: - Lleva una coraza. Obviamente, es muy disciplinado. Creo que te decepcionaría y te aburrirías con él.
- Me gustaría comprobarlo.

Al otro día, todo se complicó con Mely, porque nos había visto, y se había encelado. ¡Y eso que no vio que era yo! Mis sentimientos hacia Mely son muy diferentes a los que me inspira Betsabé. No puedo tratarla igual, pero ella insistió. Lo hice, pero me resultó triste. Yo quería, quiero, que Mely sea otra cosa. ¡Amo a las dos de manera muy distinta! Pero una está encaprichada de otro hombre, y la otra me ha dejado en stand by. ¡Enhorabuena, machote! A veces envidio a las figuras de mármol. ¡Siempre estar sufriendo estas

pasiones, estos anhelos!

Para aliviar mi melancolía, me pongo a tocar el rabel o la flauta. A veces invoco a mis odaliscas para que me acompañen con otros instrumentos. A veces Betsabé, se queda embelesada escuchándome. El otro día, por la noche, mientras contemplaba el mar, fumando en narguile, y bebiendo un mojito, me pidió que le cantara. Yo me dispuse a ello con sumo gusto. Interpreté una canción que yo le cantaba cuando era pequeña, pero que desde entonces no había vuelto a tocar:

*“Tresmoritasbienlozanas,  
tresmoritstangalnas,  
fueronacogermanzanasenJaén,  
Aixa,FátimayMariem.”*

Me miró con cariño, con dulzura. Se produjo entonces un momento de intimidad estrechísimo, por encima de cualquier pasión. Una comunión especial entre nosotros, yo que tocaba el laúd y cantaba, y me expresaba, y ella que escuchaba y sentía. Ví admiración en sus pupilas, y yo me deshacía en gratitud. Yo creaba belleza por el puro gusto de crearla, y ella la recibía en su corazón. Era gratificante, esperanzador, un gozo espiritual. Cuando terminé, me dijo:

- Qué hermosura, Karim. Realmente, es un lujo tenerte a mi lado, y creo que debería decírtelo más.

Yo entonces, todavía mi alma inflamada por la música, le confesé abiertamente:

- Soy tuyo. Soy tu esclavo. Nunca te dejaré, y nunca haré nada que pueda hacerte daño. ¿Tienes eso claro, verdad?

Eso le dije. ¿Para qué iba a andar disimulando lo que seguramente ella ya sabía? Tenía el cetro de Iblis, y leía a escondidas aquel libro disparatado e infecto. Estaba obligado a cambiar de táctica si quería seguir manteniendo cierto control. Si alguien la estaba poniendo en mi contra, había que dejarlo en mal lugar, en evidencia. Mostarle toda mi lealtad era lo que mejor podía hacer para lograr eso.

Dejaré pasar un tiempo antes de volver a llamar a Mely. No quiero darme por vencido con ella.

**BETSABÉ: la amante de las sombras.**

Cuando llegó agosto, y con él Andrés, que se presentó en Dar Annafura

interesado en la propuesta de trabajo que Karim le había hecho, Betsabé se las prometió felices. Le cambió el humor, se preocupó de ir siempre perfecta en su aspecto, y, por supuesto, perdió el apetito.

Por su parte, Andrés no disimuló su pasmo cuando vio Dar Annafura. A pesar de eso, Betsabé se dio por satisfecha con la fugaz mirada intensa que deslizó sobre ella, que se presentó ante él radiante y sexy, tras saludarla cordialmente con una sonrisa. Luego, siguiendo a Karim, que se lo mostraba todo orgulloso, contempló la casa con asombro, aunque también con un atisbo de desconfianza. Betsabé iba trotando detrás de ellos, ilusionada, con una expresión en su cara de niña feliz en la mañana de reyes. Luego, asistió en la biblioteca, aburrida y callada, a los detalles de la firma del contrato, y la aclaración de cualquier duda que Andrés pudiera tener. Karim se había vestido muy propio para la ocasión, con su traje con chalequillo de color gris, y una corbata burdeos. Incluso se puso unas gafas metálicas y redondas de aderezo. “Qué le gusta una performance...” pensó Betsabé, mientras le contemplaba en su serio papel de secretario. Cuando todo quedó firmado y sellado, se puso en pie, y le estrechó la mano a Andrés. Ella se vio impelida a hacer lo mismo, aunque le resultó forzado y estúpido.

Al acompañarlo a la salida, Nemru, el tigre, les estaba esperando en la puerta. Andrés se quedó petrificado y retrocedió un paso, pálido y enmudecido. Betsabé, molesta con la situación, llamó a Karim, que se había quedado en la biblioteca recogiendo los papeles. Apareció apresuradamente, y fue hacia el animal, para llevárselo de allí con mimitos. Betsabé le lanzó una mirada mortal cuando pasó por su lado:

- No te preocupes, Andrés, no hace nada. - dijo Karim, mientras se lo llevaba:
- Es manso como un corderito... Vamos, Nemru...

Cuando el yinn, con su tigre, desapareció por el jardín, Andrés, aún impactado, le dijo a Betsabé:

- ¿Tenéis un tigre? ¿En serio?
- Es completamente inofensivo, de verdad, no da ningún problema.
- ¿Un tigre inofensivo? - volvió a preguntar Andrés: - Eso es un poco...
- Un oxímoron, ya...

Andrés enarcó las cejas al escucharla decir “oxímoron”.

- Eso que dices, y un poco increíble. - añadió él. Ella cambió de tema:
- Bueno, ¿te vienes con nosotros a la playa o... te quieres quedar en la piscina?
- le propuso con nerviosismo.
- Ojalá pudiera, pero voy a ver si busco algo de alquiler por la zona.
- ¿En esta época? Va a ser difícil. Aquí te puedes quedar, ya has visto lo grande que es.

Andrés sonrió, cerrando los ojos, y Betsabé casi se derrite allí mismo.

- Bueno, como comprenderás, necesito mi espacio. Me resultaría extraño quedarme aquí y... preferiría tener una vivienda independiente.
- Como quieras.
- Aunque, si no encuentro nada, será mi única opción, claro.
- Claro. - repitió ella.

Cuando Andrés se hubo marchado, se fue a buscar a Karim, alterada.

- ¿Puedes hacer que no encuentre ni un puto cuchitril en toda la comarca? - le pidió.

Karim, aún con su aspecto de secretario, gafas incluidas, levantó la vista de los papeles que seguía ordenando, allí en la biblioteca.

- Betsabé... ¡estamos en agosto! - le dijo: - No hace falta que yo haga nada, no lo va a encontrar.

Más tranquila, abandonó de nuevo la biblioteca. Cuando iba a cruzar el umbral, sin embargo, Karim le lanzó un puñal afilado:

- Sabes, Betsabé, no lo vas a conseguir. No será tuyo jamás. Ese hombre es de granito. Tiene principios, voluntad, disciplina, firmeza. No va a ceder a tus caprichos.

- Estás tan celoso, que te acabarás poniendo verde. - le replicó ella con dureza.

- No. - respondió él, con calma: - Solo me resulta, eh, triste, ver cómo te rebajas.

- Tú sí que eres triste. - contestó ella con desprecio: - Yo estoy tan contenta que ni siquiera tú puedes estropeármelo.

Pero antes de salir, ya se había arrepentido de estas palabras, o, al menos de alguna de ellas:

- Perdona lo de triste... - le dijo, cambiando el tono: - Lo siento, Karim. Te estoy agradecida, y... bueno, lo dicho.

Karim no respondió. Se quedó muy serio, mirando un punto en la nada, delante de él, haciendo girar una fina estilográfica entre sus dedos. Únicamente,

cuando ya se quedó solo, musito un simple: “Ya...” dicho para sí mismo.

A pesar de este desplante, y de su buen ánimo, dos semanas más tarde, Betsabé comenzó a admitir que, probablemente, Karim llevase razón. Para empezar, Andrés se acabó quedando en casa de un amigo, o sea que lo del espacio y la vivienda independiente, había sido una burda excusa. Además de esto, nunca se quedaba a la piscina, ni bajaba a la playa con ellos, ni aceptaba una cerveza, nada de nada. Únicamente aseguraba que le gustaría probar el hamman, pero siempre era “un día que pueda, y no esté tan liado”. Nunca les decía por qué estaba tan liado. Andrés era un maestro en ocultar, o mejor habría que decir, en ocultarle a ella, a Betsabé, todo lo concerniente a su vida privada. No tenía problemas en hablar de cualquier otra cosa; eso sí, siempre se le notaba más cómodo y fluído si Karim estaba presente. Cuando se quedaba a solas con ella, en cambio, se mostraba menos abierto. Un día tras otro, no obstante, Betsabé se fue acomodando a esta situación, comenzó a conformarse con verle y oírle de lunes a jueves, seis largas horas a la semana y hasta acabó disfrutando de la incertidumbre. Betsabé no estaba muy acostumbrada a que los hombres que se sentían atraídos por ella, se andaran con rodeos, así que comenzó a aceptar la cruda realidad: Karim llevaba razón. Por los motivos que fuera, Andrés evitaba abrir ningún cauce de confianza, era severo y estricto en el trato, sin prestarse a familiaridades. O sea: no quería ningún lío con ella. “Bueno, pues peor para él”, pensó con fastidio. No quería forzar nada, tenía sus límites y su orgullo. Demasiado se había esforzado ya para volver a tenerle al alcance de la mano. Así que, levantó el pie del acelerador, y decidió dejar que todo fluyera por sí solo, aunque en ocasiones, le costaba trabajo. Principalmente, porque Andrés cogió la costumbre de algunos días poder refrescarse en la ducha de la pequeña piscina del jardín trasero, cuando Entonces Betsabé no podía (ni quería) resistirse a contemplarle a hurtadillas desde una de las ventanas de la cocina, alimentando así el deseo que pretendía embridar. Cuando Karim la descubrió haciendo esto, hizo reventar una vitrina en cristales muy pequeños. Pero no dijo ni una palabra. Dejándose llevar por la melancolía, se transformó en un ave de plumaje negro, y echó a volar. No regresó a Dar Anafura hasta la puesta de sol. Se encontró a Betsabé en la playa, sola, con un libro que ya casi había terminado.

Así transcurrió agosto. Betsabé esperó que septiembre trajera cambios, pero lo único que hubo de nuevo fue que el amigo de Andrés, que regresaba a la ciudad, le alquiló la casa, y que Yulen, Floren y Dani, los componentes del

grupo, estuvieron allí, en Dar Annafura, una semana, ensayando, porque se les venían encima más actuaciones y posibles contratos, lo que sacó un poco a Betsabé de la monotonía, espléndida y agradable, desde luego, pero monotonía al fin y al cabo. Yulen insistió a Karim para que se uniese a ellos, y a Betsabé para que no se desvinculara, después de tantos años juntos, desde el insti. Pero ninguno de los dos cambió su postura. Betsabé les deseó toda la suerte del mundo y prometió ir a verlos, y ser su mayor fan, y Karim le aseguró que le seguiría mandando canciones, porque no sabía que hacer con ellas, y le agradaba escucharlas en el estilo de música que ellos hacían. Betsabé ignoraba que el Yulen como chico corriente y compañero de estudios que ella había conocido hasta entonces, estaba a punto de desaparecer. Karim no. Expirando ya septiembre, con sus noches adelantadas, y sus temperaturas refrescantes, Betsabé posó sus ojos en un muchacho llamado Izan. Y ahí quedó, de momento.

A pesar de que el calor sofocante ya había remitido, Andrés continuaba dándose sus duchas junto a la piscina pequeña, supuestamente ajeno a espionaje lascivo de Betsabé, desde la cocina.

Una de esas mañanas, Betsabé escuchó una risita burlona a su espalda. Se giró, y se encontró al genio, cruzado de brazos, y apoyado en la pared. Sus ojos brillaban, y tenía una sonrisa maliciosa en su rostro fino y bronceado.

- No sé por qué no me sorprende que no sientas siquiera un poco de respeto por ti misma. - le soltó, con tono despectivo.

Betsabé se limitó a enarcar las cejas, y a hacer un gesto de fastidio. Luego, con un silencio que para él era una losa, abandonó la cocina.

El gesto de Karim se tensó, permaneciendo inmóvil unos segundos en su postura. Ya había contado con eso. Intentar zaherir a Betsabé era, en no pocas ocasiones, lanzar flechas contra un muro de piedra. O aún peor, una pelotita de ping pong contra una pared de goma.

En esos momentos Karim llegaba a detestarla realmente, deseando con todo el brío de su naturaleza, arrastrarla de los pelos, ponerla de rodillas delante de él, y azotarla con una vara verde. Pero no podía hacer eso, en realidad, ni siquiera debería pensarlo. Se tenía que conformar con ir tras ella e insistir en

su intento de humillarla. Sabía que esto también era un error, pero ya no podía aguantar más, la furia había sido cada vez más difícil de controlar y domar, y ahora formaba un torbellino lacerante, incandescente, en el centro de su pecho, y había perdido la perspectiva de todo.

Así que Karim alcanzó a Betsabé en la galería principal, bloqueándole el paso, y le dijo en un tono casi triunfal:

- Confieso que no te creía tan torpe. ¿De veras pensabas que teniéndolo a sueldo, iba a resultarte más sencillo? Precisamente lo contrario. ¡Estás en las mismas! Pero tú no te enteras, no quieres enterarte. Además, he sabido que mantiene una relación medianamente estable con una antigua novia. ¡Y no va a tirarlo todo por la borda por un capricho momentáneo!

Era cierto. Karim había averiguado hacía un par de semanas que la pareja de Andrés se desplazaba hasta allí para estar con él los fines de semana. Tenían un hijo en común de corta edad, y formaban una pequeña familia. El tipo de cosas que Betsabé despreciaba. La chica no era tan bonita y sexy como Betsabé, pero se la veía dulce y apacible, y probablemente daba a Andrés un cariño y una estabilidad muy alejados del vicio oscuro y el sufrimiento que su ama solía dar a raudales.

Qué le iban a contar a él.

- Karim, déjalo ya. - contestó ella con voz ahogada, procurando no acusar el golpe.

- ¡No, déjalo tú! Soy tu tutor, y me resulta desagradable ser testigo de tu comportamiento tan rastrero. Creo que tengo la suficiente autoridad moral como para indicarte...

Betsabé frunció el ceño:

- ¿Autoridad moral? Pero qué te pasa, ¿has bebido? ¡Vete a pastar!

- ¡No tienes educación, ni respeto ni nada! ¡Ni siquiera por alguien que te ha dado todo lo que yo te he dado!

- ¡Me lo has dado porque has querido! ¡Yo jamás te he pedido nada, eres tú el que estás siempre ofreciendo cosas, cosas, cosas, para luego poder ir



exigiendo un precio! Eres un manipulador egocéntrico, un embustero, un mandón insoportable, creído, celoso...

- ¡Adelante! ¡Poco estabas tardando en soltar todo eso, después de la basura que lees sobre nosotros!

- ¿Vosoro? ¡Sí, “vosotros” , jajajaja! ¡Pero si ni siquiera os fiáis unos de otros, os vigiláis con recelo, y preferís manteneros alejados, cada uno a lo vuestro! Como para que confíen los demás...

Andrés había escuchado los ecos de la discusión mientras se vestía y, con prudencia, se había ido acercando poco a poco a la galería principal. Les observó y escuchó a cierta distancia, sin que ellos se percataran de su presencia, uno frente al otro, peleándose, aunque él no entendía muy bien de qué iba aquello, ni el sentido de alguna de sus frases, aunque se lo figuraba. Desconocía el contexto:

- Me gustaría saber quién te está envenenando contra mí. No soy yo el manipulador, ¡eres tú la que es extremadamente manipulable!

- ¡Ese es el cuento con el que saltáis los dominantes y controladores cuando a alguien se les cae la venda con vosotros! Estoy harta de gente como tú, de gente que se aprovecha del buen talante de los demás, para ejercer el poder, sí, eso es lo que hacéis! ¡Tú me has tenido engañada toda la vida y... !

- ¡¡Pero ya basta!! - bramó Karim: - ¡No dices más que estupideces, todo para justificar que te estés portando como una imbécil!

- ¡Deja de hablarme así!

- ¡Sabes una cosa, eres un desastre! ¡Toda tu vida es un desastre! ¡Deberías pensar en eso, en qué es lo que tienes y por qué lo tienes! ¡No has conseguido nada por ti misma, todo te lo he proporcionado yo!

Fue mientras Karim decía esto, cuando Betsabé se percató de la presencia de Andrés, que contemplaba la escena confundido y asombrado. Esto la horrorizó, y

se le enrojeció la cara, por la vergüenza, pero también por la rabia. Intentó dominar su temblor y recuperar la calma para advertir con dureza:

- Muy bien, Karim. Hasta aquí hemos llegado.

Me vas a obligar a hacer lo que no quiero hacer. ¡A ver si así empezamos a poner las cosas en su sitio! - y caminando hacia adelante, fue hacia la escalera, sobrepasando a Karim.

- ¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas que vas a poder hacerlo? - le gritó él, cuando ella ya subía.

Betsabé se detuvo un segundo para lanzar al yinn una durísima mirada, y luego continuó su ascenso, hasta la primera planta, desapareciendo en la penumbra de la galería, camino de su dormitorio.

Karim se quedó mirando hacia arriba, con los ojos fijos en esa galería, con semblante serio. No se percató de que Andrés se aproximaba hasta que estuvo a su lado.

- ¡Esa estúpida...! - masculló.

Andrés, incómodo, no sabía muy bien qué decir.

- ¿Ha... sucedido algo grave?

Karim se giró para mirarle, con expresión colérica, pero también angustiada. No tuvo que pensárselo mucho para improvisar una historia:

- ¡Sí! ¡Algo sin remedio! ¡Que hace un par de meses me casé con esta mujer voluble, frívola, indolente, antojadiza! - le mostró mientras decía esto, una alianza en la mano derecha, que hasta ese momento no había existido: - Se lo he dado todo y lo único que tengo a cambio es su desprecio.

Andrés no ocultó su sorpresa. Atónito, murmuró:

- Me resultó raro que vivieseis los dos juntos aquí, pero nunca pensé que hubierais llegado a casaros.

- Sí. - continuó inventando Karim: - Verás, mi familia es... inmensamente rica, como puedes ver por todo esto. Pero también muy tradicional y déspota. Mi

padre adora a mi prima Betsabé, porque es hija de su única hermana Latifa, a la que también quería con locura, pero que a los veinte años se enamoró de un granadino, y huyó hasta aquí para casarse con él, después de apostatar y renegar de la verdadera fe. Ahora se llama Juana. ¡Qué infamia! Mi abuelo la repudió, pero jamás se recuperó de semejante pena. Mi padre tampoco. Se vino aquí, unos años más tarde, dispuesto a encontrar a mi tía, y poder tener contacto con ella. Lo consiguió, y supo que tenía una hija. Poco antes, había conocido a mi madre... Se casaron, y nació yo. Entonces mi padre le juró a mi abuelo que yo me prometería con mi prima, la haría mi esposa y la devolvería de nuevo al redil. Más empeño aún pusieron en esta idea al enterarse, al cabo de los años, de que Betsabé llevaba una vida absolutamente caótica, dispersa, disoluta, y que por supuesto, era pobre como una rata. Yo refunfuñé mucho, porque aún no conocía a Betsabé. Pero me resultaba difícil y complicado oponerme a la voluntad de mi padre. Toda mi perspectiva cambió cuando conocí a mi prima. Me enamoré de ella sin remedio. ¡Y esa ha sido mi desgracia! Porque yo también creía que ella sentía lo mismo... hasta que nos hemos casado, y ya le he resuelto la vida. ¡Ahora me trata con desprecio, y no tiene reparo en encapricharse de cualquier chulazo delante de mis narices! Y yo tengo que tragármelo, no puedo hacer nada porque se lo prometí a mi abuelo y a mi padre, que me encargaría de ella, que jamás la dejaría, porque Betsabé debía ser como la joya recuperada de la familia. Ella lo sabe, sabe su posición de superioridad, y me castiga con ello. Ojalá no la quisiera. Es el peor tipo de mujer del que puede enamorarse uno.

Andrés, que le había escuchado fascinado y atento, musitó:

- Caray, vaya historia... es como de cuento. El eco de un grito de rabia resonó en la galería

superior, envolviendo un nombre:

- ¡¡Karim!! - Y continuó: - ¡¿Dónde está?!

¡Dónde los has puesto, maldito demonio!

Ante el pasmo de Andrés, la reacción de Karim fue la de huir despavorido, desaparecer como una

exhalación, un segundo antes de que una Betsabé acalorada y fuera de sí, bajara las escaleras de forma aturrullada, estando incluso a punto de caerse. Andrés fue en su auxilio. Ella se cohibió con su presencia, cerró los ojos un momento y luego le preguntó:

- ¿Dónde se ha metido ese...? - Contuvo un insulto.

Fue entonces cuando Andrés se dio cuenta de que Betsabé llevaba en la mano derecha una correa. Se estremeció un momento con una mirada turbia, que no le pasó desapercibida a Betsabé, aunque no supo muy bien cómo interpretarla. Andrés, finalmente, saltó con una frase al uso:

- No entiendo muy bien qué pasa, pero creo que deberíais relajaros un poco, y luego intentar...

- Tú no conoces a Karim; no sabes cómo es, ¡y cómo sería capaz de sacar de quicio al mismísimo Dalai Lama!

Andrés se rió por lo bajo, y la tensión se disipó un poco. Algo más templada, Betsabé comenzó a buscar a Karim por toda la casa. Andrés entonces le dijo que tenía que marcharse, aunque le sabía mal dejarles en aquella situación:

- No, no pasa nada, vete tranquilo. - le dijo ella:

- Karim es ladino como un zorro, y difícil de manejar, pero nunca me haría daño.

- Hombre, no imaginaba otra cosa. - replicó él.

Luego añadió: - Además, todos los matrimonios tienen broncas, el que diga que no, miente.

Betsabé no ocultó su sorpresa.

- Perdona, ¿matrimonio?

- Sí. - contestó Andrés, algo apurado: - Me ha dicho que estáis casados.

- ¡Qué va, pero qué dice! - aclaró ella, exaltándose de nuevo: - ¡Será liante, ¿ves?! ¡No creas nunca nada de lo que te diga!

Andrés, el hombre prudente, decidió callarse

toda la historia que Karim le había contado. No quería saber si era verdad o mentira, en realidad no le importaba, su curiosidad no daba para tanto. Betsabé entonces siguió llamando a Karim por los patios, las galerías, las escaleras, asomándose desde los balcones a los jardines:

- ¡Karim! ¡Dónde te has metido! Te encerraré en una botella y te tiraré a un pozo, ¡te lo juro! ¡Sal inmediatamente de tu escondrijo! ¡Da la cara, cobarde! Andrés, muy alucinado con la situación, con el extraño comportamiento de ambos, y con lo que escuchaba (¡encerrar a Karim en una botella y tirarlo a un pozo!), se dirigió a la puerta. Fue entonces cuando el yinn le salió al paso, posándose el dedo índice en los labios con gesto angustiado:

- ¡Por favor, no te vayas! No me dejes solo con esta loca.

- No, no, no, Karim, yo tengo que irme. No me metáis en vuestros líos. ¿Por qué no dejas de esconderte, tío? Sal y habla con ella. No es muy... maduro andar rehuyéndola por toda la casa.

- ¡Es que no aguanto cuando se pone así, ¿me entiendes?! ¡No la aguanto!

- Sí, ya... es increíble lo insoportables que pueden llegar a ser. - convino Andrés con tono cómplice.

- Verás, Andrés, es que yo... me pongo muy mal cuando me enfado, pierdo los estribos con facilidad, y ... - Karim fingió sollozar un poco: - ... no quiero hacer algo de lo que me pueda arrepentir, no quiero que se me vaya la mano...

- ¿Pero de qué hablas? - saltó enseguida Andrés:

- No debes ni siquiera pensar en eso, ¡ni pensarlo!

- Para ti es fácil decirlo. Tú no te has criado en mi cultura. - jugó Karim, con expresión intensa: - Los hombres de mi familia mantenían a raya a sus mujeres empleando una vara, si era necesario... Yo tengo que

reaprender nuevos valores, y no creas que es fácil. Andrés le contempló, viendo en él a un chico confuso, vulnerable, quizás demasiado joven para alguien como Betsabé (¿cuánto podía tener, nueve o diez años menos que ella?) la cual debía ser capaz de merendarse a chavales, hambrientos de sexo, de dos en dos. La despreció en silencio, ignorando que Karim podía leer sus sensaciones una a una.

Andrés entonces le contó:

- Ella dice que no estáis casados...

Karim fingió indignación y, de nuevo, improvisó sobre la marcha:

- ¡Porque nos casamos por el rito musulmán, y ahora ella dice que no es válido! ¡Pero es una mentira, y... !

Andrés intentó apaciguarlo:

- Vale, vale, oye, haremos una cosa. - comenzó

a proponerle: - Qué te parece si voy a hablar con ella y le dejo que me cuente por qué está tan enfadada... Así se desahogará. Muchas veces las mujeres solo quieren que se las escuche, nada más. Que les echen cuenta. Karim no había maquinado ningún plan. Solo

pretendía que si existía alguna posibilidad de que

Andrés se planteara dejarse engatusar por Betsabé, ésta

quedase aplastada. Presentarla como una mujer que lo único que daba era disgustos, a pesar de lo apetecible que resultaba a simple vista, y sobre todo, que fuera la mujer del prójimo, le parecía la estrategia indicada. Por otro lado, tener a Andrés de su parte, le ayudaría siempre, en caso de que Betsabé echara los pies por alto y decidiera, realmente, ejercer su autoridad. Karim no quería pararse a sopesar el grado de inmoralidad que podían tener sus acciones. Ahora no tocaba. La pasión y los celos que le provocaban Betsabé le obnubilaban, y todo lo demás pasaba a un segundo plano. Ya lo pensaría otro día. De momento, siguió con su particular teatro.

- Te lo agradecería mucho... - convino Karim a la propuesta de Andrés.

Sintió un pinchazo en su corazón de fuego. No supo distinguir muy bien si era de gusto, o de

remordimiento.

## CAPITULO 10



**KarimElGenio**

@YinnKarim



Yo es que ya no sé... #TodoMuyLoco

Al final, acabé devolviéndole el cetro de Iblis a Betsabé. Pero ya tengo en marcha un plan B. Comenzaré por lo primero.

Andrés, aunque con reticencias, acabó prestándose a ser mediador entre nosotros. Como los ánimos estaban muy crispados, yo permanecí en mi cuarto, en el piso superior, mientras él conversaba con Betsabé en la biblioteca. Luego vino a verme con una simple petición:

- Quiere que le devuelvas la caja. - me comunicó Andrés: - No ha querido decirme de qué se trata, supongo que tú lo sabes. Está más tranquila, pero bastante disgustada.

¡Lógico que así fuera! Ese cetro es su símbolo de poder sobre mí. El bastón de mando. Yo continué sobre actuando un poco, remarcando mi indignación.

- Lo que no sé es cómo ha tenido la vergüenza de traer eso aquí... ¡Yo sí que debería estar molesto!

- ¿Pero la tienes?

- ¡Pues claro que sí! La he enterrado en el jardín. No la quiero entre estas paredes.

Tardó unos cuantos segundos en preguntar:

- Pero... ¿qué es lo que contiene?

No contesté enseguida; miré a mi alrededor, como si me resultara ligeramente incómodo referirme a ello:

- En esa caja hay unas fotos íntimas mías de las que ahora me avergüenzo... no sé cómo las ha conseguido... puede arruinarme la vida con ellas, ¿entiendes? Pensaba destruirlas lo antes posible, pero no he tenido tiempo.

- Pero, a ver, eres un chico joven, nadie se escandaliza de unas fotos...

- Estoy con un antiguo amigo mío, y estaba muy colocado. - Miré severamente

a Andrés, esperando que captara la idea que quería trasmitirle. Lo hizo.

- Ah... ya... - musitó con gesto grave.

- Ya te he dicho que mi familia es muy tradicional. Por eso no quiero que las tenga, sería capaz de chantajearme con ellas.

- Hombre, no creo yo que...

- Prefiero asegurarme. No quiero que las tenga.

- Entonces, ¿no se las vas a dar?

Emití un gruñido, y, agitado, me puse a dar vueltas por la habitación, ante la mirada expectante de Andrés. Finalmente, le respondí:

- Tiene que prometerme que nunca, ¡nunca!, se las mostrará a nadie. No sería bueno para ninguno de los dos. Ya iré yo convenciéndola de que lo mejor es que no existan. Que nos deshagamos de ellas.

- Entonces eso es un sí...

Asentí, cabizbajo. Cuando se disponía a salir de la habitación, le advertí:

- Andrés: no le comentes que te he dicho lo de las fotos. Ni dejes que te las muestre. Te lo pido por favor.

- No te preocupes, hombre, no tengo interés en verlas. - me dijo.

Esperé unos minutos después de que saliera, y lo hice yo también. Crucé la galería y me asomé al patio principal. Esperé a que aparecieran allí abajo, por donde tenían que pasar para dirigirse a la escalera. No quería que subieran. Quería hablar desde allí.

- ¡Eh!- les llamé. Miraron hacia arriba. Betsabé fue directa y contundente:

- Dame la caja. - me exigió.

- Un momento, no tan rápido; antes...

- ¡Dame la caja, Karim! - insistió: - ¿Qué te crees que eres para entrar en mi dormitorio y quitarme mis cosas?

Me dirigí a Andrés:

- ¿A ti te parece que este es un talante conciliador?

- Betsabé, vamos a calmarnos. - intermedió Andrés con gesto condescendiente.

- ¡Es que no puedo consentirle que se crea con derecho a rebuscar en mis cajones y quitarme lo que le dé la gana!

- ¿Y yo tengo que consentirte que guardes algo con lo que me puedes arruinar la vida? ¡Te portas como una traidora, eres desleal!

- ¡No pensaba usarlo, se te hacen los dedos huéspedes porque el traidor eres tú!

Estábamos gritándonos los dos a la vez, y Andrés cerró los ojos y se los masajeó, incómodo.



- A gritos no vamos a solucionar nada. - dijo: A ver, Karim, ¿vas a devolverle la caja?

- Que jure que nunca lo va a utilizar.

- ¡Si ya te he dicho que no voy a hacerlo!

- ¡No es suficiente! ¡Que lo jure por el sagrado Corán!

Betsabé enarcó las cejas, y luego miró a Andrés con sorpresa. No obstante, comenzó a decir:

- Lo juro por el sagrado...

- ¡Cógelo de la biblioteca y lo juras con él en la mano! - exigí.

- ¡Pero si ni siquiera soy creyente! - protestó ella.

- ¡Da igual, yo sí!

- Esto es una locura... - musitó girándose a Andrés otra vez.

- Si a él le vale, hazlo. - le aconsejó Andrés, con calma.

Refunfuñando, Betsabé retornó a la biblioteca de donde habían salido, seguida de Andrés. Al cabo de un par de minutos, volvió con un ejemplar voluminoso, que lucía en la cubierta y el lomo la Rub' al Hisb, la estrella de ocho puntas: una traducción. Yo sabía que se lo estaba leyendo, algo que me había llenado de esperanza y moderada alegría, tal como el otro libro me había provocado temor, tristeza y angustia. Por eso sabía que jurar sobre él, quizás no le fuera tan indiferente como ella aseguraba. Aun así, apreté más las tuercas. Cuando lo levantó con su mano derecha y comenzó a decir “te lo juro por el...”, la interrumpí:

- ¿Pero me estás tomando el pelo? ¡Eso es una traducción! ¡Júralo con uno de verdad, tal como fue revelado, en árabe!

Betsabé volvió a girarse a Andrés, con un gesto de pasmo e incredulidad.

- Mira, de verdad, que esto es ya...

- Pero a ver, Karim, ¿dará lo mismo? - medió Andrés de nuevo.

- ¡Cómo va a dar lo mismo! ¡No tenéis ni idea!

- ¿Pero de dónde sacamos ahora un Corán en árabe? - preguntó Andrés.

- En la biblioteca, en la estantería junto a la ventana, donde están mis libros.

- ¡Pero si esos están todos en árabe, y no sabemos árabe, cómo vamos a saber cuál e ellos es! - protestó Betsabé con vehemencia.

- Es el que está arriba del todo, verde, la cubierta es inconfundible. ¡Burra! ¡Si tuvieras un poco de cultura, lo sabrías!

- ¡Que no me faltes el respeto! - se enfureció de nuevo Betsabé. Me gustaba verla así. Manejarla de aquella manera.

- Vale, vale, vale... - intervino otra vez Andrés:

- Lo de burra sobraba Karim. Pídele disculpas.
- De acuerdo. - convine: - No eres una burra, Betsabé. Discúlpame.
- Hombre, pues muchas gracias. - contestó ella, molesta.
- Venga, ve a cogerlo. - le pedí, y cuando se daban media vuelta para regresar a la biblioteca, le advertí: - ¡Y ten cuidado, no vayas a tirarlo al suelo, y lo profanes, que capaz eres!
- Vale...- contestó ella, ya de camino.

Me retiré de la balaustrada para reírme jubiloso. La adoraba. En realidad, ¡era tan tiernecita, tan manoseable! ¿Dónde encontraría otra como ella? Mientras estaban en la biblioteca, yo fui veloz como una exhalación, saltando por la ventana hasta el muro del jardín, donde estaba la madreselva, y saqué de allí la caja. Regresé igualmente en un chasquido, y la dejé en mi cuarto. Me asomé de nuevo al patio. Cuando volvieron a aparecer, me encontraron tal como me habían dejado, en el mismo sitio. Betsabé, mirando hacia arriba, me mostró el libro.

- Perfecto. - le dije. Entonces le hice repetir un juramento, que fui improvisando sobre la marcha: “Juro por mi alma inmortal, por los cielos y la tierra, y por el sagrado Corán, que nunca haré uso del contenido de esta caja contra Karim, mi amo y señor...”

Betsabé ladeó la cabeza, boquiabierta:

- ¿Perdona...?
- Vale, suprime lo de “amo y señor”- reulé. No había colado. Ella repitió la última frase, y yo añadí: Que así sea.

Entonces provoqué un efecto de ráfaga de viento, procedente del sureste, pero frío, que atravesó el patio, haciendo crujir algunas puertas sobre sus goznes, gimiendo al pasar por las juntas de algunos ventanales, haciendo tintinear el cristal de las lámparas, y haciendo flotar los pliegues de mis vestiduras, una fina túnica de gasa, rojo intenso, que yo suelo llevar para estar por casa. Pude sentir la inquietud de Betsabé, al notar aquel inesperado golpe de aire, aislado y estremecedor, y me interrogó con la mirada. Pero yo no dije nada. La miré, dejando que el mismo silencio fuera una advertencia.

- Bien. - dije luego: - Ahora voy a darte la caja.

Entré de nuevo en mi cuarto para cogerla. En medio de la penumbra y la soledad de la estancia me invadió un terrible sentimiento de inquietud. Pero me repuse. Ahora parecía convencida de no pretender usar el cetro contra mí. Pero eso era hoy. ¿Y mañana?

Con este ánimo, bajé a entregarle la dichosa caja.

- Aquí la tienes. - le dije, poniéndosela en las manos. Luego le pedí: - Por favor, no la tengas en tu cuarto. Tenla lejos de ti. Y recuerda siempre tu juramento. Si lo quebrantas, tendrás un mal final. Y yo no quiero que te suceda eso.

Betsabé se estremeció, y no pudo evitar que se reflejara en su rostro. Entonces soltó la caja en un sillón cercano, y me dijo:

- ¿Por qué permitimos que pasen estas cosas entre nosotros? ¿Por qué nos lastimamos así? Yo tampoco te haría nunca ningún daño, no sería capaz. Se echó en mis brazos, sin importarle que Andrés estuviese allí mirando. Examiné su expresión, mientras Betsabé se apretaba contra mi pecho. Maldita sea: estaba luchando contra una mezcla de celos y despecho, que mantenía a raya, pero que estaban ahí. El proceder de Betsabé, noble y sincero, le había cautivado. La imagen de mujer pérfida y mezquina que yo había tratado de inculcarle, acababa de estallar en mil pedazos. En contraposición, surgía ante él una evidencia que, a su pesar, le lastimaba: Betsabé me quería. Era mi mujer. Y esto lo alejaba más que ninguna otra cosa de ella. Cuando se separó un poco de mí y alzó el rostro para mirarme, yo, siendo consciente de la contemplación perspicaz de Andrés, le acaricié el pelo y la miré intensamente a los ojos. Entonces él ya saltó:

- Bueno, me parece que estoy sobrando, así que creo que debería irme ya...

Betsabé se giró hacia él, como si recordara súbitamente su presencia. Fue demoledor. Me sentí feliz.

- Vale, Andrés, te acompaño fuera. - me ofrecí:

- Muchas gracias por todo.

- De nada, hombre. Faltaría más.

Sorprendentemente, Betsabé le dedicó una fría despedida y no vino con nosotros. Caminando junto a la piscina, hacia la puerta del recinto, le dije, en tono de broma:

- Bueno, espero que no te riñan mucho en casa.

- No, entre semana estoy solo. Pero me llama para saber dónde estoy, y si sospecha que estoy fuera demasiado tiempo, nada me libraré de un tercer grado. Discreto, disimulado, pero tercer grado.

- ¿Tu mujer es celosa?

- ¿Conoces a alguna que no lo sea?

- La mía. Nunca hace preguntas.

- Qué suerte...

- No sé qué decirte. A veces es frustrante. Es como si no le interesara nada.

Atravesamos el umbral ojival de Dar Annafura, y allí nos despedimos.

- Creo que te equivocas. - respondió él, desviando la mirada al horizonte turquesa del mar que se extendía frente a nosotros: - Tienes tanto miedo de perderla, que no te das cuenta de lo que sería obvio para cualquiera.

- No entiendo a qué te refieres.

- Que es la primera vez que veo a una mujer no intentando a toda costa quedar por encima en una pelea. Ha cedido. Refunfuñando, pero ha cedido.

- Yo le he devuelto la caja.

- Con una condición muy estricta.

- Bueno, de eso se trata. De llegar a un acuerdo.

- No. Con las mujeres nunca se trata de acuerdo, amigo mío. Ellas siempre tratan de salirse con la suya, y pisotearte.

Ostras. ¡Andrés era mucho más misógino que yo! Ahora comenzaba a comprender...

- ¡Ah, hermano! - dije, sonriendo con picardía, y estrechando aún más el círculo: - En mi familia jamás se consentiría eso. Y he aprendido de los míos que existen métodos más sutiles y efectivos que el uso de una vara verde.

- Pues tendrás que enseñarme, porque de verdad que estoy harto de agachar la cabeza.

- Cuenta conmigo cuando lo necesites. - le dije.

Se alejó de mí con caminar presuroso y algo desgarrado.

- ¡Ten cuidado en la escalera! - le advertí, cuando le vi llegando al borde. Levantó la mano, a modo de saludo.

Volví al interior de Dar Annafura, contento. Andrés había caído definitivamente en mi terreno. Por otra parte, tenía la impresión de que el capricho de Betsabé había comenzado a diluirse ese día. O incluso desaparecido de golpe. Un detalle en apariencia insignificante, o alguna particularidad que a ella le pareciera vulgar, que súbitamente corriente, hubiera socavado la masculinidad.

lo convirtiera en alguien o que, lo diré claramente, idea que Betsabé tenía de

Podría contar tantas historias sobre esto... Qué habría hecho o dicho Andrés para decepcionarla. ¿Algún gusto musicalmente inaceptable para ella, un comentario ridículo con pretensión de ser gracioso? ¿Alguna simpleza que lo hubiera derrocado estrepitosamente desde el altar de sus deseos?

Betsabé es capaz de despreciar lo que antes adoraba con una facilidad

pasmosa. Quién puede soportar esos vaivenes si no alguien como yo.

### **BETSABÉ: sus problemas con la religión.**

Aunque no había sido bautizada, Betsabé se había criado rodeada de un ambiente y una cultura eminentemente católicos, e incluso en el colegio, desde pequeña, había asistido a las clases de religión, aprendiendo oraciones y mandamientos que luego nunca usaba ni ponía en práctica. Celebraba la Navidad y la Semana Santa, y a pesar de que su padre decía que era todo una farsa, éste no se mostraba beligerante, mucho menos su madre, aunque tampoco fuera especialmente devota. Esto era, como aprendería Betsabé más adelante, porque sus padres, como les sucedía a muchos, creían que la utilidad del catolicismo era preservar el orden social, la moral y las buenas costumbres, y, por supuesto, mantener las tradiciones a salvo de las corrientes modernas y foráneas. Aparte de eso, en su casa nunca nadie rezaba. ¿Qué sentido tenía hacerlo en privado? Se “rezaba” en público, haciendo mucho ruido, que te vieran todos. Porque para la mayoría era un hecho social, no personal. El mundo invisible era para ellos (sus padres) una quimera, y la meditación y la paz interior eran cosas de “indios” (?) y chinos, que por lo visto, no tenían otra cosa mejor que hacer. No obstante, sus padres no participaron nunca en manifestaciones religiosas, como tampoco la bautizaron, queriendo dejar en sus manos esa decisión para que fuera un acto consciente y libre si se llegaba a producir. Un ataque de librepensador moderno que tuvo su padre, que cuando nació Betsabé tenía treinta y seis años, y que en esa época estaba inmerso en un entorno europeísta ilustrado, que lo hacía simpatizar y apoyar el cristianismo, en tanto trinchera cultural bajo el control del sistema al que se supeditaba, pero al que nunca permitió cruzar el umbral de su casa. A excepción de una virgen del Pilar que había en el mueble del salón, regalo de un familiar, y otra figurita de una virgen negra y fea, recuerdo de no sabía dónde. Había, además, una biblia en una estantería, grande y suntuosa, con páginas de bordes dorados y hermosas ilustraciones. Betsabé era la única que la cogía para leer los resúmenes que, en viñetas muy cuidadas, hacían para alguien de su edad más asequibles las historias de Noé, Jonás, Abraham, Lot, Moisés, el rey David y Salomón. Allí descubrió de dónde procedía su nombre: la mujer de la que el rey David se prendó al contemplarla bañándose desde una azotea. También vio el arca de la Alianza (con el dios Dagon derribado a sus pies), la destrucción de Sodoma y Gomorra, el Diluvio, las plagas de

Egipto... Aquellas historias fascinantes poco tenían que ver, sin embargo, con lo que le enseñaban en la escuela, donde era todo mucho más doméstico y aburrido: había que ir a misa, rezar el rosario, amar a la familia y no fiarse de la modernidad. Todo eran flores de colores y cancioncillas ñoñas. Parecía una religión distinta de aquella que veía plasmada entre palmeras, desiertos, oasis, pirámides y montes rocosos. Más aún se acrecentó esta sensación cuando un día de Navidad, vio en la tele el clásico de clásicos “Los Diez Mandamientos”. Allí estaban: las plagas, el Ángel de la Muerte, la columna de fuego, la zarza ardiente, la partición del Mar Rojo, el becerro de oro... ¿por qué no le hablaban de todo eso en clase? ¿Había sucedido de verdad? ¿Por qué tenía la impresión de que aquellas eran historias lejanas que en realidad nadie creía actualmente? Lógicamente, como era una niña, Betsabé no se quedaba demasiado tiempo dándole vueltas a esas cosas. Eran impresiones, preguntas fugaces que no se atrevía a verbalizar ni en clase ni en casa, y que se acababan diluyendo como un azucarillo en el café.

Cuando a los nueve años la mayoría de los niños se preparaban para hacer la comunión, a Betsabé le resultó indiferente mantenerse al margen, porque además no era la única: con ella había una docena más que tampoco la harían por diferentes motivos. Además era un rito confuso, que nadie era capaz de explicarle con convencimiento y que ninguno de sus compañeros sabía realmente qué significaba. Así que, a pesar de los regalos, los trajes y la fiesta, a Betsabé no le resultó atrayente. Al contrario, comenzó a sentirse distinta y especial, y eso le gustaba.

Más aún cuando, en su inocencia, le preguntó a Karim:

\_ Oye, Karim, ¿tú de niño hiciste la primera comunión?

El genio había abierto mucho los ojos, había exclamado algo parecido a “¿ein?”, y a continuación se había echado a reír a carcajada limpia. Había esperado a que se le pasara la risa, pero Karim no podía parar.

- ¿Pero qué pasa? - había insistido ella, confusa. Sin dejar de reír del todo, Karim le aseguró que en unos años, ella también se reiría así cuando recordara haberle hecho esa pregunta.

Casi. A los doce años, Betsabé, más que ganas de reír, lo que tenía eran muchas preguntas y muy pocas respuestas. Sin embargo, debía admitir que fue precisamente el yinn el único en darle una contestación plenamente justificada,

cuando ella acudió a él para manifestarle su confusión en aquellos asuntos:

- ¡Es que no lo entiendo! ¿Cómo puede haber gente fanatizada en torno a una figura de escayola o de madera? ¡Es como creer en los Reyes Magos!

- Porque son idólatras y están extraviados. - le respondió Karim con tranquilidad: - Se limitan a repetir los ritos que les enseñaron sus padres, sin preguntarse qué hacen ni qué significan. Es tan antiguo como el sol.

- ¡Pues es absurdo! ¡Hacer las cosas por costumbre y sin sentido alguno!

- Llevas toda la razón. - asintió Karim. Por si esto fuera poco, conforme fue creciendo, descubrió lo que definitivamente la alejó, en particular, del catolicismo sociológico: la hipocresía. Le pareció que se había convertido en una religión sin dios, un ritualismo vacío, que muchos se empeñaban en defender y aupar simplemente por inmovilismo, por reacción, por mantener un orden y unas tradiciones tras las cuales no había nada, y que a pesar de su obsesivo empeño en ocupar el espacio público, estaba sin embargo desterrado del ámbito doméstico y de la intimidad personal. En esta percepción de las cosas también tuvo mucho que ver Karim, que, en contraste con lo que Betsabé observaba a su alrededor, vivía su religiosidad de una forma íntima, pero intensa, sin aspavientos ni alharacas. Ya de pequeña, cuando alguna vez se había presentado de improviso en el ático, le había sorprendido mirando hacia el postrado sobre oriente. No una alfombra, había querido interrumpirle, y le había observado, desde las sombras, realizar sus movimientos se forma suave, ensimismado en su recogimiento y devoción, mientras recitaba en un susurro palabras para ella ininteligibles. La primera vez que le había visto así, había sido una noche primaveral, después de la cena, siendo ya noche cerrada. Una lámpara de aceite de llama temblorosa, proyectaba sombras gigantescas sobre las paredes del ático. A Betsabé esta imagen la había cautivado, y no la había olvidado nunca, aun no sabiendo muy bien de qué se trataba. Esto sucedió en más ocasiones, y ella siempre se detenía en la puerta, con respeto, esperando que él terminase. Más adelante, ya de jovencita, procuró evitar ciertas horas para así no molestarle, aunque sabía que a él no le importaba que le viese, y que estaba tan absorto en su oración, que apenas si se percataba de su presencia. Era todo lo contrario a lo que veía a su alrededor.

No obstante, se diría que el carácter de Betsabé la incapacitaba para abrazar religión alguna. Se interesó por el budismo, y realmente aprendió mucho de él, pero le acabó pareciendo una pesadez. Le atraía lo espiritual por lo que tenía de búsqueda, de intangible, y no se cerraba a nada. Mas su tendencia al hedonismo, en plena eclosión, la apartaba de tomarse en serio ninguna

corriente religiosa. Además, a los quince años estaba a punto de descubrir que no necesitaba estar enamorada para disfrutar del sexo, y esto acabó convirtiéndose en el eje central de su juventud, dejando lugar para otros asuntos únicamente cuando necesitaba tomarse un descanso de la montaña rusa del placer, en la que solía embarcarse.

El tal descubrimiento tuvo lugar en la casa de un compañero de clase, en su cuarto, donde se habían encerrado para estudiar inglés. El chico, al que todos llamaban por su apellido, Mendoza, le caía bien a Betsabé, pero nunca se había sentido atraída por él, era imposible teniendo a Karim en el ático. El joven Mendoza no era ni feo ni guapo, ni el más popular ni enrollado, vestía un poco viejales para su edad, era inteligente, y se le daban bien las matemáticas, tal vez era incluso maduro para su edad, pero, en definitiva, era un chico tan común como el matojo común; y sin embargo, esa tarde, tuvo un comportamiento extraordinario, en el sentido estricto de la palabra: estando solos, porque sus padres habían salido de compras, Mendoza cedió a un impulso y se abalanzó sobre Betsabé para besarla. Ella, sorprendida y apabullada, tras unos segundos confusa, lo rechazó, separándose de él, pero sin demasiada agresividad. Entonces, el muchacho, resistiéndose a su vez a este rechazo, y procurando no apartarse de ella, le confesó: “Estoy loco pro ti. Por favor, por favor...” aquellas palabras pusieron aún más nerviosa a Betsabé, que entonces sí se levantó, aturdida, y decidió marcharse. El muchacho comenzó a disculparse ya lamentarse por lo que había hecho. Pero Betsabé, acelerada, necesitaba tomar el aire y asimilar aquello.

La sorpresa fue que, pasada la agitación, en su dormitorio, sentía como si algo muy dulce y caliente se estuviera fundiendo en sus entrañas, reviviendo lo sucedido una y otra vez. Y se estremecía sonriéndose. Fue a contárselo a Karim, que le escuchó con expresión severa:

- Nunca me he sentido atraída por él. - le explicó: - No le he visto nunca como a un posible novio, pero, no sé... Lo que ha pasado me gusta...

- Ya. - contestó el yinn con gravedad.

- Y ahora tengo que verle en clase y no sé cómo reaccionar, ni qué debo decirle.

- Si no estás segura, no le des esperanzas. - le aconsejó Karim: - No te dejes engañar por esas sensaciones. No tienen que ver con el amor.

Y esa fue su escueta explicación. No profundizó más en el tema, y la consecuencia fue que Betsabé sí se dejó llevar por esas sensaciones, y consintió en seguir yendo a estudiar a casa de Mendoza, donde, con mucho



gusto, se dejaba besar y tocar por él. Se llevaba luego todo el tiempo excitada recordándolo. Mientras duró aquella situación, no volvió a ver a Karim. No quería contarle lo que pasaba, intuía que no le haría gracia. Luego, cuando Mendoza le pidió salir, Betsabé aceptó, pero duró muy poco. La aburría, no era su tipo. La efervescencia del sexo inicial se evaporó, y se le dejaron de apetecer sus besos y sus caricias. El muchacho lo pasó mal, y ella se sintió muy culpable. Cuando pasados varios meses volvió a ir a visitar a Karim, este le dijo con tonito:

- ¡Hombre, qué sorpresa! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué? ¿Tienes algo que contarme?

- No. - contestó ella sonriente.

Él hizo una mueca, pero no insistió. Ella se dio cuenta de que lo sabía todo. Pero no iba a comentar una palabra. Su placer físico, en tanto mujer que era, desvinculado de lo afectivo y el compromiso, era considerado sucio por todas las religiones que conocía, y esto le acabó apartando de ellas desde ese momento en adelante. Y no solo eso, sino que comenzó a resultarle poco atractivo, como un amuleto anti lujuria, que un hombre fuera religioso, en concreto católico. Si tenía que ser sincera con ella misma, le resultaba un credo con unos ritos, y unas prácticas poco apropiadas para un hombre. No le pasaba esto, sin embargo, con Karim, ya que la imagen que tenía Betsabé de la religión islámica era mítica, como una fe de guerreros orgullosos, más transparente, atávica, de alguna manera viril, y sobre todo, menos farisea. Pero un tipo asiduo a quinaros y novenas, aficionado a las procesiones y los besamanos, que llevara estampitas en la cartera, o medallitas, le parecía lo menos sexy del mundo, por muy guapo que fuera. No necesitaba más para no tener una segunda cita, que descubrir que el tipo era de misa dominical o que salía de penitente en Semana Santa. Cualquier interés que hubiera podido tener, desaparecía ipso facto. Era un prejuicio injusto, como lo son todos ellos, pero no podía evitar tenerlo. No lo ponía de manifiesto, no lo aireaba, no le gustaba lastimar a los demás gratuitamente. Pero funcionaba así, era casi automático.

Y algo de esto le había pasado con Andrés. Durante las horas en la que el monitor estuvo haciendo de mediador entre ella y el genio, estando en la biblioteca, surgió un detalle, a consecuencia del juramento que Karim le había solicitado a su ama, que llevó a ésta a sacar unas conclusiones, puede que precipitadas, que apuntaban en una dirección que la hicieron desilusionarse con él. concreto, fue:

- Bueno, yo llevo una El comentario en

estampita de fray Leopoldo en la cartera. Por si a Karim no le basta el juramento sobre el Corán...

Betsabé se lo había quedado mirando intentando dilucidar si era o no una broma.

- ¿Fray Leopoldo? ¿En serio?

- Sí. - se reafirmó él, con gesto inescrutable: Me la dio mi madre.

Betsabé sintió como si una avalancha de piedras la pillara de improviso por una ladera, sepultándola. Procuró que no se le notara el tremendo chasco, mientras que guardaba silencio y se subía a la escalerilla para acceder a la parte superior de la estantería, donde estaban los libros de Karim. Se sintió estúpida, ridícula, casi se le apetecía reírse de sí misma. Fue como si un yinn chasqueara los dedos haciendo desaparecer un espejismo.

## CAPITULO 11



**KarimElGenio**

@YinnKarim

El Plan B en marcha #EnElShangriLa #AlYarás  
#LlegaelOtoño 🍃☁️🌂

No sé dónde ha guardado Betsabé el cetro de Iblis. Pero sigo sin estar tranquilo sabiendo que lo tiene. Y ya no solo por mí, ahora también por ella. Estoy convencido de que su intención es cumplir su juramento, y no usarlo contra mí. Pero ella es voluble e imprevisible. Inconstante. Olvidadiza. Dentro de un año, quizás de lo jurado ya no se acuerde, o no le parezca importante. Lo quiero lejos de su alcance, y fuera de Dar Annafura. Así que busqué a alguien que quizás estuviera interesado en robarlo.

Solo hay unos pocos motivos por los cuales un genio justo se pone en contacto con alguno de los extraviados: necesidad urgente de información, traicionar al amo, poner en marcha una venganza, o un trueque. Imagino que mi propósito encajaba más en este último. No es agradable hablar con ellos porque suelen tratarnos (a los justos) con displicencia y aires de superioridad. Yo quería encontrarme, además, con uno de los que más fama de soberbio y arrogante tiene: uno al que llaman AlYarás, sobre el que había escuchado desde siempre

historias irritantes, nada divertidas. Pero por eso pensé que era quizás el que más interesado podía estar en un objeto que tanto temor supersticioso causa como es el cetro de Iblis. No me lo imaginaba rechazando la ocasión de poseer algo así. De modo que una noche de sábado, cuando Betsabé ya estaba dormida, dejé Dar Annafura, y me planté en el Shangri-La, un tugurio lujoso y carísimo que AlYarás regenta en Chipre. No tuve problemas para entrar, pero cuando pedí verle, tuve que insistir para que siquiera consintieran en ir a molestarle y decirle que yo, un insignificante yinn sometido, estaba allí esperando que me recibiera. Cuando conseguí que al menos fueran a avisarle, me quedé en medio del local, entre la muchedumbre que reía, bebía y bailaba, una música hipnótica, sensualizante y eléctrica, bien sazonada de luces de neón y demás efectos luminotécnicos. A Betsabé, pensé, le encantaría aquello. Esperaba que AlYarás me viera desde la atalaya donde se encontrase controlándolo todo. Con que sólo despertase su interés, ya sería bastante. A los pocos minutos, me dirigí a la barra, y pedí un cóctel “sin alcohol, por supuesto” remarqué con firmeza (mirada de desconfianza del chico que atendía la barra. ¡Qué lugar de desatino!). Antes de que hubiera empezado a tomármelo, me encontré a AlYarás sentado a mi lado, con una amplia sonrisa, y una mirada burlona en sus ojos oscuros.

- ¡Caramba! - exclamó: - Voy a echar a esos imbéciles a patadas por no saber darse cuenta de cuándo merece la pena escuchar a alguien. - Me tendió la mano. - Soy AlYarás. El que andabas buscando.
- A mí me llaman... - comencé a decir estrechándosela.
- Karim. - se anticipó. Su sonrisa se hizo más amplia: - Ven, hablemos.

Su apariencia era la de un hombre fornido, en plena madurez. Tenía el cráneo completamente rapado, y su piel era del color del bronce. Su rostro era ovalado, de pómulos pronunciados, con una nariz ancha, y una boca amplia de labios carnosos. Sus ojos eran profundos, de pestañas largas y pupilas como el carbón. Betsabé se hubiera pirrado por él. Además tenía una voz grave y potente. Todo en él irradiaba fuerza y carácter.

Procuré no dejarme intimidar ante semejante presencia. Sentado frente a él en un reservado al que me llevó, cuidé mucho de mantener una postura recta y confiada.

- Bueno, te escucho. - me dijo: - ¿Qué viene a buscar aquí, a mi local infecto e

indigno, un buen chico como tú?

- Hay algo en mi casa que no quiero seguir teniendo allí. Pensé que si alguien pudiera estar interesado en llevárselo, ese podrías ser tú.

- ¿Tu casa? - inquirió escéptico.

- Sí. La hice yo. - respondí: - Hay un objeto que me perturba, y del que intenté deshacerme. Pero como no es mío, tuve que devolverlo antes de...

- ¿De quién es, de tu amo?

- De mi protegida. - le corregí: - No sé cómo ha llegado a su poder, y...

- ¿Es una mujer? - señaló, con expresión divertida y maliciosa.

- Es vieja, gorda y fea. - me apresuré a aclarar: Pero centrándonos en lo importante...

- Espera, chaval, no me corras. - interrumpió de nuevo: - Háblame de ella, ¿cómo se llama?

Intenté levantar un muro en mi mente. Aquel pillastre se las sabía todas y costaba mantenerle la mirada y pretender engañarle:

- Berenguela. - improvisé: - Es una arpía insufrible, y precisamente por eso, no...

AlYarás comenzó a reírse a carcajadas, y yo me sentí un pardillo:

- ¡Buen intento, esclavo! No esperaba menos. Pero debo advertirte que aunque así, de primeras, me hayas gustado, no voy a consentirte que me mientas, como si yo fuera un imbécil. Así que empecemos de nuevo: su nombre.

Contesté de mala gana, desviando la vista.

- Se llama Betsabé.

Era inútil cualquier resistencia. La vio en mis pensamientos, espléndida y hermosa, como un día de verano.

- Vaya... - musitó AlYarás: - Y tú estás loco por ella... qué situación... Eres esclavo por partida doble.

- ¿Tienes interés en saber de qué se trata ese objeto, o no?

- Por supuesto. Ahora mucho más. ¿Algún juguetito con el que es capaz de ponerte de rodillas?

- Pues mira, algo parecido. Aunque nunca lo ha usado, ¡ *alhamdulillah*

- Sí, vale, *alhamdulillah*... Dime qué es.

- Se trata de un cetro de Iblis ¡maldito sea su nombre!

AlYarás asintió con una mueca de fastidio escéptico en su cara, y preguntó:

- ¿Pero es auténtico? Mira que han intentado más de una vez endosarme alguno

más falso que una moneda de goma...

- Sí lo es, AlYarás, te lo aseguro. Por eso quiero que te lo lleves y que luego hagas con él lo que te dé la gana.

AlYarás me contempló con expresión ceñuda.

- ¿Pero tú sabes bien para qué se usa un cetro de esos?

- Pues claro verdugos y someter que lo sé: para invocar a los a tortura a los genios, para doblegarnos y escarmentarnos. Shams me contó esas historias ... aunque ya antes había oído hablar de ellas, pero creía que solo eran leyendas.

- Ah, sí. Pobre Shams. ¡Qué injusticia tan grande! - exclamó AlYarás: - ¡Esa panda de...! Pero qué puedes esperar...

No me sorprendió que conociera el asunto. El triste final de Shams había consternado a todos, todos los yinn habían sabido de ella y de lo que había pasado, suscitando todo tipo de opiniones y mucha indignación, sobre todo en los insumisos. Que hubiera sido ejecutada por haber matado a un ser humano, les hacía echar espuma por la boca. Para los extraviados, los hijos de Adán no son mejores que un perro, un gusano, o incluso un cerdo.

- ¿Entonces qué, te interesaría? - insistí.

- Sí, claro. No es bueno que un humano tenga un artilugio de esos, menos aún si es una mujer.

- Entonces, si no te importa, espera alrededor de un mes, mes y medio. Cuando ella ya se haya olvidado... Es que, verás, tuvimos una bronca a cuenta del cetro; se enfadó mucho cuando descubrió que se lo había quitado.

- Ya. O sea, que tenía intención de usarlo.

- Sí, bueno, fue consecuencia de una pelea anterior y... la cosa se puso muy tensa.

- ¡No me digas! ¿Eres respondón? Igual te has equivocado de bando.

- No, es que verás, nuestra relación siempre ha sido muy especial, ella nunca me ha tratado como... como a un sirviente. - Bajé la vista, algo dolido, y añadí: - Pero últimamente eso ha cambiado. Alguien ha ejercido una mala influencia sobre ella, me trata de forma distinta... También influye que esté medio idiotizada con un tipo, y que se empeñe en que yo haga lo que no puedo... Cree que es porque no quiero, me culpa de que el fulano no quiera nada con ella... Lo paga conmigo. Y cuando descubrí que tenía ese instrumento de castigo, me sentí... - negué con la cabeza, incapaz de encontrar la palabra.

- Bueno, bueno, hay que animarse. - dijo AlYarás golpeando la mesa, al ver que me afligía: - Eso te pasa por colgarte de tu ama, ¿a quién se le ocurre?

Muy serio, me eché hacia adelante, y le pedí:

- AlYarás: quiero que averigües quién es. Quién le ha dado ese cetro, quién la ha indispuerto o ha intentado indisponerla contra mí. Por favor, te lo pido. Si vieras el libro infecto que encontré en su dormitorio...

- ¿Cuál?

- Uno llamado “Cómo dominar a las criaturas de fuego”. ¡Una basura! Un libelo contra nuestra especie, una aberración.

- ¿Pero de verdad esperas otra cosa de los humanos? ¡No sé qué tenéis algunos en la cabeza! Son unos soberbios ignorantes.

- Por favor, averigua quién ha sido.

- ¿No has sido capaz de sonsacárselo?

- No. Es como si estuviera borrado de su mente, por eso creo que ha debido ser uno de los nuestros.

- Si fuera así, sería repugnante. - afirmó rotundo, con gesto grave. Pero enseguida volvió a recuperar su tono jocoso: - Je, je, me gusta que te lo tomes como algo personal. Tienes carácter para ser un esclavo.

- Es que nunca me he sentido como tal.

Esa fue nuestra charla. Me invitó a seguir disfrutando de la noche en su harén, y bueno, eso me desvió de los planes que en un principio tenía en mente, que era hacerle una visita, aunque fugaz, a Mely. Pero la idea de colarme en su dormitorio a modo de sueño no me acababa de convencer, así que fue fácil que un par de mujeres ardientes y medio desnudas me disuadieran enseguida. Ya iría a buscar otro día a Mely, más tranquilamente, para hablar con ella mientras comíamos pollo frito, o pizzas o cualquiera de aquellas guarradas que le gustaban a ella. Luego nos iríamos a jugar a los dardos, o al billar, mientras ella se tomaba sus chupitos, escuchando de fondo esa música oscura y ruidosa que solían poner en sus antros favoritos. Pero esa noche, en el Shangri-La, hum, mi destino era otro, y me quedé atrapado en las redes de un placer anónimo, sin interferencias de emoción alguna, sin mezcla, un placer puro, donde el propio ego se diluía, que me hizo olvidarlo todo, incluso a la propia Betsabé. Eran criaturas de carne y hueso, y el escenario era real. No era una prolongación de mis fantasías, no eran mis efímeras odaliscas. Era más tangible y sorprendente. Además, no iba a desairar a mi anfitrión rechazando a sus mujeres. Me vi lanzado a un mar de excitación erótica irresistible, no fue algo que yo buscara deliberadamente. Si entrara en detalles, se entendería mejor, pero sería inacabable. Y tampoco quiero recrearme demasiado en ello. Al menos ahora. Quizás en otra ocasión.

Así que hasta casi el amanecer, estuve en el local de AlYarás, disfrutando de

su hospitalidad, tan generosa. Estaba claro que, por algún motivo le había caído bien. Era una suerte.

Andrés, aquejado de una gripe, estuvo una semana sin venir, durante la cual, a Betsabé le dio por bajar temprano a la playa, bien abrigada en su chaleco de punto, y a caminar arriba y abajo por la orilla. Ya se acercaba noviembre, y durante esos días llovizó un poco durante las primeras horas, aunque luego, a media mañana, el cielo se abrió mostrando un sol espléndido. Yo la esperaba con el desayuno preparado, té negro e intenso y tortitas, que ella tomaba mientras miraba la prensa en su tablet. En los últimos meses (desde que estábamos allí) era casi su único contacto con el mundo exterior, quitando sus salidas al pueblo más cercano para comprar alcohol. Por eso me sorprendió, cuando una de esas mañanas, sin levantar los ojos de la pantalla, me propuso:

- ¿Qué te parece si el día treinta y uno nos vamos a la ciudad, a una fiesta de Halloween?
- ¿Una fiesta de qué? - pregunté con extrañeza.
- De Halloween. Ya sabes: disfraces, calabazas, dulces, películas de miedo...
- Menuda mamarrachada.
- Venga, Karim; se me apetece un poco de juerga. No salgo de aquí.
- Porque no quieres. Podrías ir a algún concierto de tu antiguo grupo.
- ¿Vendrías conmigo?
- ¿Para qué, para que me pidan que me suba al escenario y me líen otra vez? Yulen se muere porque cante con ellos.
- O por ti, simplemente. - dejó caer ella con malicia.

No le conté lo último que sabía de Zafir Victoria. Yulen me había enviado los arreglos que le había hecho a mi canción “Te amé 1000 noches” para convertirla en un tema dance, y había conseguido impresionarme, realmente. Yo había compuesto un tema bueno, desde luego, pero él lo había transformado en fabuloso. Lo mejor era que estaba funcionando muy bien en los clubes más populares de diferentes ciudades, y Yulen (según me había contado él mismo, en una llamada de la que no le hablé a Betsabé) se sentía despegar. Yo escuchaba el tema a espaldas de Betsabé. ¿No había hecho ella lo mismo con aquel repugnante libro? Pues eso me legitimaba a mí para hacer lo mismo, aunque lo mío era menos grave, porque se trataba de una inofensiva canción.

Que compuse pensando en ella, cierto. Y que interpretaba su antiguo grupo, sí.

(¿Lo pondrían en el Shangri-La de AlYarás? Tenía que preguntárselo la próxima vez. Tendría su gracia.)

Bah, en todo caso, que no se me apetecía decirle nada de lo bien que empezaba a irle a Yulen, ya está.

- Pues necesitas distraerte con algo, Betsabé, – continué diciéndole: - no puedes pasarte los días sin hacer nada, solo leyendo y viendo pelis.

- Por eso me gustaría ir a alguna fiesta esa noche.

- Me refiero a buscarte una actividad, un objetivo. No a ir a una fiesta absurda. Betsabé se quedó pensativa.

- Hay un chaval en el pueblo que tiene un puesto de artesanía en cuero; se llama Izán. Trabaja en un cuchitril, pagando un alquiler que no es caro, pero teniendo en cuenta que apenas saca para comer, para él es una carga.

Continué escuchándola, expectante. Ay.

- Había pensado que quizás podríamos dejarle un espacio aquí para que tuviera su taller. Estaría más cómodo y no tendría que pagar alquiler alguno, supondría mucho para su economía.

Me limpié la boca con una servilleta, sin poder evitar ponerme de mal humor. Es que era terrible. ¡Terrible!

- ¿Qué pasa, no tiene familia? - dije: - ¿Tan mal está?

- No lo sé. Solo hablé un poco con él el otro día, que le compré un par de pulseras. Le pregunté por el negocio y se le veía agobiado.

- Ya. - repliqué. Y añadí con ironía: - Espera, que ya lo veo: Betsabé, la benefactora. La santa. ¿Qué edad has dicho que tiene?

- ¿Y eso qué tiene que ver? - saltó ella, molesta.

- ¡No, nada! Pero estoy seguro que no tiene más de treinta y cinco. También estoy seguro de que si se tratara de una chica, te traerían al paio sus problemas.

- Ya empezamos...

- Ya empezamos, qué. Verás, Betsabé, he visto bastantes historias parecidas a lo largo y ancho del mundo. Tipos con grandes fortunas que, ¡qué cosas!, cuando sentían la llamada del altruismo, era para montar hogares o internados para chicos sin recursos. Muchachos en la flor de la vida que quedaban inmensamente agradecidos.

- ¡Qué asco me estás dando, Karim! - exclamó ella.

- ¿Por qué, es que me lo estoy inventando yo?

- ¡Tienes la mirada sucia! Nado en la abundancia y quiero compartir algo, una menudencia de esa fortuna, con alguien que creo que merece una mejor suerte,



y tú lo rebajas a algo obsceno.

- ¡A qué vienen tantos remilgos! Nunca has necesitado justificación moral para satisfacer tus caprichos. ¿Tienes que montarte ahora todo ese rollo solidario para intentar meter a un tío en tu cama?

- Mira, he decidido consultarte esto, sin tener por qué, pero ya me tienes harta con tus celos. Deja de juzgarme porque no tienes derecho. ¡No te parece bien nada, joder! Ni la fiesta, ni que le ceda un cuarto a un artesano...

- ¿Y qué pasa con Andrés? ¿Ya se te ha pasado el antojo? ¿Ya vas a darle puerta?

- ¡Pero de qué hablas! No voy a darle puerta, estoy muy contenta con él, es un excelente monitor.

- No está aquí por eso, está aquí porque querías tirártelo. ¿Sigues queriéndolo?

Betsabé se levantó de la mesa, ofuscada.

- ¡Mira, Karim, que te den! No te aguanto, no te soporto. Déjame tranquila. No te preocupes, Izán no vendrá, si tanto te molesta. A ver si desapareces una temporada y dejas de dar tanto el coñazo. ¡Con la de mujeres que hay, y no te da por estar pendiente de ninguna, más que de mí! ¡Qué hartura!

Era como clavarme una daga y retorcermela en las entrañas. Sus palabras fueron como si me descoyuntaran los huesos uno a uno. Ya se había encendido el horno y me estaba abrasando. Otra vez. ¿Cuándo habría descanso para mí? Mientras se alejaba cruzando el patio, exclamé con voz ahogada:

- ¡Toda esta abundancia que tienes me la debes a mí! Tú no tienes nada... sólo a mí.

Pero no me escuchó, porque me faltaron las fuerzas para gritar, y me las dije a mí mismo. Hubiera querido arrancarme el corazón, ojalá hubiera podido.

Al mediodía, con un tiempo húmedo y otoñal, me fui a la ciudad, y esperé a Mely a la puerta de su facultad. Salió con una compañera, sonriendo como siempre. Se le congeló en la cara al verme. Cuando me acerqué para hablarle, la compañera me miró con los ojos muy abiertos, como si no diera crédito a que alguien como yo fuera a buscar a Mely. Más aún cuando, por su reacción y mi prudencia en el acercamiento, quedaba claro que no era un familiar ni un simple amigo.

- Hola Mely. - le dije, evitando cualquier efusividad.

- Karim, qué haces aquí. - preguntó ella con sorpresa.

- Pues nada, tenía ganas de verte y pensé que a lo mejor se te apetecía que fuésemos a comer juntos, y así me cuentas cómo te va.

Dudó un poco. Su compañera seguía mirándome, diríase que atónita, igual pensando que se trataba de algo preparado por Mely, para presumir.

- No, Karim, es muy precipitado, no... yo tenía planes...

- Oye, por mí no te preocupes. - se apresuró a decir su compañera: - Yo me voy con Fran al Marbella.

- Bueno, entonces... - Mely no sabía qué hacer:

- Vale, Karim, tomemos algo. Pero esta tarde tengo que estudiar y quiero ir al gym.

- Sí, por supuesto. - dije, más animado.

Buscamos un local que estuviese un poco apartado del trasiego universitario, para estar más tranquilos. Nos metimos en un bar, y ella se pidió una ensaladilla y un refresco. Ni siquiera verme le quitaba las ganas de comer. Yo pedí una tónica.

- ¿Cómo te va con los estudios? - pregunté, mirando fugazmente la carpeta de apuntes que puso sobre una silla, junto con su chaqueta vaquera.

- Bueno, acabo de comenzar el curso; de momento, es llevadero. ¿Y tú, qué?

- Pues nada, allí sigo, en la Jazminera.

- La mala vida, ¿eh? - comentó ella, sonriendo.

- Sí, ya ves. Ahora aquello se ha quedado muy solo. Y ya que lo mencionas, aprovecho para decirte que puedes volver cuando quieras, cuando tengas unos días...un puente largo...

Mely se pasó la mano por la cara, retirándose el pelo, suspirando, y desviando la vista. Fue muy clara:

- No he conseguido en estos tres meses que pase un puto día sin acordarme de ti. He hecho un esfuerzo sobrehumano para no marcar tu número.

- Sí, ya. Ni siquiera un mensaje. - me quejé: Ni respondes a los míos.

- Exacto, pues imagínate... Y ahora que empiezo un nuevo curso, que parece que ha pasado lo peor... que el maldito verano ya se ha ido, y no me va a recordar tanto a ti, te presentas de buenas a primeras... un día de lluvia precioso... Vuelvo al principio.

- Es que no quiero que te olvides de mí, me alegro de que te resulte tan difícil... ¿Quieres explicarme por qué te marchaste? ¿Por qué ya no quieres estar conmigo?

- Te lo dije una vez y te lo repito, no tengo problema: porque no sé de qué vas. No sé cual es tu rollo conmigo, pero desde luego, sincero no eres. Y eso me hace sufrir, me hace mucho daño.

La contemplé zampándose la ensaladilla, dándome cuenta de lo a gusto que

estaba siempre con ella; la angustia desaparecía, Mely tenía el don de cambiar el mundo a su alrededor, convirtiéndolo en un lugar fácil y agradable. Decidí que no podía perderla, dejarla que saliera de mi vida definitivamente sin intentar jugar mi última carta: la de la sinceridad. Lo peor que podía pasar es que me tomase por un loco, o que se horrorizara si le mostraba la verdad, y, total, el resultado sería el mismo: quedarme sin ella.

- Mely, si no te he contado la verdad sobre mí, es porque resulta complicado, y no es sencillo ponerla encima de la mesa. Hay cosas que pensaba que sería mejor que no supieras, porque no son fáciles de entender ni asimilar.

- Y Betsabé, tu prima, ¿ella sí sabe *tuverdad*? ¿Ella sí puede asimilarla?

- Sí, porque la conoce desde pequeña.

Mely me miró cambiando su expresión ligeramente, con curiosidad. Luego aventuró:

- Oye, Karim, ¿se trata de... que te cambiaste de sexo, o algo así? Porque si se trata de eso, yo...

- No, Mely, no va por ahí. Pero para ir ya despejando incógnitas: Betsabé no es mi prima.

Y de nuevo cambió la expresión de su cara. Esta vez frunció los labios y enarcó las cejas, antes de decir:

- Sí, ya, eso ya me lo olía. Aunque lo de primos liándose entre ellos no es tan...

- Es mi ama. - solté sin que me costase ningún trabajo.

Lógicamente, Mely creyó que no había oído bien. Se echó hacia adelante, mirándome fijamente:

- Perdona, ¿qué has dicho?

- Mi ama, mi gobernanta, mi dueña, como quieras llamarlo. Soy su sirviente.

De nuevo guardó silencio, mirándome con atención:

- ¿Esto viene por algo de tu familia, una deuda, algún rollo de esos, un asunto de lealtad entre clanes? Porque en cualquier caso, aquí tendrá validez cero, y tú eres libre de hacer lo que quieras con tu vida.

- Mely, ¿sabes lo que es un yinn?- la atajé.

Arreció la lluvia contra los cristales. Mely continuaba mirándome absorta.

- No. No he oído nunca esa palabra. - confesó.

- Un yinn, un genio. ¿Sabes lo que es?

- ¿Un genio; como Da Vinci, Mozart o Einstein?

- No. Un genio capaz de ofrecerte lo que deseas: un palacio a orillas del mar, riquezas, prosperidad, lo que quieras. Una especie creada del fuego que puede

decidir entre servir al ser humano, o volverlo loco. Yo elegí lo primero, y sirvo a Betsabé.

A estas alturas, Mely ya había torcido el gesto.

- ¿Un genio? ¿Como el de Aladino, el de la lámpara? ¿Me tomas el pelo?

- Eh, sí, más o menos, aunque yo no estoy atado a ningún objeto... digamos que soy un modelo más sofisticado...

- No me cabe duda. - musitó ella. Me estaba despreciando más que nunca. Era lo esperable.

- Puedo demostrártelo cuando quieras. O si no, llama a Betsabé y le preguntas. Aunque no le hará ninguna gracia que te lo haya contado.

- No sé si me está haciendo gracia a mí... masculló ella, con el entrecejo fruncido.

Abrí las manos con un gesto de resignación:

- Te lo advertí. - Y viendo que había dejado de comer, para darle un poco de aire, mientras pensaba en lo que acababa de decirle, le pedí:

- Oye, ¿vas a terminarte la ensaladilla?

No me contestó. Seguía mirándome, procurando entender qué motivos podía tener yo para burlarme de ella de esa manera. Yo cogí el plato de ensaladilla y comencé a comerme lo que quedaba.

- Eso...explicaría muchas cosas... - murmuró Mely mientras continuaba observándome.

Yo volví a enarcar las cejas mientras comía.

- Si es cierto lo que dices... ¿podrías concederme algo que te pidiera?

- Sí, siempre dentro de unos límites: no puedo hacer retroceder el tiempo, ni ver el futuro, no puedo resucitar muertos ni hablar con ellos, no puedo provocar la lluvia, ni hacer que surja el amor entre dos personas. A ver, qué más...

- ¿Podrías decirme las preguntas de un examen? ¿Una semana antes?

- Si el examen ya está preparado, sí.

De pronto Mely pareció emocionarse con algo que se le había ocurrido, y casi le tembló la voz al pedirme:

- ¿Podrías... conseguirme entradas para el concierto de mañana de los Muse? Estaban carísimas y por eso ni siquiera nos planteábamos ir.

- Claro. ¿Cuántas quieres?

- ¿Podrían ser tres?

- Por supuesto. Ahora mismo.

Metí la mano en el bolsillo interior de gabán de cuero, y saqué tres entradas

para el concierto de los Muse del día siguiente. Se las di, y ella las revisó, por detrás y por delante. Impactada intentó decir algo, pero no fue capaz.

- Pero... - musitó con un hilo de voz.

- Voy a contarte algo más. - comencé a decirle:

- Cuando tenías quince años, te enamoraste por primera vez, en el instituto, de un chico llamado Rafa; esperaste impaciente la fiesta de navidad que organizaba el centro para que sucediera algo. Era tu compañero de clase, y te llevabas bien con él, realmente pensabas que podría suceder algo. Pero lo que pasó, en realidad es que ese chico se enrolló con una de tus amigas delante de tus narices. Lloraste mucho esa noche. Llevabas un precioso vestido negro. Y estabas realmente guapa.

Mely no salía de su asombro. No me gustaba hacer aquel tipo de alardes ni exhibirme, pero ya que había tomado ese camino, cuanto antes se convenciera y lo digiriese, mejor.

- No... no le he contado nunca eso a nadie... murmuró con voz ahogada: - ¿Cómo puedes conocer eso?

- Porque al principio, cuando empezamos a quedar, te acordabas mucho de esa noche, y has estado a punto de hablarme de aquello en un par de ocasiones. Pero luego has preferido no hacerlo.

- ¿Puedes leer mi mente?

- No suelo hacerlo, de verdad. Pero a veces es... como escuchar lo que no quieres oír. Ver algo sin querer. Se me cuela dentro.

Mely se llevó la mano a la boca, con los ojos llenos de lágrimas. Yo me sentí un poco inquieto.

- Mely, no te lo tomes así, mujer... No es nada malo.

- Es que es demasiado y... uf.

Intentó tranquilizarse. Se secó las lágrimas, y miró las entradas en su mano.

- Es una pasada. - murmuró.

Lo más difícil ya estaba hecho. A partir de ahí, yo me presté a explicar, aunque fuera someramente algunas cosas: lo primero, que a la única a la que tenía la obligación de concederle todo lo que me pidiera, era a Betsabé. Lo segundo, aunque fuera innecesario, que no lo contara, porque nadie la creería, y aún así, podía llegar a oídos de personas poco recomendables que podrían hacerme mucho daño.

Y para decir lo tercero, me puse las manos en el pecho:

- Yo te necesito a mi lado. Todo esto que puedo hacer y que te impresiona, para mí no es nada, comparado con estar contigo. La compañía de alguien

como tú. Tu luz, tu sonrisa... Pero tengo que estar con Betsabé, no puedo dejarla. Me convertiría en un yinn errante, y no quiero volver a eso. Por favor. No te apartes de mí. Yo te daré todas las entradas para los conciertos exámenes. que tú quieras, y las preguntas de los

No iba a hablarle de mi pasión enfermiza por Betsabé, entre otras cosas porque cuando estaba con ella, tenía la impresión de que estaba a punto de superarla. Desgraciadamente, era solo eso, una impresión.

Cuando regresé a Dar Annafura, ya de noche, Betsabé se encontraba en el salón de invierno, en la planta primera, viendo una película. Yo imaginaba que estaba disgustada conmigo por mi resistencia a que se trajera allí al tal Izán, como yo lo estaba con ella por sus palabras, y su desprecio. Aún así, entré, y le dije que Mely me había dado recuerdos para ella.

- ¿Ah, sí, has visto a Mely? - preguntó, dejando a un lado su gesto sombrío: - ¿Y cómo está, te ha comentado algo de lo que sucedió la última noche que estuvo aquí?

- No. - musité yo.

Ni siquiera Betsabé y yo lo habíamos hecho. Había sido una madrugada tan tensa y tan desagradable, que preferíamos relegarlo al olvido. Un ente oscuro, un demonio, probablemente surgido de las malas babas de Camila, había traspasado los muros de Dar Annafura, de nuestra casa, y había atacado a Mely mientras dormía. Yo había logrado quitárselo de encima y desvanecerlo, pero había sido un mal rato. Luego había borrado el suceso de la memoria de Mely, pero seguramente lo recordaría como una pesadilla. A resultas de esto, Betsabé y yo habíamos tenido una breve pero agria discusión, allí mismo, al borde de la cama de Mely. Betsabé me había reprochado con dureza: “¿Esto te pasa por andar jugando con los sentimientos de las mujeres! ¿Estás ya contento?” Cuando al otro día Mely decidió marcharse, yo me sentí fatal, y a Betsabé le pareció una consecuencia lógica.

Pero desde entonces no habíamos vuelto ni a referirnos siquiera a ese hecho, hasta ese momento.

Quizás intuyendo que recordarlo me entristecía, al darme media vuelta para salir del salón, Betsabé me tendió la mano:

- ¿Por qué no te quedas conmigo aquí, viendo la peli? Quiero decir, si te

apetece.

La peli era “Alien 3”. Ganas 0.

- Voy abajo a... hacer una cosa que tengo que hacer; pero en cuanto acabe, subo. ¿Has cenado ya?

- Sí. Pero comería palomitas.

Asentí, comprimiendo los labios, y salí dirigiéndome a las escaleras. Aún me escocían sus palabras de por la mañana, desde luego, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Siempre era mejor aliviar las tensiones. Aunque supiera que en unos días, o semanas, volvería a hacer algo que me lastimara, a decirme duras palabras que se me clavarían como garras de halcón en el corazón.

Ya en la planta baja, entré en la sala de la fuente, ataviado con mi túnica de seda negra. Saqué de la pila en la que caía el agua mi bola de cristal. La puse sobre la alfombra, y con las piernas entrecruzadas, me senté frente a ella. Cierro los ojos y recito mi invocación:

*“ Escucha al hijo del fuego,  
oh, mundo del tiempo y del espacio.  
Estrellas, soles y luna,  
abrid mis ojos más allá de los muros de la distancia.  
Muéstrame los caprichos de mi ama.  
Muéstrame Izán, el artesano.  
Muéstrame, cristal puro, creado del magma de la tierra.”*

Y así, veo a Izán, un joven pálido, de mirada algo triste... ¡y ojos azules! Su pelo desgreñado es color oro viejo. ¡Esto sí que es una sorpresa! Realmente parece un joven desvalido, preocupado, nada feliz. De pronto, veo el motivo: su pequeño taller se ha inundado con las lluvias de estas últimas horas, y ha perdido parte de su producción. Pobre muchacho, realmente dan ganas de abrazarle fuerte. ¿Será posible que mi ama quiera ayudar a este chico por un auténtico sentimiento de ternura, algo casi maternal? No es feo, cierto, pero me cuesta trabajo pensar que Betsabé encuentre a este muchacho atractivo sexualmente. Por contra, yo mismo comienzo a sentirme conmovido, al percibir su desolación a través de su mirada.

Desbarato la visión, confuso. Necesito hacer otra consulta: sobre Andrés.

*“ Escucha al hijo del fuego,  
oh, mundo del tiempo y del espacio.*

*Estrelas, soles y luna,  
abrid mis ojos más allá de los muros de la distancia.  
Muéstrame a André, mi adversario.  
Muéstrame dónde está ahora  
Muéstrame, cristal puro, creado del magma de la tierra.”*

Bueno, pues resulta que Andrés ni está enfermo ni nada. Si un genio no tiene intuición, ya me dirán qué puede tenerla en este mundo. Y este me daba a mí que le había echado un embuste a Betsabé. Como resulta que desde luego, no se le descuenta la semana, por ser de asueto, (si es que va de santa para arriba) este se ha ido a hacer una suplencia, a un gym de la ciudad. Está en casa de su novia. Con su niño. Todo perfect.

Me río. Pobre Betsabé. Mira que se lo dije; pero nada, ella emperrada y ciega. ¿Y ahora qué, se lo cuento? No. me lo guardaré para zampárselo cuando más gusto pueda darme. Juas.

Volví arriba llevando un bol de palomitas y Betsabé me recibió encantada. Me senté a su lado, y ella, mimosa, se echó en mis rodillas, y sin dejar de mirar la peli, musitó:

- Lo siento...
- No pasa nada, habíbiti. - le contesto. Ella me acaricia el muslo.

Entonces es cuando decido que voy a ayudar a Izan, pero a mi manera, no desde luego metiéndolo aquí. Así que le comento a Betsabé:

- Voy a ver si puedo echarle una mano a ese chico del que me has hablado. Ella se incorporó y me miró con unos ojos brillantes y una expresión ilusionada, que, por un momento, en la penumbra de aquel salón, la transformaron de nuevo en la niña luminosa a la que yo tanto echaba de menos. Solo por eso, por comprobar que esa niña aún existía, merecía la pena el intento.
- ¡Gracias, Karim! - exclamó jubilosa.
- No he dicho que vaya a traerle aquí, prefiero otras opciones.- me apresuré a advertirle. Pero eso no disminuyó su efusiva gratitud. Me echó los brazos al cuello y repitió:
- ¡Gracias, Karim, qué bueno eres!



- Sí, claro . - mascullé, recibiendo su abrazo con templanza: - Ahora soy muy bueno...

Betsabé no sirve para mandar, ni para dominar, ni para controlar, no está en su naturaleza. No tiene constancia para ello. Como le suele pasar a los espíritus libres, la vara de mando es para ella una carga, y la suelta en cuanto puede, como si le quemara. Cuando da un golpetazo en la mesa es impelida por un sentimiento de rebelión ante la injusticia, pero poco más. Una vez pasado ese impulso, el poder no le interesa para nada. Así es Betsabé. Para fortuna mía. Yo volvía a ser el tutor, el encargado, el que tiene el verdadero poder, desde su punto de vista. Así lo sentía ella.

Esa noche no llovió. Fue más tranquila que el día borrascoso que habíamos tenido, aunque las nubes no se fueron. Betsabé se quedó dormida en el sofá, y yo la llevé a su cama, con todo el cuidado que pude, para no despertarla.

## CAPÍTULO 12



**KarimElGenio**

@YinnKarim

Al Yarás nos ha invitado a la fiesta del  
Solsticio de Invierno #sorpresa  
#30añosincelebrarelsolsticio  
#porquémecomplicolaexistencia  
#quépocomefío #AY

Un emisario de AlYarás, enjuto, de ojos ahuevados y penetrantes, de sonrisa rígida y perpetua, irrumpió en nuestro entrenamiento diario, con paso ligero, y preguntó, con una dosis de actitud circense, quién de nosotros era “Karim de Córdoba”. Qué estupidez, ¿quién iba a ser? ¿El vulgar monitor que en ese momento nos cronometraba? ¿La mujer con más curvas que una guitarra? Me identifiqué de mala gana. Me entregó un sobre:

- Mi señor AlYarás se complace en invitarle a fiesta del solsticio.
- Ya hace bastantes años que no celebro esa bobada. - respondí, algo molesto.
- Pues creo que mi señor no aceptaría una respuesta negativa. - me advirtió el esbirro, ampliando su sonrisa: - Vaya con su... esposa. Tiene ganas de

conocerla personalmente.

Apreté los dientes. “¡Eso sí que no!”, bramé en mi interior, al imaginar la peor de las suposiciones. El emisario se marchó tal como había venido, y entonces Betsabé quiso saber:

- ¿Quién es AlYarás?

- Un viejo amigo.... - expliqué: - Me lo encontré hace poco y por lo visto, se ha acordado de mí para su fiesta.

Andrés, con su frialdad habitual, comentó:

- Qué gracioso, que haya gente que celebra el solsticio.

- En realidad es lo que hacemos todos, ¿no? opinó Betsabé: - No es más que regresar a los orígenes.

- Sigue siendo una bobada. - insistí yo.

Es una invitación que me preocupa. AlYarás debe saber que yo ya no puedo, no quiero, porque no le encuentro sentido, celebrar esto. En realidad me parece una estupidez y un extravío. ¿Por qué me invita entonces, me está poniendo a prueba? No, quizás sólo quiera conocer a Betsabé. Pero, ¿para qué? Me inquieta.

Unos días antes, Mely me había escrito en vísperas del concierto de los Muse. Estaba nerviosa. “Si me contaste un rollo patatero y las entradas no valen, dímelo ya.”, me decía, “No puedo quedar como una idiota delante de mis amigas”. “Valdrán”, le respondí: “Estate tranquila. ¿Qué motivos tendría yo para hacerte algo así?”. Ella contestó: “Que te he dejado”. Le envié un emoticono llorando de la risa. Seguido de un categórico “NO”. Luego, en la tarde del concierto, me envió unas fotos en la cola, y ya al fin, en el interior del auditorio. Su rostro estaba radiante, y el de sus amigas también. Me puso entonces: “Me da igual lo que seas: ¡te quiero!” Yo, encantado con su efusividad, le envié un corazón palpitante. Me puse de muy buen humor, y no había podido dejar de sonreír durante días.

Pero claro, aquella invitación de AlYarás me preocupó, y comencé a darle más vueltas de la cuenta. Si me negaba a acudir, se disgustaría, y no me convenía ponerme a malas con semejante personaje. Por otro lado, no tenía dudas de que sus intenciones al invitarme, eran turbias. Para relajarme y distraerme de estos pensamientos, bajé a la Jazminera, dispuesto a acercarme al puesto de Izán y hablar con él.

Izán trabajaba en su habitáculo estrecho y profundo, en una de las calles más antiguas del pueblo. Su mercancía (colgantes, pulseras, bolsos, pañuelos, cinturones...) lo ocupaba todo. Cuando llegué, él estaba al fondo, inclinado

sobre una mesa, cosiendo una pequeña pieza de cuero. Al escuchar mi saludo, levantó su cabeza rubia, y acudió enseguida a atenderme, tras limpiarse las manos en un trapo. Sonaba a bajo volumen una cancioncilla de Deep Forest, con sus mezclas exóticas. El aroma a pachuli intentaba sobreponerse al olor característico de las piezas de piel.

- Qué tal, muchacho. - le dije, sin poder evitar cierto aire paternalista: - Estoy buscando un anillo de plata y lapislázuli, ¿podrías mostrarme si tienes algo?

- Por supuesto. - me contestó. Se agachó tras el mostrador, y acto seguido, puso sobre él un expositor con un variado muestrario de sortijas y sellos. Los estuve repasando un momento, realmente eran muy bonitos, y singulares. Me encapriché de varios de ellos. No demoré más el asunto que verdaderamente me había traído allí:

- ¿Suele venir por aquí una chica morena, de pelo largo y rizado?

- Eh...- dudó, confuso.

- Morena me refiero al pelo, muy negro. - le aclaré: - Pero ella está muy blanca.

Izán sonrió, y se puso torpe:

- ¿Así, guapetona, con un cu...?

- Es mi esposa. - le atajé, con gesto grave.

Cerró los ojos, súbitamente abochornado, y se disculpó enseguida:

- Ostras, lo siento, lo siento, qué tonto soy...

- Ya.

- Es que te veo tan joven, que no podía imaginar que estuvieras casado.

- Entiendo.

- Aunque sí podría haber pensado que era tu chica, tío, disculpa, ha sido un comentario fuera de lugar, es que... - Estaba colorado como un pavo: - ... digo lo que se me pasa por la cabeza, tendría que ser más prudente.

- No te preocupes. - concedí: - Es muy normal que un chavalín de tu edad no tenga control y no pueda evitar fijarse en esas cosas.

Izán, sin mucho motivo, pareció ponerse a la defensiva. Sombrío, replicó:

- Pues no creo que tú me saques muchos años, hermano.

Ahora entendía por qué le iba mal el negocio.

- Bueno, dejémoslo, no importa. - resolví: - El caso es que a ella le gusta mucho el género que vendes y esta tiendecita.

- ¿En serio?

- Sí. Por eso voy a comprarte estos cuatro anillos y ese fular verde para ella.

- Eh, vale. Son doce pavos cada uno y el pañuelo vale siete.

Con esos precios tampoco me extrañaba que le fuese mal el negocio.

- Es un poco caro... - me quejé.

- Son de plata, y como ves, muy originales. repuso él: - No encontrarás otros similares en ningún sitio. Y el pañuelo es cien por cien algodón.

- ¿Qué te parece si te doy diez por cada anillo, cinco por el fular... y esta mano de Fátima con el ojo de turco en cristal de murano?

Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saqué el fetiche, mostrándoselo. Lo cogió con delicadeza, mirándolo indeciso:

- Es muy bonito. - musitó.

- Te traerá suerte. - le aseguré.

- Bueno, yo también vendo manos de Fátima...

- No como esta. Esta no puedes venderla. Cuélgala en la pared, en un lugar visible. Tu fortuna cambiará, créeme.

Tras unos segundos sopesándolo, finalmente asintió:

- Bien, vale. Trato hecho.

- Estupendo, muchacho. - le dije sonriendo, mientras sacaba la cartera: - Haces lo correcto, ya lo verás. Por cierto, me llamo Karim. - le informé, mientras él se cobraba, y guardaba todo en una bolsa:-... y mi mujer, Betsabé.

Enarcó las cejas:

- ¡Qué nombres tan... bonitos!

- Sí. Tenemos nuestra casa allá arriba, llevamos viviendo aquí unos cuantos meses. Yo, bueno, soy jordano, y estaba de visita en Granada cuando la conocí. Fue amor a primera vista. Estamos recién casados.

- Enhorabuena.

- Gracias. Lo cierto es que soy afortunado. Si alguna vez quieres venir a darte un chapuzón en la piscina, como vendré más veces, sólo tienes que decírmelo.

- ¡Hombre, pues muy agradecido!

- Cuando quieras. - insistí.

Me marché de allí complacido. Ahora Izán ya sabía lo que yo quería que supiera, y me conocía. Lo que entorpecería cualquier posible coqueteo de Betsabé a mis espaldas. Y por otro lado, ésta no podía acusarme de insensible a las necesidades del prójimo, porque a Izán le iría muy bien a partir de ese momento. Palabra de genio.

Un chico rubio de ojos azules, apenas veinte años, casi adolescente, de rasgos anodinos. ¿Qué le había pasado a Betsabé, para que se hubiera fijado en semejante tipo? Era lo opuesto a Andrés. A éste, con todo pesar, podía reconocerle su atractivo masculino, su fuerza erótica. ¿Pero a éste? Ni siquiera

podía considerarlo rival. Casi me resultaba humillante haber llegado a sentir celos.

Mi ama era una veleta.

**BETSABÉ: vivir la magia.**

Cualquier otra persona que hubiera sido invitada a una fiesta de genios, se hubiera puesto muy nerviosa ante la posibilidad, real, de no saber manejarse entre ellos, y principalmente, de no ser capaz de bailar como ellos, ni de lucir como ellos. Betsabé, no. Betsabé, en la víspera del 21 de diciembre, estaba ilusionada, impaciente. Ir con Karim le daba confianza.

Aún así, sabiendo que el yim era un danzarín excelente, le pidió a Andrés un entrenamiento más basado en el cardio y en la coordinación. Andrés la puso a correr por la playa. Aunque no tenía mal fondo, se frustraba, cuando a los diez minutos, veía al entrenador tan fresco, mientras ella ya comenzaba a notar la fatiga.

- Me veo sentada en una silla a las primeras de cambio, con una mascarilla de oxígeno puesta. - se quejó.

- Venga ya, mujer. - la animó Andrés: - Es una fiesta. Habrá más cosas aparte de bailar.

- Tratándose de Karim te digo yo que no. ¿Y tú has visto que alguna vez se canse? Y eso por no hablar de que seré incapaz de seguir la mayoría de sus figuras de baile. Porque éste querrá lucirse; menudo es...

- En eso ya no puedo ayudarte. Soy pésimo bailando.

No te hace falta. - le soltó Betsabé. Andrés, como siempre, pareció quedarse algo cortado, y guardó silencio, sin sonreír siquiera.

Para el evento, el propio Karim le ofreció un vestido rosa, el color que mejor le sentaba a Betsabé, de talle ajustado, y falda suelta, que le permitiera moverse con facilidad, con mangas de gasa hasta las muñecas y pecherín delicadamente bordado en oro, en motivos fantasía, de estrellas, soles y lunas. Betsabé se mostró entusiasmada con él, y la ilusión se desbordaba en su rostro cuando se lo puso y se miró al espejo. Quizás fue por esa ilusión por la que fue capaz de sobreponerse al miedo que le produjo la manera en la que el yim iba a llevársela hasta el efímero palacio de AlYarás, que surgiría de la bruma

en algún punto del mar

Mediterráneo, frente a la costa turca, según le explicó.

- Venga, cógete a mí. - le pidió a Betsabé, en la azotea de Dar Annafura.

Betsabé tardó un par de segundos en comprender.

- Qué me estás diciendo. - contestó al fin, notando un sudor frío, recorriéndola entera.

- ¿Qué esperabas, que fuéramos en coche? Casi sollozando, Betsabé se agarró a Karim. Este

le aconsejó, en un susurró:

- Cierra los ojos.

Betsabé se aferró a él, casi desesperadamente cuando sintió sus pies levantándose del suelo. Sintió el viento en la cara, y el vértigo en la boca del estómago.

Karim le decía al oído:

\_ Tranquila. Tranquila. Son unos minutos. Le zumbaban los oídos. Entreabrió los ojos, para

contemplar un espacio entremezclado de rosas, grises y azules rodeándoles. El día declinaba dando paso a la noche más larga del año. El solsticio se produciría a las 23:15 de la noche.

Cuando volvieron a posarse en el suelo, a Betsabé le dolían los brazos y la espalda de ir engarrotada. Respiró aliviada, y soltó una risita nerviosa de felicidad, pero necesitó sentarse en una roca cercana para recuperarse de la tensión y el mareo. Respiró hondo. Karim la contempló condescendiente:

- ¿Mejor?

- Desde luego. - respondió ella con un hilo de voz.

- Pues mira. - le pidió, girando su cabeza a la izquierda.

Allí, a pocos metros, refulgía un edificio anacarado, de reflejos azules, de suaves cúpulas, y rodeado de un estanque sereno que reflejaba su

esplendor. Cautivada por una visión tan mágica, Betsabé se puso en pie, y se cogió del brazo de Karim. Juntos se encaminaron hacia el edificio.

Conforme se acercaban, les iba llegando el bullicio. Allí se estaban reuniendo más de un centenar de genios, venidos de todas partes, escogidos por AlYarás para celebrar aquella noche especial. Karim les saludaba y les sonreía, pero en sus ojos, Betsabé notaba un destello de reserva.

- ¿Disimulan, o no se dan cuenta de que no soy uno de vosotros? - preguntó Betsabé en voz baja.

- Pues claro que se dan cuenta. Y te desprecian. Pero pasan de dedicarte siquiera una mirada de desaprobación. No te fíes de ninguno de ellos.

- Qué buenos ánimos para comenzar una fiesta.

- repuso ella, ladeando la cabeza: - O sea, que das la razón a los que aseguran que no hay que fiarse de vuestra especie...

- De estos, no. Estamos en territorio de infieles, habibti, no es cuestión de tener ánimos para fiestas, sino de no bajar la guardia. - la aconsejó Karim, sin dejar de mirar alrededor.

El interior del edificio era un espacio amplio, iluminado por esferas de diferentes diámetros, suspendidas bajo las altas cúpulas, que, como si fueran sistemas solares en miniatura, giraban en elipsis, unas alrededor de otras. No había mobiliario, nada estorbaba el deambular de los asistentes. AlYarás se presentó ante ellos enseguida:

- ¡Qué gusto tenerte aquí, Karim! ¡Qué placer!

- ¿Tenía otra opción?

- Por supuesto que no. Y esta es Betsabé, claro. ¡Qué hermosura! Espero que disfrute de nuestra pequeña celebración.

A Karim le molestó la cara de boba con la que Betsabé se quedó mirando a AlYarás, visiblemente impresionada, y lo puso de manifiesto carraspeando, y

con el tono de su voz, cuando girándose levemente hacia ella, le dijo:

- Aún está un poco alelada por el vuelo y por el lugar. Intenta saludar al menos, querida.

- Es... es todo muy bonito. - balbució ella, sonriendo nerviosa: - Gracias por la invitación. Por un instante, la mirada de AlYarás, a pesar de

la sonrisa que había en sus labios, dejó entrever el profundo desprecio que sentía por aquella criatura. Enseguida volvió a focalizar su atención en Karim.

- Esa túnica carmesí que llevas te sienta de maravilla, hermano. - (Gesto contrariado de Karim ante el tratamiento de *hermano*) – Es pura elegancia y delicadeza. Pero me temo que, en breve, tendrás que despojarte de ella.

- ¿Y eso? - inquirió Karim, elevando el tono de voz, a la defensiva.

- He preparado algo para ti. No te preocupes, no es nada indecente. Ven, acompáñame.

Karim suspiró, y miró con gesto de preocupación a Betsabé, antes de que ambos fueran tras AlYarás, que los condujo hacia una sala aparte. Al mismo tiempo, el resto de invitados, convocados por una campanilla que resonó por todas las cúpulas, se fueron arremolinando en torno a ellos.

- ¿Te suena esto? - le dijo AlYarás a Karim, mostrándole un pequeño coso de arena dorada, en el que había una caja cuadrangular de loza oscura, junto a un estanque: - ¿O hace tanto tiempo que no te diviertes, que ya no le recuerdas?

Karim, con expresión grave, le contestó duramente, y con contundencia:

- Suponía que me preparabas algo así cuando me invitaste, AlYarás. No creas que me pilla de sorpresa. Si quieres que sirva de divertimento morboso a tus invitados, lo haré. No me asusta, no tengo ningún miedo.

- ¡Oh, si eso ya lo sé, querido! - le concedió



AlYarás, carcajeándose. Betsabé los escuchaba sin comprender una palabra. AlYarás entonces se dirigió a los presentes, exultantes: - ¡Amigos! ¡Amigos, atentos! Antes de comenzar el baile y recibir el invierno como se merece, nuestro hermano Karim va a enfrentarse a la serpiente de fuego. - (Nueva mirada asesina de Karim a AlYarás por el tratamiento de *hermano*) – Nos mostrará así su valor y dominio sobre las bestias. ¡Démosle ánimo y fuerza!

Mientras todos estallaban en una ovación y gritos de júbilo, Betsabé notaba brotar la angustia. Contempló cómo Karim, con determinación, aunque con signos de enfado evidente, se despojaba de su vestimenta y se la entregaba al anfitrión, que le dijo:

- ¿Algunas palabras antes de enfrentarte a la muerte?

Betsabé dio un respingo al escuchar esto.

- Sí. - contestó Karim: - No soy tu hermano, deja de llamarme así. Ni tuyo ni de estos. Yo me someto la voluntad de Allah, y confío en Él.

- Eso se lo cuentas al bicho. - replicó AlYarás, burlón, indicando con la cabeza el coso de arena.

- ¡*Kafir!*- le soltó Karim, como si le escupiera, antes de dirigirse al círculo.

- Lacayo... - contestó AlYarás, con menos ímpetu, pero rebosando displicencia.

La incertidumbre comenzó a angustiar a Betsabé, que no dudó, a pesar de lo que le imponía su apostura, en preguntar a AlYarás:

- ¿Qué... qué es lo que va a hacer?

AlYarás continuaba sonriendo. No dejaba de hacerlo:

- Demostrar si sigue siendo un digno miembro de nuestra especie, un yinn poderoso y fuerte. El sometimiento a la especie humana los debilita y los hace añicos. Más aún si se han convertido en sirvientes de una mujer. ¡Cómo se puede caer tan bajo! Si logra controlar a la serpiente

de fuego, que no le muerda, y ahogarla en ese estanque, cosa nada fácil, sinceramente te lo digo, yo por mi parte, le presentaré mis respetos a Karim, y jamás volveré a verle como a un esclavo.

- ¿Y si no lo consigue, si le muerde, puede matarle?

- Eh, bueno... - respondió AlYarás ladeando la cabeza: - Sí, claro, si le muerde le inoculará un veneno incandescente que le abrasará las venas, y le matará. Es una muerte desagradable.

Betsabé empalideció y preguntó con un hilo de voz:

- Qué... qué posibilidades tiene...

- Pocas. Lo lamento, Betsabé, pero te vas a quedar sin juguete. Él va a tener una agonía horrible, y tú vas a pasar a ser mi esclava. Y no, no te imagines que te usaría para satisfacer placer alguno, no, para eso ya tengo un selecto harén. A ti te pondría a teñir ropa. Espantada, Betsabé no había echado cuenta de estas últimas palabras del anfitrión. Temblando, se había aferrado a la verja que había rodeado el coso de arena y el estanque, en cuanto Karim había entrado en él. A su alrededor, comenzó a hacerse el silencio. Todos los ojos se clavaron en el yinn, que dirigiéndose a la madriguera de roca oscura, desplazó la piedra que la cerraba. Luego, muy confiado y atento a lo que hacía, comenzó a sisear y a remover los dedos, incitando al reptil a salir del escondrijo.

Primero brotó una cabeza, con ojos ambarinos como los de Karim, aureolada con una corona de escamas puntiagudas y rojas, luego un cuerpo ancho, interminable, mucilaginoso, recubierto de placas doradas y carmesíes, que centelleaban, como si se alegrasen de ver al yinn delante de sí. El silencio a partir de ese instante fue absoluto. A Betsabé le parecía que su respiración agitada, casi sollozante, era un estruendo por encima de las cabezas de todos los presentes. Le sorprendía la tranquilidad y el aplomo de Karim, que centrado en la serpiente, musitaba palabras inaudibles. Tan sólo de vez en cuando, sonaba un chasquido de su

lengua, una aspiración de su garganta, un sonido silbante entre sus dientes.

Karim se puso de rodillas frente al reptil y se flexionó hacia atrás. Se quedó quieto, con los ojos cerrados, y dejó que la serpiente avanzara, hasta que comenzó a ascender por su vientre, despacio, y luego por su pecho, para comenzar a enroscarse en él, sinuosa, sin prisa.

Betsabé miró alrededor, y pudo ver la tensión reflejada en muchos de los rostros, pero también un extraño reflejo de lascivia en algunas de aquellas miradas, tal vez recreándose en el cuerpo semidesnudo de Karim, o quizás peor, pensó Betsabé, ansiosos por presenciar una muerte dolorosa.

Para ella fueron unos minutos que nunca se acababan. Alguien lanzó un grito de ánimo: “¡Puedes hacerlo, hermano!”, al que siguieron más exclamaciones de apoyo, pero casi al mismo tiempo, siseos y peticiones de silencio. Karim se puso en pie, con la serpiente de fuego completamente enroscada en su cuerpo de bronce; la comenzó a acariciar con delicadeza mientras continuaba hablándole, y sin dejar de mirarla fijamente. Las pupilas de Karim estaban ahora iluminadas con un fulgor ígneo, y a Betsabé le pareció que nunca antes, excepto aquella vez que se transformó en fuego delante de ella, le había visto con un aspecto tan sobrenatural. Por un instante, creyó que iba a suceder lo mismo, que el yinn estallaría en llamas, carbonizando a la serpiente, pero no fue eso lo que pasó. Despacio, concentrado, fue avanzando hacia el estanque y comenzó a sumergirse en él. Poco a poco, manteniendo sujeta la cabeza del reptil y sin dejar de mirarla, Betsabé intuyó que era el momento más peligroso, por el leve murmullo que se escuchó entre algunos de los presentes. Le dolían los nervios y el pecho, y se daba cuenta ahora de la desesperación que sería para ella quedarse sin Karim, de cómo le quería, cómo le había querido siempre. Nadie podría sustituirle nunca. Nadie.

Percibió que AlYarás, a escasos metros de ella, giraba la cabeza y la miraba. Ella también le miró,

suplicante. El asintió, de forma enigmática, con una leve sonrisa; asintió varias veces de forma pausada, como si los pensamientos de Betsabé le revelaran finalmente algo.

Karim se hundió en las aguas, con el reptil incrustado en su cuerpo, momento que el público aprovechó para comentar con el de al lado, aunque sin alboroto, sin estridencia. Todos estaban aún pendiente de lo que pasaba allí, detrás de la verja.

Finalmente, Karim emergió triunfante. Se alzó poniéndose en pie sobre el poyete del estanque, casi de puntillas, levantando la cabeza, y con los brazos formando un ángulo recto perfecto con sus hombros, señaló arriba con los índices, mientras a su alrededor estallaba una jubilosa ovación, un aplauso entusiasta. Entre ellos, el de AlYarás. Betsabé no pudo más y se echó a llorar. No estaba acostumbrada a aquel tipo de emociones a vida o muerte.

El anfitrión se aproximó a él, con su ropa en el brazo, y tras devolvérsela, le hizo una reverencia, entre el regocijo del público. Karim rió. Luego se abrazaron. Betsabé no entendía semejante escena, pero le daba igual, lo había pasado tan mal, que lo único que se le apetecía era abrazar ella también a Karim y sentir el latido de su corazón junto a su pecho. Cuando al fin lo hizo, sollozó en su oído:

- ¡Vida mía, qué mal rato he pasado! ¡Menos mal...!

La efusividad de Betsabé reconfortó a Karim, a la vez que le sorprendió un poco, y provocó algunas exclamaciones enternecidas alrededor.

- ¿Has... has llorado? - le preguntó al mirarle los ojos. Ella emitió un gemido. Entonces Karim se volvió a AlYarás: - ¿Pero qué puñetas le has contado a esta pobre? ¡Se le sale el corazón!

- Será el amor... - respondió AlYarás, en tono burlón.

- Está aterrorizada.

- Bueno, a lo mejor he exagerado un poco...

acabó admitiendo AlYarás, encogiéndose de hombros.

- Habibti, es la tercera vez que hago esto. - le

explicó Karim a Betsabé, cogiéndole la cara entre las

manos: - Es una serpiente peligrosa, sí, pero para un

genio está chupado, no ha sido más que una

exhibición... No he corrido peligro en ningún momento... Bueno, quiero decir, que lo he tenido

siempre controlado.

- Pero vamos, no te quites méritos. - se

interpuso AlYarás: - Claro que es peligroso. Otra cosa

es que tú lo tengas más que dominado. No has perdido

facultades, por lo que veo.

- Estoy mejor que nunca.

- Eso salta a la vista...

AlYarás entonces, con su voz atronadora,

encaramándose a unas gradas que había en la pared,

invitó a todos al baile. El rostro de Karim se iluminó

con una sonrisa amplia. De nuevo, tomó entre sus

manos las de Betsabé:

- Eh, fuera lágrimas. - le dijo: - ¿Lo has oído? ¡A bailar!

Ya estaba casi repuesta; es más, el haber estado

tan angustiada y nerviosa, haber tenido tanto miedo, la

llevó a continuación, viendo todos sus temores diluidos

en la nada, a un estado de euforia, que derrochó en la

danza.

Entonces le sucedió algo, mientras seguía los pasos de baile de Karim,

mientras se enlazaba a él, mientras giraba haciendo flotar su vaporosa falda

fucsia; mientras volaban sobre ellos mariposas de cristal, ascendían irisadas

pompas de jabón, y se escuchaban risas por encima de la música, pero ninguna

tan hermosa, pensó Betsabé, como la de Karim, tan cristalina y sincera, cuando

la veía equivocarse y apurarse procurando corregirse: entonces Betsabé deseó

tener de nuevo dieciocho años, estar recién nacida al amor, como lo estaba

cuando vivió su romance con Karim, que, sin embargo, allí, delante de ella,

permanecía inalterable. Y fue este deseo el que la hizo notar que ya no los

tenía. Ya sabía, ya conocía, ya esperaba otras cosas, ya había cambiado unos miedos por otros, ya era más consciente de esos miedos. Ya no era la misma.

Y por eso, tal vez por eso, la invadió la nostalgia, y vio que lo único que le quedaba de su adolescencia perdida, era Karim. Notó entonces, al mirarle de frente, un pellizco en el pecho, semejante a los que sentía entonces en aquellos años, cuando de improviso escuchaba su voz, o se dejaba ver en el ático donde ella llevaba un rato esperándole, y notó revivir una emoción antigua, la pasión que antaño sintiera por el yim resucitó con un chasquido, con un destello, aunque sólo fuese por unas horas. Karim lo notó. Vio cómo volvía a mirarle de aquella forma que tanto echaba de menos.

*“¿Comprendes esto que estoy sintiendo? ¿Eres capaz de verlo? ¿Ves que eres lo más importante que tengo en mi vida, y que lo serás siempre? ¿Alcanza a comprenderlo que significas para mí? ¿Y que no habrá nunca nadie como tú?”*

Karim se quedó muy aturdido al percibir estos pensamientos, entre otras cosas, porque no entendía por qué resurgían ahora de manera tan intensa. Quizás porque Betsabé había creído que lo iba a perder para siempre. En ese caso, debía estar agradecido a AlYarás por haber montado el número de la serpiente de fuego. O porque estaba bailando, y estaba excitada, liberando endorfinas, cualquier cosa de esas. Lo que fuera, pero estaba sintiéndolo de verdad, y Karim, aunque no quiso dejarse llevar, se sintió muy feliz. Hubiera querido besarla, pero no lo hizo; allí en medio de todos, con AlYarás vigilante, no. Dejó que la madrugada transcurriera entre caricias disimuladas, fugaces abrazos, y miradas intensas, envueltas en fiesta y diversión. No había motivo para precipitarse, era mejor disfrutar de cada segundo. Después de todo, tenían mucho, mucho tiempo por delante.



KarimElGenio

@YinnKarim

El amor lo es todo   
#MariposasDeCristal  
#MiRefugioEnLaTormenta  
#BetsabéAmorDeMiVida

Puede ser que mis tormentos hayan acabado, que el maldito horno se haya apagado para siempre. Es increíble, que en el lugar menos esperado, en ese lugar al que fui desconfiando y pensando en otra cosa, de repente... el encantamiento, la magia, se me regala lo que yo pensaba que había perdido, si no del todo, en gran parte: el amor de Betsabé. Lo percibía, desde que me había sacado de mi cautiverio, como algo deteriorado, mate, estropeado, y de pronto, aparece de nuevo ante mí brillante, reluciente, oliendo a nuevo.

Me entran ganas de llorar. Adiós, Izán. Adiós, Andrés. Regresamos Annafura en un de la fiesta del solsticio a Dar amanecer encapotado, el mismo amanecer que habíamos dejado atrás, deshilachando las cúpulas del palacio de AlYarás, borrándolo, deshaciéndolo como un sueño de algodón de azúcar, evaporándose y derramándose en la arena fina frente al mar. Betsabé iba rendida, casi dormida entre mis brazos. La dejé en su cama mientras fuera, el sol pugnaba por salir. Dar Annafura parecía un lugar distinto con este tiempo, bajo nubes oscuras e inquietas, y frente a un mar gris y encrespado. La dejé dormir hasta el mediodía, hora en la que entré en su dormitorio, para preguntarle si le apetecía que le subiera el almuerzo. Y también con la esperanza de que me invitase a meterme con ella en la cama, por qué no decirlo, me había quedado con las ganas después de esa noche fabulosa. Pero ni almuerzo, ni sexo. Me dijo que se encontraba rara, con la cabeza pesada, y que sólo se le apetecía dormir, que se sentía muy cansada. Así que la dejé tranquila.

Cuando se levantó, lo hizo para irse al sofá del salón de invierno, donde se puso a ver una peli. Entonces sí me pidió algo de comer, pero de lo otro no dijo nada. Decepcionado, le subí sopa y tortilla, y viendo en el plan apático que estaba, decidí irme a la playa y sumergirme un rato en el mar. No había nadie en ninguna parte, y debía ondear la bandera roja en toda la zona, pero eso a mí no me afectaba. Conforme la tarde fue avanzando, el tiempo empeoró, y en cuanto comenzó a oscurecer, la lluvia apareció de nuevo. Le llevé la cena a Betsabé al salón (un poco de pavo, y sopa) y yo me preparé un té. No hablamos demasiado, pero noté que me observaba de nuevo con esa intensidad que me recordaba a otras épocas, y a mí me florecía la sonrisa en el rostro de manera inmediata. Era como sentirse envuelto en terciopelo. Cuando terminé el té, me dirigí a mi cuarto, para cumplir con el rezo de la noche. Dejé allí a Betsabé, viendo una desagradable serie sobre muertos vivientes. No entendía cómo podían gustarle semejantes patochadas. El viento ululaba fuerte. Después de terminar la salat, me asomé a la balconada y contemplé el cielo del oeste, relampagueante, cuajado de nubes panzudas, rojizas como arcilla. Respiré hondo. Me sentía muy bien, tenía esa placidez que de vez en cuando me era concedida, y que aspiraba poder conservar cada uno de los días de mi vida. La lluvia, bendición de Allah, amainaba o arreciaba, pero no dejaba de caer. Entré de nuevo en la habitación, y cerré el balcón, pero no eché las cortinas. Me gustaba ver el cielo cuando estaba así. Me senté junto a la mesita, con la lámpara encendida y me puse a leer.

Al cabo de unos quince minutos, tras un discreto golpear de nudillos, escuché cómo se abría la puerta. Era Betsabé.

- ¿Puedo pasar? - me preguntó ya dentro del cuarto.

Dejé el libro en mi regazo, con un gesto de extrañeza:

- Pues... claro que sí. - le respondí, sorprendido



con la pregunta.

- Es que, verás como nunca he entrado aquí, pues no sé... Tú en el mío, sí.... aunque a mis espaldas...

- No has entrado nunca aquí porque no te ha interesado. - respondí.

- Eh... cierto. Pero esta noche, no sé, como está tan rara, eso de estar ahí, en la otra punta de la galería, yo sola... me da algo de reparo. Me inquieta. Yo estaba flipándolo un poco. ¿Qué le sucedía?

Me levanté del sillón.

- La noche no tiene nada de rara. Acaba de empezar el invierno. Es el tiempo habitual. ¿Y desde cuando te asustan las tormentas?

Betsabé entonces se aproximó, y me miró de aquella manera embelesada, como lo había hecho durante el baile del solsticio y esa noche durante la cena, y que tanto tiempo hacía que no veía en sus ojos. Sentí un pellizco en la boca del estómago. Al fin. Alargó la mano, y con un gesto sencillo, me descubrió un hombro que comenzó a acariciar.

- Karim... - comenzó a decirme: - ... eres tan hermoso... tan apetecible... y en estos últimos días, no sé lo que tienes, que estás especialmente radiante. - Se acercó aún más, mientras continuaba despojándome de la bata, sin dejar de acariciar mis hombros y mi pecho. Su voz entonces comenzó a temblar, como presa de una fuerte emoción. Estaba como trastornada: - Y no sé por qué, pero me he dado cuenta de que sigo enamorada de ti, y te deseo como cuando era una adolescente, que me derretías con una sola mirada.

- ¿Betsabé, qué...?

- Bésame, bésame ahora, fuerte y durante mucho rato. - me exigió pegándose a mí: - Es lo que quiero, y puedo mandártelo o puedo suplicártelo de rodillas si es lo que prefieres...

Se me escapó un gemido, y no me resistí más.

Aun estando confuso, escuchar esas palabras comenzaba

al fin a colmar mis deseos, así que hice lo que me pidió, me entregó a ello. Me estremecí entero, porque el beso de Betsabé, era de fuego, como los que recordaba justo antes de mi cautiverio. No, no estaba alucinando, no estaba siendo engañado, aquella era Betsabé de verdad, sentía su pálpito. Y lo que se estaba desbordando en ella, a diferencia de lo sucedido en las últimas ocasiones, no era sólo lujuria: era pasión.

Y se trataba de mí, ahora era yo, no estaba transformado en el capricho de turno. Y no era un divertimento sexual, no, aquel beso no lo era. Al fin. Eso era mi sueño, mi delirio. Por eso, precisamente, no podía continuar. Me separé de su boca, agitado.

- No, Betsabé. - exhalé mareado: - Aquí no. Así es peligroso.

- Quiero estar contigo en la cama toda la noche, haciendo el amor. - me pidió anhelante: - No te pasará nada, ni a mí...

- Estaré más tranquilo si...

Entonces la arrastré hacia el balcón, y abrí.

Llovía intensamente. Ella sonrió. No era su idea inicial, pero no importaba. Debajo del fuerte aguacero, volvió a besarme y a acariciarme con la profundidad y el ansia que derrochaba esa noche. Acabamos desnudos, tumbados sobre un mullido colchón que hice aparecer de improviso. Empezó a decirme cosas que yo siempre había esperado escuchar de su boca: “vida mía”, “mi amor”, “soy tuya” (¡!), y por supuesto, “te quiero”.

¿Qué estaba pasando? O mejor dicho: ¿qué había pasado en el baile del solsticio para que la pasión adolescente de Betsabé renaciera con esa fuerza?

¿Debería darle las gracias a AlYarás después de todo? Ni siquiera diez años atrás había llegado tan lejos, cuando su corazón estaba entre mis dedos. Ahora me decía aquello y yo me sentí realmente el amo. Porque la creí, quise creerla. El cielo retumbaba, y ella parecía estar presa de una fiebre. Y yo estaba arrebatado, no pensaba, sólo sentía, algo más allá del placer: la felicidad, la felicidad absoluta, porque amaba a aquella mujer hasta la locura, y lo mismo

que era capaz de atormentarme, y angustiarme, lacerarme, ahora me revivía, me transportaba al paraíso, a la dicha más completa, era imposible que existiera en el mundo en ese momento, ya fuera humano o genio, nadie más afortunado que yo, más en la gloria que yo. Húmedos y entrelazados, después de alcanzar el éxtasis mirando su cara, reposamos unos minutos, y luego volvimos al interior, donde nos secamos mutuamente, entre besos y sonrisas. Después nos metimos en la cama. Yo me abracé a su cintura, la miré a los ojos, le dije que la amaba y ella me respondió: “yo también a ti”. Y yo la creí. Por qué no iba hacerlo. Era tan feliz, que ella se durmió primero, yo no podía, por la emoción, y porque no estaba acostumbrado a dormir así. Pero al final lo logré, me dormí plácidamente, pegado a ella, sintiéndola respirar junto a mí. A ratos despertaba, y escuchaba fuera el sonido de la lluvia, cayendo sobre la balaustrada del balcón, en los cristales, en los salientes de la fachada, y me apretujaba un poco más contra Betsabé. Creo que es la mejor noche que recuerdo de toda mi existencia.